



EL
NOVIO
DE MI
HERMANA

NAHOMY RODRIGUEZ

EL NOVIO DE MI HERMANA
NAHOMY RODRIGUEZ

NahomyRodriguez, 2018
www.nahomyrodriguez.com
Título Original: El Novio de mi Hermana.
© Angela Nahomy Rodriguez Afonso, 2018
Código de registro: 1806197446282

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del escritor o escritora La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).

A mí...,
por no haberme rendido.

LA FIESTA DE GRADUACIÓN

CAPÍTULO 1

ANNE

Mi nombre es Anne Salvyn, es casi medianoche y mi fiesta de graduación se ha convertido en otro festejo a la perfección de mi hermana Caroline. Me he acostumbrado a que mi familia tenga una obsesiva debilidad por la rubia, ¿Cómo juzgarlos?, Caroline es prácticamente perfecta. Hermosa, simpática, trabajadora y honesta. Después de veintisiete años, aún no le encuentro un solo defecto a la favorita de mis padres y aunque cueste creerlo, nunca le he envidiado nada.

Que Caroline sea todo lo anterior descrito no implica que yo sea un renacuajo con tuberculosis asfixiándose fuera del agua. Pero sí debo destacar que somos sumamente diferentes. Incluso, algunas veces dudo que seamos hermanas. Mi cabello es largo y negro cual azabache, mis ojos grandes y azules, mi piel muy blanca y soy de tamaño promedio, si es que un metro setenta puede considerarse así. Mis pechos son grandes, mis piernas largas y mi trasero pequeño, aunque bien puesto. No soy delgada, pero tampoco gorda. Me gusta mantenerme en forma y llevar una vida saludable. Es más que suficiente para sentirme bien conmigo misma.

Y ese es otro punto en el que difiero con Caroline, su obsesión con la subjetiva perfección. Anhela ser como otras mujeres que considera ideales, y aunque no la apoyo en su forma de pensar, la respeto.

Ok, debo ser honesta, sí hay algo que le envidio a mi hermana, su novio, Nataniel Rousse. Nataniel es de esos hombres que, aun en su masculina sencillez tienen un encanto tan embriagante que son capaces de derrumbar murallas con solo sonreír. Y es que un texano de un metro ochenta de altura, cabello corto castaño claro, intensos, expresivos y grandes ojos azules con pestañas absurdamente largas; labios carnosos, blanca piel, nariz perfilada y varonil mentón, no puede pasar desapercibido. Es de contextura atlética y delgada, dueño de musculosos brazos que amenazan la vida de cualquier prenda que use del torso para arriba. Ancha espalda, grandes manos y un trasero tan perfecto, que el pantalón de vestir que lucía esa noche, se le ajustaba más de lo debido al caminar.

Está bien, sí, estoy exagerando un poco, pero solo un poco. La verdad es que siempre me ha parecido un hombre sumamente atractivo, tal vez demasiado para mi salud. ¿Son todos los texanos como él?

¡Demonios! Desde que llegó a la fiesta no he podido apartar la mirada de él. Y es que más allá de ser un deleite para el ojo, el hombre es un sueño. Simpático, divertido, ocurrente, intimidante, profesional, atento y sumamente educado. Lo mejor de todo es que Nataniel es completamente humilde ante cada uno de los anteriores adjetivos, y ajeno a sus irresistibles cualidades, se mantiene siempre relajado y con una accesible actitud.

Definitivamente, Caroline y Nataniel son la pareja perfecta, el uno para el otro.

En los cinco años que llevan juntos nunca he cruzado más de un par de palabras con él, pero soy buena observando. Y desde que ambos se mudaron a Nueva York por razones de trabajo, las pocas veces que hemos coincidido en la misma reunión, la tensa y extraña situación que se crea entre Nataniel y yo me resulta inquietante. No sé las razones, pero cuando me busca su mirada yo respondo con una sonrisa sin poderlo evitar. En ese corto instante, el aire se vuelve tan denso que me cuesta respirar, obligándome siempre a ser yo quien rompe la conexión. Después de todo, se trata del novio de mi hermana.

Ahí estaba, charlando con uno de mis primos al otro lado del jardín principal de la mansión Salvyn, dónde mis padres habían organizado la ostentosa fiesta. Luciendo un elegante traje azul grisáceo oscuro, y una blanca camisa sin corbata. Con espumeante copa en mano y su encantadora sonrisa idiotizándome a distancia, esa que le iluminaba el rostro con genuina jovialidad.

«¿Cómo puede existir un hombre tan atractivo?

Debería ser ilegal. El veredicto: Amarrarlo a mi cama de por vida».

Contuve la risa por tal pensamiento, y justo en ese momento, un mesonero pasó junto a mí mirándome de forma represiva. Mi familia pensaba que estaba loca, que lo supusieran extraños me importaba muy poco. Lo detuve para ojear las copas que traía en la bandeja, pero para mi suerte todas estaban vacías. Necesitaba ingerir alcohol o no podría soportar otro par de minutos en aquella tortura china.

Suspiré resignada y volví mi atención a Nataniel, esta vez, sus azules ojos estaban sobre mí. Y como si no existiese nadie más a nuestro alrededor, le sostuve la mirada perdiendo toda voluntad, cautivada por su radiante calidez y absorbente intensidad. Su mirada reflejaba una sonrisa oculta y la sensación de complicidad me desconcertaba.

*«¿Por qué lo hace?, ¿Por qué me mira?
y ¿Por qué lo hace de esa forma?».*

La ansiedad que me generaba me incomodaba, el efecto que tenía sobre mí me ahogaba, así que le ignoré y apresuré el paso para alejarme del jardín, no tenía nada que hacer allí. A fin de cuentas, todos estaban entretenidos con los maravillosos cuentos de Caroline y su exitosa vida en Nueva York como abogada.

En el camino me topé con otro mesonero que llevaba copas vacías, y maldiciendo para mis adentros terminé de subir los interminables escalones que daban a la mansión. Solo entonces sentí que el vestido dejaba de cortarme la respiración.

*«¿Qué poder tenía ese hombre sobre mí?,
¿Por qué me ponía tan nerviosa con solo una mirada?
Tal vez porque siento que me desnuda cuando lo hace.
O porque nunca me habían mirado así».*

Detuve mis pasos cuando me percaté de que caminaba apresurada como si alguien me estuviese siguiendo. Miré alrededor encontrándome completamente sola en el interior de la casa y contuve la risa sintiéndome como una tonta. Me estaba comportando como una adolescente por el novio de mi hermana.

«¿Qué pensaría Mark?».

La pregunta surgió de la nada cuando mis ojos se detuvieron en el gran espejo del pasillo, el que, extendiéndose de techo a piso, me devolvía el reflejo de la mujer en que me había convertido luego de haber perdido dos años de mi vida con ese pelmazo, al que gratamente había mandado a comer mierda con su ego.

“Te ves como una puta”. Sí, ese hubiese sido su sabio comentario al verme usando un vestido como aquel; que de color vino y holgada falda por

arriba de la rodilla, tenía un escote sin mangas que dejaba mi pecho y hombros al descubierto.

«¿En qué estaba pensando cuando le permití humillarme por tanto tiempo? No estaba pensando. He ahí el problema».

Sacudí todo mal recuerdo de mi cabeza e hice camino directo al estudio de mi padre, dónde las grandes puertas de cristal que se mantenían siempre abiertas me recibieron aislando el bullicio de la celebración.

Tranquilidad finalmente.

Me senté frente al majestuoso piano de cola que decoraba el centro del recinto, y luego de acariciar las teclas, comencé a tocar. Hacía tiempo que no me permitía un gusto como aquel. La carrera como abogada me había consumido los años y el tiempo hasta para los placeres más pequeños; esos que, sin importar qué, te inyectan energía para seguir adelante.

Cerré los ojos dejándome llevar por la melodía, y durante un largo rato logré relajarme por completo. Vacíé mi mente de todo pensamiento y disfruté del momento el tiempo que duró. Porque al abrir los ojos, la presencia de Nataniel junto al piano me hizo dar un brinco.

—¡Nate! —grité agitada.

Él sonrió con un par de copas en mano.

—¿Te asusté? —Me preguntó. Su masculina y abrazadora voz llenó el lugar mientras su acento sureño me derretía.

—No. A mí me gusta gritarle a todo el mundo —Le respondí con sarcasmo mientras pasaba el susto.

Nataniel soltó una pequeña risa ofreciéndome una de las copas que, a juzgar por el color y el aroma, venían cargadas de espumeante champaña.

«¡Finalmente! Algo de alcohol».

—Lo siento, no era mi intención —Se disculpó.

—No te preocupes. Y gracias —dije elevando la copa para que supiese que agradecía por la bebida. Y más pronto que tarde, se hizo el incómodo silencio. Momento en que no supe qué decir o hacer mientras un sinfín de

incógnitas se arremolinaban salvajes en mi cabeza.

*«¿Cómo supo que estaba aquí?,
¿Como supo que quería beber algo?
¿Me habrá seguido?, ¿Por qué?,
¿Lo habrá visto alguien?».*

—Seguro te lo han dicho mucho esta noche y no quieres escucharlo de nuevo, pero...felicidades —dijo Nataniel finalmente—. Por lo de la graduación como Abogada.

Asentí ofreciéndole una forzada sonrisa. Aún no decidía como sentirme al con respecto a su presencia.

—Gracias.

—Aunque, si te soy sincero —continuó él de inmediato como si hubiese tenido aquello atorado entre pecho y espalda toda la noche—. Creo que lo tuyo es la fotografía —declaró, tomándome por sorpresa que supiese sobre mi pasión por las fotos—. He visto tu blog, tienes cosas interesantes.

Supuse que tardé en reaccionar porque su expectante mirada me hizo sentir expuesta.

—¡Wow! Gracias. Viniendo de uno de los mejores fotógrafos de Nueva York, eso es todo un halago —apunté obligándome a responder, no dejando atrás sus méritos.

Nataniel resolló en negativa.

—No soy gran cosa —aclaró notoriamente incómodo con que se le tratase como alguna especie de eminencia—. Y si aceptas el consejo de un colega. No abandones la cámara. La vida es muy corta para perder el tiempo en algo que no te apasiona. —Me sugirió llevándose la copa a la boca para beber de ella. Mientras que sus palabras me calabán de forma inesperada, ensanchando mi pecho con la más cálida sensación. La firmeza y determinación de las mismas me dejaron sin saber de qué forma agradecer su confianza en mi trabajo, y a su vez, me resultaba imposible no comerme la cabeza pensando en su aparente interés.

—Gracias —dije finalmente, recibiendo una despreocupada mueca de su

parte—. No, en verdad. Gracias —insistí. Él realizó un sutil ademán con su cabeza aceptando el agradecimiento, limitándose a sostenerme la mirada sin decir nada.

A veces, podía jurar que no nos hacían falta las palabras. Una parte de mí sabía lo que él intentaba decirme, o tal vez estaba tan loca como todos pensaban después de todo.

—Y de hecho eres la tercera persona que me felicita esta noche —admití rompiendo el silencio.

Nataniel frunció el ceño notoriamente incrédulo, miró hacia el ventanal que daba al patio y pareció comprender lo que sucedía. No era difícil darse cuenta de que Caroline se estaba llevando toda la atención de la fiesta que había sido planeada para mí desde un principio.

—Por eso huiste —destacó desabotonándose el saco del traje para poder tomar asiento en el banco del piano junto a mí, dejando su copa sobre el gran instrumento de cuerda.

Su fresco y varonil aroma me sobrecogió sin previo aviso, mientras que una inquietante alarma se activó en todo mi cuerpo debido a su cercanía.

—No huyo —repliqué recibiendo una represiva mirada de su parte—. Me escondo —aclaré—. Hay una gran diferencia entre ambas.

—Oh sí, una gran, gran diferencia —repitió con sarcasmo.

—Lo hay —insistí— ¿Alguna vez has intentado huir en tacones?

Nate contuvo la risa mientras recuperaba su copa.

—Una vez —alegó antes de beber de su champaña—. No eran mi talla.

Me fue imposible no reír. Sabía que Nataniel era simpático, pero nunca hubiese imaginado que su humor se pareciese al mío.

Un par de sorbos de nuestras respectivas copas en total silencio, y la ocurrencia del momento se desvaneció en el aire mientras mirábamos hacia el patio por el ventanal, dónde la fiesta seguía sin nosotros.

—Caroline puede ser un verdadero dolor de culo algunas veces —soltó Nate sin anestesia y sin que le quedase nada por dentro. Como si estuviese consiente de mi verdadera razón para esconderme.

Aquellas palabras me noquearon al punto de creer que había escuchado mal.

«¿Por qué decía algo así de su novia perfecta?».

Nataniel regresó su mirada hacia mí.

—Sé lo que estás pensando —aseguró devolviendo la copa al piano—. Que soy un imbécil al decir algo así de tu hermana, de mi novia. Y que debería ser más respetuoso al hablar de ella. —Suspiró con cansancio— Y probablemente tengas razón, pero...no lo sé, tal vez esta noche estoy asqueado de ser correcto.

El tono de su voz arrastraba frustración y genuino agotamiento. Obstinación incluso.

«¿A caso no era tan perfecta la relación que llevaban?»

¿De qué me estaba perdiendo?».

Volví la mirada hacia el ventanal una vez más, y a distancia se podía ver a Caroline divinamente entretenida con quienes le halagaban, mientras su atractivo novio se desaparecía del jolgorio sin que ella lo notase. Y ahora que hacía memoria, en las reuniones familiares a las que había asistido Nataniel en los últimos años, Caroline nunca le prestó atención. Él siempre estaba...solo.

Bebí otro sorbo de champaña para asimilar la realidad que acababa de golpearme, y no pude soportar ver sus hermosos ojos llenos de tanto hastío.

—La verdad... —dije atrayendo su atención nuevamente— estaba pensando en que no debí usar este vestido tan corto. Se me está congelando hasta el número del pasaporte —bromeé para que supiera que su sinceridad había sido bien recibida y que no había de qué preocuparse. No iba a ser yo quien lo juzgase.

Nataniel soltó una corta risotada antes de empezar a despojarse del saco.

—¿Qué haces? —Le pregunté desconcertada.

—Tienes frío —apuntó el castaño terminando de quitarse la prenda.

—No era en serio —aclaré soltando la copa junto a la de él en el piano.

—No seas necia, estás toda erizada —destacó.

Finalmente accedí y me dejé poner el saco sobre los hombros, siendo él

quien acomodase mi cabello dejándolo caer nuevamente sobre mi espalda. La respiración se me tornó pesada, su aroma me embriagaba y el roce de sus dedos en mi cabello resultó abrumador. Lo tocó con suavidad y calma, e incluso me pareció que lo disfrutaba.

—¿Mejor? —preguntó apartando un azabache mechón de mi frente. Y encontrarme con sus azules y bonitos ojos tan cerca, se me agitó el corazón hasta doler.

Asentí sintiéndome indefensa, tragué grueso y aparté la mirada de regreso hacia el piano, retomando mi copa para empujarme lo que quedaba de ella, consciente de que su atención seguía sobre mí. Podía sentirlo.

—Por cierto —continuó—, hubiese sido una lástima un vestido más largo.

Contuve la sonrisa sintiendo mis mejillas acalorarse debido a tan directo comentario.

—Bueno saberlo —dije hablando sin pensar—. La próxima fiesta usaré un babydoll —bromeé.

Aquella idea pareció agradaarle al ojiazul. Quien, a juzgar por la expresión en su rostro, se lo había imaginado.

—No seré yo quien se oponga —admitió con un travieso tono de voz.

Solté la risa sin poderla contener por más tiempo.

«*Malditos nervios*».

—Y para la siguiente voy desnuda —propuse divertida—. Tal vez así no me ignoren en mi propia fiesta.

Nataniel rio por un instante, pero luego se detuvo con alarmada y desaprobatoria expresión.

—Espera, no. No, no. Si haces eso tendré que enrollarte en un mantel y sacarte de ahí.

—¿Qué?, ¿Por qué? —pregunté entre risas al imaginarme tal cual rollito de primavera sobre su hombro.

—¿Por qué?, ¿En serio? —pifió incrédulo—. Lo siento, no soy bueno compartiendo lo que me gusta.

La risa se me cortó lentamente tras aquel nuevo comentario, el silencio se

hizo, y la tensión creció de forma desmedida. Mientras que a Nataniel le fue difícil disimular que aquella revelación se le había escapado sin intención.

—No debí decir eso —Se disculpó finalmente mirando al piano. Con el reproche dibujado en el rostro.

—Estamos bromeando Nate —alegué buscando relajar el momento.

—¿Lo estamos? —preguntó volviendo su mirada hacia mí, golpeándome la seriedad de sus palabras.

Mi corazón se desbocó sin saber cómo reaccionar. Seguir disimulando que no estaba pasando nada era ridículo. Tragué grueso buscando calmar la inquietud dentro de mí, y la necesidad de decir lo que en realidad sentía en ese momento, me escocía la piel.

Nataniel retomó su copa para terminársela de un solo tirón, devolviéndola vacía a su lugar.

—Será mejor que me vaya —dijo impulsándose para ponerse de pie. Abatido.

Yo lo detuve a tiempo tomando su mano, provocando que el saco cayera al suelo.

«¿Qué demonios estoy haciendo?».

—¡No!, no te vayas. —Pedí sintiendo un inexplicable alivio recorrer mi cuerpo entero cuando aquellas palabras salieron de mi boca.

La expresión en el rostro de Nate cambió. Y una mezcla de curiosidad y fascinación brilló en sus ojos mientras retomaba su lugar junto a mí. Expectante, ansioso.

«Es el novio de tu hermana, Anne.

No lo hagas».

Bajé la mirada maldiciéndome por la osadía. Pero cuando sus dedos tocaron mi barbilla para hacerme elevar el rostro y conectar nuevamente con su mirada, supe que estaba perdida. Ambos sabíamos lo que aquel atrevimiento significaba, la atracción era mutua, no quedaba duda. Y el roce de su mano ahora en mi rostro, resultaba sencillamente divino. Era tan cálida, grande y sorprendentemente suave. Cerré los ojos acunándome en la misma y

los abrí solo cuando no pude contener el genuino jadeo que se me escapó al sentir su pulgar sobre mi labio inferior, acariciándolo de largo a largo mientras el corazón me dolía por la rapidez con que latía.

—¿Estás segura? —Me preguntó en un susurro. Su profunda voz derritió todo en mi interior mientras su mirada se oscurecía y dilataba fija en mis labios.

Estremeciéndome bajo su imponente cercanía, asentí. Nataniel sonrió antes de jalarme con firmeza hacia su rostro; y el aire se me cortó cuando sus labios finalmente sellaron sobre los míos. Como bálsamo para el alma, la satisfacción emanó de ambos en una cálida y densa exhalación.

La presión entre nuestros labios duró poco antes de romperse, y sin tiempo de asimilar la separación, su mano se acomodó en mi cuello, jalándome de regreso a su boca. Saboreándonos esta vez con mayor afán y disfrute, ocasionando que un ardiente cosquilleo estallase entre mis piernas mientras sus labios se turnaban uno con el otro entre los míos.

Sus labios. Benditos labios. Eran tan carnosos y jugosos, que morderlos resultaba una implacable necesidad. Y cuando pensé que no podía besar más rico, su lengua se abrió paso en busca de la mía y otro jadeo se me escapó ahogándome en aquella demandante y húmeda batalla.

Su mano libre me sorprendió apretándome contra su cuerpo con aparente urgencia. Mientras que la sed de Nataniel por mis besos me abrumaba dejando mi cabeza hecha un lío. Encontrándome sumergida en sus fuertes brazos y gozando de sus labios con las mismas ganas que él demostraba por mí; aferré mis manos a su camisa para que no se alejase, para que no se detuviera.

Nunca me habían besado de esa forma tan absorta y fogosa, por lo que nada a mi alrededor podía importarme ahora.

La sesión de besos se vio interrumpida por falta de aire, y juntando nuestras frentes, los segundos pasaron en busca de sosiego. Mi cuerpo estaba ardiente y tembloroso, mi piel sensible y mis sentidos aturdidos. Ni hablar de mi corazón, nunca me había sentido más viva.

—Esto no está bien —murmuré odiándome por tener que decirlo.

«*Maldita conciencia.*»

Nataniel asintió consciente de ello.

—Lo sé, lo siento —Su voz había tomado dos niveles más de profundidad, provocando que un fuerte escalofrío anclara entre mis piernas nuevamente. Mis manos se aferraron con mayor fuerza a su blanca camisa, disfrutando de su cálido aliento mezclándose aún con el mío.

—¿Te arrepientes? —Temía la respuesta.

—No —admitió el castaño con perceptible sinceridad, mientras su mano seguía sosteniendo mi rostro muy cerca y su pulgar acariciaba mi mejilla con suavidad—. Dime que te gustó.

El tono de súplica en su petición me tomó por sorpresa.

—¿Me estás jodiendo? —pregunté divertida—. Estoy a punto de un orgasmo.

Nataniel sonrió amplio y con aparente alivio, apretando su agarre en mi cuello para jalarme nuevamente hacia su boca, haciéndome jadear por tercera vez con un rápido pero divino beso.

—Tú no te quedas atrás —dijo antes de reír contra mis labios.

Con la respiración agitada, el silencio se hizo pesado mientras nos arrastraba hacia la realidad lentamente.

—Deberíamos regresar a la fiesta —dije buscando la forma de cortar con aquel exquisito desliz antes de perder la poca cordura que me quedaba.

Nataniel asintió, tragó grueso y aun cuando algo me decía que él no quería apartarse, se obligó a soltarme, separarse y levantarse del banco del piano. Lo vi respirar hondo, pasarse una mano por el cabello y finalmente por la nuca antes de girarse hacia mí mirándome fijamente.

*«¿A caso aquello le frustraba?, ¿No poder le frustraba?,
¿Tanto así quería?».*

Tomé aire, me puse de pie y recogí el saco de su traje del suelo. Me acerqué y él me dio la espalda para ayudarme a ponérselo, permitiéndome el atrevimiento de pasear mis manos por sus fuertes brazos y anchos hombros. Aquel hombre estaba tan duro como el mármol.

Se giró hacia mí, y aunque intenté ignorar sus azules ojos, no lo logré. Mis manos arreglaban las solapas de su saco mientras su cercanía me incitaba.

Ansiaba más, más de aquella deliciosa boca, de su aliento...de él.

Sin control sobre mis actos, y sin pensar en lo que hacía, llevé mi mano a su hermoso rostro deseando tocarlo para convencerme de que era real. Nataniel cerró los ojos y se acurrucó en la misma relamiéndose los labios. Dulce y sensual gesto que no solo enterneció mi piel también provocó que perdiese la razón por completo; y jalándolo por su nuca, me hice con su deliciosa boquita una vez más.

Otra jadeante y densa respiración nos llenó el pecho calentando todo a su paso, mientras sus manos encontraban perfecto lugar en mi espalda baja, apretándome tanto contra su cuerpo que dolía. Fundiéndonos en otro demandante y jugoso beso que, lastimosamente, duró poco.

Me obligué a separar mientras mis manos resbalaban por sus hombros y pecho. Debíamos parar, era ahora o nunca. Di un par de pasos lejos de él y nos sostuvimos la mirada por unos segundos antes de que este decidiera dar la vuelta y salir del estudio sin mirar atrás.

Tomé asiento en el banco del piano para recuperar el aliento, buscando apaciguar la ardorosa y latiente sensación que aún estremecía mi cuerpo, tocando mis labios mientras el fresco recuerdo de lo sucedido me aturdía. ¡Dios Santo!, ¡Había besado al novio de mi hermana!

En ese momento me estaba sintiendo como la peor persona del mundo. ¿Lo bueno?, aquella locura no volvería a repetirse. Caroline y Nataniel regresarían a Nueva York al día siguiente, y aquel divino atrevimiento quedaría solo en el recuerdo.

60 DÍAS PENSANDO EN ELLA

CAPÍTULO 2

NATANIEL

—Hey, ¿Nate? ¡Nate! —exclamó Jasper buscando mi atención.

—Lo siento. —Me disculpé forzándome a salir del letargo— ¿Qué decías?

Jasper, conocido como J.D y mi mejor amigo, me miraba incrédulo.

—Decía que pareces culo de puta en San Valentín. —Supuse que se refería a lo cansado que debía lucir— ¿Sigues así por eso tan secreto que pasó con tu cuñada y no has querido contarme? A mí, tu amigo fiel.

—Estoy bien —aseguré sin más. Su pregunta me hizo sentir expuesto. Y por lo visto, se me notaba lo jodidamente atormentado que me tenía ese tema, sin mencionar lo exhausto que me dejaba el trabajo ahora que tenía semanas sin poderme concentrar en las sesiones.

Traté de ignorarlo y retomé la cámara en mis manos para tomar otro par de fotos al atardecer sobre la ciudad. Enfoqué me quedé inmóvil viendo el mismo punto, pero ni siquiera el envidiable paisaje desde el balcón del Penthouse lograba desenredar mi cabeza.

«Maldición».

—Sí, se nota —alegó J.D con sorna—. Tu serenidad es contagiosa.

—Hoy no estoy para tu sarcasmo Jasper —advertí bajando la cámara, resignado a no poder tomar ni una sola foto.

—Ok, yo dejo el sarcasmo si tú dejas el misterio. —Le miré, pero me mantuve en silencio. La vergüenza me superaba— ¡Joder Nate! ¿Qué puede ser tan grave para que te tenga así?, ¡Ni que te la hubieras follado!

—Shhhhh. —Le exigí con reproche que hiciera silencio, vigilando los ventanales del piso inferior— Bájate el volumen. Laura podría escucharte.

—Lo que menos quería ahora era a la amiguita de Caroline escuchando lo que no debía. Y a juzgar por la expresión estupefacta que tenía Jasper en el rostro, supe que la culpabilidad brillaba como letrero de casino en mi rostro.

—¿Te la follaste?

—¿¡Qué!?! ¡¡No!! —aclaré ofendido de que me creyera capaz de llegar tan lejos—. Fue solo un beso...un par de hecho —confesé en voz baja, abochornado.

—Pero te la quieres follar —apuntó señalándome acusadoramente.

Aunque intenté negarlo, no pude. Tenerla contra una cama se había vuelto mi mayor fantasía.

J.D abrió los ojos con terror, viéndome como si fuese alguna especie de alienígena.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi amigo? —preguntó manteniendo distancia.

Le miré de forma represiva.

—Lo despellejé vivo y uso su piel como traje —respondí con receloso sarcasmo.

—¿En serio te besaste con Anne? Tú el señor correcto que no lastima ni a una mosca, el que mantiene sus emociones bajo control y es defensor de las buenas costumbres. Tú que eres modelo a seguir para el Capitán América y aprendiste a beber a los veinticinco bajo mi mala influencia. Tú que...

—¡Ok! entendí el punto —Le interrumpí soltando la cámara en una de las sillas del balcón—. Y no soy tan correcto.

—Bajas la tapa del inodoro después de usarlo —señaló como argumento.

—Vivo con una mujer Jasper —repliqué—. Ser considerado y aseado no me hace más correcto.

—No, pero serlo con esa arpía te convierte en un idiota. Yo tú la dejo ahogarse en el inodoro —comentó J.D con desdén. Sin esfuerzo alguno por ocultar lo poco que le agradaba Caroline.

Me limité a suspirar y mirar hacia el cielo pidiendo por un poco de paciencia.

—Recuérdame... ¿Por qué diablos te sigo soportando?

—Porque me amas —aseguró J.D con una amplia sonrisa mientras tomaba asiento junto a mi cámara.

Resollé sin poder refutar. El muy perra era como un hermano para mí.

—Así que te besaste con tu cuñada —apuntó retomando el tema que me tenía tan abatido. Lo que ameritó una buena bocanada de aire que me ayudase a juntar más de dos palabras.

—No sé qué me pasó, o en qué diablos estaba pensando —admití cruzándome de brazos mientras recostaba mi espalda en el barandal del balcón.

—Pasó lo que tenía que pasar —sentenció J.D—. Siempre me has hablado de lo bonita y sexy que es Anne. Cuestión de tiempo para que resbalaras hermano. Aun y cuando resulte insólito viniendo de ti.

Negué con la cabeza de inmediato. No podía sentirme orgulloso de algo así. Gran parte de lo que me comía por dentro era culpa y vergüenza. Por otro lado, me moría de ganas por volver a ver a Anne o regresar a ese instante en la fiesta.

—Han pasado dos meses, sesenta malditos días y aún no logro sacármela de la cabeza —admití sintiéndome como un absurdo enfermo.

—Estás consiente de que hablamos de la *hermanita menor* de tu novia, ¿Verdad? —preguntó el muy cabrón haciendo énfasis en la conexión filial.

—¿Crees que no sé eso? —repliqué. Nunca me había sentido tan ofuscado—. Y no es una niña.

—No, no es una niña. Pero sigue siendo como ocho años menor que tú...y la hermana de tu pareja.

«Eso no significa que sea imposible para mí.

¿Para mí? ¿Qué diablos Nataniel?

Pero es verdad, la quiero para mí. ¡Maldición!»

—Fue solo un beso, ya se te pasará —recalcó mi amigo menospreciando lo que para él suponía un simple desliz.

Yo negué nuevamente con la cabeza, llevaba días tratado de convencerme

de lo mismo, pero se me hacía agua la boca de solo recordar la suya.

—Fue más que eso —aseguré—. La forma en que me hizo sentir.... —No sabía cómo hacerme entender, pero solo recordarlo me generaba tanta satisfacción, que apenas pude contener la sonrisa. No solo nos habíamos besado jodidamente rico, su disfrute había sido el más genuino que hubiese sentido en mi puta vida. Eso era lo que me tenía al borde de la locura, que le gustase que yo la besara y que lo gozara plenamente conmigo.

—¿Y dónde queda la Barbie malvada en todo esto? —inquirió J.D, abofeteándome con la realidad nuevamente.

—Tú sabes cómo son las cosas con Caroline —dije con un amargo sabor de boca ante el recuerdo del constante desprecio de mi novia. A la que de un día para otro dejó de gustarle que la abrazara porque le arrugaba la ropa. La que no le ve sentido a largas sesiones de besos porque arruino su maquillaje y no le gusta quedarse sin aliento. La que detesta que me le acerque por las noches porque el calor de mi cuerpo le incomoda. La que hace un par de años dejó de gemir porque le parece ordinario. Esa que a veces pienso que solo está conmigo por el placer de tenerme en su poder. Esa que hace tiempo dejó de querer, pero que no puedo dejar por ser un cobarde.

—Y por eso estás así con lo de Anne, porque ella te hace...*sentir* —recalcó J.D burlándose del tono en que yo lo había dicho. Pero ahora que lo pensaba, la suposición de Jasper no sonaba descabellada.

—Si lo pones así, suena a que estoy necesitado.

—Lo estás —apuntó él con honestidad y una pequeña risita entre los labios.

Aunque no fuese la entera verdad, no podía negarlo. Anne, esa chica ocho años menor que yo, aun siendo la hermana de mi novia, me atraía desde hacía un tiempo ¡Y vaya que me gustaba la muy bonita!

—¿Cuándo demonios piensas terminar tu relación con Caroline?

Aquella pregunta me resultaba tan difícil de procesar como una patada en la ingle a las cinco de la mañana.

—No lo sé —respondí.

—Eres un jodido masoquista. A veces pienso que tus neuronas se fueron

de vacaciones indefinidas cuando dejaste la universidad —opinó el despeinado de mi amigo.

—Es complicado —excusé sin tener una respuesta. Sintiéndome incómodo con el tema.

—Sí, contigo todo es...*complicado* —burló J.D, imitándome.

—Como sea... —dije buscando evadir aquel punto—. Eso no es lo que me tiene a punto de arrancarme la cabeza con un abrelatas.

Jasper me miró intrigado.

—¿No?

Negué y respiré hondo descruzándome de brazos mientras lanzaba la mirada hacia el interior del Penthouse.

—Anne viene a Nueva York. Llega mañana —informé a mi amigo de aquella *maravillosa* noticia con la que me habían condimentado el desayuno—. Caroline le conseguirá trabajo como abogada en su bufete.

Con los ojos como platos, Jasper me miraba alarmado.

—Y.... ¿Dónde va a vivir? —preguntó buscando que yo lo dijera, pero la respuesta era tan obvia como absurda, y si la expresión de mi rostro no le dejaba en claro que no estaba feliz con la idea, nada lo haría—. Vas a tenerla bajo el mismo techo —continuó aparentemente divertido— ¿Cómo demonios piensas contenerte Cap?

Lo pensé por varios segundos en total silencio, y finalmente negué con la cabeza.

—No sé si pueda —admití con total sinceridad—. De hecho...no sé si quiera.

La mirada de J.D habló por sí sola. Lo que había salido por mi boca no parecía propio de mí. Pero estaba tan cansado de ser correcto, que dudaba de mi poder de voluntad.

—¡Cariño! —La voz de Caroline interrumpió la conversación y ambos miramos al interior del Penthouse. Suspiré adentrándome a la sala, mientras que J.D se quedaba oculto en el sofá del balcón. No se llevaba bien con la “Barbie Malvada” después de todo.

—Pensé que Diana te había invitado a un desfile y que no llegarías hasta media noche —recordé su último mensaje mientras me acercaba a ella para darle un beso en la mejilla. Ahí fue a dónde atinaron mis labios cuando ella giró el rostro.

—En efecto. Vine a cambiarme primero ¿No pretenderás que vaya con el mismo vestido que usé para la oficina? —inquirió con incrédula expresión.

La miré de abajo hacia arriba. Caroline sin duda era una rubia muy hermosa.

—Te ves bien. A mí me gusta —dije regalándole una sonrisa.

Caroline resolló como si le pareciera estúpido mi comentario.

—Pero como no me visto para ti... —alegó quitándose los tacones— me pondré algo acorde.

Yo asentí tragándome su respuesta con amargura. Me lo tenía merecido por haber intentado ser atento con ella.

—Espero que mientras yo no esté, no se te ocurra invitar al asqueroso de tu amigo.

—¿A cuál? —pregunté haciéndome el desentendido.

—El que no me agrada.

—Ninguno de mis amigos te agrada, Caroline —apunté haciendo énfasis en ello. A la rubia solo le agradaba su oficina, sus tacones y su propio reflejo.

—El que dejó su fétido aroma a mediocridad en mi baño el otro día —respondió ella.

—J.D —aseguré conteniendo la sonrisa al recordar aquel nefasto día. Y consciente de que Jasper la estaba escuchando, me crucé de brazos imaginando que la estaba maldiciendo en ese preciso momento.

—Ese mismo. Solo alguien con el coeficiente intelectual de un mono se hace llamar J.D —destacó ella con desprecio—. En fin, no lo quiero aquí. Y si lo traes recuerda desinfectar luego. —Diciendo aquello se marchó a su habitación, siendo el eco de la puerta el que diese luz verde a Jasper para salir.

—En otra circunstancia y si fuese un buen amigo, te diría: Debes contener

a la bestia que llevas dentro cuando venga tu cuñada. ¡No lo hagas!, ¡Tú no eres así! —dijo con fingido dramatismo mientras se detenía junto a mí mirando hacia el desolado pasillo—. Peeero, no es el caso y yo no soy un buen amigo. Fóllatela.

Le golpeé en el pecho con reproche.

—Lárgate de una vez, no quiero más problemas.

—Últimamente no me necesitas a mí para eso amigo —dijo divertido mientras se alejaba camino a la puerta principal, deteniéndose en la misma antes de salir—. Y solo para que quede claro. Mi coeficiente es de ciento cincuenta —aclaró.

—Sí Einstein, lárgate ya —dije consiente de que se había ofendido. El maldito era un genio y no le gustaba que menospreciaran su intelecto por su forma de ser.

La puerta se cerró y el silencio del Penthouse me regresó a lo que tanto me estaba atormentando: Anne y yo bajo el mismo techo. Tenía que comportarme, pero no quería hacerlo.

LO MEJOR PARA TI

CAPÍTULO 3

ANNE

Hoy es el día, no hay vuelta atrás. Las puertas del ascensor se abrieron en el piso veinte y un corto pasillo mostró el camino hacia el Penthouse de mi hermana; y mientras ella no paraba de hablar sobre el difícil y extenso caso de los hermanos Hyatt, yo no hacía otra cosa que pensar en la absurda situación en la que estaba a punto de meterme. Solo a mí se me ocurría aceptar la propuesta de Caroline. Solo yo hacía caso a mis padres consiente de que vivir con ella significaba vivir con él. Solo yo, sabiendo lo incómodo que sería, lo imposible que resultaba y lo peligroso que podía llegar a ser, estaba entusiasmada con la idea de volverlo a ver.

«Me he vuelto completamente loca».

Habían pasado dos meses y estaba segura de que Nataniel había olvidado lo sucedido. Tal vez ni siquiera le había importado; después de todo, fueron solo un par de besos en una noche de fiesta y varias copas.

«¿A quién engaño? Si hubiesen sido solo eso no estaría meándome en este momento.»

—Bien Anne, bienvenida a mi dulce hogar —dijo Caroline abriendo la puerta del apartamento. Me obligué a sonreír y pasé adelante jalando mi maleta—. No es mucho, pero espero estés cómoda.

—¿No es mucho? Es un jodido Penthouse de lujo en Nueva York, Caroline —destaqué con sorna mirando alrededor—. Solo tu sala es más grande que mi antiguo piso.

—La pocilga dónde vivías no puede llamarse piso, Anne. No estaba a tu altura —replicó Caroline, dejándome algo descolocada la despectiva forma en que lo había hecho. Ella solía ser directa y bastante frívola con sus comentarios, pero no desdeñosa.

«¿Estará de mal humor?».

—Prefiero mi pocilga. Sabes que no me va eso de *decorar* con el número de mi cuenta bancaria.

Caroline y yo habíamos crecido en una gran mansión llena de lujos, por lo que la opulencia del Penthouse no me tomaba por sorpresa. Razón por la cual hacía varios años me había mudado para vivir sola en un pequeño y sencillo departamento al otro extremo de Georgia.

Suspiró con desgano y tomó un gran bolso Nike, que haciendo juego con sus zapatos deportivos, parecía haber estado esperando por ella en el sofá.

—Ahora *esta* es tu casa, ponte cómoda.

La vi retomar el paso de regreso a la puerta del Penthouse y solté mi maleta algo confundida.

—Espera... ¿Ya te vas?, pero si acabo de llegar. —Aquello no era propio de mi hermana.

—Sí, tengo una cita en el spa en media hora y voy tarde —explicó Caroline.

«¿Spa?, ¿Desde cuándo mi hermana me cambia por un...spa?»

—...Ok —dije desconcertada— ¿Puedes al menos decirme cual será mi habitación?

—Nataniel te ayudará con eso —Señaló detrás de mí antes de marcharse, y con el sonido de la puerta al cerrarse, la bomba que había lanzado estallaba ahora en mi cara. La sola mención de aquel nombre me cortó la respiración y me agitó las pulsaciones, porque, aunque supiese que el reencuentro era inevitable, no lo esperaba de aquella forma tan pronta e inesperada.

Respiré hondo y me giré. Ahí estaba él. De pie junto a la amplia entrada que unía la sala con el comedor. Y apenas nuestros ojos se cruzaron el corazón me dio un vuelco. Podría jurar que lo mismo le sucedió a él cuando lo vi suspirar con alivio mientras me sostenía la mirada.

«Como me gustan sus ojos».

Aun luciendo casual, se veía tan atractivo como siempre. Llevaba unos jeans azules desgastados y una franela blanca que atentaba al suicidio debido a

sus fuertes brazos. Andaba en calcetines y se secaba las manos con un paño de cocina. Le había crecido algo de barba que, delineando su mandíbula y rodeando su boca, le hacía lucir más indómito y varonil. Su sola presencia generaba un agradable poder sobre mis nervios, y su despeinado cabello me robaba una sonrisa.

«¿Qué diablos le digo ahora?».

—Tienes barba—Me limité a decir.

«Wow, el saludo más original de la historia Anne.»

Nate resolló divertido.

—Sí, tengo barba —confirmó pasándose la mano por la misma con una pequeña sonrisita en los labios, mientras su serena voz me desarmaba— ¿Te gusta?

Me tomé un segundo para responder, aprovechando el momento como excusa para detallarlo con detalle.

—No está mal. Te ves... —No podía decir lo que realmente pensaba, no era propio— interesante.

Él amplió la sonrisa y se relamió el labio inferior en lo que parecía un pensamiento reprimido.

«Jodido guapo ¿En qué piensa?»

«¿Y por qué hace gestos como ese cuando me mira?»

—¿Qué tal el vuelo? —Me preguntó obligándome a detener el cuestionario en mi cabeza.

—Aburrido —respondí exhalando el aire entrecortado y aprisionado en mi pecho debido a los nervios—. Y la comida un asco.

Nataniel asintió.

—Eso imaginé. Le propuse a Caroline un almuerzo por tu bienvenida, pero... —señala la puerta.

Miré en dicha dirección consiente de a qué se refería, aun contrariada con la inesperada actitud tan fría e indiferente de mi hermana. La Caroline que yo conocía no me hubiese ignorado para irse a un spa.

—Sí... —musité dándome cuenta entonces del uso de aquel paño de cocina con el que seguía jugando en sus manos—. Espera, ¿Tú cocinaste?, ¿Cocinas?

Nate esbozó una avergonzada sonrisa mientras se rascaba la nuca.

—¿La verdad?...no —admitió—. Aunque soy bueno preparando cereal.

—No creo que seas mejor que yo preparando un sándwich de Subway —repliqué.

Resollando una risa entre dientes, Nate me miró de forma aprensiva.

—Los restaurantes de comida rápida donde *eliges* lo que quieres, no cuentan —repliqué.

—¿Por qué no? —pregunté— ¿Sabes los años que toma dominar el arte de la elección de ingredientes? No es cosa de niños.

Nataniel negó con la cabeza conteniendo la risa.

—No, no lo es. Yo aún no llego al semestre de condimentos.

Que me siguiera el juego me fascinaba tanto como su sonrisa; la que encantadora, provocaba una cálida y avasallante sensación en mi pecho. Mientras que el hecho de haberse tomado la molestia de planear un almuerzo para mí, me hizo sentir como si me hubiese estado esperando.

—Por lo que, con temor a envenenarte con mi envidiable experiencia culinaria...—continuó guindándose el paño de cocina al hombro— llamé al mejor sushi de la ciudad. Pedí un par de los mejores platos y como no sabía cuál postre podría gustarte, pedí mi favorita, tarta de chocolate.

La sola mención del postre me hizo levantar la ceja interesada.

—¿Dijiste chocolate?, ¿Qué tipo de chocolate?

Nate sonrió victorioso.

—¿Importa? Es chocolate.

Lo pensé por un segundo y asentí.

—Buen punto.

Algo en su forma de actuar me decía que no lo había olvidado, que aquellos besos en el estudio de mi padre habían significado algo. El silencio

que se hizo en ese momento entre ambos; avivó la complicidad que, latiente en su mirada activaba una sonora alarma de peligro en mi interior. Sofocándome lentamente.

—¿Podrías mostrarme dónde está mi cuarto? —pregunté buscando romper el inquietante instante—. Temo perderme. —El Penthouse era absurdamente grande y espacioso.

Nataniel asintió, de repente parecía resignado.

—Lo sé, yo aún uso el GPS para encontrar el baño —bromeó señalándome hacia un largo pasillo al otro extremo de la sala.

Sonreí por sus ocurrencias y tomé mi maleta para llevarla, sintiendo el peso abandonar mi mano cuando él me la quitó. Un gesto de su rostro impuso que no me la devolvería por más que refutara. Así que...¿Quién era yo para decirle que no a una expresión tan mandatoria y sexy como aquella?

«Estoy tan jodida».

—Aquí es —dijo Nate abriendo la puerta de la habitación. La misma era bastante amplia e iluminada debido al gran ventanal que se extendía de lado a lado al otro extremo del cuarto. La cama era enorme y el armario podría bien ocultar la puerta a Narnia. Los colores entre blanco, crema y gris me resultaban relajantes, pero fue el aroma que percibí al entrar el que, resultándome familiar, me dejó intrigada. Era el aroma de Nataniel, estaba segura, su colonia era inconfundible.

«¿Habría estado ahí antes?,

¿Habría arreglado la habitación?,

¿Por qué no lo hizo mi hermana?»

—¿Estarás cómoda aquí? —Me preguntó dejando la maleta junto a la cama.

—Podría construir un apartamento en este cuarto y me sobraría espacio para un anexo. Creo que estaré más que cómoda —aseguré.

Nataniel suspiró mirando alrededor.

—Sí...bueno, para tu hermana menos no es precisamente más —comentó con tono cansado.

Quise descifrar lo que había detrás de aquella hastiada actitud cuando se refería a mi hermana, pero Nate disimulaba con una sonrisa evidentemente forzada. Tenía la impresión de que algo no estaba bien con Caroline, y ese algo lo lastimaba.

Pero ahí estábamos de nuevo, sosteniéndonos la mirada sin decir nada. Había extrañado sus ojitos de muñeco. Aunque no me gustaba la tonalidad que tomaban cuando parecían afligidos.

—Bien...ehmm, voy a dejar que te pongas cómoda mientras termino de *preparar* el almuerzo —dijo finalmente, sin apartar sus ojos de mí.

—Suena bien. Trataré de no perderme buscando la cocina —bromeé logrando que sonriera, más no se movía de su lugar.

El silencio creció y Nataniel seguía de pie junto a la puerta, observándome.

«Esto es horrible. Que ganas de saltarle encima».

—¿Nate?

—¿Hum?

—Sigues aquí —recalqué.

Nate asintió, aparentemente consciente de ello.

—Lo sé —dijo sin apartar sus ojos, y aquel brillo cómplice que me presionaba el pecho se hizo presente una vez más. Él no quería marcharse y yo sabía el por qué. Ambos lo sabíamos. El aire se volvió pesado y mi corazón se presó por un momento. Lo que aquel hombre despertaba en mí solo con verme, aun y cuando estuviese a distancia, no era sano—. Iré a terminar con el almuerzo —sentenció súbitamente y con resignación. Me sonrió y salió de la habitación perdiéndose de vista.

Exhalé de golpe y mi corazón terminó por desbocarse ahora que no me sentía observada. Estaba mareada, tanta tensión me ahogaba. Y sin previo aviso, su voz me hizo brincar nuevamente cuando se asomó por la puerta.

—¿Vino, Coca-Cola o cerveza? —preguntó dejándome al borde de un infarto.

«Responde tonta, te está preguntando qué quieres de tomar,

no si quieres violártelo».

—Cerveza, la más fría que tengas.

Nataniel hizo una pequeña mueca aprobatoria.

—Cerveza será —Desapareciendo una vez más para dejarme finalmente sola.

La idea de mudarme con mi hermana había sido un error. No llevaba ni diez minutos en aquel lugar y ya me sentía acorralada, inquieta y frustrada.

*«Que dios se apiade de mí,
porque yo no soy tan fuerte».*

Luego del divino almuerzo, nos tomábamos todo el tiempo del mundo para disfrutar del postre. Si existía algo sobre el planeta tierra que yo amase más que a mi cámara, era el chocolate. Y para mi agradable sorpresa, Nate parecía compartir esa obsesión conmigo.

Sentados en el mesón central de la cocina, ya que la idea del gran comedor nos había dado flojera, nos deleitábamos como dos chiquillos que no querían dejar un solo pedazo de postre sin comer.

—Así que abandonas la cámara por la ley —comentó Nataniel llevándose un pedazo de tarta a la boca, inyectándole una severa dosis de seriedad a la tarde con aquel tema.

Yo asentí pesadamente, alejando la cucharilla de mis labios mientras me saboreaba.

—Lo sé. Es exactamente lo opuesto a lo que me dijiste que hiciera.

Nate levantó las manos librándose de la culpa.

—Fue mi humilde opinión. A la final es tu decisión, solo tú sabes lo que es mejor para ti.

Aquella última frase me dejó pensativa.

—Lo mejor para mí... —repetí apesadumbrada— ¿Cómo saber qué es lo mejor para mí?

—¿Qué es lo primero en lo que piensas cuando te despiertas?

Tardé un par de segundos en tomar el valor para contarle algo que me

resultaba personal.

—En aprovechar la luz natural de la mañana para tomar fotografías en el parque antes de ir a clases —Cuando aún tenía clases.

Nate sonrió sin apartar su mirada de mí.

—Y cuando ves algo que te cautiva... ¿Qué es lo primero que cruza tu mente?

—El ángulo más adecuado con respecto a la iluminación para captarlo a la perfección —respondí sin tener que pensarlo.

—Y cuando no tienes la cámara a la mano...

—Nunca. —Le interrumpí de inmediato— Siempre la llevo conmigo —aseguré levantando mi móvil de la mesa para referirme a la del teléfono—. Profesional o no, cualquier cámara me es siempre útil.

El castaño amplió la sonrisa. Parecía estar de acuerdo conmigo.

—Y si este apartamento se estuviese incendiando, ¿Qué llevarías contigo?

La pregunta me dejó capciosa por un instante en que solo le sostuve la mirada.

—Lo más lógico es que te saque a ti primero, no quiero a mi hermana arrancándome la cabeza por dejarle al novio bien cocido —alegué divertida, consiguiendo que Nate soltase esa encantadora risa que le iluminaba el rostro—. Pero de estar sola...en efecto sería mi cámara. Sin duda alguna.

—Ahí lo tienes —dijo elevando la mano como si señalase algo que resultaba obvio—. Tú sabes lo que quieres; de hecho, la mayoría sabemos lo que queremos —enfaticó con un toque de melancolía en la voz—. Pero solemos escuchar más a la cabeza que al corazón, y es ahí donde nos equivocamos —alegó bajando la mirada hacia su plato, dónde parecía estar dándole vueltas a una idea mientras jugaba con la cucharilla.

—Más que a la cabeza, yo diría que a mis padres y a mi hermana —admití dejando en claro que habían sido ellos la razón principal de mi decisión. La presión que generaban los Salvyn era inhumana cuando querían controlar algo.

Nate regresó su mirada a la mía, y a juzgar por la expresión en su rostro, mi excusa le resultaba absurda.

—No es su vida —apuntó firme—. Es la tuya.

Él tenía razón, sabía que era mi vida y que se suponía que hiciera lo que me hacía feliz. Pero... ¿Cómo dejar de sentirme egoísta si pensaba solo en mí?, ¿Dónde quedaba el sueño y el legado familiar?

—No te sientas culpable por hacer lo que es mejor para ti Annie —agregó Nate al final, apretando mi mano con la suya sobre la mesa. El corazón se me aceleró y el hormigueo que escoció mi piel cuando empezó a acariciarme con su pulgar, se extendió hasta hacerme suspirar aliviada, como si hubiese estado esperando siglos por ese sutil roce. La calidez de su mano, así como la seguridad de la misma, me hacían sentir tranquila, sin que dejase de palpar aquella inquietud que generaba en mí su cercanía.

Temerosa elevé la mirada y ahí estaban sus azules ojos de muñeco, mirándome con tal transparencia, que podía leer en ellos las ganas de reconfortarme. Y es que, aunque hablásemos de aquel tema como de cualquier otro, Nate, sin conocerme realmente, parecía estar consciente de lo que me afectaba el mismo. Yo, reacia a que se notara, lo disfrazaba con indiferencia, pero muy en el fondo me comía la angustia de no saber si había tomado la decisión correcta.

Respiré hondo y aparté mi mano huyendo de aquel rico, pero peligroso roce.

—Veremos qué tal se me da lo de abogada y el tiempo dirá —sentenció tomando otro bocado de tarta.

Nataniel no parecía muy convencido con mi resolución.

—Como dije antes...es tu decisión —reiteró dándole fin al tema antes de terminarse su porción de postre—. En un par de horas voy al estudio ¿Te animas?

—¿A tu estudio?, ¿Solos tú y yo? —La pregunta se me escapó de los labios con la misma rapidez que cruzó mi mente; y probablemente con el mismo tono alarmado.

Él no pudo ocultar lo descolocado que le dejó mi actitud.

—Supongo, dudo que Caroline quiera acompañarnos —dijo escudriñándome con intriga. Y cuando pareció percatarse de mis nervios, una encantadora media sonrisa se le dibujó en el rostro— ¿Algún problema con

eso?

Me sentí tan expuesta que podría jurar que sobre mi cabeza había un letrero enorme en letras de neón que decía QUIERO VIOLARTE, ESE ES EL PROBLEMA.

—No, no. Para nada —respondí— ¿Por qué tendría un problema?

—No lo sé. Tú dime, eres tú la que parece aterrada con que estemos solos —replicó con malicia.

«Desgraciado».

—No hay nada que decir. Me encantaría ir al estudio —aseguré dándole un último bocado a mi tarta.

Nataniel asintió lentamente, para nada persuadido.

—Umju...claro —Se limitó a musitar con sarcasmo. El muy imbécil parecía estarse divirtiendo.

Me sentía tan tonta que me terminé la cerveza de un solo tiro.

—¿Entonces por qué tan nerviosa? —insistió él, con el goce dibujado en el rostro.

«Lo odio tanto en este momento»

—¿¡YO!? —pifí apartando el plato y la botella ahora vacíos— ¿Por qué habría de estar nerviosa? Básicamente estamos solos ahora y no hay ningún problema porque, bueno, eres tú...soy yo. —expliqué torpemente.

—Exacto...somos nosotros —recalcó regresando su mano sobre la mía. Sus dedos provocando un pausado escalofrió que me recorrió el brazo entero mientras mis ojos se mantenían fijos en aquel atrevimiento. Y por un momento tuve el impulso de apartar la mano nuevamente, pero se sentía tan bien que no pude. Sin poder evitar las ganas, respondí a sus caricias con total deleite.

Podíamos sentirlo, aquella ardorosa y palpitante necesidad corría prisionera bajo la piel. Y aun conscientes de que aquel peligroso juego no estaba bien, queríamos, queríamos tanto, que resbalar sería cuestión de voluntad.

—Debería darme una ducha antes de irnos —dijo acariciando mi muñeca con la yema de sus largos y cálidos dedos, provocando suaves escalofríos por

mi piel.

—Deberíamos... —Su sonrisa y la oscura picardía en sus ojos, delató lo mucho que le gustó aquella idea— deberíamos en...tú y yo, pero yo por mi lado, en otro baño —corregí toscamente, sin control alguno sobre lo que decía o pensaba.

Nate asintió con una media sonrisa.

—Qué bueno que hay varios baños en el Penthouse ¿Te imaginas que solo hubiese uno yuviésemos que bañarnos juntos? —propuso dejando la imagen en el aire. Provocando que nos imaginara desnudos, contra la pared de la ducha, con sus brazos a mi alrededor mientras nos comíamos a besos entre jadeos bajo el agua—. Eso sería...

—Divino —Aquella palabra salió de mi boca sin premissio mientras sus sorprendidos ojos brillaron traviosos.

«¿Yo dije eso?».

—Más que eso —confirmó Nate soltando mi mano para tocar mi barbilla, dónde sus dedos rozaron despacio mientras mis ojos caían sobre su boca, viéndolo relamerse y morderse el labio inferior como si se contuviese las ganas.

El corazón se me aceleró con rudeza y tuve la impresión de que la promesa de no caer en su encanto se iría al demonio en ese instante, pero un acongojado gesto de su rostro anticipó su abrupto cambio de actitud. Sin decir más se apartó poniéndose de pie.

—Nos iremos en dos horas —dijo antes de marcharse.

Su repentina irritación me dejó contrariada. Mas una vez sola, pude soltar el aire que presionaba mis pulmones.

«¿A qué juegas Anne?, ¿Qué haces aquí?»

No debí aceptar. No debí venir».

La ansiedad y la zozobra, así como la tormentosa inquietud que provocaba Nate dentro de mí, terminarían por volverme loca.

LA CUEVA

CAPÍTULO 4

NATANIEL

Han pasado más de diez minutos desde que salimos de casa y el silencio entre los dos empieza a irritarme. Ella observa la ciudad por la ventanilla de la camioneta mientras yo le miro de reojo preguntándome en qué estará pensando.

«¿Estará molesta conmigo?».

No debí tocarla, no debí cruzar la línea. Pero es que Anne despierta mis ganas de seducirla, de jugarle. Y me encabronó tanto no poder besarla cuando estuvimos en la cocina, que me comporté como un idiota con ella antes de marcharme. Contener estas jodidas ganas resultaba más difícil de lo que había pensado.

«Es tan hermosa».

Sus bonitos ojos tan azules. Su jugosa boquita, rosada y carnosa. Su piel tan tersa, su sedoso y brillante cabello azabache cayendo sobre sus pechos. ¡Sus pechos!, mataría por hundirme en esos grandes y redondos pechos. Se ven tan suaves y cálidos en ese sexy escote blanco, que casi puedo sentirlos en mis manos.

«Enfócate Nate».

Regresé mi atención a la vía apretando el volante de la camioneta, respirando hondo en el intento de no mirarla nuevamente. Pero me era imposible no hacerlo. Los ojos, como imanes, se me iban solos hacia ella. Se había puesto unos muy ajustados Jeans violeta que torneaban perfectamente sus muslos, y su perfume, femenino y embriagante, me traía de cabeza.

«Mmm huele tan rico. Tan dulce, tan mujer».

Sus delicadas y frágiles manos, con sus uñas pintadas como siempre de azul, se movían inquietas sobre sus piernas. Me gustaba saberla nerviosa,

saberme dueño y causante de su inquietud.

Quise romper aquel pesado abismo que había crecido incómodo entre los dos, pero no supe qué decir. No quería hablar, quería hacer. Quería llegar al estudio, cerrar la puerta con llave y hacerla jaderar contra el sofá. Y si ella me dejaba, si me daba luz verde...lo haría.

—¿Falta mucho? —Su pregunta sacudió mis insanos pensamientos.

—Ehmm, no. Ya llegamos —informé, dándome cuenta de que efectivamente estábamos llegando. Anne me distraía como a un tonto.

Entramos a una vieja calle de un pintoresco y humilde barrio en las entrañas de Nueva York. Apagué motores frente al último edificio de la avenida y nos bajamos de la camioneta sin esperar. Anne se detuvo a mitad de la acera para observar el edificio que, no siendo de más de cuatro pisos, tenía la fachada decolorada por el tiempo y muchos de los ya corroídos ventanales habían sido clausurados por los antiguos dueños. La estructura lograba mantenerse en pie para sorpresa de muchos. Yo, personalmente, tenía fe en que podría reconstruir el lugar algún día.

Anne parecía sorprendida mirando ahora el resto de la calle.

—¿No esperabas que mi estudio estuviese aquí? —Le pregunté suponiendo que al igual que a su hermana, el barrio le parecería asqueroso e inapropiado.

—¿La verdad?, no. Pensé que estaría en otro lugar —respondió con serena actitud. Mostrando más curiosidad que desagrado.

—¿No te gusta el lugar? —insistí ansiando saber a ciencia cierta.

—Que a mí me guste o no es lo de menos —dijo regresando su mirada hacia mí—. Pero tampoco veo por qué no habría de gustarme. Solo me parece extraño que uno de los mejores fotógrafos de moda de Nueva York tenga su estudio en un centro tan sencillo como este. Solías vivir aquí, ¿Verdad?

Su pregunta me hizo sonreír. Era perspicaz.

—Sí, aquí solía vivir —confirmé—. Luego conocí a tu hermana.

—Y supongo que ella odiaba el lugar.

—Aún lo odia —recalqué sin ganas de hablar de Caroline en ese momento.

Sus azules ojos se posaron fijos sobre mí como si me analizara y finalmente sonrió.

—¿Qué esperamos entonces? Quiero conocer el lugar.

Sin más, Anne se acercó a la entrada principal. Yo la seguí sosteniendo la puerta para ella.

—Hay que subir por las escaleras. Espero que no sea un problema.

—¿Por qué habría de serlo? —inquirió ella empezando a subir mientras miraba por el centro de la escalera hacia el último piso. Su constante fisgoneo me resultaba encantador. Parecía una niña descubriendo un mundo nuevo.

—¿Cuántos pisos hay que subir? —preguntó luego de la primera tanda de escalones.

—Hasta el último, son cuatro pisos —informé detrás de ella mientras mi intento por no mirar su coqueto culo ajustado en aquel jean violeta, resultaba inútil—. Te ofrecería el ascensor, pero no funciona desde el ochenta y tres.

—¿Cómo lo sabes? Aún atentabas contra la vida de un pañal en aquel entonces —recalcó viendo alrededor cuando llegamos al descanso del primer piso. Era sumamente detallista, le gustaba observar y al parecer sabía muy bien mi edad.

—Porque lo dice en el letrero —apunté señalando al cartel que, después de tantos años, aún guindaba junto a las oxidadas puertas del ascensor: *AVERIADO. USA LAS ESCALERAS O LÁRGATE. 06-07-1983*

Anne se giró para leer y asintió sobreentendida.

—Ahora sé porque el edificio está abandonado —dijo robándome una sonrisa.

—Alguien no estaba de buen humor ese día —agregué escuchando una puerta abrirse. Era la del apartamento al fondo del pasillo—. Buenas tardes señora Hans. —Saludé a la mujer de ochenta y tantos que, de blanco cabello bien peinado en un moño, acomodaba sus redondas gafas para ver—. Soy yo, Nate. —Le ahorré el trabajo.

—¡Nate! —repitió ella mi nombre con aquel cantarín tono cargado de cariño que me recordaba a mi abuela— Pensé que era Héctor ¿Viste su coche afuera?

Suspiré y negué con la cabeza.

—Lo siento, no lo vi.

—Owww, no te preocupes muchacho —cortó ella con despreocupado ademán—. De seguro pasó por la floristería —dijo posando la vista sobre Anne—. Suele traerme una rosa roja cuando regresa a casa. Es lo mínimo que puede hacer después de haberse marchado por tanto tiempo. —Le explicó a la pelinegra, quien le miraba con una simpática sonrisa en el rostro.

—Los hombres detallistas son los que valen la pena —comentó Anne.

—¡Oh sí! —corroboró la señora Hans, luciendo su acostumbrado y elegante vestido negro—. Por eso no debes dejar que éste galán se te vaya de las manos ¡Eh! —Ambas rieron, pero Anne pareció avergonzada por el comentario.

—Anne es la hermana de mi pareja señora Hans, solo somos amigos —aclaré muy a mi pesar.

La señora Hans pareció decepcionada.

—Owww. Es que como tu novia nunca viene, pensé que era ella —alegó acomodándose nuevamente las gafas para ver bien a la pelinegra—. Pues, yo tú me quedo con esta lindura de niña. —Me aconsejó sonriente—. Tiene una energía muy bonita.

—Lo sé —admití sin dudar, encontrándome con la mirada avergonzada de Anne. Me resultaba adorable que se sonrojase—. Debemos irnos señora Hans, tengo trabajo pendiente —excusé buscando cortar con aquella distracción.

—Seguro, seguro. Por mí no se preocupen. Yo seguiré esperando a Héctor —informó regresando al interior de su apartamento.

—Lo saluda de mi parte —dije esperando a que la puerta cerrara. Señalando las escaleras a Anne para continuar subiendo.

—Que señora tan simpática —comentó ella adelantándose—. Pensé que el edificio estaba abandonado.

—No, no lo está. La mayoría se ha marchado, pero aún quedamos quienes nos aferramos al lugar.

—Ya veo —continuó subiendo—. Su esposo debe ser un hombre

maravilloso, se nota lo mucho que lo quiere.

—Era —aclaré—. Murió hace años. —La pelinegra se detuvo y giró mirándome incrédula.

—¿Hablas en serio?

Suspiré deteniéndome un escalón más abajo.

—Desafortunadamente sí. Ella nunca superó la muerte de su esposo, se negó a creerlo y desde entonces lo espera todos los días. Se pone el mismo vestido negro, se arregla y se sienta en el sofá junto a la puerta para estar al pendiente —Le conté conociendo la historia de memoria. Anne parecía afligida mirando hacia la puerta de la señora Hans.

—Y luego hay quienes dicen que el amor verdadero no existe —comentó antes de posar sus bonitos ojos sobre los míos. Tan grandes y llenos de vida, que me provocaba sonreír de solo mirarla.

Subí a su mismo escalón acortando la distancia debido a lo estrecho de la escalera.

—¿Y tú?, ¿Crees en el amor verdadero, Anne? —Le pregunté notando como sus mejillas se sonrojaban nuevamente y los músculos de su rostro se tensaban. Era tan honesta con sus emociones, tan transparente, que sus reacciones me calentaban el pecho provocándome unas enormes y jodidas ganas de tocarla.

—Nunca he estado enamorada, así que no soy la más indicada para dar un veredicto al respecto.

Tuvo intenciones de continuar subiendo, pero yo la detuve por su brazo devolviéndola a su lugar.

—No respondiste lo que te pregunté Annie —insistí suavizando mi agarre en su brazo para acariciar despacio el camino hasta su muñeca.

Ella se notó tensa con mi roce, incómoda incluso. La estaba tocando de nuevo, y aunque sabía que no debía, era más fuerte que yo la necesidad de hacerlo.

—Solía creer —dijo finalmente—. Solía creer en ese amor capaz de consumir cada fibra de tu ser hasta que ya no te perteneces a ti mismo porque no existes sin esa otra persona.

—¿Y qué paso? —pregunté intrigado, presintiendo rabia y dolor en su voz.

—Desperté. Era solo un sueño —respondió apartándose finalmente para seguir subiendo. Algo me decía que Anne llevaba una pesada herida encima. Y alguien capaz de besar y sentir de la forma en que ella lo hacía, no podía haber dejado de creer en ese fuego del que hablaba.

La seguí llegando al descanso del segundo piso, dónde la sombra de alguien sentado contra la puerta de un apartamento detuvo mis pies. La claridad que provenía del ventanal al otro extremo del pasillo me cegó, aun así, yo sabía quién era. Me acerqué sin pensarlo dos veces, y al verla, se me hizo un nudo en el estómago cargado de ganas de patearle el culo al padre.

Era Jennifer, una pequeña de doce años que parecía llevar horas ahí sentada.

—¿Jenni? —Ella levantó la mirada hacia mí. Sus verdes ojos cargados de tristeza— ¿Cuánto tiempo llevas aquí afuera princesa?

Jenni elevó los hombros con fatiga. Sin hablar, nunca lo hacía. Suspiré y me puse de cuclillas frente a ella. Anne se acercó a nosotros, y por un momento, la noté desconcertada e incluso preocupada.

—Papá trajo a otra novia a casa ¿eh? —Le pregunté a Jenni recibiendo un movimiento afirmativo de cabeza— ¿La trajo esta mañana? —Ella negó— ¿Anoche? —Asintió y quise tumbar la puerta para romperle la cara al muy maldito por haber dejado a la niña afuera otra vez— ¿Has comido algo?

Jennifer negó con la cabeza nuevamente.

«Maldito hijo de perra».

—Bien ¿Te gustaría una de esas hamburguesas que nos comimos el otro día? —Ella asintió con euforia— ¿Y qué tal el helado con doble chocolate y caramelo? —Me hizo sonreír verla emocionada con la idea— Bien...—Saqué dinero y lo guardé en el bolsillo de su sudadera rosa—. Cómete una de esas por mí y le compras un helado a la señora Hans. Así le haces compañía un rato. ¿Te parece? —Jenni asintió nuevamente, ya menos triste—. Luego me cuentas como estuvo.

La niña me abrazó con tanta fuerza que casi me tumba al piso, se puso de pie y salió corriendo escaleras abajo. Una vez que desapareció de nuestra vista, la sonrisa se me borró del rostro. Tenía ganas de partirla la cara al

cabrón de su padre. Pero no podía tumbar la puerta y patearle el culo, porque habiendo pasado antes, el muy maldito descargaría su enojo con la niña. Y aún no me perdonaba la primera vez.

—Tiene doce años —musité suponiendo que Anne querría saber—. Es solo una niña —recalqué exhalando pesadamente—. Y yo un jodido cobarde incapaz de hacer algo por ella.

—Hey —La reprochante voz de Anne atrajo mi atención—. No seas tan duro contigo. Esa niña comerá hoy gracias a ti.

Su comentario me pareció tan estúpido.

—Wow...soy un verdadero héroe —dije regresando a la escalera, dónde me detuve consiente de que había sido un imbécil con Anne. Respiré hondo, me giré, y ahí estaba ella mirándome de forma represiva—. Lo siento.

Ella se acercó y se detuvo en el escalón inferior.

—Entiendo que te frustré el no poder hacer nada más por ella. Me frustra a mí como abogada y ni siquiera la conozco —alegó aparentemente afectada por ello—. Pero no debes ser tan duro contigo. Lo que hiciste, lo que a juzgar por la confianza que te tiene, has hecho otras veces, es más de lo que otros han hecho por ella.

—No es suficiente —alegué metiendo las manos a los bolsillos de mi pantalón.

—Tal vez no. Pero para ella, aunque te parezca un chiste, eres su héroe —recalcó consiguiendo arrancarme la sonrisa finalmente—. Y te ves muy sexy de héroe.

Su comentario le terminó de dar la vuelta a mi ánimo, y cuando quiso subir más escalones, le bloqueé el paso con una mano.

—¿Y qué pasaría si voy por la calle ayudando a todo niño que me pase por enfrente? —pregunté contagiándoseme aquel travieso brillo en su mirada.

—Te verías mucho más sexy —apuntó ella con media sonrisa. Y yo muriendo por esos labios.

—¿Ah sí? ¿Y qué pasaría si me veo más sexy? —indagué.

Ella se tomó un segundo para pensar mientras no apartábamos la mirada.

—¿Qué me quieres escuchar decir?

—No lo sé, tú eres la del fetiche infantil. —Y tan pronto como aquello salió de mi boca supe que había sonado horrible—. Eso no sonó bien.

—No —alegó ella soltando la risa y pasando por debajo de mi brazo para continuar subiendo—. Apresúrate Mary poppins, ya quiero ver tu antiguo apartamento disfrazado de estudio.

Yo la seguí sin más, sintiéndome como un completo tonto.

Una vez en el descanso del último piso, le indiqué cual era la puerta, saqué la llave de mi bolsillo y abrí ofreciéndole paso. Anne entró y se detuvo un par de pasos más adelante.

—Wow...—Le escuché decir mientras cerraba la puerta.

—¿Qué? —pregunté sin comprender el porqué de su aparente sorpresa. Pero bastó girarme y notar la forma en que miraba las grandes fotos que tenía regadas por la sala, para entender—. No son gran cosa —impuse de inmediato.

—No son modeluchas para empezar —recalcó ella acercándose a una de mis fotografías favoritas. Una en blanco y negro dónde la señora Hans era protagonista. Montada en un gran cuadro de setenta por noventa—. Esto es... —Se detuvo girando la mirada hacia otra foto más pequeña de unos niños jugando en el parque de la esquina. Seguida de otro par de atardeceres en la playa y el retrato del músico de la cafetería—...es hermoso Nate. —Sus palabras salieron cargadas de genuina conmoción, y al girarse hacia mí, sus bonitos ojos se abrieron de par en par. Supuse que estaría viendo el mural detrás de mí, ese dónde solía pegar fotos instantáneas de todo lo que me inspiraba.

La transparente fascinación en su rostro me calentó el pecho haciéndome sentir absurdamente emocionado.

—Me gusta fotografiar todo lo que siento real y autentico. Pero como dije, no es gran cosa —insistí quitándome la chaqueta de cuero para lanzarla en el sofá.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó alarmada, viendo alrededor sin perder detalle, deteniendo sus ojos en cada nueva foto que se encontraba a su paso. Algunas guindaban de la pared, otras de algún cordón que cruzaba el

recinto; y mis favoritas, habían sido convertidas en grandes cuadros que, descansando unos contra otros, ocupaban espacio en la pequeña y reducida sala.

Suspiré y elevé los hombros sin respuesta. No era bueno para estar del otro lado de los halagos.

—Tu modestia me molesta —dijo ella acercándose finalmente al mural.

—No es modestia, es la verdad —repliqué siguiéndola con la mirada. Tenía un hipnotizante balanceo al caminar que me desconcentraba.

—Tu verdad te la puedes meter en el ombligo —refutó haciéndome reír su ocurrencia—. Tus fotos son maravillosas. Transmites con ellas. Están cargadas de realidad y sentimiento. —Se giró hacia mí nuevamente—. Tu trabajo, tu verdadero trabajo, es realmente hermoso.

De nuevo me hacía sentir como un tonto emocionado.

—¿En verdad lo crees? —pregunté empezando a gustarme tanto entusiasmo en su voz por mi trabajo. Era algo nuevo para variar.

—¿Te mentiría?

—Supongo que no —Sus bonitos y honestos ojos me sostuvieron la mirada por un momento, y mis ganas de sentirla y tenerla cerca se acrecentaron sin medida. Ella se volvió hacia el mural finalmente y yo me acerqué a ella por detrás—. ¿Cuál te gusta más?

—Todas. Todas tienen magia —dijo mirándome de reojo. Su rostro tan cerca, su aroma.

«*Qué bonita es*».

—Gracias.

—No tienes que agradecerme —dijo girándose nuevamente hacia mí—. Eres muy bueno y te acabas de convertir en mi fotógrafo favorito en todo el mundo —exageró, haciéndome sentir avergonzado con tanto agasajo.

—No es gran cosa Anne. Hay mejores que yo —reiteré sin poder dejar de sonreír.

—No para mí —insistió ella haciéndome sentir importante.

«*Hay mi bonita, mi bonita*»

—Y apartando lo espectacular de las fotografías, tu estudio me agrada —dijo apartándose un par de pasos, imponiendo distancia entre ambos.

«Inteligente, muy inteligente de su parte».

—Lo siento si es pequeño —Pedí disculpas consiente de que parecía una pocilga.

—¿Por qué lo sientes? Lo pequeño lo hace acogedor. Me gusta —aseguró ensimismada nuevamente con las fotografías del mural. Anne no me ponía a prueba, juzgaba o criticaba. Aquello me tenía desconcertado.

—Es mi cueva —comenté recibiendo una risotada de su parte.

—¿Tu cueva? —preguntó paseándose por el resto de fotografías. Mostrando especial interés por los retratos y paisajes.

—Así lo llama J.D —expliqué.

—¿J.D?

—Jasper, mi mejor amigo. Ya lo conocerás.

—Yo encantada. —La sinceridad y la autenticidad en las palabras de Anne me movían el suelo haciéndome recordar lo agradable que se sentía compartir con alguien a quien aparentemente le importabas.

—¿Qué dice mi hermana de tus fotos? Supongo que debe amarlas —comentó logrando sabotearme la emoción de raíz.

—Caroline no dice nada —confesé sin más, consciente de lo seco que había salido aquello de mi boca—. Solo ha venido una vez y no llegó al primer piso —destaqué recordando aquel tedioso día como si fuese ayer. Sus reproches por mi pocilga no cesaron por dos meses.

Anne se giró hacia mí contrariada. Parecía tener una imagen muy diferente de su hermana, y no quería ser yo quien se la destruyera.

—Sé que no debería preguntar esto, pero... ¿Está todo bien con mi hermana?, ¿Es algo de lo que quieras hablar?

—No —corté sin más— ¿Quieres tomar algo? ¿Un refresco? ¿Te? ¿Cerveza? —pregunté tomando vía a la pequeña cocina.

La escuché suspirar resignada.

—Cerveza. Fría.

—Una cerveza en camino. —Saqué un par de botellines de la nevera y regresando a la sala con ambas cervezas destapadas, encontré a Anne distraída con un conjunto de fotos que había tomado recién en un salón de baile para ancianos.

Le ofrecí uno de los botellines y me detuve junto a ella.

—Se ven felices —dijo tocando las fotos sobre el mesón con la yema de sus dedos

—Lo estaban. A muchos de ellos les dieron pocos meses de vida hace unos años —conté recordando las historias que descubrí en ese lugar.

—¿Y qué paso?

Sonreí al escucharla interesada en saber.

—Pasó que la alegría y las amistades que crearon gracias al baile avivaron sus ganas de luchar, mejoraron su calidad de vida, y les regalaron un pasaje de larga estadía en este mundo.

Cuando elevé la mirada, Anne me observaba. Ahí estaban de nuevo sus bonitos ojos brillando y su linda sonrisa pintada en sus labios.

—¿Qué? —pregunté sintiéndome analizado. Ella simplemente se inclinó hacia mí y besó mi mejilla, calentándome la piel entera con aquel sencillo y dulce atrevimiento— ¿Por qué fue eso? ¿Podrías hacerlo de nuevo?

Ella rio y elevó los hombros con un travieso gesto en la mirada.

—No lo sé. Y no, no volveré a hacerlo.

—¿Ni porque te cuente otra historia? Me gusta contar historias, soy bueno contando historias, de hecho podrías darme un beso como premio —propuse sintiendo que le rogaba. Pero si era por un beso como aquel, no me molestaba hacer el tonto.

Anne rio nuevamente.

—Tal vez —respondió alejándose para lanzarse en el sofá, dónde la expresión de su rostro cambió una vez más al encontrarse con mi guitarra descansando junto al mismo—. Dime que tocas guitarra, dímelo, dímelo por favor.

La suplica en su voz me causó gracia.

—¿Por qué quieres saber?

—Porque eso te haría más sexy de lo que ya eres.

No sonreír me resultó difícil. Me relamí los labios y finalmente solté la risa sintiéndome absurdamente expuesto. Pero me gustaba su sinceridad, me hacía sentir atractivo para ella.

—Entonces, supongo que soy más sexy de lo que piensas bonita —dije acercándome para sentarme en el sofá junto a ella. Tomando la guitarra en manos—. No solo sé tocar, también sé cantar.

«Y no debí darle esa información».

—¡Cásate conmigo! —exigió exagerada, suspirando tal cual fanática.

Yo solté la carcajada con ganas.

—Dame hora y lugar. El sí viene incluido —respondí consiguiendo que Anne se incomodara. Yo y mi mala costumbre de no medir lo que decía. Aun así, me miró traviesa y sonrió, matándome con aquella avergonzada pero gustosa expresión. Estábamos coqueteando sin ninguna vergüenza y lo sabíamos.

Apartó finalmente la mirada bebiendo de su cerveza, y yo empecé a tocar las primeras notas de *knocking on heaven's door* en la guitarra.

«Su sonrisa podría iluminar el rincón más oscuro del puto mundo»

—Canta —Pidió.

Yo negué con la cabeza.

—Otro día —dije sin dejar de tocar.

—¿Te da pena cantar?, ¿En serio? —preguntó burlona.

No pude responder o mentiría. Así que solo sonreí.

—Cobarde —musitó haciendo puchero.

«¡Bonita! No hagas eso que me provoca morderte».

Se reacomodó en el sofá para escuchar atenta, y por un rato nos mantuvimos en silencio mientras yo tocaba. Verla tan dispuesta y entregada a

pasar el rato conmigo, me llenaba. De pronto no me sentía tan solo.

—Algún día deberíamos tocar juntos. Ya sabes, yo la guitarra, tú el piano —propuse luego de un rato, deteniendo mis manos sobre el ligero instrumento de cuerdas.

—¿Cómo sabes que yo....? —Su pregunta se cortó cuando pareció recordar la noche de su fiesta. Sus mejillas se sonrojaron rápidamente.

—Sí, esa noche —corroboré apartando la guitarra para beber de mi cerveza antes de que se calentara.

La tensión había crecido nuevamente, y por un momento, me pregunté si era buena idea hablar de *esa* noche. Tal vez si enfrentábamos lo sucedido podríamos llevar mejor la situación. Pero algo me decía que ninguno de los dos se atrevería. Jodida suerte.

—Empecé a tocar piano a los ocho —contó buscando retomar la conversación, enfocando el tema en otra dirección—. Mi madre se empeñó en que debía aprender desde pequeña, y como siempre me ha gustado la música, no me quejé.

—A mí también me gusta desde niño —dije siguiéndole la corriente, no la presionaría—. Pero yo aprendí de mi padre. Era un gran músico.

—¿Era? —preguntó ella con clara conciencia de lo que aquel tiempo verbal significaba.

Yo asentí sin dar detalles.

—Sí, era —confirmé empujándome un buen sorbo de cerveza. Cortando tajantemente el tema. Prefería hablar de Caroline que de mi padre.

—Bien, como veo que es otro tema del que no te gusta hablar —recalcó ella haciéndome sentir como un completo idiota—. Hablemos nuevamente de tu hermoso talento ¿Qué demonios haces fotografiando modelos? Sabes que el 80% de esas fotos pasan por Photoshop ¿Verdad?

Yo suspiré y asentí consciente de ello mientras jugaba con el botellín de la cerveza en mi mano.

—¿Entonces? —insistió ella— ¿Por qué no estas mostrando tu verdadero trabajo al mundo? ¿Por qué sigues en la revista?

Yo elevé los hombros, no me gustaba hablar sobre mí.

—Porque la revista es algo seguro...Supongo.

—¿Supones? —La expresión de su rostro cambió. No le había gustado ni convencido mi respuesta.

Respiré hondo obligándome a dar razones.

—A Caroline le gusta lo seguro. Intentar surgir como fotógrafo autónomo sería un camino largo, difícil e inestable —expliqué encontrándome con otro cambio en su mirada. Uno lleno de enojo e incredulidad.

—¿Pero de que hablas? Ya eres un fotógrafo reconocido, el camino no sería largo, ni difícil, ni mucho menos inestable —destacó ella aparentemente frustrada con la situación ¿Tanto le importaba?— ¿Dónde quedo eso de “*La vida es tuya no de ellos*”? —preguntó imitándome.

—No es lo mismo. Es complicado.

—No, no es complicado, eso es solo una excusa —dijo sin más, y en un segundo su expresión volvió a cambiar cuando pareció haber caído en cuenta de algo—. Eso es...tienes miedo. No crees que tu trabajo pueda gustarle al público, o que valga la pena el intento.

No pude replicar.

—Nate —Su voz se enterneció mientras se acercaba a mí en el sofá—. No tengas miedo a fallar, ten miedo a no intentarlo nunca.

—Yo podría decirte lo mismo —repliqué notándola expuesta.

—Estamos hablando de ti —sentenció provocando que yo sonriera mientras ella apoyaba su mano sobre mi rodilla—. Mi abuela solía decir que los ganadores no son aquellos que nunca fallaron, son aquellos que nunca se rindieron. No te rindas sin haberlo intentado primero.

Sus palabras estaban tan cargadas de afecto y genuino interés, que de ser otra la situación, hubiese hecho lo que fuese que ella me pidiera. Anne creía en mí, podía verlo en sus ojos y sentirlo en su forma de apretar mi rodilla como si quisiera impulsarme. Por un momento, intentar lo de ser autónomo no me pareció tan descabellado.

—Tal vez tengas razón —dije sosteniéndole la mirada, muriendo por

tocarla.

Anne sonrió victoriosa.

—Siempre la tengo —aseguró traviesa, pero su sonrisa se borró cuando mi mano alcanzó su rostro. La había tomado por sorpresa, podía notarlo en su forma de mirarme. No podía seguirme resistiendo, ansiaba sentirla.

Ella, tierna y nerviosa, no dijo nada, se mantuvo callada mientras detallaba su rostro y acariciaba su mejilla con mi pulgar.

—Eres tan bonita —Necesitaba decírselo.

Anne respiró hondo sin apartarse y yo sin voluntad para dejar de observarla.

—No me mires así —pidió sonrojada y con media sonrisa.

—¿Así cómo? —pregunté bajando el tono de voz mientras me acercaba otro poco buscando su aroma. Sintiendo aquel atrayente imán latiendo entre los dos.

—Así, así como me miras ahora —insistió ella.

Su nerviosa inquietud me derretía.

—¿Por qué no? —pregunté ansiando saber la respuesta, consciente de lo cruel que era al indagar tanto.

Su respiración se volvió más densa a medida que acariciaba ahora su barbilla.

—Tú sabes porque —alegó dándole justo al clavo, agitándome el corazón.

Aparté un azabache mechón de su rostro mientras me mordía la boca en el intento de contener la sonrisa, hundiendo mi mano en su cuello para sostener su rostro entero en la misma.

—No, no lo sé —repliqué.

«Estás temblando bonita... que rico».

—Tonto —musitó bajando la mirada.

—Tú me pones tonto —admití elevando nuevamente su rostro hacia mí.

—¿Más? —preguntó divertida. Yo fingí estar ofendido.

—Está bien, está bien. Lástima mis sentimientos.... ¿Para que los quiero de todas formas? —dramaticé fingiendo que lloraba. Y solo dejé de hacerlo cuando sentí su mano posarse sobre la mía aún en su rostro. Aceptaba mi cariño, le gustaba y no se rehusaba.

«Mi bonita. No tienes idea cuanto me haces sentir».

Apartó finalmente mi mano, pero para mi sorpresa, no fue para alejarme. Se puso de pie y yo me reacomodé en el sofá, recostándome; porque de espaldas a mí, buscó colocarse entre mis piernas para acomodarse contra mi pecho.

El corazón me estalló y cada jodido músculo de mi cuerpo se atirantó. ¿Era consciente de lo que hacía? ¿De la línea que estaba cruzando?

Tuve que respirar hondo y apretar las manos contra el sofá para contener la necesidad de abrazarla con unas ganas muy diferentes a las simples ansias de rozarla. Pero entonces la sentí temblar y supe que ella estaba tan anhelante como yo. Manteniéndome a raya, aparté todo su cabello hacia su hombro izquierdo para poder ver su rostro, y dejé que tomase una de mis manos para que jugase con mis dedos.

La calma llegó agradable y sin prisa. Los segundos pasaron en silencio mientras asimilábamos el momento y nos acoplábamos a gusto. Si ella quería que la consintiera, lo haría sin protesta alguna. Y si quería lanzarse al hoyo conmigo, la dejaría arrastrarme hasta el final. Solo tenía que darme luz verde.

«Que rico hueles bonita. Que bien te sientes».

—Cuéntame algo, una historia. —Su voz me empujó de regreso a la realidad.

—Mmm, una historia —repetí pensativo—. Elige una foto y te contaré la historia tras ella.

Anne sonrió, parecía emocionada con la idea. Observó las grandes fotografías y señaló una de las más viejas al fondo. Esa que pensé estaría lo suficientemente escondida como para no toparme de nuevo con ella. Dónde una pecosa pelirroja se mecía sonriente en un columpio.

Suspiré, no era la mejor de todas las historias.

—Si no quieres contarla, puedo elegir otra —alegó ella, al parecer se

había percatado de mi vacilación.

—No, no. Esa fue la que elegiste y quiero complacerte —dije siguiéndole el juego a sus dedos, danzando despacio y sin música entre los míos—. Esa foto cuenta la historia de una chica muy alocada y atrevida que vivía de impulsos y aventuras. Que amaba la medicina tanto como a las estrellas, y que de pequeña soñaba con ser astronauta.

—¿Y qué le paso a esa chica?, ¿Tiene nombre? —preguntó Anne tomando mi mano libre para jugar con ambas esta vez. Obligándome así a rodearla con mis brazos y sentirla con mayor entereza. Sus pronunciadas curvas se adaptaban perfectamente a mi cuerpo.

«*Que ricura de mujer*».

—Llamémosla...*la astronauta* —impuse hundiendo mi nariz en su cabello.

—Ok.

—La astronauta tenía un novio al que llamaremos *El idiota* —continué consiguiendo una sonrisa de sus rosados labios que, desde aquel ángulo, se veían más carnosos que nunca—. Un chico que no fue capaz de cometer errores por ella. Demasiado recto y controlador para permitirse una sonrisa fuera de lugar o una aventura a la luz de la luna. Demasiado cobarde para luchar por lo que avivaba realmente su corazón, y demasiado lento para darse cuenta de que la perdía.

—Sí, suena como un completo idiota —reiteró ella haciéndome resollar avergonzado.

—Lo era —sostuve liberando una de mis manos para acariciar su hombro con la yema de mis dedos, viendo cómo se erizaba su blanca y suave piel.

—¿Y qué paso con la astronauta?, ¿Lo dejó?

Asentí viendo hacia la fotografía de la pelirroja. Suspiré y sonreí.

—Sí, lo hizo. Y fue la mejor decisión que pudo tomar. Él no le hubiese podido dar lo que ella necesitaba.

—¿Y es feliz ahora?, ¿La astronauta?

Sus preguntas me enardecían. Parecía una niña curiosa a la que me moría por consentir hasta más no poder.

—No lo sé —respondí ajeno a esa información—. Pero espero que sí.

Ella sonrió y se reacomodó entre mis piernas provocando fricción, el roce con sus nalgas me tenía al borde de un colapso testicular.

—Estoy segura de que *El idiota*, dejó de ser tan palo en el culo —comentó ella haciéndome soltar la carcajada.

—¿Cómo estas tan segura? —indagué curioso.

Anne se tomó un segundo para responder y entrelazó fuerte su mano con la mía.

—Porque puedo sentirlo.

Sonreí. Ella no era tonta, sabía muy bien quien era ese “*Idiota*”

Giró su rostro hacia mí y me dio un beso en la mejilla cumpliendo con mi premio. Para mi constante sorpresa, luego del beso, no se apartó. Y mi mano libre no esperó para acercarse a su rostro, sosteniendo el mismo por su cuello con firmeza para que no se alejara.

—¿Los besos serán siempre en la mejilla?

La escuché suspirar cuando rocé sus labios con mi pulgar, traspasando la línea nuevamente. Más allá de lo debido.

—¿Los quieres en otro lado? —Ella no se podía imaginar todo lo que se me ocurría en ese momento.

—Tal vez —respondí jugando con su aliento— ¿Qué tal aquí? —pregunté besando su frente— ¿O aquí? —continúe besando su mejilla. Su piel ardía bajo mis labios— O aquí... —Lo siguiente fue su rica boca, que ansiosa me dio un acaramelado recibimiento.

—Mmm. —Me gustó tanto escucharla jadear cuando exhalamos con satisfacción, que mi mano apretó su rostro con mayor fuerza. Las ganas que le tenía estallaron dándome alivio. Y sin prisa, nos besamos como dos sedientos. Ella se reacomodó girándose entera sobre mí, apoyando sus manos del sofá, mientras mis manos encontraron cálido lugar en su espalda.

«Mmmmm ¡Sí! ¡Por fin!».

Se sentía tan pequeña en mis manos y sus pechos tan suaves contra el mío. Que no apretarla para gozar de sus curvas hubiese sido un desperdicio. Anne

jadeaba provocando que me agitara, y su lengua, habilidosa, sedujo a la mía mientras saboreaba su jugosa boquita. Por un momento supuse que hasta ahí habíamos llegado con tanto control, nos dábamos por vencidos y cedíamos a las ganas que nos teníamos, porque ella también ansiaba dejarse llevar, podía sentirlo en su goce.

Pero Anne rompió mi vaga ilusión cuando se apartó bruscamente.

—No —musitó antes de alejarse alarmada, poniéndose rápidamente de pie— ¿El baño?

Aturdido, señalé hacia la primera habitación del pasillo tras nosotros, ella no tardó en apresurar el paso.

—Anne... —El sonido de la puerta al cerrarse me hizo callar.

«¡MALDITA SEA! ¿Pero qué demonios pasó?».

Diez minutos más tarde, Anne decidió salir del baño. Se negaba a mirarme a los ojos y se mantenía alejada con notable miedo a acercarse. La tensión había crecido nuevamente, y esa barrera que se imponía entre los dos batallando entre lo debido y lo que deseábamos, se alzaba más fuerte que antes.

—Anne... —Quise disculparme.

—Dijiste que Caroline solo ha venido una vez ¿Cierto? —interrumpió ella recordándome la realidad de la forma más directa. Transformando mi frustración en una jodida y enorme irritación. Respiré hondo, suponiendo que así serían las cosas.

—Sí, eso dije —afirmé sin intenciones de disimular mi amargura.

—¿Qué demonios sucede con mi hermana?, ¿Cómo puede importarle tan poco tu trabajo? —preguntó enfocando su atención en las fotografías— ¿Qué sucede con ella? No solía ser así.

—Cuando tengas la respuesta al misterio, házmelo saber —repliqué poniéndome de pie.

El silencio se hizo mientras llevaba los botellines de cerveza casi vacíos a la cocina. Dónde me tomé un momento para bajar la calentura que traía. Debía comportarme, dejarme de pendejadas y medir mi actitud para no descargar mi frustración con ella. Anne no tenía la culpa. Era yo quien debía respetarla. Era

yo quien debía poner punto final a aquella suicida búsqueda de problemas.

—¿Tienes hambre?, ¿Qué tal si vamos a comer algo? —propuso ella desde la sala, como si no hubiese pasado nada entre nosotros hacia solo minutos.

—Lo único cerca es Pizza, hamburguesas y perros calientes. Comida basura —informé saliendo de la cocina—. Así que mejor comemos en casa.

—Nate, no soy Caroline —apuntó de la nada tomándome por sorpresa, bajándome así el cólera de golpe—. Y la Pizza es lo segundo mejor en el mundo después del chocolate.

Darme cuenta de que llevaba toda la tarde juzgando sus acciones, gustos y pensamientos por los comportamientos de su hermana, me cambió el ánimo como si me hubiesen dado una bofetada. Eso y que le gustase tanto la pizza como a mí.

—Bien, entonces conozco el lugar perfecto —dije tomando mi chaqueta y abriendo la puerta del estudio para marcharnos.

Anne salió primero, yo me tomé un segundo para mirar el sofá. Con las ganas que tenía de comérmela entera.

BAJO EL MISMO TECHO

CAPÍTULO 5

ANNE

Primer día de trabajo en el prestigioso bufete de mi hermana, dónde sorprendentemente me volví experta sirviendo café. Según Caroline, debía aprender de ella antes de poder ejercer con propiedad. En resumen, mi hermana no confiaba en mí y no quería mis novatas narices metidas en ninguno de sus casos. ¿Para qué me invitó a su bufete entonces? ¿Para qué me hizo venir a sufrir la tortura china que estaba viviendo con Nate? Aún no lograba sacarme la fiesta de graduación de la cabeza, cuando tenía el sofá del estudio martillándome la existencia.

«No puedo dejar de pensar en él.

¿Y cómo hacerlo si lo veo todos los días?».

En las noches lo escuchaba caminar por el Penthouse, y aunque solo han pasado unos días, ya identifico el ritmo de sus pasos. Sordo y arrastrado. No usa pantuflas, pero si vuelve polvo los calcetines limpiando el suelo con ellos. Y aunque me provoca unirme a él en sus trasnochos, no debo.

«¿Por que le costará dormir?».

La puerta del ascensor se abrió finalmente, cansada me empujé hasta la puerta del apartamento anhelando mi cama. Abrí con mi propia llave y cerré detrás mientras el perfecto y exquisito aroma de Nate se me incrustaba en el cerebro. Estaba en casa. Lo que significaba que estábamos solos nuevamente.

«Maldición».

Respiré hondo y me adentré resignada, solté mi bolso de cuero gris en el sofá, y me dejé caer en el mismo como si pesara setecientos kilos. Estaba exhausta de hacer literalmente nada. Miré alrededor, y aunque una luz proveniente del pasillo rompía la penumbra de la sala, no había señales del apuesto texano. No sería yo quien se arriesgase a buscarlo.

Cerré los ojos, recosté mi cabeza hacia atrás e intenté relajarme.

—Hey, no escuché la puerta. —Dicho y hecho— ¿Cómo te fue en tu primer día? —preguntó Nate acercándose al sofá.

Me limité a mirarlo sin poder gesticular expresión alguna con respecto a su pregunta.

—¿Tan maravillosamente bien? —preguntó con sarcasmo mientras yo hacía un esfuerzo sobrehumano para que no se notase que lo estaba detallando. Lucía peculiarmente hermoso esa noche. Mentira, probablemente más de lo acostumbrado. O tal vez eran las ridículas ganas que le tenía que me hacían verlo cada día más atractivo. Pero llevaba jeans negros, botas del mismo color y una simple franela violeta bien ajustada a sus grandes brazos. Siempre varonil y cómodo. La ciudad no había logrado arrancarle la sencillez sureña.

—Si escuchar a seis personas hablar todo el día mientras les sirves café, es tu definición de maravilloso...entonces sí. ¡El mejor día de mi vida! —exclamé con amargada sorna mientras hachaba la cabeza hacia atrás una vez más, viendo el techo.

—¿Caroline te puso a servir café? —A juzgar por el asombro en su voz, aquello le había tomado por sorpresa.

—Según Caroline, soy muy novata y debo aprender de ella primero —repetí sus palabras recordando una por una. No lograba descifrar qué había sucedido con mi hermana, pero esta Caroline no era la misma con la que yo me había criado.

—¿Para que demonios te invitó al bufete entonces?

—Yo me hago la misma pregunta —El suspiro que salió de mis labios me dejó más agotada de lo que ya me sentía. Sin fuerzas para moverme. Y más que cansancio, era frustración lo que ataba mi culo con tanta fuerza a la gravedad del sofá.

—Bien, algo bueno tuvo que pasar —apuntó lanzándose en el sofá junto a mí.

Yo le miré y me reacomodé manteniendo distancia. Aún no me perdonaba lo sucedido en el estudio como para volver a flaquear tan pronto. Estaba consciente de que, si se me acercaba mucho, me rozaba, o simplemente me miraba por más tiempo de lo debido, me transformaría en esa yo inconsciente

que él despertaba, esa que se olvidaba del sentido común y lo seducía sin importar las consecuencias. Por lo que era mejor mantener la distancia y la calma que habíamos conseguido durante varios días.

—La verdad es que el caso que están tratando me parece interesante —confesé con la mirada perdida en el comedor—. Es sobre una petición de custodia, pero no quiero aburrirte con legalidades —manifesté quitándome los tacones para montar los pies en la mesita de café. No acostumbra usar tacones durante tantas horas, y eso de vestir como ejecutiva me envenenaba el ojo cada vez que me miraba al espejo. Caroline y sus reglas.

—Cuéntame —insistió Nate—. Pero si ves que me quedo dormido es porque tuve un infarto cerebral por aburrimiento —avisó, resultando obvio que intentaba subirme el ánimo.

—Ok, pero no digas que no te lo adv...—No había terminado de hablar cuando Nate cerró los ojos dejando caer su cabeza hacia adelante mientras roncaba— ¡Hey! ¡Estúpido!

Su risa contagió la mía, logrando su cometido de cambiar la energía en todo mi cuerpo.

«Con que facilidad me puedes»

—¿Quieres que te cuente o no? —pregunté rindiéndome a su encanto.

—¿Hay drama?

—Mucho —aseguré.

—¿Muertes?

—Un par.

—¿Suspenseo?

—De principio a fin.

—Ok, busco un par de cervezas y regreso —Diciendo aquello, Nataniel se levantó como niño emocionado y corrió hacia la cocina mientras yo estallaba en carcajadas.

«Está loquito. Loquito y hermoso».

Regresó con dos botellines, se quitó las botas lanzándolas al aire torpemente, y se lanzó al sofá ofreciéndome la más fría. Yo volví a reír

temiendo salir lastimada en su fingida tosquedad, pero consiente de que solo continuaba con su intento de subirme los ánimos, bebí un primer sorbo de mi cerveza antes de empezar con la historia del caso.

—Bien. Como ya sabes, es una petición de custodia. Lo extraño es que el padre de la niña es quien la pide, alegando que la madre no es buena influencia para su hija. Según él no está en sus plenas facultades mentales para cuidar de ella o de sí misma. Asegura que es violenta y que maltrata a la pequeña. Y aunque aún no se han encontrado pruebas o señales de maltrato, la niña no lo niega.

—La niña fácilmente podría estar siendo manipulada por él —opinó Nate sin apartar sus ojos de mí. Atento.

—Sí, yo pensé lo mismo. Pero para Caroline el padre es un hombre respetable y de muy buena posición social, capaz de proveer un brillante futuro a la niña. Mientras que la madre está medicada, es auto-depresiva y no tiene un trabajo estable.

—¿Están separados? —Su interés por saber me divertía.

—Divorciados. Hace tres años.

—¿Y dónde entra la parte de las muertes? —preguntó consiguiendo que le mirase represivamente— ¿Qué? Me emocionaste con ese avance.

Resollé virando los ojos y bebí otro sorbo de cerveza para aclarar mi garganta.

—Hace una semana se sumaron dos muertes al caso. —Le complací notándole intrigado—. Dos cuerpos femeninos que se encontraron enterrados en el patio de la casa dónde viven la madre y la niña. El perro de la vecina los encontró tras una fuerte lluvia —expliqué.

—Ohhhh —Parecía un tonto conmocionado—. Entonces el padre tiene razón, la madre es una psicópata.

—Eso es lo que parece. Aún no se ha corroborado nada, pero sabemos que las víctimas llevaban alrededor de tres años bajo tierra y que fueron torturadas antes de morir —detallé recordando la información que Caroline se negó a compartir conmigo, pero que rápidamente memoricé al escucharla hablar con sus colegas del bufete.

—Pero tú no estás convencida —apuntó Nate.

«¿Tanto se me notaba?».

—Nop —afirmé—. Hay algo que no termina de cuadrarme. ¿Cómo el perro de la vecina encontró un par de cuerpos que llevaban tantos años enterrados? ¿Surgieron de la nada? ¿Subieron metros de tierra hasta la superficie solo por una lluvia pasajera? ¿Y por qué aparecen justo ahora? ¿Por qué no hace años con otra lluvia? ¿Por qué no hace meses antes de que empezara la disputa?

—¿Piensas que fue él?

Suspiré dándole vueltas al asunto.

—Yo no pienso nada, los hechos hablan por sí solos. Y tampoco importaría mi opinión, Caroline no me quiere metida en sus casos —reiteré empinándome un largo sorbo de cerveza.

—La verdad es que no entiendo a que está jugando teniéndote de secretaria.

Pifíe con sorna.

—Ojalá fuese su secretaria. Sonia tuvo más acción que yo durante el día. —En la expresión de Nate podía notarse lo que aquella situación le desagradaba, pero yo no quería que se mortificara por ello—. Da igual, no te preocupes. Mi abuela solía decir “Sé como una piña”

—¿Amarilla? —preguntó un confundido Nate.

Reí procurando no escupir la cerveza.

—No. “Mantén en alto tu corona y no olvides ser dulce o ácida cuando y con quien te acomode” En otras palabras. Mándalos a la mierda y se feliz.

Nataniel sonrió. Le había gustado aquella frase.

—¿Qué tal tú? —cambié el punto focal de la conversación súbitamente—
¿Cómo te fue hoy?

—¿Por qué no mejor hablamos de tu blog? Lo tienes abandonado.

Suspiré nuevamente, ese tema me traía de cabeza. No había tenido tiempo para atender el blog con todas las compras que me vi obligada a hacer para poder trabajar en el bufete de mi hermana. Quien no aceptaría trajes que no

fuesen de marca, o zapatos que no estuviesen a la altura de su firma. Aunando que me había prohibido llevar la cámara a la oficina, y tras tantas reglas y normativas, ni ganas me habían quedado de usar la del teléfono.

—Ya tendré tiempo —corté rápidamente—. No huyas de mi pregunta. ¿Cómo te fue hoy?

Resignado a no poder escapar, elevó los hombros con indiferencia. Bebiendo otro trago antes de responder.

—Lo mismo de siempre.

—¡Oh vamos! Cuéntame. Tu día estuvo atado a una cámara, solo por eso fue mil veces mejor que el mío.

Pareció pensarlo y sonrió arrogante.

—Si lo pones así...envíame.

Lo empujé nuevamente, y sin querer, le hice derramarse parte de la cerveza encima.

—Mierda —musité antes de soltar la carcajada, dejando mi botellín y el suyo sobre la mesita de café para que pudiese sacudirse la franela ahora mojada. La expresión en su rostro era un poema—. Dime que no era tu favorita.

—Si lo fuese te la haría lavar con la lengua.

Contuve la risa mientras a él se le escapaba una resignada sonrisa.

—Lo siento —dije aún divertida, su fingido enojo me encantaba.

Nate se sacudió mojado el sofá, Caroline lo mataría. Por lo que terminó de quitarse la camisa lanzándola al piso, lejos de la tapicería. Y mientras cada músculo de su torso recuperaba su posición al acomodarse en el sofá, mis ovarios cometieron suicidio múltiple. El cuerpo de aquel hombre parecía estar minuciosamente esculpido. Sus pectorales estaban perfectamente marcados, su abdomen delineado, y sus bíceps se apretaban con el más sutil de los movimientos, marcando un par de atractivas venas en sus antebrazos. El tiempo que invertía todas las mañanas haciendo ejercicio, valían la pena.

Los ojos de Nate buscaron los míos, y su sonrisa malévolamente me hizo sonrojar.

—¿Quieres una foto? —preguntó. Expuesta, cogí el cojín del sofá para golpearlo con el mismo.

—¡Estúpido! —exclamé con enojo. Pero mi rabia no era con él, era conmigo. Me gustaba más de lo debido—. Me vas a contar como te fue hoy ¿O vas a hacer un striptease?

Nataniel alzó una ceja, interesado.

—¿Me vas a poner billetes en la tanga?

—No usas Tanga, usas boxers —repliqué.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque el bulto te delata —alegué traviesa y victoriosa, cuando Nate sonrió aparentemente incómodo con que estuviésemos hablando del miembro entre sus piernas. Carraspeó y bebió de su cerveza.

—Hoy empezamos con las preparaciones para el próximo portafolio de temporada de la revista —contó apresurado por cambiar el tema, aunque en sus ojos había una gran ausencia de emoción por el mismo. Me preocupaba el no verle entusiasmado con algo que, en lo particular, me parecía interesante.

—¿En serio? Eso suena divertido —opiné ansiando saber más— ¿Qué tienen en mente?, ¿Tienen propuestas? ¿Han pensado en hacer algo diferente? El tema de la temporada pasada fue bastante alocado. ¿A quién se le ocurren esas ideas?

Nate suspiró, habían sido muchas preguntas.

—Ehmm...al director de arte. Él es quien da forma a las ideas, yo solo las plasmo en la cámara —aseguró quitándose el crédito que merecía su trabajo. Tan típico de él.

—Repito, tu modestia me molesta —insistí con hastío— ¿Y qué tiene pensado esta vez?

La pregunta evocó una desagradable y no muy convencida expresión en el rostro de Nate.

—Digamos que el director está obsesionado con Juego de Tronos, y la idea de una guerra entre fuego y hielo le emociona más de lo humanamente posible. En lo personal no tengo nada en contra de la serie o la idea, pero....

Conociendo de cerca el trabajo de Nate, aquel tipo de fotografía excesivamente creativa no era lo suyo.

—Lo sé. Creo que al final ninguno tuvo un buen día —alegué. Nate se limitó a elevar los hombros nuevamente mientras se terminaba lo poco que le quedaba de cerveza, dejando el botellín vacío en la mesita de café.

Y como era costumbre, se hizo el silencio. Ese incómodo y tenso letargo que se creaba entre los dos con pesada insistencia. Ese espacio-tiempo sin continuidad en el que nos mirábamos sin poderlo evitar, dónde el magnetismo de sus ojos me erizaba la piel, y aun sin decir palabra alguna, parecíamos entender. Ese instante en el que más me palpitaba el corazón y más densa se volvía mi respiración.

«Esto es una tortura».

—Debería irme a descansar —dije poniéndome de pie, rompiendo así el silencio.

Nate bajó la mirada al piso, negó con la cabeza y un deje de amargura se curvó en sus labios antes de imitarme elevándose del sofá.

—Sí, deberías. Tuviste un largo día —destacó tomando la camisa mojada para guindársela al hombro.

«Ancho y fuerte hombro».

—Por cierto... ¿Y Caroline? —Su repentina pregunta me tomó por sorpresa. Dándome cuenta de que no le había importado preguntar por ella antes. Como si solo se hubiese percatado de su ausencia en ese momento.

—No vino conmigo. Se fue a cenar con sus colegas para seguir discutiendo sobre el caso —conté tomando mis tacones para llevarlos conmigo.

—Jumm... —musitó sin expresión alguna—. Llegará sobre las diez seguramente.

Esta vez fui yo la que elevó los hombros.

—Tú la conoces mejor que yo aparentemente.

—Más de lo que me gustaría —admitió dejándome intrigada. De nuevo brillaba dolor y cansancio en su mirada.

«¿Qué sucedía entre ellos? Era testigo de cómo lo

ignoraba, y dormir en cuartos separados no podía ser algo bueno ¿Tan mal estaba la relación?».

Forcé una sonrisa y sin más me encaminé hacia el pasillo, necesitaba darme un buen baño.

NATANIEL

Secar la blanca tapicería de cuero del sofá, fue acto inmediato luego de que Anne se perdiera de vista en el pasillo. Recoger mis botas fue lo segundo, y encaminarme hacia mi habitación lo siguiente. Sí, mi habitación, la segunda recámara de huéspedes que por ahora ocupaba. Hacía más de diez meses que Caroline y yo no compartíamos la cama. Para mi suerte, Anne no parecía haberse dado cuenta aún. Y si lo había hecho, alabado sea el señor por su discreción, dar explicaciones no era mi fuerte.

Las botas resonaron al caer al suelo. Acompañándolas, el metálico choque de la correa y el seco peso del jean. Saqué un pantalón de pijama de la primera gaveta de la encimera, y una vez cómodo, retomé el camino de regreso hacia el pasillo, con intenciones de pasar por la cocina bajo las órdenes de mi rugiente estómago.

«¿Habrá cenado mi bonita?, ¿Le llevo algo?, ¿Qué querrá?».

Me resultaba imposible no pensar en ella hasta para lo más tonto, y aunque el antojo de pizza estaba siempre latente, habíamos prometido dejarla solo para los fines de semana, o estaríamos tan obesos que no podríamos subir los tres largos pisos hacia el estudio.

«¿Querría volver al estudio conmigo algún día?».

Ansiaba regresar con ella. Que estuviésemos solos en el Penthouse resultaba muy diferente a cuando estuvimos en el estudio. Posiblemente porque la esencia de Caroline latía en las paredes haciéndonos sentir observados.

Me detuve en su puerta y toqué esperando respuesta. Sería mejor preguntar qué deseaba para cenar. Pero lo único que alcancé a escuchar fue la ducha. Pasé adelante con intenciones de hablar en voz alta para que me oyera desde la habitación, pero mis labios se detuvieron a medio abrir cuando encontré la puerta del baño abierta hasta más de la mitad. Tragué grueso mientras la

tentación y la curiosidad sopesaban ideas impensables. Miré alrededor, aun cuando sabía que estábamos solos. Y sin fuerza de voluntad para resistirme, me acerqué a la puerta procurando que Anne no me viese.

Ahí estaba mi bonita, completamente desnuda, mojada y jabonosa. Las cristalinas y algo empañadas puertas de la ducha me permitían ver incluso más de lo que había esperado. Sus manos recorrían despacio su lindo cuerpo mientras yo dibujaba sus curvas con mis ojos. Su redondeado trasero se alzaba y gruesas gotas espumosas se perdían entre sus nalgas. La boca se me hizo agua cuando se ladeó permitiéndome ver sus grandes pechos danzando al ritmo en que se movía. Me costaba respirar con normalidad y los boxers empezaban a apretarme. Como me gustaban sus pechos, estaba obsesionado con ellos. Eran preciosos y tenía los pezones más rosados de lo que los había imaginado.

«Que hermosa eres».

Luego de unos segundos, las ganas y el vapor proveniente del interior del baño me tenían sudando. Y muriendo de ganas por ser yo quien enjabonase su cuerpo, la vi separar las piernas para lavarse mejor entre ellas. La pulsación bajo los boxers aumentó y solo apretando la tensión bajo ellos pude calmarla.

«Demonios, como me pone el solo verte».

Me afinqué más de lo debido a la puerta y esta chirrió provocando que Anne se girase. Para mi suerte, pude ocultarme. Y pegado a la pared del cuarto, respiraba agitado sintiéndome el más asqueroso de los sádicos.

«¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Me he vuelto loco?».

El silencio reinó, pero podía sentir la tensión.

—¿Nate?, ¿Eres tú?

Escuché su voz, pero no me atreví a responder.

«¿Por qué piensa que soy yo?, ¿Me creía capaz de algo así? ¿Pero que hablas imbécil?

Eres tú, no hay nadie más en el Penthouse»

—Ya quisieras tú que fuese él, Anne. —Se dijo a sí misma.

«¿Ella quiere? Maldición ella quiere.

Mi bonita quiere».

En ese jodido instante no supe que hacer. Todo mi cuerpo me pedía que entrara y la complaciera. Pero no quería quedar como un morboso psicópata que la estuvo mirando a escondidas. Ella merecía más respeto que eso.

Esperé un momento y me asomé una última vez para verificar que se encontraba de espaldas. Solo entonces me apresuré en salir de la habitación. Con la sensación de que me perseguían como a un vulgar criminal.

Llegué hasta la cocina y exhalé pesadamente, me sentía acorralado.

«¿En que diablos estaba pensado?»

¿Con que cabeza estaba pensando?»

Yo no soy así. Esto no está bien».

—¡Maldición! —exclamé irritado. Lo mucho que Anne me gustaba era más fuerte que mi poder de voluntad, y a este paso no podría contenerme. ¡Tampoco quería hacerlo!

Respiré hondo una vez más, me obligué a calmar y bajé la mirada a mis pantalones. Hielo, agua...frío. Necesitaba bajar a ese monumento o no podría verla a la cara durante la cena.

ANNE

Luego de una incómoda y silenciosa cena en la que el cereal parecía tener mejor conversación que Nate, me retiré a mi habitación buscando descansar la frustración del día. Un buen libro titulado “Refúgiate en mí” me ayudó a relajarme, pero, aunque estuviese concentrada en la lectura, Nate seguía presente en mi mente. Ya fuese en la azulada mirada del protagonista de la novela, o en mi inevitable atención a todo ruido que hiciera eco en el pasillo del Penthouse. Hasta que, pasada la media noche, y como si lo hubiese estado esperando, el eco de arrastradas pisadas sacó mi nariz de entre las páginas.

Elevé la mirada hacia la puerta. Estaba cerrada y la rápida sombra que vislumbré por debajo de la misma confirmó mis sospechas. Nataniel estaba nuevamente despierto. Otra noche sin poder conciliar el sueño.

Aparté el libro y suspiré. Me preocupaba, por experiencia sabía lo desagradable que resultaba el insomnio. Y para lo cerrado que era Nate, no pediría ayuda o comentaría nada al respecto.

Las ganas de hacerle compañía me picaban. Lo pensé, dudé y finalmente me bajé de la cama con intenciones de salir. Pero me detuve antes de tocar la manilla de la puerta regresando al interior de mi habitación. Acomodé mi pijama y me vi en el espejo enfrentando a esa otra yo que se moría por correr a los brazos de Nate. Esos que aún recordaba rodeándome entera cuando nos besamos en el sofá del estudio.

Jodida voluntad, me abandona cuando más la necesito. tres pasos fueron suficientes para abrir la puerta y salir de mi habitación.

Una vez en la sala, me detuve esperando que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Y cuando la claridad que entraba por debajo de las cortinas del ventanal me ayudó a enfocar, lo vi sentado en el sofá; con una botella medio vacía de lo que parecía ser whisky, esperando en la mesita de estar por un siguiente trago.

Sentí una punzada en el pecho. Algo me dijo que Nate no estaba bien. Lo que le despertaba no era insomnio o migraña. La tensa postura de su cuerpo y la forma en que mantenía la cabeza gacha mientras apoyaba el vaso de whisky en su frente, eran la clara imagen de alguien atormentado.

Respiré hondo sintiéndome impotente. ¿Qué debía hacer?, ¿Debía regresar a mi habitación? Estaba segura de que Nate rechazaría mi ayuda, que se negaría a contarme y evadiría cualquier pregunta. Pero, por otro lado, no podía marcharme y dejarlo en ese estado. Me desesperaba hasta el punto de sentirme ansiosa.

No lo pensé más y caminé sigilosa hasta él. Nate elevó el rostro cuando notó mi presencia. Y al ver sus azules ojos brillando humedecidos, la sonrisa que quise regalarle se me borró a medio camino. Una horrible inquietud estalló dentro de mí y la incontrolable necesidad de detener sus contenidas lágrimas, me clavó al piso. No había poder humano que me hiciera marcharme ahora.

Nate regresó la mirada al piso, avergonzado y claramente enojado. Yo me senté a su lado y le quité el vaso de whisky colocándolo sobre la mesa, llevando mi mano a su rostro para obligarlo a girar el mismo hacia mí. Él se resistió, pero yo insistí. Y aun cuando logré tenerlo frente a frente, sus ojos se rehusaban a mirarme. La negación con la que sostenía su postura me irritaba. ¿A que le temía?

Ansiando apaciguar su malestar, acaricié despacio su mejilla, consiguiendo solo entonces que cerrase los ojos y suspirase con tanto alivio que yo misma encontré calma. Había domado a la bestia, y con el goce de saber que mi tacto le sosegaba, recibí su mirada con una sonrisa cuando se abrió desarmada ante mí.

«Está bien precioso. No estás solo».

Nate era ese hombre inquebrantable e incluso intimidante al que nada parecía perturbar. Su sonrisa y su buen humor eran su carta de presentación. Por lo que verlo vulnerable me dejó sin armas, sin saber qué hacer. Y aunque su insistencia por mantenerse ajeno me encabronaba, en ese momento no me importaban las explicaciones, solo arrancarle un poco de aquel veneno que ni siquiera le dejaba dormir en paz. Por lo que, si mis caricias eran lo único que le apaciguaba, lo llenaría de ellas hasta que me dolieran las manos. Acariciando sus mejillas, delineando su mandíbula y disfrutando de la sedosidad de su corta barba entre mis dedos.

Pasados unos minutos y notoriamente más sereno, Nate tomó mi mano libre para besarla despacio. La suavidad de sus labios sobre mi piel me jalaba como a un imán hacia el abismo que llevaba su nombre. Y cuando sus azules ojos regresaron a mí, la pureza de los mismos me hizo darme cuenta de algo. Era él, mi precioso...mi Nate. Y en ese momento no solo era enteramente mío, me necesitaba y me necesitaba solo a mí.

Segura de lo que quería e iba a hacer, me acerqué buscando su boca, y la exhalación impregnada de satisfacción que brotó de sus labios cuando me recibió gustoso, me empujó más cerca en busca de la calidez que emanaba su cuerpo. Derritiéndome con aquel sabroso, acaramelado y pausado beso que, aunque duró solo un instante, lo saboreé hasta el último suspiro.

Negados a separarnos, juntamos nuestras frentes mientras el silencio llegaba cargado de placidez. Y por incontables segundos nos mantuvimos inmóviles, disfrutando de la agradable mezcla entre su respiración y la mía.

—Regresa a dormir —Me ordenó con un susurro.

—No —respondí en el mismo tono de voz—. Me quiero quedar contigo.

Él negó con la cabeza.

—No está bien.

—No me importa —impuse acariciando su mejilla—. De aquí no me voy.

Nate alejó su rostro, me miró fijamente por un corto instante, y finalmente sonrió ofreciéndome un divino y sonoro besito al que yo respondí mientras el corazón se me desbocaba como loco. Lo que un simple piquito de esos labios podía hacer conmigo.

Acomodó el cojín tras él, se recostó y me miró extendiendo su brazo.

—Ven acá mi bonita —indicó dando una palmada a su pecho.

Ni siquiera lo dude, y a medida que me recostaba contra su ancho pecho, el aire se volvía más denso y pesado. Nate me rodeó finalmente con sus fuertes brazos, apretó y el mutuo suspiro lleno de goce y consuelo hizo eco en la sala. La piel me escocía erizada, su aroma me embelesaba, y el saberme responsable de su calma, me generaba una fuerte sensación de grandeza que no lograba explicar.

No existía cámara en el mundo que pudiese plasmar aquel instante lleno de tanto placer y paz junto a él.

BAILA CONMIGO

CAPÍTULO 6

NATANIEL

Llevaba la tercera cerveza de la noche y aquella fiesta en casa de Jonathan, uno de los amigos de Caroline, me tenía al borde del suicidio. El ambiente era agradable a pesar de la cantidad de invitados que se aglomeraban en el segundo piso de la lujosa mansión. La música no estaba mal, la comida sabía bien y las bebidas eran variadas. Pero aquello de codearme con la frívola élite de Caro, me resultaba tan difícil e incómodo, que prefería estar clavado a una estaca de púas que estar ahí. Nunca comprendería el porqué una mujer tan inteligente y profesional como Caroline, disfrutaba de tanta banalidad. Otro de los grandes misterios que había dejado de importarme. Por lo que, lo único que evitaba que me marchase, era Anne.

Mi bonita había aceptado asistir a la fiesta luego de la insoportable insistencia de su hermana. Anne no había deseado venir porque, al igual que yo, no parecía llevarse bien con eso de marcas costosas, chismes sociales, farándula, viajes exóticos y discretas batallas de cuentas bancarias. Anne era harina de otro costal, y esa noche me traía especialmente hipnotizado.

Estaba tan hermosa, que cuando posaba mis ojos sobre ella tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartarlos. Llevaba un vestido azul claro que resaltaba sus maquillados ojos de manera alucinante. De pronunciado escote que entallaba a la perfección sus pechos, y aireada falda que se movía junto al contoneo de sus caderas al caminar. Lo suficientemente corto como para hacerme ideas bajo tan poca tela.

«Bonita y sexy. La mezcla que más me gusta».

Anne no era el típico maniquí huesudo que muchos hombres solían desear. Sus curvas eran pronunciadas, carnosas y agradables. Provocaba apretarla toda y hundirse en sus pechos hasta no respirar. Para mí, su suavidad era la justa y necesaria. Me tenía babeando y sin podérmela sacar de la cabeza. Habían pasado solo dos días desde la otra noche en la sala del Penthouse y ya extrañaba su rica forma de besar.

«Estoy taaaan jodido».

Me empiné un sorbo de cerveza y me obligué a regresar mi atención a los únicos chicos de aquel círculo social con los que no me resultaba tan desagradable conversar. Ronald y Edward, a quienes había estado ignorando mientras admiraba a una bastante aburrida Anne. Mi bonita estaba sola y esquinada contra la entrada del salón, y yo sin poderme acercar para evitar la peligrosa, pero bien deseada cercanía. Caroline, por otro lado, se había olvidado de nuestra existencia apenas cruzamos la puerta. Era increíble como ella parecía estar en una página del libro y nosotros en otra; de otro libro, en otra estantería, de otra sección, en otra librería.

—¿Nate?

—¿Uh? —reaccioné saliendo del letargo—. Sí, sí. Tienen razón —dije sin tener idea de lo que habían estado hablando.

—¿En serio?, ¿Crees que deba? —preguntó Ronald. Un alto rubio que me recordaba a una desmejorada versión de Leonardo DiCaprio.

Temí responder debido a su aparente emoción.

—Sí, seguro. ¿Por qué no? —sostuve el disimulo.

—Bien, solo espero que Caroline no tenga problema.

«¿Caro?, ¿Qué tiene que ver ella?»

¿Por qué presiento que debí poner atención?».

—La verdad no creo que lo note —alegué aún perdido, pero conociendo al personaje, debía estar en lo correcto.

—Sí, deja el drama y conquístala, no será la primera de la noche. —Le alentó Eddie dejándome confundido y alarmado.

«¿Conquistar?, ¿A quién?, ¿A Caroline?»

Aquello tenía que verlo».

—Ok —dijo el rubio entregando su trago a Eric antes de tomar camino en dirección a Anne.

«Espera.... ¿A dónde cree que va?».

El muy imbécil cara de ahogado le robó dos copas de vino a un mesonero y se detuvo frente a Anne ofreciéndole la más llena.

«Me tiene que estar jodiendo. ¿Esto es en serio?».

Anne aceptó la copa, y luego de lo que pareció una presentación, le sonrió.

«¿Por qué le sonrío? No es tan simpático».

Edward continuó hablando, pero yo no podía apartar mis ojos de las intenciones de Ronald. Al más mínimo movimiento en falso le arrancaría el rostro.

«¿De que diablos hablan? ¿Qué es tan gracioso?».

Bebían mientras charlaban, y en un desprevenido movimiento, Ronald le impulsó la copa a Anne para que bebiera más. Se estaba ganando una visita urgente al dentista.

«¿Qué diablos pretendes?, ¿Emborracharla?»

Anne no es ese tipo de mujeres, ¡Basura!».

Abandonaron las copas en la primera bandeja vacía que pasó junto a ellos, y Ron la tomó de la mano para llevarla al centro del salón donde todos bailaban.

«Ok. Suficiente».

—Sostén esto —impuse interrumpiendo a Eddie mientras le entregaba mi cerveza, emprendiendo camino hacia donde mis celos me estaban llevando. Y apenas estuve detrás de ellos, posé mi brazo alrededor del muy imbécil, obligándolo a soltar a Anne— ¡Ronald! ¡Tanto tiempo sin verte!

—¿Qué? —El rubio parecía confundido—Pero si acaba...

—Lo sé, lo sé amigo. —No lo deje terminar— Solo nos vemos en reuniones como esta. Deberías llamar más a menudo. —Podía sentir la represiva y contrariada mirada de Anne sobre mí—. ¿Cómo está tu esposa? —Y aquella pregunta terminó por aguarle la fiesta al muy cabrón.

—Ehhh...m-muy bien, muy bien —respondió nervioso. La expresión de culpabilidad le delataba.

—No la he visto ¿No vino? —continué dándole a la llaga.

—No, no se sentía bien —contó, buscando esquivar la decepcionada mirada de Anne.

—¡Que lastima! Deberías ir a llamarla. De seguro está esperando a que su fiel y amoroso esposo la llame para saber cómo sigue. —El cinismo me salía con un gusto que daba miedo.

—Tie-tienes razón —dijo Ron antes de retirarse, ofreciéndole un gesto apenado a Anne mientras yo me despedía de él moviendo mi mano con una gran sonrisa.

—Eres un idiota. —El reclamo de Anne me descolocó.

—¿Perdón? Acabo de rescatarte de un patán.

—Noticia de último minuto Nate, no soy una damisela en apuros —impuso—. Sé cuidarme sola, y Ronald solo quería bailar.

Pifíe, pareciéndome un chiste la confianza que Anne depositaba en un completo extraño.

—¿Solo Bailar?, ¿Ustedes las mujeres en verdad son tan ingenuas? —pregunté notándola irritada. Y antes de que pudiera decir otra palabra, se había dado la vuelta para escapar de la pista de baile. Yo la seguí esquivando a los invitados.

—Anne, conozco a Ronald y sé lo que busca. No eres la primera con quien lo intenta esta noche, o cualquier otra noche mientras su embarazadísima esposa lo espera en casa —argumenté buscando que comprendiera, maldiciendo que no se detuviera—. Un hombre con anillo en mano no debería estarle coqueteando a otras mujeres.

Ella se detuvo finalmente para enfrentarme.

—Y un hombre con pareja no debería estar celando a la hermana de su novia —soltó dejándome helado. La bofetada de realidad que me había lanzado me sacudió todos los niveles de conciencia. Tragué grueso y miré alrededor. Me sentí acusado y expuesto, aunque nadie estuviese prestando atención.

—No estoy celoso —aclaré acercándome y bajando la voz para no hacer de aquello un show.

—¿A no? —inquirió ella con desafiante actitud— ¿Y que hubiese pasado si me dejo seducir por Ronald? ¿Qué hubiese pasado si quiero tener sexo con él esta noche?

Sus preguntas se convirtieron en imágenes que despertaron una desconcertante ira en lo más profundo de mis entrañas. Y conteniendo la sensación, negué con la cabeza acercándome otro poco para que solo ella me escuchase.

—Tú y yo sabemos que eso es mentira. No es a Ronald a quien quieres en tu cama esta noche. —Le devolví la estocada consiguiendo que fuese ella quien se mostrase acusada esta vez—. Después de todo, una mujer correcta tampoco debería besar al novio de su hermana.

En sus azules ojos brilló la ofensa como dos llamas.

—¡Yo no te besé! —impuso controlando el tono de voz. Nos sentíamos observados, aunque no lo estuviésemos.

—¿Y qué fue lo de la otra noche en la sala? ¿Un saludo fraternal? —pregunté con sarcasmo.

—Fue lo mismo que tú ocasionaste en el estudio —replicó ella con una victoriosa expresión llena de enojo.

—¿¡Yo!? Si no recuerdo mal fuiste *tú* quien se me vino encima —destaqué librándome de la culpa.

—Pero fuiste tú quien me besó en la fiesta de graduación.

—Pudiste haberme dejado ir. Pero no...tú querías saber.

Anne quiso refutar, pero no pudo. Desde el primer momento había sido ella quien me había dado luz verde para cada paso. Nunca hubiese traspasado la línea si ella no me lo hubiese permitido.

Gruñó enojada.

—Eres un Imbécil —dijo dándose la vuelta para marcharse, más yo no se lo permitiría tan fácilmente. La detuve jalándola por un brazo hasta tenerla cerca, ella batalló con furia y solo se detuvo cuando la apreté contra mi cuerpo aprisionándola en ellos. La sentí temblar y escuché su respiración cortarse mientras sus ojos se clavaban hambrientos en mi boca.

—Admítelo. —Le pedí— Te gusto tanto como tú a mí y te mueres porque te demuestre cuánto.

Podía sentir su corazón acelerándose y la fiera traviesa que rugió en sus

ojos me encendió las ganas. Aun así, me empujó lejos de ella, haciéndome chocar con un mesonero. Para cuando pude componerme, la había perdido de vista.

«¡Maldición!».

ANNE

No podía creer que me hubiese culpado de ser yo quien daba siempre el primer paso. Y aunque fuese cierto y yo estuviese consciente de ello, odiaba que me lo sacase en cara. Esa verdad me carcomía la conciencia haciéndome ver lo bajo que había caído por desear al novio de mi hermana. ¡Y sí! Lo deseaba como si mi vida dependiese de ello. Me derretía al pensar en sus besos, me asfixiaba su cercanía y soñar con él se había convertido en una calurosa batalla contra la cama. Aunque me negase en admitirlo, me moría por cruzar la línea más allá de unos besos. El saber que no podía, que no debía, me exasperaba haciéndome rabiar como una chiquilla.

Miré hacia atrás cerciorándome de que no me estuviese siguiendo. Y cuando no lo vi entre las personas, me detuve cerca del balcón en busca de aire fresco. Me sentía sofocada y muy enojada.

«¡Maldito Nate! ¿Por qué me tiene que gustar tanto?»

¿Por qué precisamente él?».

Intentando sosegar la inquietud que me abatía, escuché una voz familiar desde el balcón. Era Caroline.

—Yo sé que todas me envidian. —Le oí decir— Es uno de los hombres más deseados de todo Nueva York.

«¿Estaba hablando de Nate?».

Mi hermana hizo silencio cuando me asomé, otra rubia junto a ella le avisó de mi presencia.

—¡Annie! —Tanta emoción me supo amarga— Ven aquí. Quiero que conozcas a mis amigas —dijo volviéndose a ellas—. Ruth y Cloe. —Supuse que Ruth era la pelirroja que parecía un perchero de burdel, y Cloe la rubia bajita con más extensiones de cabello que ropa—. Chicas, ella es mi hermanita Annie.

Ambas saludaron con un falso gesto que les imité a la perfección.

—Hablábamos del exitoso y exquisito bombón que tiene Caroline en casa —informó Cloe.

«Si supiesen que es bombón se derrite en otra boca

¿Pero que diablos Anne? Controla tus pensamientos».

—Sí, y de cómo le debe todo a Caroline. Ella lo ha hecho quien es —agregó Ruth haciéndome alzar la ceja con su comentario.

«¿Quién se cree la cara de chihuahua anaranjado

para disminuir así a Nate? No lo conoce».

—Exactamente. Sin mí no sería nada —confirmó mi hermana, dejándome atónita.

«Corrijo. La perra es otra».

—Hasta dónde sé Caroline, no eres tú quien toma las fotos —recalqué con toda la odiosidad que me brotó en respuesta. No me pude contener la indignación tras su arrogante actitud.

Las tres chicas se miraron y soltaron una sonora carcajada.

—El puesto en la revista lo consiguió gracias *a mí* —apuntó Caroline—. Si no fuese *por mí*, aún estaría tomando fotos de viejitos en el parque. ¡Que ridículo!

Su forma de expresarse sobre Nate me enervaba. Pero que se rieran de él me resultaba intolerable.

—No es ridículo. Se llama arte —contesté sin pizca de diversión.

Caroline suspiró cortando la risa, mirándome con pena.

—A veces olvido lo ingenua que eres hermanita.

—Y yo lo vacía que estás —repliqué sin abandonar mi postura, mientras el silencio se volvía pesado y la expresión en el rostro de mi hermana cada vez más frío.

—Tu hermanita es adorable Caro —comentó Ruth intentando aligerar la tensión, recibiendo una mirada poco amistosa de mi parte. Esa que decía “*Nadie pidió tu opinión tarada*”

—Lo es. Pero aún tiene mucho que aprender y para eso la traje a la ciudad, para que madure —alegó Caroline bebiendo de su trago victoriosa. Fue entonces que recordé con la clase de niña malcriada con la que estaba lidiando. Aunque mi hermana hubiese cambiado, no dejaba de ser la misma caprichosa acostumbrada a ganar. Por lo que me limité a sonreír mientras asentía.

—¿Sabes que? Tienes razón Caroline. Debo aprender todo de ti. Tal vez hasta me consiga un bombón igualito a Nate —dije dándole la razón con total sarcasmo, disfrutando sola de la gracia de aquel comentario.

—Lo dudo —objetó Caroline—. Como Nataniel no hay otro. Y tienes que admitir que no es el tipo de hombre que se fijaría en ti.

«Si tú supieras hermanita».

—Nop...para nada —dije sonriente.

—Sea como sea —interrumpió Cloe—. Tú y Nataniel son perfectos el uno para el otro. Se nota cuanto te ama.

—¡Claro que me ama! —aseguró Caroline orgullosa—. Llevamos cinco años juntos.

Pifíé al borde del colapso. Aquel chiste resultaba demasiado absurdo para tragar. Caroline ignoraba a Nate las veinticuatro horas al día. Incluso más de lo que me ignoraba a mí ¿Qué pretendía con fingir frente a los demás?

—El amor no es sobre cuántos días, meses o años estén juntos Caroline —opiné—. El amor es sobre cuanto se aman diariamente. Y dos personas que se aman, no duermen en cuartos separados —revelé consiguiendo que mi hermana se avergonzara mientras sus amigas le miraban sorprendidas. Estaba muy al tanto de que Nate y ella no compartían la misma habitación, no era tonta, ni ciega—. Pero... ¿Qué puedo saber yo? Después de todo soy muy ingenua para entender.

El rostro de mi hermana se tensó conteniendo la furia. Yo sonreí, me despedí con un gesto y me marché. No tenía nada más que decir. Tampoco quería seguir escuchando tanto veneno.

Regresé al salón preguntándome ¿Cómo era posible que me sintiera culpable? Caroline no era ni la sombra de la mujer que yo creía conocer; y ahora estaba segura de que los desprecios hacia Nate iban más allá de lo que

había imaginado. ¿Por qué sentirme mal por una persona capaz de menospreciar a su pareja y familia frente a otros? ¿Cómo tener consideraciones con quien no lo merece? Que fuese mi hermana había empezado a perder validez cuando demostraba lo poco que aquella unión filial representaba para ella.

En ese preciso momento, las profundas ganas de mandar todo al demonio y dejarme llevar por la insana atracción que sentía hacia Nate, empujaban en contra ganando terreno. Y la indignación que había inyectado Caroline en mi sistema, solo servía de incentivo.

El mar de emociones encontradas colisionó finalmente con el bullicio a mi alrededor, aturdiéndome hasta el punto de necesitar un poco de paz, así que, no supe por cuánto tiempo me escabullí entre personas y salones, pero escaleras abajo fui a dar al desolado primer piso de la lujosa mansión, encontrando así el escape perfecto.

Atravesé un largo pasillo, la enorme cocina y finalmente di con la salida al patio. Dónde la fresca brisa de la noche llenó mis pulmones, aliviando la impaciencia que aún palpitaba dentro de mi pecho. Esa que, en vez de desvanecer, se acrecentó con mayor fuerza cuando la voz de Nate me atravesó sin previo aviso.

—¿Huyendo de nuevo?

Miré hacia mi izquierda solo para confirmar lo que deseaba que fuese un espejismo, pero en efecto, era él.

Estaba recostado del muro lateral del porche que daba al patio. Con un tazón de galletas de la fortuna en mano y un par de ellas a medio tragar. Regresé a su pregunta haciendo un gran esfuerzo por no observarle más tiempo de lo debido, pero vestido enteramente de negro lucía más atractivo que nunca.

«Yyo al borde de cometer una locura».

La camisa de vestir se ajustaba a sus brazos, y el par de botones abiertos en el cuello me traían suspirando desde hacía horas. Nataniel era una preciosura de hombre, y más allá de su físico, era su despreocupado y divertido encanto texano lo que derretía cada fibra de mi ser.

—Sueles huir en las fiestas —recalcó cuando no respondí.

—No soy la única —apunté incluyéndolo en el paquete.

Nate sonrió y yo sentí mis piernas flaquear. No supe si fueron las copas de vino, el nivel de demencia al que me estaban arrastrando aquel par de ojos azules, las verdades de la noche o la indignación por Caroline. Pero aun cuando pensé en escapar y librarme de aquella problemática tentación, no lo hice. Estaba tan cansada de correr, que mis pies se anclaron al piso negada a seguirme privando de lo que realmente quería. Rebelde y amotinada contra mi suerte.

—Aparentemente es una cosa nuestra ¿No? —continuó—. Huir de las fiestas, encontrarnos...besarnos —destacó con una endiablada y divertida expresión, consiguiendo que apartase la mirada en el intento de contener la sonrisa. Estábamos conscientes de que las barreras entre ambos y aquel tema, habían caído sin reparo tras la discusión que me había orillado a buscar escape desde un principio. Y todo para acabar donde había empezado.

—Lo siento —dijo sin más—. Siento todo lo que dije hace un rato. No debí descargar toda la culpa sobre ti.

—Pero es la verdad —afirmé tras un suspiro, sintiendo el alivio fluir transparente como el agua al aceptar mi responsabilidad—. Soy yo quien siempre da el primer paso.

Nate asintió, estaba de acuerdo.

—Sí. Pero yo doy el segundo —admitió haciéndome sentir menos solitaria en la culpa. Le miré, y su sonrisa contagió a la mía, mientras la perpetua complicidad en su mirada provocaba un cálido cosquilleo en mi piel. Me gustaba la malicia escapando por la comisura de sus ojos.

—¿Con ganas de un tercero? —pregunté rindiéndome como siempre a su encanto.

Él se mordió los labios conteniendo la sonrisa.

—Y de un cuarto, un quinto y sexto paso —exageró haciéndome reír. Parecía haberse percatado de que no daría mayores batallas en lo que quedaba de noche. Luego de lo sucedido con Caroline, no sabía si quería o valía la pena seguirme reprimiendo.

Regresé la mirada sobre la templada piscina de la que provenía la poca luz que alumbraba el porche; y el silencio, ese que nos resultaba tan familiar a estas alturas, esta vez danzó ligero y secuaz entre nosotros.

—¿Quieres una galleta? —preguntó estirando su brazo con el tazón. Rompiendo el sosiego.

—¿Es tu ofrenda de paz?

—Algo así —dijo meneando el bol para que me animase. Y a sabiendas de que lo que buscaba era que me acercara, tomé una galleta y me apoyé junto a él en el muro. Rompí la misma en dos y saqué el papel que contenía para leerlo en voz alta.

—“Déjate llevar. No te arrepentirás”

«Esto estaba trucado ¿Era en serio?».

Nate soltó la carcajada.

—No opinaré —impuse arrugando el papelito para lanzarlo hacia la maceta de la esquina.

Él aceptó mi decisión con un ademán y tomó otra galleta para repetir el procedimiento.

—“Alguien llegará sin avisar y cambiará tu vida para siempre” —Nos miramos y su sonrisa apretó mi pecho—. Tercer acierto de la noche —dijo lanzándose el pedazo de galleta a la boca.

—¿Tercero?

—“Tu corazón sabe lo que quiere. Tómallo o déjalo” —recitó lo que supuse había sido su primera fortuna— “Libera a la bestia. Ya encontraste a tu bella”, aunque, en este caso sería...a mi bonita.

El calor en mi rostro aumentó. ¿Era consciente de lo que me decía? Aquello no estaba bien, y aun así, tenía la sensación de que cada día nos importaba menos.

Nate dejó el bol de galletas en el borde del porche y se movió en frente pidiendo mi mano.

—¿Me concede esta pieza...bella? —dijo dramatizando una educada y elegante pose de época.

Yo reí pensando que solo payaseaba, pero al verle insistir, supuse que lo de bailar iba en serio. La música de la fiesta llegaba hasta el porche, y lo que parecía ser una balada de Bruno Mars amenizaba el momento.

Lo dudé, admito que lo dudé, una parte de mí quería olvidarse de los por qué y dejarse llevar por aquella insistente voz que me decía que no valía la pena perder la oportunidad, mientras que la otra tenía miedo; tenía miedo a cometer un error del que probablemente me arrepentiría. Para suerte o desfortuna, mi cabeza no parecía estar pensando con claridad esa noche, por lo que finalmente tomé su mano sintiendo como me faltaba el aire cuando me jaló con suavidad contra su cuerpo. Y envuelta en sus brazos, me sentí pequeña.

—Eres un tonto —dije rodeándolo con mis brazos, apretando su ancha espalda mientras su adictivo aroma atentaba contra mi cordura y su calidez se escurría discreta bajo mi piel, aislando a mi corazón solo para él. Éramos dos criminales que jugaban con fuego al rozarse. Ansiando quemarnos.

—Ya lo he dicho antes —reiteró bajando el tono de voz mientras sus manos bajaban lentamente por mi espalda hasta encontrar anclaje perfecto en mi cadera. Tomándome con firmeza y gusto—. Tú me pones tonto.

No había más que decir. Nate se encargó de guiar cada paso mientras yo me olvidaba del mundo y los demás. Nunca me había sentido tan ansiosa y a la vez tan a gusto en mi vida.

—Nate —murmuré a mitad de canción— ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Umju

—¿Por qué no puedes dormir? ¿Qué es lo que tanto te atormenta?
—pregunté escuchándolo suspirar como cuando algo no le gustaba.

—Esas fueron dos preguntas —apuntó esquivando las mismas.

—Sí, no las evadas —sostuve.

Él volvió a suspirar y elevó los hombros con indiferencia mientras continuábamos con el vaivén del baile.

—Pesadillas, supongo.

Su actitud me hizo detener en seco, separándome para buscar sus ojos.

—Nate, quiero conocerte, en verdad quiero hacerlo; pero tú no me dejas —recalqué—. Y si no le cuentas a alguien sobre eso que tanto te atormenta, no dejará de cazarte por las noches. Necesitas desahogarte. —Llevé mi mano a su rostro retomando la cercanía—. Confía en mí bonito. —Pedí acariciando su

mejilla, algo apenada por llamarle así mientras disfrutaba de la áspera sensación bajo la yema de mis dedos. Me gustaba su barba. Corta, estilizada y un poco más oscura que su castaño claro natural—. No me gusta verte mal.

Sus hermosos ojos se apagaron como si la sola mención del tema le hubiese activado un frío chip con puertas de acero. Y la potente rabia cargada de dolor y frustración que había visto la otra noche, regresaba a ellos con mayor fuerza.

—¿Qué sucede? —insistí empujando otro poco, estaba segura de que me lo diría si me empecinaba en ello, y por la derrotada forma en que suspiró, supuse que así sería.

—Son pesadillas —reiteró consiguiendo que me decepcionara y apartara de él molesta—. Es la verdad —aseguró jalándome de regreso contra su cuerpo, como si no pudiese hablar si me alejaba. ¡Y demonios! Sí que me gustaba estar apretada contra él. Sentir sus grandes manos reteniéndome con fuerza mientras su aliento golpeaba mi piel.

—¿Pesadillas sobre qué o quién? —pregunté rodeándolo con mis brazos, acariciando su nuca. Que supiera que yo estaba ahí para escucharlo y comprender.

—Mi padre —confesó manteniendo su gélida postura—. Y su muerte.

No esperaba algo así. Me había hecho ideas, e incluso había llegado a pensar que Caroline era la culpable de su insomnio. Pero nunca hubiese imaginado algo tan delicado.

—¿Hace cuánto murió? —Quise saber.

—Doce años —informó. Y a juzgar por la manera en que visiblemente le atormentaba el tema, algo más turbio que solo el fallecimiento de su padre era el verdadero causante de tanto dolor; ese que, después de tantos años, seguía latente.

—Lo viste morir ¿Cierto? —supuse buscando entender.

Nate soltó una amarga risa.

—Sí, podría decirse que sí —dijo con áspera sorna. Odiaba verle así.

—¿Qué sucedió? —continué interrogándole, pero al parecer, no estaba dispuesto a seguir respondiendo. Él no quería hablar más del tema y no sería

yo quien le siguiese insistiendo; demasiado había hecho con decirme la razón, y estaba consciente de lo mucho que le había costado. Por lo que hice lo único que sabía podía reconfortarle, abrazarlo lo más fuerte que mis brazos pudieron, recibiendo la potencia de los suyos con regocijo.

El alivio con el que suspiró me hizo sonreír. Nate encontraba paz conmigo y solo conmigo.

«*Mi bonito*».

—¿Me prometes algo?

—¿Algo como qué? —inquirió soltando el abrazo.

—Prométeme que cada vez que no puedas dormir y tengas ganas de beber, de llorar o de patear a alguien. Me buscarás.

Nate negó de inmediato con la cabeza.

—No. No pienso arrast...

Le interrumpí tapándole la boca con mis dedos.

—Quieras o no, ahí pienso estar —aseguré obtusa—. Y no hay forma de que lo evites. Vivimos bajo el mismo techo. —Me sostuvo la mirada por un momento; pensativo, inseguro. Todo aquel tema lo desarmaba. Aun así, se rindió. Apartó mis dedos de su boca, y su sonrisa llena de encanto contagió a la mía.

—Ok. Pero solo bajo una condición.

—La que quieras.

—Cero preguntas. Cero interrogatorios —impuso hablando seriamente, consciente de que esa sería la parte más difícil para mí, el no indagar. Pero si era su condición yo la aceptaba—. Eso y que me abrases hasta que te duelan los brazos.

—Esa parte me gusta —admití empujándome nuevamente contra su cuerpo— ¿Puedo hacerte otra pregunta?

Nate viró los ojos con obstinación, resollando divertido y resignado. Yo era imposible y él lo sabía.

—¿Puedo negarme? —preguntó reacio a seguir hablando de cosas que le agobiasen.

Yo reí rodeándolo nuevamente con mis brazos, disfrutando del suspiro que escapó de sus labios cuando acerqué nuestros rostros en una caricia.

—¿Eras tú? —pregunté. El silencio de la confusión se hizo presente. Nate no parecía comprender—. La otra noche en el baño ¿Eras tú?

La vergüenza se dibujó en su rostro, delatándolo.

—Lo siento —se disculpó de inmediato, aun procesando la pregunta—. Yo no soy así, no sé que me pa...

—¿Por qué no entraste? —Le interrumpí, y a juzgar por la capciosa forma en que me miró, tampoco esperaba esa otra pregunta. Su gesto cambió con un rápido destello, llenándose de travesura.

—¿Te hubiese gustado que entrara? —Quiso saber. Bajando el tono de voz a otro nivel mientras me estrechaba con mayor fuerza entre sus brazos. Provocando que me erizara entera mientras la temperatura empezaba a elevarse.

—Sabes que sí —Sin aviso y sin remordimiento alguno, me hice con una suave y sonora probadita de su boca, causando una pausada y densa exhalación llena de goce entre ambos. No podría resistir las ganas por más tiempo. Sus manos, grandes y ansiosas, me apretaron tanto contra su cadera, que pude sentir la dureza del jean contra mi vientre.

—No me provoques bonita —advirtió cuando separé mis labios.

—¿Por qué no? —pregunté antes de robarle otro acaramelado y suave beso, jadeando con moderación mientras mi mano acariciaba su nuca, apretando la misma para empujarlo contra mi boca. Y considerando la forma en que soltaba sutiles gruñidos contra mis labios, parecía gustarle que le exigiese de aquella forma. Mientras la potencia y la tensión con la que se aferraba a mí, eran muestra suficiente de lo que mi atrevimiento estaba provocando en él.

—No quieres saber. —Me advirtió lascivamente.

—Ambos sabemos que sí quiero —respondí arrastrando las palabras en un murmullo mientras acariciaba sus hombros.

Nate me miró en silencio por un segundo. Parecía estarse dando cuenta de que le estaba dando luz verde para dejarnos llevar un rato. Después de todo,

una buena sesión de besos no hacía daño a nadie.

—Sí, lo sabemos —reiteró antes de que su mano encontrase anclaje perfecto en mi cuello para jalarme hacia él, ocasionando que mi boca colisionara fogosa contra la suya.

Su lengua, ágil y seductora, desató una pausada y exquisita guerra junto a la mía; mientras un entrecortado jadeo brotaba de entre mis labios ante la desenfrenada degustación.

—Mmm

A penas sus manos regresaron a mi cadera, las mías le envolvieron; fundiéndonos en una abrasadora y asfixiante sincronía que fue disminuyendo el ritmo en busca de saborearnos sin prisas. Nos besábamos con total conciencia y complicidad, sin restricciones ni remordimientos. Queríamos, queríamos robarle un par de horas al tiempo.

En la fiesta, aquella de la que nos habíamos olvidado luego de incontables y prolongados besos, empezó a sonar *Tonight* de John Legend. Una sensual y atrevida canción que de inmediato nos robó la sonrisa. La letra de la misma nos caía como anillo al dedo en ese preciso momento.

—Me gusta esa canción —informó malicioso contra mi boca.

Traviesa, reí y me aparté de él negándole otro beso antes de girarme para darle la espalda, recostándome de su cuerpo mientras me contoneaba para él al ritmo de la música. Lo escuché suspirar pesadamente ante la idea de que le bailase de aquella forma, y viré mi rostro en su dirección buscando ver la expresión de su rostro, encontrándome con la divina forma que tenía de morderse los labios. Como me gustaba ese hombre.

Y sujeto a mis caderas, respondió al meneo con buen compás. Nate sabía bailar, sabía moverse. ¡Y de que forma!

Quise elogiar el buen ritmo que tenía, pero mis labios se abrieron en un discontinuo jadeo cuando su boca, sin previo aviso, cayó sobre mí cuello. Me tensé, me estremecí; no esperaba que diese el tercer paso tan rápido. Más ansiando que no se detuviese, mi mano se elevó hasta su nuca para retenerlo allí, dónde sus carnosos y húmedos labios consentían mi piel.

La calentura que se propagaba sin moderación por todo mi cuerpo comenzaba a encontrar anclaje en mi vientre. Y Nate, consciente de lo que

evocaría en mí, empezó a cantarme al oído. Me derretí entera sintiendo como flaqueaban mis piernas ante su áspera y melodiosa voz

«Jodida canción. Era una clara advertencia de que esa noche perderíamos el control».

Continúo cantando, rozando mi oreja con su boca mientras sus manos acariciaban minuciosamente mis caderas. Atrevidas, y poderosas manos que jugueteaban con mi falda buscando apretar mis muslos.

—Esta noche seré el mejor que has tenido —aseguró parafraseando lo que decía la canción.

Su modestia me hizo reír traviesa, y contra mi cuello pude sentir su arrogante sonrisa.

—Demuéstralo. —Le seguí el juego.

Estábamos cediendo. Lo supe cuando me giró lentamente hacia él para ponerme contra la pared del porche. Mirándome con una lasciva y prometedora malicia.

—¿Eso es un reto nena?

Aquella forma de llamarme me enardecí. Y considerando la victoriosa sonrisa que se dibujó a medias en su rostro, se había dado cuenta.

—¿Te gusta? ¿Te gusta que te diga nena? —preguntó provocando la misma desesperante reacción en mi cuerpo una vez más.

—Umju —dije buscando su boca, la necesitaba. El me respondió con ardorosas ganas, mientras que sus manos, cálidas y sin prisas, recorrían el camino desde mis rodillas hasta mis mulos, agitándome gradualmente la respiración. Colándose finalmente bajo mi vestido para viajar hasta mis nalgas y apretarlas tan fuerte, que me elevó un par de centímetros del suelo. Yo, aferrada a sus anchos hombros, sentí la temperatura alcanzar el tope entre ambos. Jadeando entre besos mientras sus manos masajearan con mayor anhelo mi trasero.

—Bonita...me tienes mal —susurró contra mi boca.

—Mmm y tú a mí —admití—. Me tienes...me tienes.

—¿Mojada? —preguntó con una retorcida picardía en el rostro— ¿Estás

mojada?

Me sonrojé, y aunque me daba vergüenza admitirlo, asentí en respuesta. Temiendo con ansias lo que dicha contestación acarrearase.

—Un poco.

—Ssss ¿Un poco? —inquirió curioso; mientras su mano, ágil y precisa, se movió tan rápida que, solo cuando sentí sus dedos apretando contra mis bragas, supe lo que pasaba. No pude contener el sonoro jadeo que la música de la fiesta opacó, mientras aquella jodida canción seguía sonando.

—¡Nate!

—Esto no es solo un poco nena —recalcó sorprendido, presionando sus dedos contra la empapada tela; sobando abajo y arriba mientras me aferraba con mayor fuerza a su cuerpo—. Estás muy rica —dijo sin dejar de frotarme.

—Mmmmm.

Aquello era ir más allá, mucho más allá de la línea. Y lo sabíamos.

—¿Estas así por mí? —Quiso saber, sus ojos me observaban fascinados y anhelantes.

Asentí.

—Es tu culpa. Solo tú me pones así.

—¿Sí? ¿Así de jugosa y caliente?

«¡Dios! Si me sigue hablando así...».

Continuó masajeando, turnando sus dedos con su mano entera. Demandando posesión sobre aquel ardiente centro que se rendía contra su palma.

—Mmmmm...sí —respondí sumergida en un abismo sin salida. Tan absorta en placer, que no me rehusé cuando me quitó las bragas dejándolas caer al suelo. Y fue solo hasta que sentí sus dedos resbalar suave entre los labios mi sexo, que asimilé lo lejos que estábamos yendo.

—Sssssss —Lo escuché sisear. Nate estaba disfrutándome—. Estás realmente rica bonita.

«¡Santos Cielos!».

—Mmmmm —gimoteé sin soltarme de su cuerpo. Sintiendo los músculos de sus brazos tensarse mientras yo caía rendida ante la forma en que recorría todo lo largo de mi mojado sexo.

—Debí haber entrado a esa ducha contigo nena —dijo con frustración.

—Debis...—No pude terminar la palabra por que dos de sus dedos se hundieron profundos en mí. Gruesos, largos y firmes. Me privé, y el victorioso goce en su mirada aumentó la calentura alrededor de aquel par de atrevidos y divinos intrusos hasta hacerme gemir con mayor fuerza—. Mmmmm ¡Nate!

«Gracias a dios por la música.

Bendita canción, bendita canción».

—Lo sé, lo sé nena —dijo sonriendo mientras yo disfrutaba de como empujaba dentro y fuera. Una y otra vez.

—¿Te gusta? —preguntó mordiendo mi barbilla—. Dime bonita ¿Te gusta?

Su necesidad por saber me apretaba el Corazón.

—Sí —Salió la respuesta en medio de un gutural gemido—. No pares —Le rogué recibiendo una prometedor sonrisa. Mientras que obedientes, los dedos de Nate empezaron a empujar con mayor afán.

El placer creía gradualmente, y ensimismados en aquel satisfactorio mar de gemidos, me correría en sus dedos si seguía haciéndolo de aquella vigorosa forma.

—¿Quieres más? —Su pregunta me tomó por sorpresa, y la expectativa en su mirada me puso nerviosa —¿Quieres que demos el cuarto y quinto paso? ¿Tienes ganas?

Su profunda y excitada voz texana me arrastraba sin retorno. Le sostuve la mirada mientras lo pensaba. Pero no había nada que pensar.

—Sí, sí quiero —acepté sintiéndolo enterrar sus dedos con impetuosas ganas; desenfrenándolos entre jadeos y gemidos que me fueron orillando rápidamente al colapso. Nunca me habían hecho sentir así. Nunca me habían hecho rozar el clímax con tanta facilidad y rapidez.

Mis quejidos se aceleraron siguiendo el ritmo de sus acometidas, y habilidoso, me lanzó de cabeza hacia el orgasmo. Los músculos de mis piernas

se tensaron, y en punta de pie le clavé las uñas en los hombros buscando sosiego, gimiendo intermitentemente mientras me corría contra su mano. Ahí, en medio del porche de una casa ajena, a mitad de una fiesta dónde, aunque no podían escucharnos debido a la fuerte música, cualquiera podría descubrirnos.

Mi cuerpo se estremecía, y aun cuando Nate apartó su mano dejando una vacía e inquietante sensación en mi interior, mi cerebro no parecía reaccionar. No podía moverme, no quería hacerlo. Mis temblorosas piernas a duras penas me sostenían de pie, y cuando le vi chuparse los dedos con tanta obscenidad, me volvieron a flaquear derritiendo lo que no pensé que podría fundirse más.

—¿Puedes caminar? —Me preguntó con un altivo y enorgullecido aire.

—Tuve un orgasmo, no quedé parálitica —alegué divertida.

—No soy yo quien se está chorreando muslos para abajo —replicó malicioso.

—Estúpido —dije recibiendo un sabroso y pausado beso que se prolongó lo necesario para reestablecer la fuerza y el control sobre mis extremidades.

«¿Es real? ¿Esto está pasando?».

Sus labios se separaron de los míos, me regalaron una sonrisa, y tomando mi mano me guio fuera del porche. Yo le seguí sin chistar, mientras la canción que había desatado el fuego terminaba a lo lejos.

Caminamos en dirección contraria al patio, directo al jardín lateral. Dónde una pequeña casa de huéspedes se erguía. Nate sacó la llave de debajo de la alfombra y abrió la puerta. Supuse que había estado allí anteriormente.

Pasamos adelante y nos encontramos con una habitación tipo estudio de una sola planta, dónde la gran cama ocupaba el centro del recinto, mientras que salón y cocina, le enmarcaban a izquierda y derecha.

Las manos de Nate en mis caderas me sacaron de la distracción. Su respiración contra mi cuello y sus labios sobre mi piel, encendieron la llama nuevamente como si hubiese presionado alguna especie de interruptor. Estaba descubriendo que botones tocar, como tocarlos y cuando hacerlo.

Suspiré y me giré hacia él buscando una pausa, necesitaba asimilar lo que estaba pasando, pero al encontrarme con sus azules y hermosos ojos de muñeco mirándome con tan profunda y hechizante felicidad bañada en deseo,

supe que no había nada que asimilar.

Lo rodeé con mis brazos y me hice con sus carnosos labios, tomándome mi tiempo para saborear sus besos mientras los ecos de los mismos avivaban las ganas de comernos. Jalando su camisa fuera del pantalón, terminé de abrirla a tirones para acariciar la firme piel de su abdomen. Mis manos nunca habían tenido tanta prisa por sentir. ¿Se podía desear tanto a alguien?

Nate se quitó la prenda lanzándola al piso, se sacó los zapatos con los pies, y me cargó apurado llevándome a la cama. Dónde me recostó negado a desprenderse de mis labios, provocando que le mordiera los mismos hasta escucharle gruñir. Me gustaba escucharlo gruñir.

Finalmente apartó su rostro, y sin que su azul mirada soltase la mía, bajó hasta mi pecho para morder la voluptuosa carnosidad de mis senos, ajustados por el sujetador y el vestido. Los apretó con sus grandes y fuertes manos para que se desbordasen con indecencia, y aunque pensé que se detendría allí para disfrutar de ellos, no lo hizo. Continuó bajando, travieso, sensual y con libidinosa y prometedora mirada que me tenía inquieta.

Me subió la falda hasta la cadera, beso mis muslos haciéndome temblar, y acomodándose entre mis piernas, le dio una rápida lamida a mi estimulado y aun húmedo centro.

—¡Ahmmmm! —gemí fuerte ante el vertiginoso asalto. Sus ojos seguían fijos en mí, y una nueva lamida, más pausada y concienzuda, me hizo aferrar las manos a la cama mientras jadeaba.

«¡Joder! Que rico».

Su sonrisa victoriosa me enardecía, encendía cada poro de mi cuerpo preparándolo para sentir su lengua sobre una vez más. Provocando que apretase cada músculo interno ante la exquisita e invasora sensación, mientras su lengua, experta, dedicaba una lamida tras otra, y tras otra. Haciéndome retorcer de placer.

—¡Ahmm! —Me resultaba difícil respirar. Lo hacía tan, pero tan bien. Que cuando su lengua se adentró en lo más profundo de mi sexo, no pude contener el chillido— ¡Nate!

Sus dedos se unieron al juego, y cuando se hundieron profundos en aquel jugoso y ardiente mar de estimulaciones, mi cadera se arqueó contra su boca,

la que insaciable, seguía lamiendo y chupando como si no hubiese mejor festín que aquel. El picor de su barba producía un agradable cosquilleo que se mezclaba con las incesantes oleadas de satisfacción que provocaba su lengua, sacudiendo mi interior como un mar de latigazos.

—Mmmmm ¡Ahmm!

«¡Santo Cielos!».

La mente me dio vuelcos cuando lo sentí morder mí clítoris. Un fuerte corrientazo me sacudió como un latigazo atiborrándome de placer. Mientras que él, concentrado y enfocado en darme placer, continuaba con sus meticulosas y bien trabajadas atenciones, dedicado y absorto en el momento. Su propio goce se reflejaba en sus preciosos y oscurecidos ojos cuando los elevaba para mirarme. Aquello estaba pasando, no era un sueño, estaba pasando.

—¡Ahmm! ¡Nate! —comenzó a vigorizar sus acometidas y mis piernas se tensaron al borde de correrme en su boca. Y a juzgar por la desquiciada forma en que empezó a urgir sus lamidas, eso buscaba.

«Oh Dios. Oh Dios... Oh Dios».

—¡Ahmm!, ¡Nate!, ¡Nate!, ¡Ahmmmm! —Sintiendo la creciente agitación arremolinarse con apresurada vehemencia, estallé gozando del ardiente corrientazo que me recorrió de pies a cabeza. Anclándose en mi vientre y tensando cada músculo de mi cuerpo hasta que mi mente se encontró en blanco, perdiendo la noción del tiempo y el espacio.

Abstraída en una inexplicable satisfacción, solo sus labios contra los míos fueron capaces de arrastrarme de regreso a la realidad. Y mientras me saboreaba en ellos, disfrutaba del pausado y jugoso sonido que producían nuestros dulces besos. Sintiendo que mi mente danzaba al ritmo de los mismos; embelesada, tersa y deliciosa melodía que solo nosotros parecíamos escuchar. Hasta que otro sonido, el del cierre de su pantalón, erizó mi piel alertando mis sentidos con una clara y atrevida advertencia.

Mis manos envolvieron su ancha y desnuda espalda cuando sentí su dura y prominente erección frotándose contra mí sobrestimado y palpitante sexo. Jadeé con deleite y nuestros ojos se encontraron cómplices, conscientes de que ese momento, ese instante, lo habíamos deseado como dos enfermos.

Nate se frotó más y más, afincando, haciendo presión, provocándome. Mientras sostenía su peso con sus fuertes y marcados brazos contra la cama. Impulsándose de la misma para mantener el incitante vaivén.

Su rostro danzaba entre desvergonzados y perversos gestos, y cuando se relamía los labios con tanta obscenidad, provocaba espasmos en mi interior que me derretían como hielo en pleno verano.

Mi cuerpo era un océano de sensaciones en ese preciso instante. Y sintiendo su glande buscando entrada, me tensé entera anhelando la invasión.

Jadeé cuando empezó a hundirse lento y sin preservativo. Gemí apretando la cama y sus brazos con desesperación. Podía sentir cada centímetro de su grueso, duro y caliente miembro abriéndose paso a medida que abarcaba espacio.

Sus hermosos ojos de muñeco me miraban fijamente, mientras su irregular y agitada respiración, se mezclaba con mis jadeos. Cuando final y gloriosamente tocó fondo, Nate cerró los ojos saboreando el momento, dejando que un gutural gruñido escapase de entre sus labios antes de apoyar su rostro contra el mío.

—Que rica eres —susurró, tomándose un momento para disfrutar de los palpitanes apretones alrededor de su miembro. Escasos segundos que no me dieron tiempo suficiente para acoplarme a su tamaño. Embistió con ganas haciéndome chillar, encendiendo mi cuerpo con ardorosa vehemencia.

—¡Ahmmmm!

Repitió provocando otro fuerte alarido. El esmerado ritmo de su cadera era delicioso, podía sentir su erección llenándome entera. Nate lo hacía como nadie. Follaba mejor de lo que lo había imaginado. Y a medida que fue aumentando el ritmo, mi cuerpo regresaba a ese estado sobresaturado en que sabía que tendría otro orgasmo.

—¡Nate!, ¡Nate!

—Lo sé, lo sé bonita. Puedo sentirlo —dijo sonriente, robándome un beso antes de empujar más duro.

—¡Ahmm!, ¡Ahmm!, ¡Ahmm! —Chillé de forma escandalosa y continua.

—Oh Anne —jadeó él mientras su gruesa erección se crecía más rígida en

mi interior con cada gemido y embestida—. Eres una delicia bonita —dijo. Sintiendo como las oleadas de placer que amenazaban con un fuerte tsunami, se desbordaron apresurando la caída libre y en picada.

—¡Ahmm! ¡NATE!

—Oh sí, sí nena...Sí —jadeó rauco mientras me corría alrededor de su penetrante miembro, rodeándolo de espasmos mientras apretaba duro como respuesta a la incontrolable sacudida. Era la primera vez en mi vida que tenía tres orgasmos en una misma noche. Y a juzgar por lo duro que seguía Nate al no haberse corrido, no serían los únicos.

Me costaba respirar y mi piel estaba tan sensibilizada, que hasta el más mínimo roce de la sábana me producía escalofríos. Por lo que el cálido y húmedo roce de su sudada piel contra mi cuerpo, estremecía todo mi ser.

De nuevo sus labios entre los míos eran los únicos capaces de arrastrarme de regreso.

—Esto no puede repetirse —impuse consiente de que estábamos haciendo mal. La culpa asomaba sigilosa.

Él asintió sin oponerse, más la amarga mueca que intentó disimular, fue transparente como su mirada.

—Lo sé —admitió—. Pero ahora disfruta conmigo —pidió enterrando su férrea erección dentro de mí nuevamente.

—¡Ahhhh! —chillé arañando sus brazos, escuchándolo gruñir con queja mientras una maliciosa sonrisa llena de victoria invadía su rostro.

—Te gusta duro —afirmó robándome una sonrisa que sus labios desvanecieron con un acaramelado beso—. A mí también —advirtió haciéndome flexionar las piernas mientras anclaba sus rodillas a la cama, empujando indómito y hasta el fondo.

—¡Ahhhh! —Jalaba las sábanas con vehemencia. Mi sexo estaba ardido e hinchado, por lo que cada centímetro de su miembro se sentía el doble de grande y grueso.

Colocó mis piernas a su alrededor, se inclinó sobre mí, y medida que fue ejerciendo mayor potencia y vigorosidad, los gemidos empezaron a escapar de mi boca como si los arrancase desde lo más profundo de mi garganta.

Me abracé a él buscando anclaje, y mis uñas se arrastraron salvajes sobre sus brazos una vez más. La necesidad de gritar me ganaba, me ahogaba. Su controlada rudeza me resultaba excitante, erótica y sofocante.

—¡Ahmm! ¡Ahmm! —Sus embestidas martillaban groseras y sin cesar. Sus músculos estaban tan duros y tensos, que parecía que estallarían. Las venas de sus hombros y su rostro se brotaban, y sus gruñidos se tornaban en incitantes gimoteos que se fundían con los míos.

—¡Ohmmm! Mmmmm

—¡Ahmm! ¡Nate! —Su nombre, no podía dejar de chillar su nombre. Mi cerebro no procesaba el placer que estaba sintiendo mi cuerpo, y él era culpable, Nate era el culpable de que estuviese al borde de correrme una cuarta vez esa noche.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí nena! Yo también ¡Ohmmm! —admitió empezando a desesperarse, y por más que quiso retardarlo, resultó inútil. Estábamos muy calientes y urgidos para prolongarlo. Al borde de orgasmo, Nate quiso apartarse para acabar, pero yo apreté mis piernas a su alrededor para evitárselo, robándome un fuerte y arrastrado alarido cuando su tibia y torrencial corrida me llenó, sacudiéndome desde adentro hacia afuera. Él, visiblemente encantado, continuó embistiendo con erráticos movimientos mientras gozábamos de aquel jugoso, ardiente y liberador instante.

Solo cuando nuestros cuerpos no pudieron recibir más, su cadera empezó a sosegar sus acometidas hasta detenerse. El eco de nuestra agitada respiración llenaba el recinto, y su frente se apoyó sobre la mía mientras un par de gotas de sudor de su cabello mojaban mis mejillas. Mis manos, temblorosas, acariciaron sus brazos delineando las curvas de los mismos, y mi corazón, golpeando salvaje contra mi pecho, estaba lleno de tanto placer.

«Había pasado. Habíamos tenido sexo y había sido increíble».

Nate apartó su rostro, me sostuvo la mirada, y finalmente sonrió antes de acercarse a darme un pausado y dulce beso que cerró aquel momento. Dejándose caer luego en la cama, junto a mí.

Se le veía satisfecho, y aunque aquello escocía mis emociones haciéndolas rugir con mayor potencia, también las cargaba de miedo. Las dudas volvieron, la culpa y la vergüenza de sentirme una cualquiera capaz de acostarse con el novio de su hermana me arrancaron el placer de golpe

«¿En esto me había convertido?

¿Esto era lo que quería de mí?

¿Lo que querían mis padres?».

—¿Qué sucede? —Me preguntó viéndome de reojo.

«¿Tan transparente soy?».

—Nada —dije sentándome mientras acomodaba mi vestido. Evitando el mirarlo.

—¿Es por Caroline? —inquirió haciéndome sentir peor—. Anne, yo...

—¿Dónde están mis bragas? —interrumpí cortando de raíz con aquella locura. Y aunque no lo estaba viendo, por la densidad de su respiración supe que estaba enojado.

—La dejamos en el porche —contestó con sequedad.

—Bien —dije poniéndome de pie, arreglando nuevamente mi vestido y luego mi cabello—. No se preocupen por mí, me voy a casa en taxi.

—Anne no tienes que...

—Dile a Caroline que no me sentí bien —Le interrumpí nuevamente antes de marcharme.

—Anne... ¡Anne! —gritó Nate.

Una vez estuve fuera de la casa de huéspedes, escuché un fuerte golpe que provino del interior; y aunque me hizo brincar, no detuvo mis pasos.

DOCTOR ROUSSE

CAPÍTULO 7

ANNE

Las tres horas de vuelo hasta Florida me habían dejado exhausta. Pero decirle que no a mi hermana era más difícil que blanquear a una zebra. Habíamos llegado por la noche, y desde que mi cuerpo tocó la cama, no supe de mí hasta el día siguiente pasadas las cuatro de la tarde de aquel soleado sábado. Despertando con una inquietante incógnita atascada en mi cabeza

«¿Qué habrían estado haciendo Nate y Caroline durante la mañana?».

No debía hacerme preguntas como aquella, porque siendo pareja, podían hacer lo que mejor les acomodase. Pero, aun así, lo único que apaciguaba mi ansiedad, era tener claro que mi hermana no nos había traído a la boda de su socio con intenciones de compartir en familia. Necesitaba alardear sobre lo feliz que era con su novio de juguete, y crecerse cuando presentaba a su pequeña hermanita novata. Lo que nos hacía a Nate y a mí, dos tarados lo suficientemente descerebrados como para permitirle hacer lo que le diese la gana. ¿Pero quién le decía que no con los desagradables berrinches que se montaba?

Suspiré pesadamente mientras me perdía en la inmensidad de aquel resplandeciente mar frente a mí. Las playas de Florida eran conocidas por su grandeza, y aquella en la que a solas disfrutaba de la tarde, perteneciendo al lujoso resort donde daría lugar la boda, era especialmente hermosa.

Elevé la cámara en mis manos y un par de fotos enmarcaron el perfecto cambio cromático del cielo, cuando el sol, perdiéndose en el horizonte, tiñó el agua de vivos colores dando inicio al atardecer.

Una última foto, y la más grata sonrisa se dibujó involuntariamente en mi rostro. Extrañaba aquellos momentos de paz en los que solo existíamos yo y mis pensamientos, yo y mi cámara. Pero mi vida ya no era la misma. No vivía

sola, debía tolerar el improductivo trabajo en el bufete, lidiar con la falta de tiempo para continuar con el blog, luchar contra la insana atracción hacia Nate, y ahora incluso, martillarme la cabeza pensando en lo que este estuviese haciendo con mi hermana. Quienes, a juzgar por la hora, debían encontrarse en el almuerzo de ensayo.

Caroline seguramente estaba disfrutando de los halagos y hablando sobre el tema que mejor se le daba: ella. Mientras que Nate esperaba sentado, durmiéndose con los ojos abiertos.

Me gustaba creer que pensaba en mí, y que prefería estar ahí en la playa conmigo. Pero de ser así, lo estaría.

Lo que me llevaba a un sin fin de preguntas ¿Por qué siguen juntos? ¿Por qué no la ha dejado? ¿Dónde quedo yo en todo esto? ¿Qué significó lo de la otra noche en la fiesta? Y aunque todas las respuestas que generaba mi cabeza me llevaban al mismo punto donde yo salía sobrando en aquella ecuación, estaba casi segura de que Nate ya no quería a Caroline. Pero, pese a que suponía que terminar cinco años de relación resultaba difícil, no le encontraba sentido al masoquismo. Si tan mal te hace sentir ¿Por qué seguir a su lado?, si no lo quieres ¿Por qué no dejarlo ir?

Tantas incógnitas me llenaron de dudas sobre las verdaderas intenciones de Nate. ¿Qué pretendía? ¿Qué buscaba con todo aquello? Él me dejaba en claro que yo le gustaba, pero ¿De que sirve si tiene novia? ¿De que vale si esa novia es precisamente mi hermana?

Tal vez es solo atracción, o necesidad de encontrar en otra persona aquello que Caroline no le da. Y de ser así, no sé si quiera ser el comodín de alguien, mucho menos si ese alguien puede acarrearle problemas con mi hermana. Que, aunque no sea perfecta, y ya no sea la misma, sigue y seguirá siendo mi hermana.

Odiaba aquella situación. Estaba tan confundida que la ansiedad me tenía subiéndome por las paredes. Y como si fuese poco, algo muy dentro de mí palpitaba con miedo, advirtiéndome con alarmante insistencia, que sería yo quien derramaría lágrimas al final.

Respiré hondo buscando aliviar la exasperante zozobra que me punzaba entre pecho y espalda. Quise tomar otro par de fotos, pero no tuve fuerzas. Me sentía mal, incluso triste. Había evitado e ignorando a Nate los últimos cuatro

días, pensando que después de lo sucedido, sería más fácil lidiar con la tentación si imponía distancia. Pero no pasar tiempo con él me hacía sentir sola e incluso desanimada.

Extrañaba conversar con él, escuchar sus historias y reírme de sus ocurrencias. Pero nada volvería a ser igual entre nosotros. Habíamos cruzado la línea más allá de lo omisible. Por lo que vivir bajo el mismo techo se había convertido en una tortura intolerable. Era incluso absurda la forma en que mi cuerpo y mi mente confabulaban en mi contra empujando mis ansias de correr hacia él cada vez que se encontraba cerca. Haber tenido sexo de la ardorosa forma en que lo tuvimos, me hacía desearlo más que antes. Porque, aunque quisiera no pensar en ello, ahora sabía lo rico que podía ser estar con él. Y sus miradas, sus transparentes y profundas miradas, me recordaban cada segundo, cada roce, beso y centímetro de esa verdad.

«¡AHHH! ¡Esto es horrible!

¡Maldita sea!, ¿Cómo me puede gustar tanto?».

Me quité la cámara del cuello dejándola entre mis piernas y sobre la manta donde yacía sentada, esa que evitaba que se ensuciase el vestido gris que, apresuradamente, había elegido para salir de la cabaña playera que compartíamos. La que siendo de dos pisos y dos habitaciones, me resultaba muy pequeña para evitar a Nate. Mientras que la idea de que estuviese durmiendo con Caroline, me trastornaba llenándome de rabiosa impotencia. Estaba celosa, aquello era inaceptable. Ni siquiera podía empezar a enumerar todas las razones por las que aquel sentimiento estaba mal.

—Me gustas cuando callas porque estás como ausente, y me oyes desde lejos y mi voz no te toca —La inesperada presencia de Nate sacudió todo aquel mar de encontradas emociones que me traían de cabeza—. Parece que los ojos se te hubieran volado...

—Y parece que un beso te cerrara la boca —recité junto a él la última frase de aquel poema. Descubriendo que todas las dudas me importaban muy poco cuando sus hermosos ojos de muñeco conectaban con los míos.

Se había rasurado la barba y peinado propiamente para el ensayo nupcial del que aparentemente había escapado. Se veía tan o más hermoso que de costumbre, pero yo debía ignorarle y ser fuerte. No podía permitir que aquella locura siguiese avanzando. No podía flaquear precisamente ahora.

—Pablo Neruda. No sabía que te gustase la poesía.

—Hay mucho que no sabes de mí —destacó él con las manos en los bolsillos de su pantalón blanco. ¿A caso era una obligación vestir de blanco cuando se iba a una boda en la playa? De serlo, Dios bendiga al que tuvo la idea, porque Nate lucía, no atractivo, lo siguiente. La camisa de vestir, igualmente blanca, se ajustaba a sus brazos como lo hacían todas las demás, haciéndome recordar lo fuertes y firmes que estos se habían sentido bajo mis manos.

«Demonios Anne. Contrólate.

*No puedes echar por la borda todo lo que
has resistido hasta ahora».*

—No será porque yo no quiera saber —alegué con una clara indirecta, pues era él quien se guardaba todo con inquebrantable reserva.

Nate sonrió y asintió dándome la razón.

—Touché —dijo antes de que el silencio entre nosotros, ese que había vuelto a ser incómodo, se prolongase hasta hacerse notorio y pesado.

—No te encontré en la casa —destacó cortando así la tensión—. Te escribí al teléfono, pero lo olvidaste en tu habitación. —Sacó dicho aparato del bolsillo para entregármelo.

—No lo olvidé —aclaré tomando el móvil para lanzarlo sin interés alguno a mi bolso.

Él pareció comprender entonces.

—Querías estar sola —recalcó—. Por eso no fuiste al almuerzo.

«No fui porque no quería verlos juntos

*¿No se daba cuenta que todo aquello empezaba
a lastimarme?».*

—Corrijo...*quieres* estar sola —subrayó cuando no respondí—. Será mejor que me vaya por donde vine —dijo fingiendo que le resultaba indiferente. Pero yo conocía muy bien aquella mueca decepcionada y molesta en su rostro.

—¿Qué haces aquí, Nate? —pregunté antes de que se marchara— ¿Por qué no estas con Caroline en el ensayo?

Él se mantuvo en silencio por un instante, parecía extrañarle mi pregunta.

—¿No es obvio?

Yo me negaba a tener que suponer. Quería escucharlo. Necesitaba disipar dudas y corroborar que no estaba volviéndome loca queriendo creer que su interés era genuino.

—Imaginé que estarías a punto del suicidio por aburrimiento.

—La verdad es que no la estaba pasando mal —admitió—. Dio la casualidad de encontrarme con viejos amigos.

—¿Entonces? ¿Por qué te fuiste si la estabas pasando tan bien? —insistí.

Nate sonrió, mirándome como si mi tozudez le resultase adorable.

«Me gusta tanto que me mire así,

que lo odio cuando lo hace».

—Porque mi cabeza estaba en otro lugar...en otra persona para ser exacto —explicó—. Así que salí a buscar a dicha persona, pero solo encontré su teléfono.

A duras penas contuve la sonrisa, y aunque esperaba una respuesta mucho más directa que aquella, me resultaba suficiente para aliviar la ansiedad de no saber si prefería estar conmigo o con ella.

—Pero aparentemente molesto así que...

Suspiré cuando le vi dar la vuelta para marcharse.

—Puedes quedarte —dije maldiciéndome en todos los idiomas que conocía.

Nate se giró de inmediato, y sonriente, tomó asiento a mi lado sobre la manta. Yo reí por su infantil y emocionada actitud, mientras me reprochaba el ceder de aquella manera. Estaba flaqueando al permitir que pasáramos tiempo juntos. Aquello terminaría mal, me conocía y conocía lo que Nate provocaba en mí.

—Pensé que me echarías de nuevo como un perro —alegó flexionando

vagamente sus piernas para apoyar sus brazos en sus rodillas.

—¿De nuevo? —repliqué represivamente.

—Es lo que has hecho durante cuatro largos, tristes y desolados días —apuntó con desmedido y fingido melodrama—. Me ignoras, me apartas de tu vida y te olvidas de que existo.

Rei una vez más, disimulando lo que aquel disfrazado reproche me avergonzaba.

—Cualquiera que te escucha diría que no puedes vivir sin mí —comenté divertida.

Él sopesó la idea.

—Puedo —admitió—. Pero no quiero.

Su firme declaración apretó mi pecho cortándome el aire, y su expectante mirada me exigía una reacción que arduamente logré reprimir. Que dijera cosas como aquella, solo empeoraba el asfixiante amasijo de emociones que me traía arrastrándome. Porque mientras más me gustaban sus palabras, más dolor causaban.

—Eres.... —No supe como reclamarle. Yo era tan culpable como él en todo aquel indebido asunto— Un tonto, eso eres —dije con resignación.

—Sabes la respuesta a eso.

«Tú me pones tonto».

Asentí sin decir nada. Frenando así la posibilidad de seguirle el juego.

El me observó por un par de segundos sin pronunciar palabra. Parecía analizarme cuando me miraba de aquella forma. Mientras el eco de las olas, insistente y continuo, llenaba el silencioso y frágil abismo que yo imponía entre los dos.

—Pensé en traerte tarta —dijo finalmente—. Era de chocolate —informó con complicidad; como si esperase alguna respuesta por mi parte. Pero yo seguía negada a caer en su encanto—. Pero tenía fresas y sé que detestas las fresas.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté intrigada.

—Porque las apartas cada vez que Caroline trae tarta de su restaurante

favorito —destacó sonriente, victorioso; me había hecho responderle atacando mi punto más débil: Mi curiosidad.

—Observador —apuntó bastante sorprendida.

Nate elevó los hombros restándole importancia.

—Suelo serlo cuando algo, *o alguien*, me importa.

—Nate... —Le corté de inmediato. Ahí estaba de nuevo la jodida punzada que se me clavaba entre pecho y espalda. Rebasando mi nivel de tolerancia ante lo que despertaban en mí sus comentarios.

—Lo sé —dijo con pesar bajando la cabeza, aparentemente consciente de lo que estaba ocasionando—. Lo siento. No puedo evitarlo. —Lo vi hacer una mueca llena de reproche, y me sentí ruin cortándole así el jugueteo que hasta ahora había sido natural entre los dos. Pero me resultaba tan irritante tenerlo cerca y no poder dejar de pensar en lo sucedido, en lo desquiciantemente rico que había sido estar con él. Que imponer límites era mi única herramienta defensiva para no enloquecer.

Una profunda bocanada de aire pareció llenarle los pulmones, pero su mirada ahora fija en el mar, estaba turbia y llena de frustración.

—¿Qué tal el Blog? —preguntó de la nada, consiguiendo cambiar el tema. Forzando una sonrisa luego de saltar olímpicamente el incómodo momento—
¿Has encontrado tiempo para tomar fotos nuevas?

Suspiré sacudiendo la inquietud de mi pecho. Éramos dos adultos completamente capaces de llevar una conversación normal y distanciada.

—Sí. Tomé unas cuantas fotos el otro día en el bufete —conté con una enorme satisfacción en el rostro.

—¿En el bufete? Pensé que Caroline te tenía prohibido llevar la cámara —apuntó extrañado.

—Así es —afirmé yo—. Pero ella no tiene por que saberlo.

La sorprendida expresión que se dibujó en el rostro de Nate me hizo sentir rebelde.

—Esa es mi chica —celebró con orgullo.

Aquella frase me sacudió con la fuerza de un latigazo. Cambiándome

nuevamente el ánimo. Me resultaba amargo que dijera algo como aquello.

—No soy tu chica Nate —impuse.

Él se inclinó hacia mí para hablarme al oído.

—Sí, sí lo eres —Y la libidinosa posesividad con que lo dijo, evocó el recuerdo de haber estado bajo su fuerte y pesado cuerpo mientras se adueñaba de cada milímetro de mi interior. Y sin control alguno sobre la sensación de pertenencia que palpitaba desde entonces en mi piel, me impulsé para levantarme con intenciones de marcharme. Pero la mano de Nate rodeó mi brazo, devolviéndome a mi lugar con un firme jalón.

—No seas infantil —exigió sin rodeos y con reprensión—. Sé que no quieres que se repita lo de la otra noche. Y aunque yo si quiero que se repita, y no una, sino *mil veces* —confesó con un lascivo énfasis en la cantidad—. Entiendo y respeto tu decisión. Si no quieres, no quieres —manifestó. Encontrándome obligada a mirarle directamente a los ojos debido a la seriedad con la que hablaba—. Y no, no puedo controlar todo lo que provocas en mí, y no, no puedo callarme la jodida boca. Pero solo busco conversar contigo ¿Ok? —aclaró visiblemente abatido—. Extraño estar contigo Annie —admitió con aquejado tono—. Me has evitado por muchos días y lo entiendo, creme que lo entiendo. Pero eso no quita que...que te extraño—agregó como si le pareciera tonto su propio sentir.

Yo, sintiéndome regañada, respiré hondo, exhalé y bajé la guardia finalmente. Estaba actuando como una tonta adolescente que tenía miedo a enfrentar lo que estaba ocurriendo. Pero Nate tenía razón, no podía tomar el papel de víctima cuando no era la única involucrada en aquella situación. No era la única padeciéndola. Y aunque una parte de mí seguía fuertemente aferrada a la idea de que imponer distancia e indiferencia era lo mejor. La otra, la más insistente y avasallante, empujaba mi necesidad por ceder y mandar todo al diablo.

—Yo también te extraño —reconocí. Nate merecía saber la verdad.

El suspiro cargado de alivio que se escapó de sus labios me robó una sonrisa. Era tan transparente.

—Me gusta escuchar eso —admitió. Y la complicidad en su mirada terminó por desarmarme entera.

—Eres imposible —dije sucumbiendo irresistiblemente a su encanto.

Él se mordió los labios reprimiendo una sonrisa.

—Me lo han dicho.

Reí y le di un suave empujón con el hombro. Era un tonto, uno que me traía genuina y completamente perdida.

La tensión entre ambos se disolvió paulatinamente, y el silencio que acostumbraba envolvernos cuando nos mirábamos, al igual que la noche en la fiesta, se tornó magnético una vez más. Saqué el teléfono de mi bolso y busqué en estas las fotos que había tomado en el bufete. Tal vez podría mantener la distancia sin ser tan hostil como lo había sido estos días.

Le ofrecí el teléfono a Nate y este pareció sorprendido.

—Wow —dijo haciéndole un acercamiento a las fotografías para ver los detalles—. Se puede sentir el suspenso de haberlas tomado a escondidas —comentó con la mirada clavada en la pantalla del móvil—. Y eso es lo que me gusta de tu estilo Annie, que se pueden encontrar emociones implícitas en cada foto. Emociones que no están necesariamente en la imagen y, aun así, puedes percibir las —manifestó.

Que aquella fuese su opinión con respecto a mi trabajo, me resultaba increíble. Generaba una desbordante emoción que no podía explicar. Y la involuntaria sonrisa en mi rostro, era muestra de ello.

—No es gran cosa —sentenció avergonzada.

—Para mí tampoco lo es mi trabajo y tú no paras de decirme lo contrario —señaló dejándome sin argumentos para replicar.

—Y te sientes grande por haber podido usar eso en mi contra —recalqué viéndole acusadoramente.

Nate amplió la sonrisa con un suspiro lleno de gozo.

—El mejor momento de mi vida.

Negué con la cabeza mientras reía. Aquel hombre no tenía remedio. Y eso era lo que más me gustaba de él.

—Quiero ayudarte —dijo retomando la seriedad—. *Necesito* ayudarte —enfaticó—. No quiero que dejes a un lado el Blog, no me perdonaría si

permiso que abandones la fotografía. Eres muy buena Anne.

—Gracias —Me halagaba que un fotógrafo reconocido y tan bueno como lo era él, pensase así de mi trabajo. Pero lo que más me entusiasmaba, era saber que, precisamente él, *mi bonito*, creyera en mí—. En verdad agradezco que quieras apoyarme, pero no tienes que molestarte.

—¿Molestarme? —pifió incrédulo—. Te puedo asegurar que, si me pagaran solo la mitad de lo que me pagan en la revista, por trabajar contigo, podría morir feliz.

Solté la risa nuevamente, sintiendo mi pecho ensancharse con afecto.

—Hay que ver que eres exagerado.

—Un poco, si —reconoció divertido antes de regresarme el teléfono—. Pero en verdad quiero ayudarte. Podríamos tomar los fines de semana para salir de excursión fotográfica ¿Qué te parece?

Aquello implicaba pasar tiempo juntos, peligroso tiempo juntos. Pero ¿A quién engañaba? Me encantaba la idea.

—Eso me gustaría —admití resultándome imposible no ser sincera ante su honesto interés.

Él asintió visiblemente emocionado.

—Bien, que no se diga más. El próximo fin de semana empezamos —impuso—. Espera, ¿Dije el fin de semana? Empecemos ahora mismo —dijo quitándome la cámara de entre las piernas para tomarme una foto, provocando que riera antes de quitársela abruptamente de las manos.

—Ya tendremos tiempo para eso. Ahora me gustaría disfrutar de estas obligadas vacaciones —manifesté con el entusiasmo que ameritaba aquel inesperado viaje al que habíamos sido arrastrados.

—Está bien. Pero mi propuesta sigue en pie —sostuvo.

—Lo sé —dije regalándole una sonrisa que él me devolvió sin reparo. Y mientras nos sosteníamos la mirada, el invisible lazo que nos ató la otra noche mientras jadeábamos boca con boca, se tensó apretando mi corazón y con él mi respiración. Provocando otra horrible punzada de advertencia que me orilló a cambiar nuevamente el tema de conversación.

—¿Y cómo has dormido estos días? —pregunté preocupada por su insomnio.

Nate suspiró con fastidio. Cambiándole drásticamente el ánimo.

—¿Quieres la verdad?

—No. Quiero que me mientas porque eso me hace inmensamente feliz —alegué con sarcasmo.

Él sonrió sin ganas mientras su mirada perdía su característico vigor.

—No he dormido bien —admitió. Tomándome por sorpresa que no me hubiese costado obtener una respuesta suya—. Las pesadillas no dejan de joderme la existencia.

Saber aquello me alarmó y me dejó hecha un mar de angustias.

—Pensé que habías mejorado. No te he escuchado vagar por el Penthouse a media noche.

Nate asintió relamiéndose los labios.

—Lo sé —corroboró—. No he salido del cuarto.

—¿Por qué? Prometiste buscarme o avisarme cuando no pudieras dormir. —Le recordé enojada y sumamente preocupada.

Él soltó una amarga risa.

—¿Lo hubieses hecho? ¿Hubieses ido si te llamaba? —preguntó volviendo su mirada hacia mí, retándome a responder— ¿Te hubieses quedado sola conmigo en la misma habitación? ¿Me hubieses abrazado como prometiste?

Fue entonces que comprendí a lo que se refería y la culpa me cayó encima como una gran bola de nieve. Le había estado evitando e ignorando durante días. ¿Qué le aseguraba que cumpliría la promesa?

—Ahí lo tienes —apuntó con pesar, y verle afectado por mi indiferencia me hizo sentir tan mal, que unas intensas y eufóricas ganas de pedirle disculpas se atascaron en mi garganta.

—Y esto sonara tonto —continuó con recelosa expresión—, pero me había entusiasmado con esos abrazos.

—¡Lo sé! Lo siento —exclamé sin podérmelo contener por más tiempo.

Girándome hacia él, pidiéndole disculpas con toda la vergüenza que impulsivamente brotó de mi pecho—. Lo siento tanto bonito —insistí encontrando mi mano en su rostro, incluso antes de darme cuenta de que lo estaba acariciando. Y su sonrisa, retomando su encanto natural ante aquella última palabra, me hizo suspirar—. Soy una idiota —proseguí—. No debí faltar a mi promesa.

—No te preocupes —dijo mirándome con tal adoración, que me cosquilleó la piel cuando tomó mi mano para entrelazar sus dedos con los míos.

—Sí, sí me preocupo —impuse—. Me preocupo por ti y no es justo que te ignore.

Él negó con la cabeza.

—No, no es justo. Y odio que precisamente tú lo hagas —confesó con una amarga sonrisa—. Pero no importa. No es como que no esté acostumbrado —alegó con forzada jocosidad.

La indirecta e impremeditada comparación con Caroline me dolió como si me hubiese clavado un puñal en el pecho. Estaba poniendo mi dolor muy por encima de él y me estaba olvidando de sus sentimientos, de su humanidad. Me acerqué más a él y tomé su rostro con mayor firmeza. Quería que me escuchara.

—Sí, si importa porque tú me importas —recalqué, y pasados un par de tensos segundos en los que Nate pareció reprimirse, finalmente se acurrucó en mi mano con placidez y sosiego. Tomándose su tiempo.

Le notaba turbado. Nate lo estaba pasando mal y yo cegada lo había hecho a un lado.

—¿Estás bien? —pregunté atrayendo su mirada mientras acariciaba su mejilla—. Y no me refiero solo a las pesadillas. También a...ya sabes.

—¿Te refieres a si me irrita el no dejar de pensar en lo sabroso que fue hacértelo la otra noche? ¿O te refieres a si me jode que tú no quieras repetirlo? ¿O tal vez te refieras a si toda esta maldita situación me trae con ganas de golpearme la cabeza contra el asfalto? —inquirió con desanimada sorna—. He estado mejor —admito consiguiendo que me sintiese peor de lo que ya me sentía.

Bajé la cabeza, afligida, y él me obligó a elevarla con sus dedos en mi barbilla.

—Estoy bien bonita —aseguró ofreciéndome una media sonrisa.

Yo negué con la cabeza.

—No. No lo estás —recalqué—. No lo estamos.

La realidad se mezcló con la verdad y la frustración cobró vida en nuestros ojos. La impotencia hizo eco junto a las olas, y aunque tuviésemos mucho que decir, lo que debíamos callar no necesitó palabras.

Un impulsivo Nate me jaló con intransigente determinación, elevándome de la manta para sentarme en sus piernas. Su imposición me dejó sin armas, y como a una niña indefensa me dejé abrazar apretándome contra su pecho. Encontrando en su cuello, el lugar perfecto dónde permitirme cerrar los ojos. Siendo un beso de sus labios sobre mi frente, la dosis necesaria para calmar por completo mi ansiedad.

Entregados a la placidez del momento, nos mantuvimos abrazados por largo rato. Cambiamos de posición un par de veces, e incluso algún tarareo por parte de Nate amenizó la tarde.

Al sol le faltaba poco para ocultarse por completo. La escasa claridad del crepúsculo invitaba a la fresca brisa nocturna. Y sentada entre las piernas de Nate, de espaldas a él, y con sus brazos a mi alrededor, me sentía llena. Tan llena, que no me cabía el corazón en el pecho.

Evitarlo y alejarme de él podía ser *tal vez* la mejor opción para detener toda aquella locura. Pero resultaba cruel tener que reprimirme lo divino que era estar junto a Nate, la libertad que me brindaba su presencia, y el ardoroso anhelo con el que palpitaba mi cuerpo cada vez que demostraba lo sumamente loquito que estaba por mí. Y es que con él no podía pecar de arrogante, porque el solo hecho de que alguien como él se fijase en mí, era razón suficiente para sentirme más que afortunada.

Sin decir nada tomó la cámara y la puso por delante de mí mientras la encendía.

—Solo están las fotos que tomé recién. No hay mucho que ver —indiqué.

Él esperó para poder acceder a la galería, y una vez allí, navegó por las

fotos del atardecer. Tomándose su tiempo para admirarlas una a una detalladamente.

—Me gusta esta —dijo, regresando a la segunda luego de verlas todas.

—A mí también —admití. Mientras que, emborrachada con su aroma, disfrutaba de la calidez de su aliento sobre mi mejilla.

—¿Cómo demonios es que no estás dedicándote a la fotografía? —Me preguntó con incrédula irritación—. Estas fotos son hermosas Anne. No estuve cuando las tomaste, pero cuando las veo, siento que estoy ahí; en ese preciso instante que me perdí por venir distraído babeándome por ti.

Le di un golpecito a su pierna por aquel último comentario. Se suponía que dejaríamos en paz el tema del coqueteo para tener una conversación normal. Aunque, a juzgar por la forma en que habíamos violado los límites de proximidad, eso había dejado de importar.

—Hablo en serio —insistió—. ¿Por qué no lo intentas? Deja el bufete y dedícate de lleno a la fotografía. Tienes todo mi apoyo.

Aunque apreciaba con demencia su confianza, no me sentía preparada para un riesgo tan grande. Y sopesando la idea en mi cabeza, me negué a responder.

—¿Alguna vez creíste en Santa? —preguntó de la nada.

—Sí —afirmé extrañada.

—¿Hasta que edad?

—Hasta los ocho.

—Bien, si pudiste creer en un viejo gordinflón que bajaba por tu chimenea para dejarte regalos, por ocho años ¿Por que no puedes creer en ti misma por cinco minutos? —inquirió haciéndome sentir abofeteada con una buena cucharada de lógica. Y algo fastidiada con su insistencia, le quité la cámara, la apagué y la devolví a la manta dando por terminado el tema.

Nate suspiró.

—Ok, ok. Entendí la indirecta —dijo reacomodándose para apretarme fuerte entre sus brazos— ¿Prefieres que te cuente una historia? —propuso a mi oído.

Me estremecí sin vergüenza alguna, y mordiéndome los labios, asentí.

—¿Qué tipo de historia?

—Una que estoy seguro te interesa escuchar —anticipó.

—¿Ah sí? ¿Y eso por que? —pregunté curiosa.

—Porque tienes tiempo pidiéndomela —alegó misterioso.

—¿Sí? ¿Cuál historia es esa? —Me había intrigado.

—La mía —respondió sin más.

*«¿Hablabas en serio? ¿Estabas dispuesto a contarme sobre él?
Aquello sí que era un avance»*

—¿Y cómo se llama la historia? —Quise saber, siguiéndole el juego antes de que se arrepintiese.

Nate se tomó un segundo para pensárselo.

—Mmm. Llamémosle...La historia del Doctor Rousse.

«¿Doctor?».

La sorpresa de aquel título avivó mi interés por saber más.

—Ok. Me gusta. ¿Cómo empieza la historia?

Una profunda bocanada de aire rozó mi cuello, y supe que, aunque Nate estuviese dispuesto, no le resultaba sencillo hablar sobre él. Aun y cuando lo hiciese en tercera persona.

—El Doctor Rousse tenía veinte años y vivía en Austin-Texas cuando entró a la universidad para dedicarse a estudiar cardiología. No era su verdadera pasión, pero su padre le impuso que solo con un título universitario sería alguien en la vida. Alguien a quien él podría respetar —contó.

—El legado familiar —supuse sintiéndome identificada.

—Oh no. El padre del Doctor Rousse no era médico, era un simple y humilde carpintero —aclaró—. Pero siempre soñó con ser un admirable doctor. Decía que, solo así hubiese podido ofrecerles un mejor futuro a sus hijos.

—¿Eran pobres? —Aquella pregunta brotó más indiscreta y ruda de lo que quise.

—¿Te parecerían menos si lo eran? —preguntó desairado.

Yo negué de inmediato.

—En lo absoluto —aseguré—. Pero cada detalle sobre el Doctor Rousse me interesa. Me acercan más a él —admití paseando mis dedos por su mano, viendo como la abría para mí. Ofreciéndome su palma como lienzo, mientras su sonrisa se hacía sentir contra mi mejilla.

—¿Quieres estar más cerca? Eso puedo solucionarlo —susurró con picardía contra mi piel, consiguiendo que le diese un suave codazo en respuesta. El muy listo me había hecho erizar.

Lo escuché reír antes de plasmar un sonoro beso en mi rostro.

—¿Eran pobres o no? —insistí. Detestaba no poder controlar lo que provocaba en mí cada pequeña cosa que me hacía o decía.

Nate dejó de reír y buscó mi mano para que continuase dibujando surcos en su palma.

—No, pero tampoco eran de clase media —contó sin vergüenza alguna en la voz—. Tenían buenas épocas, otras no tanto.

—¿Y cómo costearon una carrera de medicina?

—Con una beca —explicó de inmediato—. El doctor Rousse resultó ser un jodido pródigo para los estudios.

—¿En serio? —pregunté girando mi rostro hacia él, me había tomado por sorpresa aquella cualidad de Nate. Nunca lo hubiese imaginado como alguien estudiado y superdotado.

Él asintió.

—Umju. Cuando niño, lo avanzaban constantemente de grado en el colegio debido a sus capacidades y alto coeficiente. Lo mismo ocurrió en su corto paso por la secundaria hasta que llegó a la universidad —contó—. Pero toda esa *inteligencia* le importaba muy poco, porque él solo podía pensar en una cosa.

—¿En que cosa? —inquirí regresando a mi antigua posición. Espalda contra su pecho y ojos fijos sobre el mar.

—En una cámara fotográfica —respondió robándome una sonrisa mientras

mis manos se hacían ahora con ambas de él, para cambiar el juego a un suave roce entre nuestros dedos.

—Me agrada ese doctor —alegré divertida, y por la ligereza de su respiración, supe que había sonreído nuevamente— ¿Qué más paso? Sígueme contando.

—Sus padres eran muy estrictos y convencionales —continuó a petición—. A casa se debía llegar antes de las ocho, ir a dormir a las nueve, y nadie se levantaba de la mesa sin haberse comido hasta el último guisante.

—No me suenan tan estrictos —replique.

—Controlaban las horas en que se debía ir al baño, el tiempo que gastábamos en la ducha, los programas de televisión que veíamos, e incluso los minutos que tardábamos en hacer los deberes. Durante la semana estaban prohibidos los juegos y las salidas por que los estudios eran lo primero, y solo los sábados podíamos ir al parque o al lago, pero únicamente si íbamos los cuatro juntos

—¿Los cuatro? —Le interrumpí intrigada—. No dejas de hablar en plural.

—Él y sus tres hermanos mayores: Joshua, Benjamín y Tobías —explicó antes de continuar—. Los que se alistaron a la marina en cuanto pudieron para liberarse de casa. Pero siendo Rouse el menor, y el elegido por su padre para que estudiase medicina, se quedó llevando una crianza correcta y disciplinada.

—¿Y tiene buena relación con sus hermanos?—pregunté procesando aún la noticia de que tuviese tres hermanos mayores, asimilando lo poco que realmente conocía de Nate, y agradeciendo que me permitiese conocerlo, ya que empezaba a hacerme una idea del entorno en el que había crecido.

—Tenían —apuntó con nostalgia—. Cada uno de sus hermanos era un pilar diferente de admiración para él —explicó mientras sus dedos buscaban algo más que los míos para acariciar. Paseándose por mis muñecas e incluso por mis antebrazos. Provocando un suave cosquilleo que me erizó la piel nuevamente.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué no se llevan bien ahora? ¿Alguna pelea? —La lluvia de preguntas debió agobiado.

—Dejemos ese detalle para otro día —pidió con notoria incomodidad.

—Ok —dije sin problema alguno. No le presionaría. Valoraba el coraje de haberse decidido a contarme más sobre él. Aun y cuando fuese de aquella peculiar forma.

Otra bocanada de aire, y un rico beso en mi mejilla me robó otra sonrisa.

«Como me gustan sus cariños».

—El doctor Rouse empezó su carrera como se había previsto —continuó mientras dibujaba círculos con la yema de sus dedos sobre mis brazos—. Sacaba las mejores notas de su generación haciéndolo destacar entre los demás estudiantes, convirtiéndose en el favorito de los profesores y la facultad.

—Sus padres debieron estar orgullosos de él —apunté.

—Lo estaban —confirmó—. Y él había encontrado la forma de apreciar la medicina. No reparaba en pasar interminables horas estudiando para ser siempre el mejor. Debía serlo si quería mantener la sonrisa en el rostro de su padre. —Hizo una pausa en la que sentí su cuerpo tensarse— Quien enfermó luego del segundo año de carrera.

Aquella noticia me inquietó. Sabía que su padre había muerto, y que dicho suceso era el epicentro de esa pena que no le dejaba vivir en paz, pero desconocía los detalles ¿Estaría dispuesto a contarme sobre eso también?

—¿Que tenía? —pregunté. Pero tal y como imaginé, Nate se negó a responder, deteniendo incluso sus caricias. Aquel tema era delicado, y a juzgar por lo densa que se volvió su respiración, estaba llenándose de ira— ¿Ahí fue donde conoció a la astronauta? —Proseguí con otra incógnita, buscando cambiar el rumbo de la historia para que no se fuese en picada con aquel oscuro sentimiento. Tomando sus manos para entrelazarlas a las mías y apoyarlas sobre mis piernas, buscando que se distrajese conmigo y no con lo que tanto le atormentaba. Arrepintiéndome rápidamente de haber hecho aquello, cuando sus manos soltaron las mías para acariciar mis piernas.

—Umju—corroboró contra mí oído mientras mi piel se erizaba entera—. Ahí fue donde el idiota del Doctor Rouse conoció a la astronauta. Gran chica que hizo lo posible por sacarlo de su cuadrada forma de pensar —recordó mientras sus manos viajaban lentamente hacia mis muslos. Empujando el vestido de forma discreta y pausada, para hacerse con ellos y apretarlos con posesiva lascivia. Provocando que mi piel se calentase de forma insana,

mientras la demandante fuerza en sus grandes manos, le inyectaban una ardiente dosis de adrenalina a mi pecho

«Mmm. Esto se está saliendo de control».

—Pero él estaba tan inmerso en la necesidad de cumplir el sueño de su padre a tiempo. Que no se dio cuenta de que trataba a la astronauta de manera imperdonable —continuó Nate con la historia. Mientras yo hacía un esfuerzo sobrehumano por concentrarme en su voz y no en sus caricias—. La ignoraba, la despreciaba, e incluso se imponía sobre ella con soberbia.

—Hasta que ella se cansó y lo mandó al diablo —indicé conociendo esa parte de la historia.

—Umju —confirmó con un arrastrado ronroneo mientras su nariz se colaba en mi cabello, y sus atrevidos dedos se tomaban la libertad de llegar hasta el borde de mis bragas a cada costado. Y un suave jalón de la liga me hizo estremecer y apretar sus piernas con alarma. Su sensual y traviesa risa me avergonzó.

—P-pues se lo tenía bien merecido —dije. El muy desgraciado disfrutaba de saberme débil ante sus atenciones—. Por imbécil.

«¡Maldita sea! Yo sabía que esto pasaría. ¡Lo sabía!

Desde hacía rato estábamos jugando con fuego».

—Sí, un completo imbécil —afirmó plasmando un pausado y sonoro beso en mi hombro antes de osar morderme. Creando una divina reacción en cadena que enardeció cada rincón de mi cuerpo. Derritiéndome entera por dentro.

«Me estaba excitando el muy cabrón.

Y además se reía de mí».

—¿Q-qué paso luego? ¿Qué paso luego de que la astronauta lo mandase al diablo? —pregunté buscando fuerzas para concentrarme y continuar con la conversación.

—Su padre murió —Lanzó sin anestesia. Paseando la punta de su nariz por mi cuello mientras la frialdad con que salieron sus palabras me encogió el corazón. Aun y cuando sus manos me tocasen con suavidad, y su respiración danzara distraída sobre mi piel. La pesadez que el fallecimiento de su padre imponía sobre su estabilidad emocional, era tan grande como notoria—. La

relación con su madre y sus hermanos también se fue al demonio —continuó—. Así que mandó todo a la mierda porque ya no había nadie a quien complacer. Renunció a su carrera como cardiólogo, tomó su cámara, y con una sola maleta en la que llevaba tres mudas de ropas, se marchó al otro extremo del país buscando empezar de cero.

—Nueva York —supuse.

—Nueva York —corroboró él.

Aún podía sentir su aliento danzando sobre mi cuello mientras sus dedos jugueteaban con el borde de mis bragas, amenazando con atreverse. Pero, aunque una parte de mí estuviese al borde de un jadeo, la otra no dejaba de pensar en él, en todo aquello que había pasado, en lo que había vivido. Comprendiendo ahora el porqué Nate me insistía tanto con aquello de que luchase por lo que realmente quería hacer con mi vida. Él había pasado por lo mismo. Incluso peor.

—Respeto el coraje del *Doctor Rousse* para finalmente decidirse a vivir su vida —dije finalmente, llevando mi mano hacia atrás para acariciar su rostro, sintiendo como este se frotaba despacio contra el mío.

—Bastante tarde la tomó —recalcó con escarnio.

—Nunca es tarde para hacer lo correcto —repliqué yo negada a que menospreciara sus logros.

—Deberías escucharte —apuntó cambiando el enfoque sobre mí—. Dicen que el subconsciente siempre tiene la razón —agregó buscando fastidiarme.

Reí y le di otro codazo consiguiendo que las ricas caricias cesaran.

—Estúpido —musité antes de que sus brazos me rodeasen nuevamente, evitando que fuese a ningún lado, mientras hundía su rostro en mi cuello como si buscase refugio. Y por un largo par de minutos nos quedamos en silencio. Yo no sabía que más preguntar, y él no parecía tener ganas de seguir respondiendo.

A pesar de todo lo que me había contado, estaba consciente de que había omitido un gran pedazo con respecto a la enfermedad y muerte de su padre. Pero aquel gigantesco paso de confianza que me había otorgado era más que suficiente para alegrarme el día entero. Eso, y aquel indebido instante que nos habíamos robado para querernos un poco mientras nadie veía.

De nuevo la paz, de nuevo la calmada entrega. Y solo entonces comprendí aquello de “*Quisiera que se detuviese el tiempo*”, frase cliché que después de aborrecer por tanto tiempo, había cruzado mi mente unas diez veces aquella tarde. Hasta que de la nada, el recuerdo de Caroline se clavó en mi cabeza, y con este el de mis padres. Les imaginé enterándose de que me había acostado con el novio de mi hermana y desheredándome hasta el apellido en represalia. Sus miradas llenas de vergüenza y decepción era lo que más temía en la vida.

¿Estaba dispuesta a correr ese riesgo por Nate?

—Tengo miedo —admití rompiendo el plácido letargo.

—¿Miedo a que? —preguntó él apoyando su barbilla en mi hombro.

—A decepcionarlos —confesé pensando en la cantidad de veces que me habían comparado con Caroline—. Mis padres quieren que sea como mi hermana. Exitosa y social.

—Dios te libre de ser como ella —alegó alarmado.

Yo reí acariciando sus brazos en agradecimiento.

—La verdad es que me asusta la idea de convertirme en ella —admití confiando en que él no me juzgaría por pensar así—. Y no tengo nada en su contra. Caroline puede ser como se le antoje, pero... ¿Por qué no pueden estar orgullosos de mí tal y como soy? ¿Por qué no soy suficiente para ellos? ¿Por qué no les interesa conocer a la verdadera Anne?

—No todos merecen conocer a la verdadera Anne —indicó Nate—. Déjalos que piensen lo que quieran, que critiquen y juzguen lo que ellos creen que eres. La verdad será solo tuya —agregó—. Todo lo demás es mío —susurró apretándome posesivamente.

Sonreí, encantada con aquel insistente reclamo de pertenencia que tenía sobre mí aquel día.

—Hablo en serio Nate.

—Yo también —insistió divertido.

Reí, y sentí sus labios plasmando otro rico beso en mi hombro. Tenía que admitirlo, después de tantas caricias estaba ansiosa por más. Mi cuerpo reconocía sus labios, sus manos e incluso su aroma. Y el vívido recuerdo de la otra noche, despertaba una insana hambre por más.

—¿Cómo *logró* el Doctor Rouse cambiar su vida? —pregunté buscando enfoque.

Él respiró hondo pensando al respecto.

—Un día simplemente haces clic —dijo mirando hacia el mar mientras tomaba una de mis manos para jugar con ella nuevamente. Me gustaba esa necesidad que aparentemente tenía por tocarme todo el tiempo—. Algo te golpea tan duro, que te das cuenta de lo que es importante y lo que no. Empiezas a preocuparte menos por lo que otros piensen de ti, y a preocuparte más por lo que piensas de ti mismo —continuó entrelazando su mano con la mía—. Valoras lo lejos que has llegado, y ese momento en que pensaste que no podrías recuperarte de lo que te destruyó, se vuelve un recuerdo.

Su forma de explicar las cosas me hizo sentir mucho mejor, incluso más valiente y decidida. Me entusiasmaba la idea de ignorar al mundo y hacer con mi vida lo que mejor me acomodase. E incluso me picaron las ganas de reclamar a Nate, así como él me reclamaba a mí. Terminar de mandar a mi hermana por un tubo y quedármelo para mí sola. Después de todo, yo era la única que podía tomar las riendas de mi vida. Solo yo podía tomar la decisión de ser feliz. Pero del dicho al hecho hay mucho trecho, y no siempre es tan fácil como se lee en papel.

—¿En que piensas? —Me preguntó rozando su nariz con mi mejilla.

—En nada importante —dije tomándome un segundo para canalizar mis pensamientos, y apartar de ellos tanta negatividad. Apartándome finalmente de entre sus piernas para ponerme de pie.

Nate me extendió una mano, e imponiendo toda mi fuerza en ello, lo ayudé a levantarse.

—¿Segura? —insistió buscando mi mirada. Yo asentí regalándole una sonrisa— Bien, en ese caso, me gustaría hacer algo contigo —indicó con atemorizante travesura en la mirada.

—¿Algo como qué? —pregunté.

—Algo como...meternos a la playa —propuso elevando las cejas con picardía.

Yo pifí pensando que bromeaba, pero había empezado a desabotonarse la camisa.

—¿Hablas en serio? Deben ser pasadas las siete Nate. No pienso meterme en el agua.

—¿Por qué no? No seas aburrida Annie —replicó terminando con el último botón para quitarse la prenda entera. Ocasionándome un ligero paro cardíaco que me nubló la conciencia por fracción de segundo. Su esbelto cuerpo lucía excepcional con el reflejo de la entrante luna sobre su piel. Y en una sucia jugada de mi cerebro, recordé la exquisita sensación de tenerlo sobre mí.

—No, no, no —sostuve. Diciéndome aquello a mí misma—. El agua debe estar helada, y no tengo bañador —alegué como excusa.

—¿Y? —preguntó Nate sin comprender el problema—. No veré nada que no haya visto antes —recalcó guiñándome un ojo.

Me sonrojé y le di un suave empujón.

—¡Idiota!

Riendo se giró para quitarse los zapatos y dejarlos cerca del bolso. Para cuando posé mis ojos sobre su ancha espalda, un buen puñado de rasguños llamaron mi atención. Se esparcían de hombro a hombro, basaban por sus brazos y subían por su nuca.

—¡Nate! —Me acerqué preocupada y toqué su piel con mis dedos. Aún estaban rojas— ¿Qué te hizo esto?

Él se terminó de quitar los zapatos, se enderezó y se ladeó para mirarme.

—Mas bien...*quien* —dijo lanzándome una directa y acusadora mirada que me hizo avergonzar como nunca en mi vida; por haberle lastimado, y por lo que significaban esas marcas en su piel.

—Lo siento —dije apenada.

Nate se giró entero hacia mí, dejándose el pantalón a medio abrir.

—¿Por qué? —preguntó tomando mi rostro con una mano—. A mí me encantan —admitió con lascivia—. Cada vez que arden me recuerdan lo mucho que te gustó todo lo que te hice.

Tragué grueso y sentí mi rostro acalorarse rápidamente.

—Deja de hablar sobre eso. —Le pedí mientras me apartaba de su mano.

Las caricias que nos habíamos permitido hacia un momento habían sido más que suficientes. Otro poco y no podría seguir resistiendo.

—¿Por qué no? —insistió—. No es como si hubiésemos cometido un pecado capital.

—Nate...

—¿Que? —exclamó—. Tuvimos sexo Anne. Tuvimos sexo y nos gustó. ¿Qué tiene de malo?

—¡Todo! —respondí perdiendo la compostura.

Mi reacción pareció afectarle, su mirada, fija en mí; destilaba frustración, incluso dolor. Y visiblemente obstinado, se terminó de quitar el pantalón para abalanzarse sobre mí y cargarme, montándose en su hombro.

—¡NATE! —grité enojada— ¡Suéltame!

Pero él se mantuvo callado camino al agua.

—¡Bájame! ¡Bájame ahora mismo!

Su silencio y decisiva actitud me ponían nerviosa.

—¡Nate! ¡Bájame!

—Como usted ordene. —Me sentí mareada cuando mis pies tocaron la húmeda arena, y la rapidez con la que Nate cogió mi vestido para subirlo sobre mi cabeza, me tomó desprevenida.

—¡NATE! —Le di un empujón, pero su pecho era una gran pared de acero inquebrantable. Intenté escapar cubriendo mi ropa interior, pero él me jaló de regreso montándose una vez más sobre su hombro— ¡No! ¡Nate! ¡No te atrevas! ¡Suéltame! —. Y por más que grité y pataleé. Una vez dentro de la playa, Nate me lanzó al agua. Un cubo de hielo estaba más caliente.

—¡Hijo de tu putísima madre! —exclamé molesta cuando salí a flote. Pero no lo vi, estaba sola. Lo busqué alrededor empezando a preocuparme, y me asustó al salirme en frente— ¡Me cago en tu...! —Le eché agua como pude mientras sus risas avivaban mi enojo— ¡Me estoy congelando, estúpido!

—No está tan fría —alegó Nate cerrando los ojos para recibir el desmedido chapuzón con el que absurdamente intentaba lastimarme. Mientras que un solo manotazo de su mano contra la superficie me salpicó tan fuerte que

me hizo tragar agua.

—Mierda —musitó preocupado cuando empecé a toser— ¿Estás bien? —preguntó al acercarse— ¿Necesitas respiración boca a boca?

—Tonto —dije empujándolo lejos de mí. La situación y su risa me pudieron con tanta facilidad, que sin darme apenas cuenta me había empezado a reír junto a él. Le salpiqué agua una vez más, pero esta no llegó a tocarlo, y su invitadora sonrisa, llena de malicia y diversión, me desarmó en un segundo. Aquellos eran los momentos que más temía, esos en los que, cómplices, nos sosteníamos la mirada como ahora; esos en los que resultaba fácil creer que lo nuestro era posible. Y por muy indebido que fuese, solo podía pensar en lo mucho que ansiaba repetir la otra noche.

—Vamos nena, sabes que quieres —apuntó como si supiese lo que estaba pensando, y la sugerente propuesta que aquellas palabras dejaron en el aire, calentó cada músculo de mi cuerpo con ardorosa necesidad—. Deja de pensar y ven acá —Me ordenó estirando su mano hacia mí, pidiendo por la mía.

Lo dudé. Tenía miedo. Las decepcionadas voces de mis padres martillaban con insistente reproche. Pero sus hermosos ojos de muñeco, mirándome con expectante ansiedad, pudieron más que la razón. Las ganas me estaban matando. Lo que sentía por él me estaba trastornando. Respiré hondo empujando al fondo de mi cabeza la paralizante presión, y doliéndome el pecho por la desmesurada velocidad con la que latía mi corazón, cogí su mano.

Nate apretó, sonrió y me jaló hacia él. Me abracé a su cuerpo sin titubear, montándome en su cadera para rodear la misma con mis piernas, mientras sus manos, grandes y fuertes, me recibían con posesiva firmeza. La íntima fusión entre nuestros cuerpos desvaneció las voces de mis padres, liberándome así de aquella opresión. Mientras que el obscuro encuentro de nuestros sexos, aun con tela de por medio, me elevó a un nivel de excitación que había desconocido hasta la otra noche.

Apretó mis nalgas, yo su nuca; y la radiante expresión de victorioso goce en su rostro, me robó una sonrisa.

Suspiré contra su boca, y sus dientes, mordiendo mi labio inferior, me enardecieron provocando que enterrase mis uñas sobre sus ya resentidos hombros. Lo escuché sisear, pero no me detuve.

—Mmm. Es imposible resistirme a ti bonito —admití.

—Lo sé. —Y antes de que pudiese replicarle, su mano forzó mi nuca para sostenerme mientras se hacía con mi boca. Impetuosa y violenta descarga que me hizo exhalar con brusquedad mientras me aferraba a su cuerpo con demencia. Respondiendo a sus labios con la misma desesperación, de a quien hambriento, se le había privado de tal placer.

Su forma de besar era arrolladora, y la posesividad con la que me tomaba entre sus brazos me resultaba alucinante. La piel ardía, y aunque no era la primera vez que nos besábamos, se sentía diferente. Su sabor había cambiado, incluso la textura de sus labios, todo sabía mejor, sabía mío.

Una divina y creciente erección comenzó a frotarse entre mis piernas, y estremecida, rodeé su ancho cuerpo con mayor ansiedad. Recordando cada centímetro de placer que estaba segura él podía darme.

Y aunque me pareció mentira y al principio no entendí la razón. Nate dejó de besarme. Detuvo aquel delicioso desenfreno para juntar su frente con la mía. Tomando profundas bocanadas de aire, como quien buscaba autocontrol para saborear el momento.

Sonreí, no pude evitarlo. Acaricié su cabello y su rostro. Sintiéndome finalmente en paz en sus brazos. Nada podía salir mal mientras estuviese junto a él. Y en silencio, la noche terminó por adueñarse del cielo mientras nos abrazábamos en el agua.

—No me has contado como te va en el bufete —dijo de la nada. Desconcertándome.

—¿Quieres hablar de eso ahora?

—No —admitió—. Quiero bajarte las bragas y hacértelo aquí mismo porque no he podido dejar de pensar en ese jugoso cuerpo tuyo que me dejó estúpido la otra noche. Pero...

—Horrible. Cada día en el bufete es peor —respondí interrumpiéndole mientras la abrasiva oleada que derritió lo poco que quedaba de mi cordura, encontró anclaje en mi vientre jugando con mi voluntad.

Nate rio y me apretó contra su cadera para que sintiera lo excitado que se encontraba ya.

—¿Qué pasa si lo hago? —amenazó llevando sus manos al borde de mis bragas—. No podrías escapar, tampoco negarte, porque sé que lo ansías tanto que me pedirías más.

Sonreí sin tener argumentos en contra.

—Yo sé que quieres bonita —jadeó contra mi boca, provocándome—. Solo tienes que pedírmelo. Pídemelo, pídemelo y te lo hago rico aquí mismo.

No pude articular palabra, cada neurona de mi cerebro estaba ahora concentrada en la imagen de su férreo miembro empujándose firme y profundo dentro de mí. Vívida imagen que podía revivir si apretaba mis músculos más privados. Sintíendome vacía, desquiciantemente vacía al no tenerlo.

—Pídemelo, por favor pídemelo —Me rogó. Nate estaba tan al borde como yo y sus dedos no dejaban de jalar la liga de mis bragas en directa amenaza.

Me hice con su boca saciando la necesidad, y jalando su cabello con mis dedos, empujé mi cadera contra la suya, frotándome suave contra él.

—No necesitas quitármela —dije, y a juzgar por su expresión, le había tomado por sorpresa—. Solo debes rodarla —alegué traviesa, consiguiendo una enorme y amplia sonrisa de sus divinos labios.

—Enséñame —pidió con ladina malicia.

Sonreí una vez más, la complicidad en su mirada me exaltaba. Y sin darle largas al asunto, deslicé mi mano entre ambos cuerpos para sobar el prominente bulto que se escondía bajo su ropa interior. Su placentero jadeo contra mi boca calentó mí aliento, y la forma en que se relamió los labios cuando saqué su rígido miembro de aquella opresión, acrecentó mis ganas provocando que le apretase en mi mano.

Nate gruñó, yo siseé. Y con mi otra mano libre rodé las bragas hacia un lado colocándolo en posición. El simple primer roce presionando contra mi entrada, produjo una ardiente descarga de adrenalina que recorrió todo mi cuerpo. Y sin advertencia alguna, Nate me cogió de las nalgas para jalarme y enterrarse entero.

—¡Ahhmmmm! —gemí ante aquella gruesa invasión. Aferrándome a su cuerpo con abatimiento.

—Lo siento. —Se disculpó jadeante por su brusquedad.

Yo negué con la cabeza de inmediato.

—Mmm. N-no, no lo sientas —dije—. Me gusta —admití relamiéndome los labios mientras mi cuerpo se hacía consiente de su inminente presencia.

—Lo sé —aseguró travieso antes de empezar a besar mi hombro, agregando pequeños mordiscos que me hicieron apretar mi sexo desde adentro.

—Ssss —siseó en respuesta, mordiéndome más duro como reprimenda—. No hagas eso —pidió virando los ojos con descontrol—. O me voy a correr más rápido de lo que estoy seguro me podría correr ahora.

Su cómplice risa contagió a la mía.

—No importa —dije apretándolo en mi interior una vez más, disfrutando de la obscena expresión de su rostro y de la forma con la que me estrujaba en sus manos. Solo hasta que le escuché jadear, empecé a mover mi cadera contra la suya, manteniendo mis piernas firmes a su alrededor.

—Mmmmm nena —gimió tomándome propiamente de las caderas para ayudarme con el balanceo. Sintiendo como entraba y salía jugoso, caliente y sin prisa.

Junté mi frente a la suya, y comencé a gemir cuando Nate aceleró el ritmo en la justa medida que exigía mi cuerpo. Y apenas sus labios se hicieron con los míos, me aferré a su cuello rodeándolo con mis brazos.

—N-No podía dejar de pensar en ti —confesé jadeante—. Y en...en...
Mmmmm

—¿En esto? —preguntó empujándose un poco más cada vez.

—¡Ahmm!, ¡Sí! En lo bueno que fue estar contigo y lo mmmm...lo rico que lo haces.

Le escuché reír con socarrona lascivia.

—No sabes cómo me pone saber que te gusta tanto.

—Sí, lo sé —aseguré traviesa—. Puedo sentirlo —apunté apretando una vez más su grueso miembro en mi interior, escuchándolo gruñir.

—Mmm bonita, vas a hacer que me corra —advirtió.

—Aún no. —Impuse mientras detenía el acelerado ritmo de mi cadera para retrasar el orgasmo—. Vamos a la orilla.

El me miró sorprendido.

—¿En serio?

Asentí robándole un suave beso, y sin esperar por más, me sostuvo firme para comenzar a caminar fuera del agua.

Entre besos me llevó hasta la manta donde habíamos estado sentados, y me recostó lentamente mientras la brisa de la noche nos helaba la piel. Reacomodándose entre mis piernas para rodar las bragas una vez más y hundirse entero, sin rodeos, sin esperas.

—¡Oh sí! Así está mejor —jadeó apoyando sus manos en la manta para poderse empujar con mayor estabilidad. Embistiéndome rico y más duro.

—¡Sí! ¡Sí! —gemí flexionando mis piernas a su alrededor nuevamente. Sintiendo como tocaba fondo.

Nate continuó fallándome cada vez con mayor rudeza. Mis gemidos rompían el eco de las olas, y mi cuerpo se tensaba al borde de un orgasmo. Su miembro se hinchaba y palpitaba dentro de mí, empezando a embestir de manera errática.

—¿Nos corremos? ¿O quieres un poquito más? —preguntó con ahogadas palabras.

—Más, un poquito más —respondí. Golosa e insaciable.

Él sonrió, y apoyando sus antebrazos contra la manta, disminuyó la velocidad de sus embistes.

—Ohhhhhmmm —El drástico cambio me estremeció provocando que arrastrase mis uñas desde sus nalgas hasta el centro de su espalda— ¡Joder! Que rico bonito.

Nate asintió mientras su húmedo cabello rosaba mi frente y las gotas del mismo caían sobre mis mejillas.

—Lo sé —afirmó manteniendo el pausado y delicioso ritmo con el que podía percibir cada centímetro de su invasor sexo. El que grueso y saturado, retomaba lentamente el vigor.

—¡Ahmmmm! ¡Sí!

Apoyándose de sus manos nuevamente, y flexionando un poco las rodillas para encontrar empuje, Nate empezó a follarme duro una vez más. Lanzándonos con rapidez a la cima de aquella montaña rusa de excitación, donde a punto de perder la conciencia total, subíamos con prisa y muchas ganas.

Una vez en el tope, ahí donde todo se arremolinaba con desmesurada potencia, caímos en picada sin poderlo contener por más tiempo.

—¡Naaaate!

—Ohmmm.

Su cadera perdió el control, las venas de sus brazos se marcaron hasta casi reventar, y los fuertes músculos de su colosal cuerpo se tensaron con la misma rudeza que lo hicieron los míos. Solo la tibia y tórrida descarga que me llenó vigorosamente pudo calmar la inquietante sensación de que el corazón me estallaría en ese mismo instante.

Satisfacción, gloriosa satisfacción.

Sus erráticos movimientos cesaron y apoyando sus antebrazos nuevamente contra la manta para controlar su peso sobre mí, me regalo una sonrisa. Su mirada llena de alborozada satisfacción me ensanchó el pecho, y solo cuando pareció encontrar un poco de compostura para moverse, apartó su cadera para retirarse. Con una mano acomodó ambas prendas de ropa interior, y finalmente se dejó caer junto a mí en la manta.

Semidesnudos, con la respiración agitada y el cuerpo embriagado de placer. Echamos a reír hasta que nos faltó el aire y se hizo el silencio. Ese en que nuestras manos se tomaron mientras admirábamos la inmensidad de la noche.

Una vez más, una vez más había sido suya de la forma más erótica y sensual posible. No lograba comprender de donde nacía toda aquella pasión que el despertaba en mí. Pero ahí estaba, quemando mi cuerpo cada vez que me acariciaba o me besaba, incitándome, provocándome, orillándome a perder la razón justo como la habíamos perdido hacia minutos.

—Estamos locos —destaqué pensando en lo mal que debíamos estar para sucumbir ante aquella irremediable locura.

—¡Oh sí! —afirmo él—. Mira que hacerlo en la playa de un resort.

No había pensado en eso.

—¡Mierda! Alguien pudo vernos —exclame alarmada, soltando la carcajada luego. Sintiéndome como una rebelde sin causa ni moral.

Nate elevó la cabeza mirando alrededor.

—Nada de qué preocuparse —dijo retomando su lugar con la vista clavada en el estrellado cielo. Llevando una mano detrás de su nuca—. Excepto por el par de viejitos que nos miran con binoculares.

—¿Dónde? —pregunté sentándome de golpe, encontrándome con la playa desierta mientras el estallaba en risas.

—Eres un idiota —Le dije agarrando su pantalón para lanzárselo en la cara antes de ponerme de pie.

—Debiste ver tu cara.

—Muy gracioso —repliqué tomando su camisa para colocármela encima. Empezaba a hacer frío.

Nate se reacomodó sobre la manta, y me miró fijamente, con una victoriosa sonrisa en el rostro.

—¿Sabías que la camisa de un hombre sobre una mujer es como una bandera en fortaleza conquistada?

Yo alcé las cejas bastante sorprendida con lo bonito y apropiado que había sonado aquello. Me había gustado.

—¿Así lo ven ustedes? ¿Como una conquista? ¿Cómo un logro?

—No cualquier conquista. *LA* conquista —aclaró haciéndome sonreír mientras moneaba con su camisa puesta.

—Las mujeres lo vemos diferente —dije.

—¿Lo hacen? —preguntó curioso.

—Sí, lo vemos como una efectiva forma de provocar al conquistador —admití consiguiendo una picara expresión de su rostro cuando me giré de espaldas a él y bajé la camisa hasta mitad de mi espalda, meneándome coqueta.

—Y sí que funciona —aseguró poniéndose rápidamente de pie, con claras intenciones de cogerme.

—¡No! —grité antes de salir corriendo.

Nate me siguió.

—Ven acá —exclamó. Y por más que quise ser más rápida, fue imposible. Mis pies abandonaron la arena cuando sus manos me agarraron para jalarme contra su cuerpo. Entre risas y tambaleos Nate tropezó cayendo hacia atrás, llevándome a mí con él. Y mis carcajadas se hicieron escuchar. Hacía mucho que no reía de aquella forma.

—¿Estás bien? —pregunté a duras penas, quitándome de encima de él.

—No gracias a ti —aseguró con fingido reproche mientras miraba hacia el cielo con adolorida expresión.

—Llorón —dije sentándome a su lado.

—Tal vez podrías darme unos besitos a ver si dejo de llorar —propuso como quien no quiere la cosa, y respondiéndole con una sonrisa, me inclinó sobre él para besarlo; tomándome desprevenida cuando me cogió por los brazos para girarme contra la arena, colocándose entre mis piernas mientras su boca seducía a la mía para fundirse en un rico y acaramelado beso.

Mis brazos lo rodearon y mi cuerpo buscó sentir el suyo a medida que sus labios me empujaban más y más lejos de la realidad. Consciente de lo que buscaba, me dejé llevar sin reparo ofreciendo mi lengua y mi sed a sus ansias de más. El calor regresó, sus manos apretaron mis caderas y mis piernas le envolvieron dispuesta mientras arañaba despacio y concienzudamente su espalda ya marcada.

El gruñido que emergió de entre sus labios me encendió, y sin saber de dónde saqué la fuerza, lo empujé contra la arena para sentarme a horcajadas sobre él, obligándolo a mantenerse recostado mientras buscaba liberar su ya endurecido miembro para empujar la humedecida braga y ubicarlo donde tanto lo deseaba.

Sus azules ojos brillaban con lascivia, y la grosera expresión de placer que se dibujó en su rostro cuando me empujé contra su cadera para que se enterrase en mí, fue casi tan impúdico como la forma en que yo gemí.

Con ambas manos sobre su abdomen comencé a balancear mi cadera adelante y atrás, absorta y embriagada en placer mientras su miembro invadía cada centímetro de mí interior. Sintiéndolo más profundo que nunca en esa posición. Ansiando más cuando sus manos subieron por mi cuerpo para hacerse con mis pechos, apretándolos encima del sujetador al ritmo en que mi cadera acometía contra la suya.

—Ohhhh nena —Le escuché jadear mientras cerraba los ojos, disfrutando. Le había gustado que tomase el control, podía leerlo en su rostro y en su forma de entregarse pleno y dispuesto. Haciendo que me preguntase ¿Hacia cuánto tiempo no le gozaban así? ¿Hacia cuanto que no le follaban con todas las ganas que yo le tenía?

Me incliné sobre él apoyando una mano en la arena, y mientras las de él encontraban anclaje en mis nalgas, aproveché la posición para empujar más duro contra su miembro. Batiendo mi cabello hacia un costado para que no molestase.

—¿Te gusta? —Fui yo quien preguntó esta vez.

Nate abrió los ojos para sonreírme.

—Me tienes a tu merced ¿Tú que crees? —inquirió mordiéndome el labio inferior, provocando que jadease contra su boca antes de fundirme en ella con goce. Dejando que los apretones de sus manos en mis nalgas guiasen la rudeza con que se meneaba mi cadera mientras sus besos retenían mis gemidos.

Aquel arrollador y ardiente momento me tenía sudando. Urgida por más, me aparté de sus labios y me erguí nuevamente sobre él, sosteniéndome de su fuerte y rígido abdomen para encontrar empuje contra su cadera. Acelerando las ganas, y con ellas, la invasiva acometida. Sintiendo que mi cuerpo se agitaba ante la pronta y advertida presencia de otro orgasmo.

Azul con azul se encontraban en medio de gemidos y jadeos. Su piel quemaba tanto como su miembro en mi interior. Férreo e hinchado, listo para descargar. Mis caderas adquirieron una inestable velocidad que, errática, empujaba cada fibra de mi ser hasta el borde del clímax. Y sin poder dejar de mirarle a los ojos, mis uñas se clavaron contra su abdomen cuando su torrencial corrida me sacudió arrastrándome directo al orgasmo.

El eco de aquel último gemido danzó en el aire hasta desvanecerse en el ruido de las olas.

Con los ojos ahora cerrados, me mantuve en la misma posición mientras me llenaba de aquella extasiante sensación que solo Nate provocaba en mí; haciéndome consiente de cada músculo, poro y átomo de mi cuero. Haciéndome sentir divina, mujer.

La cálida y fuerte mano de Nate en mi cuello me hizo abrir los ojos, y dejándome jalar hasta su rostro, sucumbí a sus labios. Suaves y húmedos me besaron con dulzura hasta que nos alcanzó el aliento. Apartando mi cabello luego, su característica forma de observarme con detalle y fascinación, me hizo sentir de tal manera que, de intentar explicarlo, me faltarían palabras. Era como si, en ese instante, yo lo fuese todo para él. ¿Era eso posible?

—Eres tan bonita —dijo acariciando mi mejilla.

—Y tú eres un tonto —respondí.

—Sí —corroboró él—. Pero soy tú tonto —aseguró haciéndome sonreír antes de que otro suave jalón de su mano en mi cuello me regresara directo a sus labios. El corazón se me aceleró provocando un exquisito cosquilleo por toda mi piel. Nadie podía besar mejor que él. Y la libertad de disfrutar sin remordimientos, era inigualable.

Sonoros y acaramelados besos se extendieron un par de largos segundos antes de que fuese yo quien detuviese los mismos.

—Debemos regresar.

Él asintió.

—Umju —pareció pensarse algo, pero la duda lo cohibió.

—¿Qué? —pregunté queriendo saber.

—Nada, olvídalo —cortó apartando mi cabello nuevamente.

—Dime —exigí, no me dejaría con la intriga.

Nate suspiró, parecía inseguro de decirme.

—Es probable que tengamos la cabaña para nosotros solos por otro par de horas —informó—. Podría ser un riesgo, pero... ¿Te gustaría...? Ya sabes.

—No, no sé —No fue difícil entender, pero me hice la loca. Conteniendo la risa mientras peinaba su cabello con mis dedos.

Él sonrió travieso.

—Sí sabes —apuntó llevando su mano libre a mi espalda por debajo de su camisa, rozándome con la yema de sus dedos—. Podríamos tomarnos nuestro tiempo ¿Qué dices? ¿Te gusta la idea?

Le miré en silencio y sonreí con malicia.

—Tendremos que llegar a la cabaña para que lo averigües —dije dándole un último beso antes de apartarme de su cuerpo para ponerme de pie, extendiendo mi mano para ayudarle a hacer lo mismo. Y una vez frente a mí, la resplandeciente emoción en su rostro me hizo sentir grande y en cierto modo asustada; la expresión en su mirada no tenía descripción. Nunca había visto tanta alegría en un par de ojos tan hermosos como los suyos.

Vestirnos no tomó mucho tiempo. Nate recogió la manta, y negado a dejarme pasar frío, me ofreció su camisa ayudándome a ponérmela encima del vestido, cubriéndome luego incluso con la manta.

—¿No tienes frío?

—No te preocupes por mí —alegó quitándome el bolso para guindárselo al hombro. Estirando luego su mano hacia mí, pidiendo por la mía— ¿Lista?

Yo, entusiasmada como la idea de caminar junto a él, la tomé.

—Lista —dije, recibiendo un corto y dulce beso de sus labios antes de dar inicio a la caminata que nos llevaría de regreso.

El camino no era precisamente largo, pero nos tomábamos el tiempo para pasear por la orilla de la playa mientras él me contaba sobre las locuras que había vivido en el estudio de la revista esta última semana. Escucharlo y verle sonreír con tanta ligereza, me llenaba no solo el ego por saberme en parte responsable de esa radiante postura, sino también el pecho por el simple goce de verle feliz.

«¿Cómo se podía sentir uno tan bien con algo que estaba tan mal?».

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió luego de un rato.

—Umju —aseguré sin soltar su mano.

—¿Tomas pastillas?

Un par de carcajadas se me escaparon sin control alguno.

—¿Crees que te dejaría acabar dentro si no las tomara?

—Solo quería estar seguro.

—No te preocupes bonito. Tengo todo bajo control —confirmé divertida.

—Empieza a gustarme que me llames así.

—Que bueno, porque no hubiese dejado de hacerlo, aunque no te gustase.

Le escuché reír, y cómplices, continuamos el camino.

Entrando al área más concurrida de la playa, nos topamos con un grupo de jóvenes que no debían pasar los veintitantos años. Sentados en grandes troncos alrededor de una fogata, tocaban guitarra, cantaban y compartían malvaviscos.

Nos detuvimos cerca, pero no demasiado. Y en un cambio de canción, la sonrisa se me amplió con emoción. Tocaban *Stay With me*.

—Reconocería esa canción en cualquier parte —comenté en voz baja—. Aunque mi favorita es la versión de Ed Sheeran.

—¿Te gusta Ed? —Me preguntó.

—Me encanta, sus canciones son muy bonitas —respondí. Tomándome por sorpresa la voz de Nate a mi oído cuando llegó el coro, sorprendiéndome que pudiese tomar un color tan suave a diferencia de lo sensual que había sonado la otra noche en la fiesta.

—Esto es amor y es claro de ver —cantó cambiando la letra.

—Así no dice la canción —Le corregí.

—Lo sé —admitió—. Lo digo yo.

Mordiéndome los labios ante la idea, le di un suave empujón por aquella tontería.

«¿Cómo me decía que aquello era amor?

¿Estaba loco?».

Lo escuché reír mientras mi corazón se desbocaba insanamente. No sabía cómo sentirme al respecto. Así que le ignoré y retomé el camino, sintiendo su mano junto a la mía casi de inmediato.

«Era un completo tonto».

Poco faltó para llegar a la cabaña. Entramos por el patio, y junto a la piscina Nate me detuvo para besarme. De puntillas respondí a sus carnosos labios, disfrutando de lo que parecía ser su forma de precalentar motores. Queríamos aprovechar que tendríamos un par de horas para nosotros solos, y yo ya conocía los juegos que realizaba su lengua cuando buscaba subirme la temperatura.

—Entremos —susurré con una prometedora invitación. Él me sonrió y se dejó llevar por mí hasta la entrada.

Una vez en el interior, soltamos el bolso y la manta en el sofá. Nos miramos, y la cómplice expresión en sus ojos encendió cada fibra de mi cuerpo con exquisita facilidad. Sabíamos lo que iba a pasar, y esta vez, tendríamos tiempo para disfrutar.

Me relamí los labios cuando se acercó, sonreí, temblé, y suspiré contra su boca antes de que esta sellase sedienta sobre la mía. Sintiendo sus manos tomar mi rostro con firmeza mientras nos besábamos.

—¿Nate? ¿Eres tú? —La inesperada voz de Caroline nos atravesó como una flecha.

COBARDE

CAPÍTULO 8

ANNE

—¿Nate? ¿Eres tú? — La inesperada voz de Caroline nos atravesó como una flecha.

La separación fue tan abrupta, que la adrenalina se me subió a la cabeza y el pecho me dolió por la rudeza con que empezó a latirme el corazón. Caroline, desde el segundo piso, recién se asomaba por la escalera, y al parecer, no nos había visto. Aun así, a juzgar por la desconcertada expresión en su rostro, no esperaba encontrarnos juntos.

«¡Demonios! ¡Y yo sigo con la camisa de Nate puesta!».

—Hasta que se dignaron en aparecer —dijo visiblemente enojada—. Par de traidores mal agradecidos.

«¿Traidores? ¿Malagradecidos?»

¿Nos había descubierto?».

Las aceleradas pulsaciones me ahogaban. Nunca había estado tan aterrada en toda mi vida. Y para mi desagradable sorpresa, me encontré buscando excusas que ofrecer.

«¿Pensaba mentirle? ¿Pensaba optar por el asqueroso cliché de “no es lo que parece”?»

¿En quién demonios me había convertido?».

—Me gustaría saber ¿Qué puede ser más importante que acompañarme al almuerzo de hoy? —preguntó soltando un indignado resoplido antes de avanzar escaleras abajo. Y solo en ese jodido momento el aire volvió a mis pulmones. Nate y yo cruzamos miradas, bastante aliviados de que se tratase de otro de sus comunes berrinches. Si se hubiese dado cuenta de algo, ya hubiesen rodado nuestras cabezas.

—¿Qué pasó con la tarde de Spa para las damas de honor? —Nate respondió con otra pregunta. Era obvio que buscaba desviar el tema—. Pensé que irías después del ensayo.

—Se canceló —indicó Caroline llegando al primer piso—. Y cuando regresé a la costosa, elegante y hermosa cabaña de playa que pagué para los tres en este lujoso resort, no había nadie. Vuelvo y repito. ¿Qué puede ser más importante que acompañarme al almuerzo de hoy? —reiteró cruzándose de brazos, sin apartar su inquisitiva mirada de nosotros. Pero ninguno se atrevía a responder. La verdad no era una opción.

—La pregunta no es tan difícil —insistió mi hermana tras el incómodo silencio— ¿Quieren que se las repita? ¿O prefieren que la haga con manzanas para que la entiendan?

Resoplé incrédula. Cuando pensaba que mi hermana no podía ser más desagradable, me sorprendía.

—Estaba cansada, me desperté tarde, y cuando salí a dar un paseo por la playa me encontré a Nate ¿Contenta? —contesté de mala manera. Me molestaba el desprecio con el que se expresaba. Y la inhumana culpa que martillaba mis entrañas, me tenía bajo presión y al borde de un infarto.

—No. La verdad es que no. No estoy contenta con tu incoherente pretexto —admitió—. Porque no entiendo como servir café te puede tener tan cansada.

Quise golpearla. Juro por dios que quise golpearla.

—Caroline —reprochó Nate.

Mi hermana resolló ofendida.

—¿Que? No pensaras voltear la situación en mi contra ¿Cierto? Porque fuiste precisamente tú quien me abandonó a mitad del almuerzo.

Nate suspiró con fastidio. Si algo sabía de él, era que no le gustaba dar explicaciones.

—Estaba aburrido —alegó sin dar detalles—. Y supuse que te la pasarías mejor sin mí.

Caroline pifió.

—Como si realmente te importase.

Otro suspiro cargado de frustración me hizo sentir pena por Nate. Alguien tan respetuoso como él, no sería capaz de insultar a una mujer, aunque se lo mereciera. Tal vez por la forma en que lo habían criado o por lo sucedido con la astronauta en el pasado, pero era obvio que buscaba evitar un problema mayor. O tal vez era yo quien se negaba a creer que a Nate le gustaba el extraño masoquismo que vivía con mi hermana. Fuese lo que fuese, la verdad era que Caroline, como él mismo lo había dicho una vez, podía ser un verdadero dolor en el culo.

—¿Sabes lo que causaste con tu desaparición? No, no lo sabes ¿Cómo ibas a saberlo? ¡Solo tienes ojos para tus estúpidas fotos! —reclamó ella elevando el tono de voz.

—Caroline...—refutó Nate. Pero sus aparentes intenciones de decir algo se vieron frustradas de inmediato.

—Conseguiste que hablen de mí, Nataniel. Y sabes muy bien que detesto que hablen de mí —agregó.

—¿En serio? Pensé que era todo lo contrario —comenté sin podérmelo aguantar.

Caroline me lanzó una mortífera mirada llena de reproche.

—Nadie pidió tu opinión Anne. Ve a tu habitación. —Me ordenó como si fuese una niña.

Yo resollé incrédula.

—Discúlpame, pero no eres mi madre —recalqué—. Y no pienso marcharme para que uses a Nate como blanco de tus malcriadeces. Así que vas a tener que buscar otra forma de satisfacer tu necesidad de grandeza.

Un segundo fue más que suficiente para que se agraviase el enojo en el rostro de mi hermana.

—¿Perdón?

—Me escuchaste bien. Estás montando un ridículo espectáculo por una tontería —apunté—. Nate se aburrió, yo estaba muy cansada y no quise asistir ¿Se acabo el mundo por eso, Caroline? ¿Tan importante somos para ti que no puedes vivir sin nosotros? Porque no lo parece la mayoría del tiempo.

—No me hables así Anne —advirtió con un creciente y visible cólera

centelleando en sus ojos.

—¿Por qué? ¿Porque no te gusta escuchar la verdad? —repliqué.

—Anne... —musitó Nate buscando que me calmase. Pero ignorándolo proseguí.

—Tú sabías muy bien que no queríamos venir. Y si lo hicimos fue por tu insistencia. Lamento que no pudiésemos formar parte del perfecto show que tenías planeado para hoy, pero no se puede tener todo en la vida hermanita.

—¡Suficiente! ...Ve a tu habitación, Anne. No pienso pedírtelo una vez más —insistió Caroline con una desmedida irritación.

—No soy u...

—Anne —La voz de Nate, cargada de alarmante advertencia, logró detenerme esta vez—. Será mejor que nos dejes solos.

Le miré con recelo, incrédula de que le permitiese tratarme como a una chiquilla, cuando lo único que intentaba, era defenderlo. Pero la súplica en sus ojos me convenció de hacerlo. Estaba claro que Nate no quería un problema que pudiese arrastrar verdades que no nos convenían a ninguno de los dos en ese momento. Por lo que respiré hondo, recogí la manta, mi bolso, y tomé vía a mi habitación en el primero piso. Mas negada a encerrarme en ella como niña regañada, me detuve a mitad del pasillo para seguir escuchando.

«No me reconocía. Engañaba, mentía, intentaba

volcar el reclamo contra mi hermana, y ahora espiaba.

¿Qué demonios me estaba pasando?».

—Deberías tratarla mejor. Es tu hermana —reprochó Nate sacándome de mis pensamientos, y luego escuché a mi hermana resollar, como si aquella petición le resultase un vulgar chiste.

—La trato como se merece —sentenció con altivez. Dejándome helada su grosera y desinteresada forma de responder. Aparentemente, Caroline podía ser peor de lo que había imaginado. Y era cierto que no me reconocía a mí misma últimamente, pero... ¿Qué demonios le había pasado a ella para cambiar así?

—Eres increíble —espetó Nate con desaire e indignación.

—No finjas que te importa mi hermana. Haces el ridículo —dijo Caroline.

—Lo mismo podría decirte yo —respondió él con obstinación.

—Respétame Nate —exigió mi hermana—. No olvides cuál es tu lugar.

—¿Mi lugar? —preguntó Nate claramente indignado—. No soy un perro al que entrenas para que te espere sentado y mueva la cola cuando se lo pidas, Caroline.

—Pero bien que sabes morder la mano que te alimenta.

«*Maldita cabrona. ¿Cómo puede hablarle así?*».

Se hizo el silencio, y casi pude imaginar la afligida expresión llena de hastío y cansancio que debía tener Nate en ese preciso momento. La misma que se dibujaba en su rostro cuando su relación con Caroline se tornaba el tema de conversación. Aun así, lo escuché reír, pero lo hizo con tanta amargura que dolió. Avancé hacia el inicio del pasillo buscando escuchar mejor, no podía marcharme, no ahora.

—¿Sabes que? Tienes razón, siempre tienes la razón —sentenció Nate con palpable resignación—. Soy un pobre tarado que debería estarte agradecido de por vida.

Supuse que se había alejado de mi hermana cuando escuché sus pisadas avanzando sobre el piso de madera.

—No te burles de mí, Nate.

—No lo hago, te doy la razón Caroline —reiteró—. Y te prometo que no volverá a ocurrir lo que pasó hoy. No volveré a dejarte sola en ningún evento —expresó mientras el sonido de la nevera al abrirse confirmaba mis sospechas de que se encontraba ahora en la cocina.

—Si tan solo tu palabra valiera algo para mí.

De nuevo se hizo el silencio. Y el hecho de que Nate no tuviese la fuerza, ni las ganas para responder o defenderse, me hacía sentir una enorme pena por él. Un hombre tan valioso no debía ser tratado de esa forma.

Se comportaba tan diferente cuando estaba conmigo. Aun y cuando se encontrase afligido por aquello que le atormentaba perpetuamente, su actitud

cambiaba considerablemente cuando estábamos juntos. Lo que provocaba una abrumadora calidez en mi pecho, haciéndome sentir absurdamente especial. La emoción que generaba el saberme dueña de su sonrisa resultaba difícil de explicar.

Esa misma tarde, Nate había sido completamente distinto al hombre que irradiaba tanta frustración y tristeza en ese instante. Lo que me llevaba a recordar la forma en que su rostro se había iluminado tras cada beso, o como su voz se llenaba de goce cuando me hablaba al oído. Cuando estaba conmigo, era solo mío. Pero aquella velada no había pasado de ser solo eso. Una corta velada que le habíamos robado al tiempo. De la misma inesperada forma que había empezado, había terminado.

—¿Dónde estabas? —La voz de Caroline me regresó a la áspera conversación.

Nate suspiró.

—En la playa Caroline —respondió sin ánimo alguno, mientras lo que me pareció ser el sonido una lata al destaparse, me intrigó ¿Había sacado una cerveza de la nevera?—. Pensé que el cabello mojado y la arena en los pies serían suficientes pruebas para una abogada tan perspicaz como tú —apuntó con desgano sarcasmo.

—Lo son —aseguró ella—. Pero mi hermana sigue siendo ese cabo suelto que no logro descifrar.

«¿Cabo suelto? ¡Demonios! ¡Demonios!

¿Lo sabe? ¿Lo sospecha? ¿Fuimos obvios?».

—¿Qué quieres que te diga? Anne ya te explicó —reiteró Nate usando mi argumento—. Nos encontramos en la playa, fin de la historia.

—¿Y qué hicieron que les tomó toda la tarde? ¿Qué pudo mantenerles *tan* ocupados como para no asistir al almuerzo? —insistió implacable.

Nate suspiró una vez más.

—Hacer lo que los fotógrafos hacemos mejor, Caroline —alegó—. Tomar estúpidas fotos.

Amaba la sarcástica sutileza con que Nate le respondía a Caroline. Aunque debía admitirlo, un buen comentario hiriente me hubiese dejado más

satisfecha. Probablemente sea la peor hermana del mundo por pensar así, pero no podía controlar al demonio de la indignación que me carcomía por dentro cada vez que Caroline abría la boca para escupir basura. Era exasperante.

Me asomé cautelosa al final del pasillo, y en efecto, Nate tenía una cerveza en mano. Mientras que la intransigente expresión de Caroline me provocaba náuseas.

—Como sea —musitó ella con total indiferencia—. ¿No podías avisarme que te marchabas del almuerzo?

—Lo hice —aseguró Nate alejando la lata de sus labios—, pero estabas muy ocupada hablando sobre tu nuevo apartamento en Londres —explicó. Tomándome por sorpresa que mi hermana se hubiese comprado otro piso. Nunca entendería su facilidad para desperdiciar el dinero en superfluas banalidades.

—Debiste esperar a que tuviese tiempo para atenderte —alegó ella—. De esa forma te hubiese excusado con los presentes y no me hubieses humillado.

—¿Humillado? Pero que... —Nate se obligó a callar tragándose las palabras una vez más. Su frustración me consternaba—. Quería estar solo Caroline —reiteró con transparente extenuación—. Ya te dije que estaba aburrido. Sabes muy bien que no me siento cómodo con el tipo de personas que sueles codearte.

—Lo sé. Pero al menos finge que lo haces. Desteto que se te note la clase. De nuevo el silencio, y otra amarga risa de Nate me golpeó el pecho.

«¿Le dolía que lo tratase así? ¿Aún la quiere?

¿Tanto le importa? Después de la velada que acabamos de tener ¿Por qué sigo dudando? Aun y cuando sé que conmigo es diferente, que conmigo es sinceramente él.

Sigo dudando. Tal vez porque, muy a pesar de todo, sigue siendo el novio de mi hermana».

—Lo que tú digas Caroline —dijo cortando así la conversación, bebiendo otro sorbo.

—¡No me trates como una loca Nataniel! —exigió ella furiosa.

—No lo hago. Te doy la razón...nuevamente —recalcó sin aparente ánimo de seguir discutiendo. Mientras una insatisfecha y enojada Caroline suspiraba con desgano.

—A veces me das tanta lástima que, si no supiese la diferencia, pensaría que me das asco.

«Maldita cabrona. Podrás ser mi hermana.

Pero eres una jodida cabrona».

Nate elevó la mirada hacia ella. Sus azules ojos de muñeco se veían vacíos y fríos a distancia.

—¿Algo más que acotar? —preguntó.

—Sí. Nunca serás alguien que valga la pena respetar. Tu mediocridad no tiene reparo. —Y diciendo aquello se dio la vuelta para marcharse—. En una hora tenemos una cena con los novios. Dile a Anne que está invitada, y que espero que esta vez asista. No pagué su pasaje para que viniera a pasear por la playa con mi novio.

—¿Por qué no le dices tú? Eres su hermana.

—Y tú su nuevo amiguito —alegó con ponzoñosa actitud—. No quiero privarte de la excusa perfecta para pedirle tu camisa de vuelta —dijo antes de perderse de vista en la escalera de regreso al segundo piso.

Me apresuré en esconderme en el interior del pasillo antes de que Caroline me viese. Mientras tragaba con gran dificultad la amarga sensación que me había dejado aquel último par de comentarios.

«¿Sospechaba algo? ¿Sí o no? Me voy a volver loca».

Me asomé una vez más, y vi a Nate bajarse la cerveza de un solo sorbo antes de ir a por otra.

—Ya puedes salir —dijo tomándome por sorpresa.

Sin pensarlo dos veces salí del pasillo regresando a la sala.

—¿Cómo supiste que seguía aquí? —pregunté.

Él se giró hacia mí mientras la nevera se cerraba tras él.

—Tu olor —respondió destapando la nueva cerveza, mientras que el

torbellino de exquisitas emociones que se habían desbocado libremente aquella tarde en la playa regresaba a mí con la misma potencia.

«¿Cómo lograba desequilibrarme con tanta rapidez?

Un solo comentario y me desarmaba entera».

Una sonrisa de sus labios, y los míos le imitaron de inmediato. Haciéndose un incómodo y desagradable silencio que duró más de lo que ninguno parecía soportar.

Había llegado el momento de asimilar lo que estuvo a punto de ocurrir. Caroline pudo habernos descubierto, si no lo había hecho ya y solo nos atormentaba con la zozobra.

El pánico que había sentido al escuchar su voz cuando llegamos, no lo había sentido nunca. Y de alguna forma él lo sabía, de alguna manera Nate estaba consciente de lo mal que me sentía; la realidad de aquella jodida locura le resultaba tan agria como a mí. Podía percibirlo en la entristecida forma en que me miraba ahora.

Sacudí mis pensamientos, y en busca de romper con aquel horrible letargo, empecé a quitarme su camisa.

—Mejor te la devuelvo antes de que arda Troya.

Nate negó con la cabeza mientras tragaba un sorbo de cerveza.

—Quédatela —dijo—. Es toda tuya. Fuiste conquistada ¿Recuerdas?

No sonrojarme resultó imposible. Y la fugaz picardía en su mirada me hizo sonreír.

—¿Cómo olvidarlo? Si hasta siento que tengo dueño —alegué sin poder reprimir la travesura en mi voz. Y su forma de relamerse los labios antes de sonreír me cortó el aire por un segundo. Era tan hermoso, que dolía.

—Iré a bañarme y alistarme para la bendita cena —dije señalando hacia el pasillo.

Nate asintió bebiendo otro sorbo de cerveza. Y sin más, me giré para marcharme. Solo un par de pasos había alcanzado a dar, cuando su voz me detuvo en seco.

—Annie

—¿Sí? —pregunté volviéndome hacia él.

Su repentino silencio me puso nerviosa. Parecía estar librando una batalla dentro de su cabeza.

—Gracias —dijo finalmente.

—¿Por? —pregunté sin comprender.

—Por ser la forma que tiene el mundo de decirme que la vida aún puede ser bonita —respondió provocando una abrumadora, cálida e inquietante sensación en mi pecho. Y la complicidad que tanto me inquietaba, me hizo sonreír avergonzada. El denso significado de sus palabras me había dejado sin armas. Y lo que palpitaba dentro de mí en ese momento, no tenía descripción o comparación alguna.

«Estaba perdida. Completamente perdida por él».

—Nos vemos en un rato Nate —dije marchándome finalmente.

El lujoso restaurante del resort nos daba cobijo dos horas más tarde. La mesa que ocupábamos había sido especialmente preparada para los novios, y perfectamente situada junto al gran ventanal del área vip, podíamos disfrutar de la brisa nocturna mientras el eco del oleaje amenizaba la velada.

Y aunque en el rostro de la llamativa pelirroja que resultó ser la novia, no se borraba la sonrisa; la incomodidad se había servido fría y sin sabor esa noche. Caroline y Steve, el novio; habían sido los únicos en conversar durante la última hora. Los demás, comíamos en total silencio.

—Bueno, basta de hablar sobre nosotros Caroline. Ya tendremos otro momento para ponernos al día. ¿Cómo le va a Anne en el bufete? —preguntó Steve, un alto y atractivo hombre de castaño cabello corto e inexpresivos ojos color miel.

Caroline me miró con desdén y suspiró con hastío.

—Aún está aprendiendo. —Se limitó a responder.

Steve no pareció convencido.

—¿Aprendiendo? Tengo entendido que Anne se graduó con honores. —Su connotación pareció dejar a mi hermana algo descolocada—. ¿No debería estar trabajando en algún caso?

—Sí Caroline, para eso le ofreciste trabajo en tú bufete ¿Cierto?
—inquirió Nate mientras yo me mantenía en silencio bebiendo de mi copa de vino.

—Nuestro bufete —corrigió Steve, tomándome por sorpresa aquella revelación. Sabía que aquel hombre y mi hermana eran socios, pero no hubiese imaginado nunca que su relación de trabajo llegase a ese punto. Caroline no me había comentado nada, y los compañeros del trabajo difícilmente me hablaban por no meterse en problemas.

Mi hermana cambió la expresión antes de que se le deformase el rostro, y falsamente forzó una sonrisa.

—Claro que sí. Pero no podemos delegar un caso de gran nivel a una novata ¿No crees Steve? —resolvió con soltura.

Él pareció pensárselo.

—Cierto. Pero también tengo entendido que atendemos gran variedad de casos al mes. Alguno deberá servir para que Anne de sus primeros pasos —insistió.

Caroline parecía perturbada, no le gustaba que le llevarsen la contraria. Aun así, no tomaba la acostumbrada actitud altanera de siempre. Parecía doblegarse ante Steve, como si le tuviese miedo. Y aquello *sí* que era una sorpresa.

—Tienes razón Steve —concordó finalmente con palpable desagrado—. Pero la mayoría ya están siendo atendidos por nuestros pasantes. ¿No pretenderás que les retire de un caso al que le han dedicado tiempo y esfuerzo para dárselo a una novata recién llegada? —preguntó con un deje de sorna en la voz.

Steve se lo pensó nuevamente.

—Eso no te lo puedo discutir. No es justo que el trabajo de otros quede a la deriva. Pero en cuanto me reintegre al bufete, espero ver a Anne trabajando en su propia oficina —impuso—. Después de todo, fui yo el de la idea de invitarla a trabajar con nosotros.

«Y eso explica por qué no me ha dejado trabajar.

No quiere que lo haga. No le agrada que esté

en el bufete».

Miré a mi hermana con una inevitable superioridad que no pude contener. Que Steve me defendiera me hizo sentir apoyada. Caroline me respondió con una desairada mirada, ignorándome luego.

—Agradezco tu confianza, Steve —dije respondiendo al educado y agradable hombre—. No te defraudaré.

—Cuento con eso —alegó el intimidante hombre regalándome una sonrisa.

—No subas tu barra de expectativas muy alta Steve —advirtió Caroline cortando la energía del momento—. A mi hermana no le interesa en lo absoluto el bufete o las leyes. Si estudió la carrera fue por la desmedida necesidad de que mis padres la aceptaran —comentó con una maliciosa sonrisa de autosuficiencia que me provocó arrancarle del rostro apenas se dibujó en sus labios. Y mientras la insultaba en todos los idiomas que conocía y los que no también. Me hundí en una indescriptible vergüenza que no me dejó mirar a Steve a la cara.

—¿Es cierto Anne? —preguntó el hombre haciéndome sentir arrinconada y expuesta. Miré a Nate buscando ayuda, pero este se mantuvo en silencio observando a Caroline con reproche.

Mi hermana resolló con victorioso semblante.

—No la presiones —pidió apoyando su mano sobre la mía en la mesa—. La pobre ha sido muy insegura toda su vida. Por eso me pareció maravillosa tu idea de incluirla en el bufete. Así podré ayudarla de cerca para que crezca no solo de manera profesional, sino personal.

«¿Dónde está el tenedor cuando quieres clavárselo a alguien para que se calle?».

—Ya veo—musitó Steve provocando que me sintiera como una pobre tonta. Y aunque hubiese querido defenderme, no lograba articular palabra alguna. Nunca me había sentido tan humillada en mi vida—. ¿Tú que opinas Nate?

Elevé la mirada casi de inmediato hacia Nate, quien, a juzgar por la expresión en su rostro, parecía que lo habían tomado fuera de base.

Se tomó un momento, me miró, miró a mi hermana, y evitando mis ojos se

acomodó para responder.

—Supongo que Caroline tiene razón. Después de todo la conoce mejor que yo.

«¿*Qué demonios?*».

Me costó procesar y creer lo que había escuchado, y una inesperada, desagradable y nauseabunda sensación de vacío se abrió espacio en mi pecho. Clavarme el cuchillo que tenía en la mano, hubiese dolido menos que la traicionera forma en que se había lavado las manos con el tema.

Mi hermana sonrió victoriosa.

—Siempre tengo la razón —apuntó bebiendo de su copa de vino, mientras la vergüenza y la decepción me comían entera.

El silencio se hizo y la tensión creció. La novia continuaba ensimismada en su cena, reacia a entrometerse en aquel incómodo asunto. Y no la culpaba, yo ansiaba salir corriendo.

—Bien. Hablaremos de eso cuando me reintegre al bufete —sentenció Steve rompiendo el letargo con un notorio disgusto. Y ¿Cómo culparlo? No debía gustarle ver a su empresa envuelta en dramas familiares—. Ahora si nos disculpan...—dijo pidiendo por la mano de su futura esposa—. Han llegado unos viejos amigos que me gustaría saludar antes de que termine la noche.

Caroline amplió la sonrisa.

—No se preocupen. Nosotros terminaremos de cenar y nos marcharemos a dormir. Mañana será un largo día.

Steve y la pelirroja se pusieron de pie finalmente.

—Buenas noches —dijo el hombre despidiéndose de todos con un elegante ademán. Y apenas nos quedamos solos en la mesa. Caroline se giró hacia mí.

—¿Qué pretendías?

—¿Perdón? —Su repentina actitud reprochante me había dejado helada.

«¿*Qué diablos le sucede ahora?*».

—No te hagas la inocente Anne. Sé lo que intentas —afirmó con un desmedido cólera brotando en sus ojos.

—¿Qué intento según tú?

—Desprestigiarme frente a Steve. Hacerme quedar como la hermana desalmada y despiadada que te trata mal en el trabajo. Pero no te lo voy a permitir —aseguró.

Por un momento pensé en la posibilidad de que bromease, y luego simplemente me reí. Caroline se había vuelto completamente loca.

—No voy a arriesgar todo lo que he construido. No por alguien como tú. —Soltó sin moderación alguna y con desprecio total— Nunca has sido mejor que yo, y nunca lo serás. Mézetelo en la cabeza y ahórrate la vergüenza.

No había palabras. Aún estaba aturdida por lo sucedido hacia un instante como para asimilar lo que pasaba ahora. Mi hermana me atacaba como si de un enemigo se tratase, y cada cosa nueva que decía, me lastimaba más que la anterior. Ella sabía muy bien que yagas tocar.

—Te he soportado todos estos años porque nuestros padres insisten en que debo comprender tus carencias. He tolerado tus constantes estupideces y tus absurdas fantasías porque soy tu hermana y es mi deber aguantarte. Pero siempre has sido una cobarde, una molestia, una mancha para la familia.

Las ardorosas ganas de salir corriendo aumentaban. Mis puños se tensaban sobre mis piernas en busca de autocontrol, y mis ojos empezaron a calentarse debido a la exasperación, la rabia, y la vergüenza acumulada. Pero lo que más me desconcertaba, era el silencio de Nate.

«¿En verdad piensa quedarse callado?».

—No vales el más mínimo pensamiento de orgullo. La mugre de mis tacones tiene más valor que tú. Y lo peor es que lo sabes. Así que no juegues a ser algo que no eres. Deja de hacer el ridículo.

Nunca pensé que fuese posible sentirme tan atosigada y abochornada como me sentía en ese momento. E incapaz de hablar o pensar, me mantuve en silencio. Desarmada hasta el punto de sentirme pequeña y desquebrajada. Incluso sucia y poca cosa. Miré a Nate una última vez buscando apoyo, pero este me evitó.

Se quedaría callado. Nate se quedaría callado mientras Caroline me humillaba.

Respiré hondo en el vago intento de retener la desmedida oleada de emociones que amenazaba con tumbar todas mis murallas. Y el atrevimiento de una lágrima al caer, me impulsó para ponerme finalmente de pie y salir del restaurante lo más rápido que pude. No estallaría frente a Caroline, no le daría el gusto de verme así.

Una vez afuera, respiré hondo llenando mis pulmones de aire en busca de apaciguar las enormes ganas de llorar. Hice otro esfuerzo, hiperventilé y finalmente otro par de lágrimas corrieron por mis ojos provocándome una fuerte cólera.

«¡Maldita sea!».

—¡Anne! —escuché la voz de Nate y apresuré el paso por el largo pasillo hacia el lobby del resort— ¡Anne espera!

—Déjame en paz Nate —pedí sin detenerme.

—No, espera —insistió. Cogiéndome de un brazo para detenerme. Y con la misma fuerza y rapidez con la que me giré, le crucé la cara con una bofetada que me dejó la palma de la mano ardiendo.

Nate se quedó atónito, paralizado. Y aunque la vergüenza bañara su mirada, me negaba a creerle.

—Ni una palabra. No dijiste ni una sola palabra Nate —repliqué dándole un empujón— ¡Dejaste que Caroline me humillara y no fuiste capaz de decir nada!

—Baja la voz Anne —pidió acercándose a mí.

Yo me aparté y resollé incrédula, mientras otro par de lágrimas caían por mi rostro, generando una fuerte y desmedida frustración que me sofocaba. Odiaba encontrarme tan afectada por un hombre. Porque lo que más me dolía no eran las palabras de mi hermana. Era que a él le hubiese importado tan poco.

—Lo siento —pidió—. Lo siento bonita. Pero... ¿Qué pretendías que hiciera? ¿Qué le llevase la contraria a Caroline después de lo del almuerzo?

La desilusión terminó de abarcar terreno luego de aquella egoísta excusa.

—Ya no importa —dije secándome las lágrimas, hecha un manojito de emociones.

—Sí importa.

—¡No! No importa Nate ¿No lo ves? No me defendiste porque no quieres tener una pelea con ella. Te preocupa más destruir tu relación con Caroline que defenderme a mí.

—Eso no es verdad —replicó intentando acercarse, frustrándose cuando yo me apartaba.

—¡Es la verdad! Se hombre y admítelo... ¡¡Admítelo!!

—¡OK!, ¡Si!, ¡Lo admito! —exclamó mientras perdía la compostura—. No quiero un problema con Caroline ¿Eso es lo que querías escuchar?

El golpe fue certero, el silencio inevitable. Y cuando pareció darse cuenta de lo que había salido por su boca, era tarde. No se podía recoger el agua derramada y yo me estaba dando cuenta de la verdad.

—No piensas terminar con ella —afirmé.

—Anne... —Nate se tragó las palabras, intentó hablar un par de veces, pero finalmente se rindió—. Es complicado.

Reí en respuesta. Y el amargo sabor que bajó por mi garganta, me envenenó desde adentro haciéndome sentir más insignificante de lo que Caroline se había encargado de recalcar que era.

—¿Complicado? —Le sostuve la mirada por un segundo. La indignación era casi insoportable— ¡Maldito imbécil!, ¿Qué demonios ha significado todo esto para ti? ¿Qué diablos pretendías?

—Anne...

—¡Dime! —exigí. Había mandado todo al demonio más de una vez por él, por no ser lo suficientemente fuerte como para tomar el control sobre lo que sentía—. No —interrumpí antes de que dijera alguna otra cosa que me hiciera flaquear una vez más— ¿Sabes que?, no respondas. No quiero saber. —Estaba tan revuelta que no podría soportar otro segundo sin venirme en vomito—. Después de todo ella es tú novia, tú pareja. Yo solo soy la tonta con la que te acuestas porque se respeta tan poco que no puede decirte que no.

Me giré para marcharme, pero Nate me detuvo tomándose por el brazo nuevamente.

—Sabes bien que eso no es así —impuso con severidad.

El corazón se me disparó como torbellino, y odié cada pulsación del mismo en ese momento.

—Entonces plántala de nuevo. Ven conmigo. Pidamos otra habitación y pasemos la noche juntos.

Lo vi sopesar la idea, mientras yo procesaba el atrevimiento de proponer una locura como aquella. Pero finalmente me soltó dando un paso atrás.

—No puedo hacer eso.

«Tal y como lo esperaba».

—Bien. Entonces esto se termina aquí, esta noche.

—Anne...

—Se acabó Nate —impuse—. Déjame en paz. —Me escabullí de su agarre obligándolo a soltarme, y continúe el camino directo al lobby del hotel. No quería saber nada de él o de mi hermana por lo que restaba de fin de semana. Alistaría mis maletas y compraría el primer pasaje de regreso a Nueva York.

PASE LO QUE PASE

CAPÍTULO 9

NATANIEL

Veinte minutos en la máquina de remo, treinta en la caminadora y una buena sesión de pesas, drenaban mi cuerpo, pero no mi cabeza. La que llena de mierda me tenía al borde de la demencia. Mi vida se estaba desmoronando con tanta rapidez, que me ofuscaba el no saber por dónde empezar a recoger los pedazos.

Habían pasado quince días desde aquella jodida noche en la que, de haber podido, yo mismo me hubiese reventado el cráneo contra el asfalto. Me había comportado como el imbécil más grande de la historia, y difícilmente me perdonaría el haber visto los ojos de Anne llenos de tristeza y decepción por mi culpa. La había lastimado.

«Maldición».

Sabía que debía enmendar las cosas, tomar una decisión y hacer lo correcto. Tenía muy claro que mi relación con Caroline no podía seguir adelante, pero darle fin a la misma acarrearía consecuencias para las que no estaba preparado. De solo imaginarlas sentía como la cuerda invisible que había atado Caroline sobre mí, apretaba hasta asfixiarme.

«Maldita sea».

Por otro lado, temía que nuestro rompimiento terminase estallando como una bomba de tiempo sobre Anne. Porque si Caroline se enteraba de que su hermana era la razón por la que había tomado finalmente la decisión, sería ella, mi bonita, quien saliese herida en la explosión.

Tomé una profunda bocanada de aire, me senté en la banca donde descansaba mi botella de agua, solté las pesas en el suelo, y con la mirada fija en el espejo frente a mí, me hice la misma pregunta que me venía haciendo hace días.

«¿Qué diablos vas a hacer Nate?».

Cogí la botella de agua, y luego de un gran sorbo, dejé que el resto cayese sobre mi acalorado rostro para refrescarlo, a ver si esta aclaraba mis pensamientos. Abrí los ojos encontrándome nuevamente con mi reflejo y me quedé en silencio esperando encontrar alguna respuesta. Pero solo había una: era un jodido cobarde.

«Todo esto es mi culpa.

¡Maldita sea! ¡Maldita sea!».

—Vas a romper el espejo si lo sigues viendo de esa forma.

La voz de Anne me tomó por sorpresa. La miré, y su indiferente expresión me abofeteó con la misma rudeza con que lo había hecho los últimos días.

—Caroline quiere que estés listo a las ocho. No piensa esperar por ti —informó antes de seguir su camino hacia el otro extremo del gimnasio. Ni tiempo de darle las gracias tuve.

«Así que aquí es a dónde viene todas las tardes después del trabajo, al gimnasio del edificio. Por eso no la veo en casa. Lo hace para evitarme».

Suspiré consiente de que merecía su fría actitud. Anne no quería saber nada de mí, lo había dejado en claro la otra noche. Así que me puse de pie, cogí mi toalla guindándomela al hombro, pero luego de un par de pasos que tenían toda la intención de llegar a las duchas, me detuve.

«¿Qué estoy haciendo? Tengo que arreglar las cosas con Anne. Y las tengo que arreglar hoy mismo. Pase lo que pase».

Me di la vuelta antes de arrepentirme y tomé el mismo camino que ella encontrándola en una caminadora. Sin pensarlo demasiado guiné mi toalla en la maquina continua, y luego de ofrecerle una sonrisa, me subí a la misma para ponerla en marcha.

Anne me miró de reojo, suspiró y continuó con la vista ahora fija en el ventanal frente a nosotros.

El silencio era incomodo, jodidamente incómodo. Así que empecé a tararear una canción de Michael Jackson que me había topado en la mañana: “*Man in the mirror*”. Murmuraba la letra con desafinada intención, consiguiendo que ella me mirase de vez en cuando, momentos en los que le regalaba una sonrisa antes de continuar con mi tormentoso y determinado concierto.

—Hay otras cuatro caminadoras ¿Tienes que usar esa? —preguntó visiblemente obstinada luego de media canción.

Sonreí saboreando la victoria y asentí.

—¡Oh si! —aseguré—, esta es especial —expliqué acariciando la maquina sin detenerme—. La llamo Georgette.

La escuché resollar con enfado antes de detener su caminadora.

—¿Qué demonios haces?

—¿Caminar? —pregunté haciéndome el desentendido, lo que solo pareció molestarla más—. ¿No? Tienes razón. Será mejor si troto. —Subí la velocidad de la máquina y empecé a trotar.

—¡Eres increíble!

—Lo sé, este cuerpo no se mantiene solo —dije sonriéndole una vez más. La estaba llevando al límite de la exasperación.

—Llevas dos horas en el gimnasio Nate, y ambos sabemos que no necesitas otros treinta minutos en la caminadora.

Su argumento dio justo donde no esperaba que diese, pero donde me sorprendió que lo hiciera. Detuve la máquina, y con la respiración cansada me apoyé de la misma sin apartar la mirada de ella. Intrigado.

—¿Cómo sabes eso?

Mi pregunta pareció tomarla fuera de base. Se había delatado. Anne me había estado espiando, o por lo menos había estado muy al pendiente de mí.

—¿Cómo sabes que llevo dos horas aquí o que ya hice treinta minutos en la caminadora? —insistí.

Negada a responder y visiblemente enojada, Anne cogió su toalla de mala gana.

—Te odio —musitó antes de bajarse de la máquina para marcharse. Yo no pude contener la sonrisa, mi bonita caía genuina y fácilmente en mis provocaciones.

Tomé mi toalla y de inmediato la seguí poniéndome a su lado.

—No me odias —aseguré siguiéndole el paso.

—¡Oh sí! Sí te odio —reiteró ella.

Yo chasqué los dientes no muy convencido.

—No te creo —alegué antes de acercarme a su oído—. Me amas.

Anne se apartó rápida y nerviosamente. Me miró molesta, y luego de un interminable segundo en el que me pareció que la vi hacer corto circuito, aceleró el paso. Me encantaba verla enojada, se veía tan sexy.

La alcancé en la máquina de bebidas, y apoyándome de la misma, la observé en silencio sin poder borrar de mi rostro el victorioso gesto que yo sabía ella detestaba.

—¿Qué diablos quieres Nate? —preguntó mientras parecía decidir que tomaría.

—¿Qué te hace pensar que quiero algo?

—No lo sé, probablemente la repentina insistencia que tienes después de no hablarnos por dos semanas.

—Eso no es precisamente mi culpa —recalqué de inmediato.

«No fui yo quien dejó de hablarte bonita».

Me lanzó una fulminante mirada antes de meter una moneda en la máquina para pagar su bebida.

«Pero sí fui yo quien se lo ganó».

—Ok. Pero no fue mi decisión —corregí dejando en claro que había sido su resolución, no la mía.

—Pensé que había quedado implícito cuando te mandé al diablo —apuntó ella antes de darle un suave golpe a la máquina. La misma se negaba a entregarle su pedido.

Yo sopesé su argumento por un momento.

—Hmmm sí, tal vez, puede ser, soy de lento entendimiento —alegué divertido.

—No, no lo eres... *Dr. Rousse* —señaló recalcando mi coeficiente antes de darle otro golpe a la dichosa máquina. Parecía frustrada, así que decidí sacarla de su sufrimiento presionando la opción de botella de agua en los botones de selección. Solo entonces la maquina se activó entregándole su esperada compra.

Anne me miró avergonzada, no se había dado cuenta de que no había elegido bebida desde un principio. Estaba nerviosa y distraída, lo que delataba lo mucho que toda la situación que veníamos enfrentando hacia días, le afectaba. Cogió la botella de mala gana, la abrió y bebió la misma mientras yo esperaba en silencio con una sonrisa.

—¿Qué diablos quieres Nate? —insistió con cansancio. Estaba ofuscándose y yo no quería hacerla sentir mal.

—Invitarte a salir —dije sin más y sin rodeos.

Anne me miró incrédula por un largo segundo, luego soltó una amarga risa.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó. Yo negué con la cabeza, a decir verdad, no estaba seguro de lo que estaba haciendo, o si era lo correcto, pero era lo único que se me había ocurrido a último momento. Necesitábamos hablar—. ¿A caso esto es un chiste para ti? ¿En verdad pretendes actuar como si nada hubiese pasado?

—No dije eso —recalqué. No quería que pusiera en mí boca palabras que no había dicho—. Solo te estoy invitando a salir.

—Eres increíble, en verdad eres increíble —musitó antes de darse la vuelta buscando marcharse.

La alcancé una vez más y me puse frente a ella obstruyéndole el paso.

—No me hagas rogar, porque lo haré —advertí logrando que se detuviese en seco mirando alrededor.

—No se te ocurra —susurro visiblemente alarmada de que montase un show en el gimnasio del edificio donde todos nos conocían.

—Acepta salir conmigo esta noche —insistí escuchándola resollar más enojada que nunca.

—¿Te estás escuchando?

—Sí —respondí acortando distancia para bajar la voz—. Y mi propuesta sigue en pie —sostuve. Ella viró los ojos e intentó pasar de largo, pero no se lo permití—. Anne, sé que fui un imbécil la otra noche y que no merezco que me perdones. Pero para estar evitándonos como adolescentes y luego espiarnos a escondidas. Es mejor solucionar la situación como adultos.

Anne escuchaba, pero no decía nada.

—Es solo una salida de amigos —aclaré—. Ni siquiera vamos a estar solos, es el cumpleaños de Jasper y me pidió que te invitara porque quiere conocerte.

Su silencio me exasperaba, pero parecía estárselo pensando.

—No tengo ninguna intención más allá de que hablemos y te pases un buen rato. Lo necesitas.

—¿Qué te hace pensar que lo necesito?

Suspiré conteniendo la sonrisa, en verdad se lo estaba pensando.

—Que llevas dos semanas sin tomar fotos o actualizar tu blog, y llevas el mismo tiempo viniendo al gimnasio en la tarde no solo para evitarme a mí, sino para liberar el estrés que te genera tu *trabajo ideal*.

—El bufete no es mi trabajo ideal —recalcó a regañadientes mientras se cruzaba de brazos. La muy orgullosa no admitiría que yo tenía razón, y yo adoraba cuando quería lucir inquebrantable.

—¿Qué dices entonces? —insistí— Solo quiero que hagamos las paces, que te distraigas, que conozcas a otras personas, que hagas amigos...no espera. —El género de aquella palabra hizo eco en mi cabeza—. Mejor amigas, sí, preferiblemente amigas —corregí negado a la idea de que conociera otros hombres. Y cuando la vi hacer lo posible por no sonreír, supe que por más que me estuviese detestando en ese momento, la chispa que había entre nosotros era más fuerte que cualquier discusión, decepción o contratiempo.

Aun así, no me daba respuesta. No parecía segura.

—Hagamos algo. Si a las ocho no estás lista, sabré que no vienes —propuse dándole la opción de rechazar mi tregua—. Pero si te animas...

estaré esperándote en el lobby del edificio.

Esperé a que dijera algo, pero no lo hizo. Suspiré sintiéndome como un pobre tonto, y sin nada más que decir, me di la vuelta para marcharme. No quería, ni tenía intenciones de seguirla atosigando con la idea.

—¿A las ocho? —preguntó Anne deteniéndome en seco— ¿Qué pasa con el evento al que ibas con Caroline? Le prometiste que no volverías a abandonarla.

No tuve ni que pensarlo.

—Sí, lo sé —respondí—. Pero me cansé de ser su marioneta.

Una media sonrisa de sus labios me hizo sentir esperanzado. Era hora de enderezar las cosas, no había marcha atrás. Sin importar las consecuencias, haría lo correcto.

Me estilizaba el cabello frente a uno de los espejos del lobby cuando empecé a dudar de haberme puesto lo primero que cogí del closet. Unos Jeans azul oscuro, una franela negra y mi cómoda chaqueta de cuero

«La barba me está creciendo de nuevo ¿Le molestará?

¿Estaré muy casual? Al menos sé que le gustan las

chaquetas de cuero. Pero... ¿Qué diablos?

¿Desde cuándo me preocupo por algo así?».

Me reí de mí mismo y le di la espalda al espejo, encontrándome con la burlona mirada del portero. Le sonreí por educación y le ignoré luego. Estaba nervioso, y no dejaría de estarlo hasta verla aparecer. Eran más de las ocho, y aún no había señales de Anne.

«Y es que... ¿Por qué razón aceptaría la invitación?».

No había sido más que un cobarde que la había arrastrado a convertirse en su amante. No la había defendido cuando debí hacerlo, había permitido que la humillasen, y no le había dado seguridad alguna sobre lo que sentía por ella o lo que estaba pasando entre nosotros.

Si lo pensaba en frío, de ser ella, ni yo mismo aceptaría mi propia invitación.

El metálico sonido del ascensor al abrirse me detuvo el corazón, eran las

ocho y trece minutos cuando el taconeo de sus botines negros me aceleró la respiración. Me volví hacia los ascensores, y la vi.

«*Wow*».

Que bien le quedaba ese vestido negro. Enmarcaba sus pronunciadas curvas a la perfección. Y aunque no era muy corto, me permitía disfrutar de sus sensuales y femeninas piernas. Chaqueta de cuero color vino, su negro cabello cayendo sobre sus hombros, y el mejor accesorio de todos: El odioso semblante de niña enojada que tanto empezaba a gustarme.

«*¡Joder! No va a ser una noche fácil*».

—Siento llegar tarde. —Se disculpó rompiendo el hielo— No estaba segura de venir.

—Pero lo hiciste —apunté aún sorprendido y aliviado de que así fuese—. Y no te preocupes por el tiempo, hubiese esperado diez o veinte minutos más de ser necesario —aseguré sin poder apartar los ojos de ella.

—Créale señorita, lleva una hora esperándola —informó el portero, provocando que me avergonzara.

—Sí. Y ella no necesitaba saber eso Phil.

—¿Tan desesperado estás porque te perdone? —preguntó Anne acercándose a mí.

Suspiré con resignación. No había razón para ocultarlo.

—¿Tan obvio soy?

—Un poco.

Silbé aliviado y de forma exagerada.

—Menos mal. Temía ser *demasiado* obvio.

La vi reprimir la sonrisa, y antes de que me diese tiempo de algún otro comentario, cambió el tema.

—¿No es mucho? —preguntó señalando su atuendo.

Yo la miré de abajo hacia arriba, suspiré y negué con la cabeza haciendo un esfuerzo por no decir lo que realmente pensaba. Quería llevar la noche con calma.

—Te ves bien. —Me limité a decir.

—Gracias —respondió ella. La situación entre nosotros no dejaba de ser extraña y horriblemente tensa—. Tú también te ves bien.

Sonreí a su comentario y agradecí con un simple ademán.

—¿Nos vamos? —Le pregunté señalando la puerta.

Ella asintió, se guindó su pequeño bolso de cuero al hombro, y pasó frente a mí para salir del edificio. Mi camioneta esperaba afuera.

El camino al bar donde daría lugar la reunión era largo y el tráfico de Nueva York no ponía de su parte esa noche. Por lo que los últimos diez minutos dentro de la camioneta habían sido un infierno.

No habíamos dicho palabra alguna y el silencio empezaba a volverse insoportable. Además, el no mirarla me era imposible, y verla apartar sus ojos cuando se encontraban con los míos, me resultaba tan adorable, que quería besarla.

—¿Falta mucho? —preguntó rompiendo el silencio.

Yo miré alrededor, el tráfico era caótico.

—No mucho, pero... —señalé a los autos frente a nosotros.

Ella suspiró entendiendo a lo que me refería.

—Sí, ya recuerdo porque odio las grandes ciudades.

Resollé dándole la razón.

—Ni que lo digas, nada como un lugar tranquilo lejos del infierno metropolitano.

Anne parecía estar de acuerdo conmigo.

—Conozco un atajo libre de tráfico —dije—. Tardaremos un poco más en llegar, pero ya no estaremos atascados aquí.

—Ya hemos perdido diez minutos de nuestra vida, unos minutos más no nos matarán.

Ella tenía un buen punto.

—Ok —Diciendo aquello, crucé en la esquina para tomar dicho atajo.

Una vez en vías menos congestionadas, el silencio regresaba al interior de aquella camioneta. Yo la miraba, ella me miraba...nos mirábamos.

«¡Me voy a volver loco!».

—Así que has estado yendo al gimnasio de casa por las tardes —comenté de forma aleatoria usando lo primero que me vino a la cabeza—. Pensé que preferías ir solo los fines de semana.

Anne suspiró viendo hacia la calle.

—Sí. Pero como tú dijiste, necesitaba liberar el estrés del trabajo.

—Y evitarme a mí —agregué.

Ella me miró de reojo y yo le sonreí. No podía negarlo en mi cara.

—Ok. Y evitarte a ti —admitió volviendo la atención al frente, haciendo una silenciosa pausa que no duró mucho—. De igual no veo cual es el problema, últimamente no paras en casa —apuntó con un inesperado tono de reclamo—. Si tan bien te la pasas con Caroline en sus divertidos eventos, que más da lo que yo haga.

No supe que decir al momento. Aquel repentino reproche me había dejado fuera de base.

—¿Qué pretendías que hiciera? ¿Sentarme y esperar a que me devolvieras los buenos días? ¿Insistirte para que me sacudieras a patadas? —señalé sin apartar la mirada de la calle y los semáforos—. Acabamos de dejar en claro que eras tú quien me evitaba.

Anne resolló enojada.

—Y en busca de consuelo corres tras ella —apuntó—. Si no te presta atención una, lo hace lo otra ¿Cierto?

—No —respondí de inmediato, confundido. No comprendía a que venía aquella actitud ahora—Estaba respetando tu decisión Anne —recalque—. Me pediste que te dejara en paz.

—Y tú siempre tan obediente.

Contuve la risa, mientras detenía la camioneta ante una luz roja.

—Ok. Primero que nada, la única atención que quiero es la tuya. —Deje bien en claro— Y segundo, la única razón por la que he cumplido con la

promesa que le hice a tu hermana es por que intentaba mantenerla contenta por un rato. Porque, si no lo recuerdas, la última vez que le fallé y la abandoné en medio de un evento, se convirtió en maléfica y quiso pincharte con un tenedor a mitad de una cena.

—Ohhhh ¿Entonces lo haces por mí? —preguntó con escéptica sorna.

—Lo hago por todos —aseguré—. No quiero más problemas y no me voy a morir por acompañarla a un par de aburridos eventos en los que...sí, por lo general quiero arrancarme los ojos, pero ¡Hey!, si eso doma a la fiera... bienvenido sea —expliqué—. Ahora, si lo que te preocupa es saber que pasa entre nosotros en esos eventos, o después de ellos, te gustará escuchar que seguimos durmiendo en cuartos separados.

Anne elevó los hombros y se cruzó de brazos, parecía haberle dado al blanco.

—No es algo que me importe.

Sonreí. No pude evitarlo. Ahora me daba cuenta de lo que sucedía.

—¿Segura? Porque a mí me parece que estás celosa.

Anne pifió sin romper la postura.

—No estoy celosa.

—Sí, sí lo estas.

La luz cambió a verde, Anne me miró de reojo, pero no dijo nada al respecto, no podía negármelo. Pisé el acelerador para avanzar, y mientras giraba en la siguiente esquina, la noté perturbada. Mi bonita no estaba bien. Y a juzgar por lo intranquila que había quedado, la estaba pasando tan mal como yo con todo aquel asunto. Y es que no era fácil para ninguno de los dos. No era fácil estar seguros de que lo que hacíamos estaba bien o no, solo sabíamos que iba en contra de lo que realmente deseábamos.

Las luces de la ciudad abrumaban. Las cornetas de la tranca que nos había retenido por diez minutos en la principal quedaban atrás. No faltaba mucho para llegar al bar donde habíamos pautado la reunión, pero yo ansiaba encontrarme todos los semáforos en rojo solo para tener unos minutos más a solas con ella.

—No entiendo por que no terminas con Caroline —Soltó Anne sin

anestesia. Como si se hubiese estado reprimiendo el comentario. Yo, fuera de base, y asimilando la brusca introducción al tema, respiré hondo sin saber que decir.

—Te trata como a la mierda, no te quiere, y tú ni siquiera la soportas —continuó girándose en mi dirección, notoriamente frustrada—. ¿Cómo es posible que sigan juntos?

Su repentina insistencia me resultaba incómoda.

—Es complicado. —Me limité a decir, sintiéndome tonto por no haber podido articular otra respuesta.

Anne suspiró claramente agobiada.

—Sí, al parecer todo contigo es complicado —recalcó de mala gana—. Pero voy a necesitar más que eso para entender. Y necesito entender, porque me estoy volviendo loca descifrando mi lugar en esta historia.

La miré, y la desesperación en sus azules ojos me apretó el pecho. La estaba lastimando y me había prometido no hacerlo de nuevo. Suspiré consiente de que no podía seguirle dando vueltas al asunto, miré hacia la calle, y decidido a darle fin al drama, adentré la camioneta en el primer callejón que encontré. Apagué el motor, aparté las manos del volante, y por un momento me mantuve en silencio mientras organizaba mis ideas.

—Annie, escúchame. —Pedí negado a mirarla a los ojos—. Sé que la cagué, sé que he sido un maldito cobarde que no ha sabido tomar las decisiones correctas; y sé que no puedo osar imaginar por lo que estás pasando con toda esta situación. —Fui sincero. Podía sentir la zozobra emanando de ella con palpitante inquietud—. Pero si sirve de algo...no estás sola en esto —aseguré buscando su mirada finalmente, encontrándome con sus afligidos ojos azules llenos de impaciencia—. Yo también estoy hecho una mierda.

Su silencio me generaba una insoportable ansiedad, pero no dejaría que eso me detuviese.

—Y tienes razón —declare regresando mi vista al frente—. Hace tiempo dejé de querer a Caroline, y está más que claro que ya no la soporto —confirmé—. Pero existe una razón por la cual no he terminado con ella —revelé, respirando hondo para bajar el nudo que se me estaba haciendo en la

garganta—. Una carga que me impide tomar la decisión de terminar con la farsa, porque no sé si pueda soportar las consecuencias —confesé.

—¿Cuál es esa razón? —preguntó Anne. Se escuchaba angustiada.

Quise decirle, explicarle y sacarme aquello del pecho en ese momento. Pero no pude, no así.

—No piensas decirme. —Supuso ella suspirando decepcionada, apartando sus ojos hacia el callejón.

—No —corroboré—. Pero no porque no quiera —aclaré intentando articular palabra alguna que me ayudase a explicarme—. Sino porque no sé cómo hablar de eso —admití con vergüenza. Era un jodido cobarde. No sabía afrontar mis propios demonios—. Por eso pienso mostrarte.

Anne se giró nuevamente hacia mí, sorprendida. Yo le respondí con una sonrisa.

—Prometo que lo haré —aseguré—. Pero no esta noche.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de especial esta noche? —inquirió con intriga—. Dijiste que era una salida de amigos.

—¿Yo dije eso? —pregunté haciéndome el loco.

—Nate...

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Sé lo que dije. —Le interrumpí antes de que se enojase—. Pero estoy decidido a enderezar toda esta situación cueste lo que cueste, pase lo que pase; y la primera cosa en la lista somos nosotros.

Anne suspiró bajando la mirada.

—Como si realmente existiese un nosotros.

Tomé una de sus manos y entrelacé nuestros dedos, logrando que regresara su atención sobre mí.

—¡Oh sí! Sí que lo hay.

En silencio me sostuvo la mirada, y en sus hermosos ojos vi miedo, emoción, y muchas dudas.

—No pienso ser tu amante.

—No te estoy pidiendo eso.

Ella asintió.

—Lo sé. Me lo estoy diciendo a mí —aclaró.

Estábamos en medio de la misma encrucijada. Ambos batallando para controlar lo que sentíamos porque eso era lo correcto, aun y cuando dejase un amargo sabor de boca el reprimarnos de aquella forma.

El silencio se prolongó y solo Dios sabe cuánto quise saber en que estaba pensando.

—¿No vamos a llegar tarde? —preguntó soltando mi mano.

Aparentemente quería continuar con la noche, y aquello era buena señal. Contuve la sonrisa y llevé las manos al volante.

—Primero admite que estabas celosa.

Resolló incrédula y me lanzó una fulminante mirada.

—¡Oh por Dios! Eres increíble —exclamó forzándose a contener la sonrisa.

—Vamos, admítelo —insistí mientras encendía motores—. Admítelo.

—¡No!

—Admítelo.

—No

—¡Oh vamos! —supliqué divertido, sonriendo cuando la escuché reír finalmente. Y satisfecho con haber derrumbado la incómoda barrera impuesta por mi error de la otra noche, continúe el camino hacia el bar. Faltaba poco.

LO INEVITABLE

CAPÍTULO 10

ANNE

Aún me estaba reprimiendo por haber bajado la guardia, cuando Nate detuvo la camioneta frente al bar. No debía ser tan débil y tan fácil, pero me había emocionado con la idea de que estuviese decidido a arreglar la situación. Lo que, a mi entendimiento, significaba que terminaría su relación con Caroline de una vez por todas.

Me bajé de la camioneta y tomé una fuerte bocanada de aire buscando sacudir la ansiedad. Forcé la sonrisa cuando Nate me señaló el camino hacia la entrada del bar, y solo entonces, me percaté de la sencilla fachada de madera y el cuernudo toro que nos miraba desde el tope de la puerta. Una vez dentro, el ambiente tejano del lugar me resultó acogedor.

—¿Te sientes en casa? —pregunté mirándole de reojo.

Nate sonrió en respuesta.

—Jasper también es de Austin —explicó—. Nos gusta el lugar.

Una larga y espaciosa barra se extendía al fondo del local, variadas mesas de madera con sus respectivas cuatro sillas se esparcían alrededor de lo que parecía ser una pequeña pista de baile; y cercano al área de billar, otra tanda de mesas más altas con butacas.

—Tocan música en vivo —señalé viendo un escenario al otro extremo de la pista.

—Sí. En su mayoría country, pero sí —explicó Nate mientras avanzábamos hacia el área de mesas altas.

—No está mal, me siento en una película del oeste —admití.

—¡Yee-Haw! —exclamó Nate como un alegre texano, haciéndome reír antes de sentir su mano en mi espalda invitándome a apresurar el paso.

*«¿Como es posible que me haga erizar
con un simple roce?».*

Nos acercamos a un par de hombres que, con varias cervezas ya vacías en la mesa entre ellos, reían distraídos. Uno tenía el cabello castaño y largo hasta los hombros, era alto, muy delgado y de curioso atuendo. Llevaba unos Jeans azules y una camisa violeta con el dibujo de pacman en ella. Algo me decía que él debía ser el famoso Jasper del que Nate tanto me hablaba. Mientras que el otro, un atractivo rubio de elegante semblante y vestimenta me inspiró una inmediata y desagradable sensación cuando posó sus ojos sobre mí. Parecía estar tomado, y la vulgar sonrisita que me ofreció, me hizo sentir incómoda.

—¡Nate! —exclamó dicho hombre, había sido el primero en vernos.

Nataniel se detuvo junto a la mesa sin apartar su mano de mi espalda.

—Siento llegar tarde, había tráfico —explicó disculpándose.

—La noche es joven —alegó el rubio mirándome fijamente.

—Sí, no te disculpes y pide algo de tomar —agregó el de pelo largo.

—Antes deberías presentarnos a la bella señorita —apuntó el baboso que no apartaba sus ojos de mí.

Sentí la mano de Nate apretar mi espalda con demandante recelo, y me aparté negada a ser el juguetito por el que se empezase una discusión esa noche. Conocía de primera mano los celos de Nate, y no estaba de ánimos para una escena. No ahora.

—Ella es Anne. —Me presentó finalmente—. Anne, ellos son Marcos y Jasper.

—¿Anne? —preguntó el que, en efecto, era Jasper— ¿La Anne?

Miré a Nate algo confundida mientras este asentía en respuesta sin decir nada.

«¿Les había hablado de mí?».

—¡Wow! —exclamó el cumpleañosero haciéndome sentir intrigada—. Ahora lo entiendo hermano, lo entiendo —dijo agravando mi curiosidad—. Tiene todo lo que te gusta —indicó haciéndome sentir sumamente avergonzada—. No es mi tipo —destacó—. Sin ofender —dijo pidiéndome disculpas por el

comentario—. Pero definitivamente es el tuyo.

—Y el mío —recalcó Marcos con una coqueta y torcida sonrisita.

—¡Hey! —reclamó Nate dándole un manotazo en el hombro al rubio—. No empieces —exigió con gélida advertencia.

—Sí, bájale a la testosterona Johnny Bravo —concordó Jasper quitándole la cerveza de la mano. Al parecer, Marcos estaba más tomado de lo que yo pensaba—. Discúlpalo, cuando está ebrio tiene la mala costumbre de caerle encima a todo lo que tenga tetas.

Marcos recuperó su cerveza de mala gana.

—¿Qué puedo decir? Reconozco un buen para cuando lo veo —dijo bajando la mirada hacia mí escote, recibiendo otro manotazo mucho más pesado que el anterior.

—Respétala —exigió Nate con estoica expresión. Hablaba en serio.

—Nate... —musité mirándole con aprensión, no toleraría una escena.

Nate me miró visiblemente sorprendido de que le reclamase precisamente a él.

—Está borracho —destaqué en voz baja—. Ignóralo.

Con palpable frustración, Nate sopesó la idea antes de darme la razón con un forzado gesto, apartándose de Marcos para evitar las ganas de golpearlo, y rodar una butaca para ofrecerme asiento.

—Me agrada esta chica —alegó Jasper de la nada—. Estás taaaan jodido —comentó con satisfactoria y divertida compasión mientras le daba una palmada a Nate en el hombro.

—Lo sé —admitió este por lo bajo.

Habiéndolos escuchado, sonreí mientras me quitaba la chaqueta para guindarla en el espaldar de la butaca, viendo a Nate elevar una mano para llamar a un mesonero mientras tomaba asiento junto a mí.

—No pierdas tiempo —advirtió Marcos soltando su botella ahora vacía—. Hoy pasan de nosotros —informó antes de señalar a la mesa continua repleta de mujeres que parecían estar celebrando una despedida de soltera—. Yo voy. —Se ofreció poniéndose de pie para encaminarse hacia la barra.

—Si hubiese sabido que venias, me hubiese puesto mi camisa de gala —indicó Jasper.

—¿La del dinosaurio de Toy Story? —inquirió Nate con tono burlón.

—No, esa es para los funerales —aclaró Jasper con total seriedad—. Hablo de la de CatDog.

Nate asintió como si aquello tuviese todo el sentido del mundo.

—Obviamente, porque CatDog es mejor que el dinosaurio de Toy Story.

Jasper parecía ignorar el sarcasmo con el que su amigo se mofaba de él.

—Nada es mejor que un perro y un gato unidos por el culo —apuntó— ¿Alguna vez has pensado como defecan? ¿Qué puede ser más complejo que eso?

—Pensar en cómo tienen sexo —destaqué. Viendo como cambiaba la expresión en el rostro de Jasper ante tal revelación.

—Cierto —musitó este viendo hacia la nada, pensativo.

Nate viró los ojos y suspiró con adelantada fatiga.

—Grandioso, ahora lo harás pensar en eso por horas.

—Bien, así te da tiempo de aclararme por qué Jasper no sabía que yo venía. —Nate se quedó helado viéndome fijamente mientras yo le ofrecía una divertida sonrisa—. Porque...él me invito, ¿Cierto?

—No, no lo hice —aclaró Jasper saliendo del letargo.

—¿En serio? —exclamé con fingida sorpresa esperando una explicación. Pero Nate se limitó a sonreír con la culpabilidad brillando en cada uno de sus perfectos y bien cuidados dientes.

—¿Le dijiste que yo la había invitado para hacerle sentir en la obligación de venir? —inquirió Jasper con alarmado tono— ¡Wow! Ya no te reconozco —agregó—. El Capitán América estaría decepcionado.

—¿El capitán América? —pregunté sin comprender qué tenía que ver el superhéroe en todo aquello.

—Sí. Veras, Nate...

—Lo hice. Le mentí a Anne para conseguir que viniera, soy Culpable

—admitió Nate cortando la explicación de Jasper.

—¡Eres el peor! —insistió el cumpleaños con palpable indignación.

—En mi defensa —refutó Nate de inmediato—. No la hubiese convencido de no usar esa estrategia.

—Es verdad —aseguré dándole la razón a Nate.

—Mentirosa —canturreó Jasper dejándome bastante descolocada—. No estás aquí por mí —apuntó visiblemente seguro de ello—. Estas aquí por él —alegó señalando a Nate—. No engañas a nadie.

Nunca me había sentido tan expuesta y transparente en toda mi vida. Y la mirada de Nate ahora sobre mí, no me lo ponía más fácil.

—¿Es eso cierto? —preguntó el muy estúpido con aquella traviesa media sonrisa que tanto me gustaba.

Carraspeé y me negué a responder.

—Me contabas sobre el Capitán América —recalqué cambiando el tema—
¿Por qué Capitán América?

Nate dejó su cabeza caer con resignación, y logré escucharle reír por lo bajo. Él sabía que su amigo tenía razón, yo lo sabía, todos lo sabíamos. Pero eso no significaba que lo admitiría, así como tampoco significaba que dejaría aquel detalle pasar por alto. Mi curiosa naturaleza no me lo permitía.

—Porque mi amigo aquí presente es tan correcto, que el Capitán América lo admira —explicó consiguiendo que contuviese la risa al ver la expresión fastidiada de Nate.

—¿En serio? No me parece que Nate sea tan correcto —opiné conociendo lados bastante atrevidos del ojiazul.

Jasper pifió alarmado.

—Eso es porque tú lo has corrompido —indicó—. Antes de ti nunca se hubiese atrevido a follarse a la hermana de su novia.

El comentario cortó el momento con la rapidez de un latigazo, y un par nada disimulado manotazo de parte de Nate contra el brazo de Jasper, le hizo percatarse de lo que había dicho.

—¿Me pongo el filtro? —preguntó avergonzado.

—Trágatelo y atragántate con él, por favor —pidió Nate.

—Me ama —aseguró Jasper antes de beber un sorbo de su cerveza.

—Te idolatra —subrayé divertida. Negada a que un tonto comentario que no se alejaba de la verdad, perturbara mi ánimo esa noche. Además, nada de lo que saliera por la boca de alguien como Jasper, podía hacerlo con maldad—. Y estoy segura de que conoces muy bien al Nate correcto que yo no llegué a conocer.

Jasper asintió de forma exagerada.

—¡Oh sí! No fue su mejor época —alegó como si solo recordar aquel tiempo le causase escalofríos— ¿Alguna vez te contó de cuando lo enseñé a beber? —preguntó avivando mi curiosidad.

—No —respondí viendo a Nate suspirar—. Pero me encantaría escuchar esa historia, me gustan las historias.

Jasper pareció emocionarse.

—Me agrada esta chica —reiteró contento, dejando su cerveza a un lado antes de empezar el cuento.

La siguiente hora la pasamos riéndonos de las anécdotas que Jasper tenía sobre Nate. El cómo lo había enseñado a beber, a coquetear con chicas, a ser menos rígido, e incluso el cómo le había prendido fuego a toda su ropa para que tuviese que comprarse nueva. “*Prácticamente lo reconstruí*” alegó este mientras bebíamos y disfrutábamos de una loca historia tras otra. Incluso Nate parecía estarse pasando un buen rato. Por momentos se le notaba incómodo, pero por lo general reía y rectificaba a su amigo en lo que él consideraba exageraciones.

—Y así fue como perdió su virginidad. —Cerró Jasper la historia mientras Marcos y yo reíamos.

—No fue así, y no fue en ese momento —corrigió Nate.

—¿Y cuándo diablos fue? ¿Y por qué me has hecho creer que fue gracias a mi basto conocimiento como cupido? —preguntó el cumpleañosero, ofendido.

—Porque no quería arruinar tu glorificada burbuja de omnipotencia —indicó Nate.

—Gracias. Eres un buen amigo —respondió el aludido con desmedido sarcasmo mientras mis risas no paraban. Aquel par era el mejor dúo de amigos que podía existir.

—Yo aún quiero saber con quién fue y cuando —declaré interesada en saber.

Nate respiró hondo. Aquella noche se había centrado en quien a menos le gustaba hablar de sí mismo.

—Con Natalia, a los diecisiete —respondió con resignación mientras Jasper, con los ojos de par en par, parecía entrar en un colapso emocional.

—¿¡Con Natalia!?! —preguntó bastante alarmado—. Esa chica era enorme, parecía jugadora de fútbol americano. Sus caderas eran más grandes que las mías.

Nate asintió bebiendo de su tercera cerveza.

—Primero, cualquiera tiene caderas más grandes que las tuyas —expuso recalcando lo flaco que era su amigo—. Y segundo...me gustan las curvas —alegó orgulloso de ello, posando su mirada sobre mí—. Y tengo debilidad por las pelinegras —agregó guiñándome un ojo mientras una sutil media sonrisa se dibujaba en sus labios.

«Estúpido. Sabe que ese gesto me encanta».

—Son las más atractivas —opinó Marcos inclinándose en mi dirección de forma insinuante.

Nate dejó de sonreír y miró a su amigo con desaprobatoria expresión cargada de advertencia.

—Y de gustos exigentes —recalqué yo, alejándome del rubio en una clara directa de que no lo quería cerca.

Marcos rio soltando su cerveza en la mesa.

—Y aun así se pasean con lo que sea y dejan que las usen como basura —apuntó pedante.

Estallando finalmente en cólera, Nate soltó su cerveza y se puso de pie. La tensión creció como lava caliente, y antes de que iniciaran una escena, me bajé de la butaca y tomé su mano.

—Vamos —dije con intenciones de llevármelo, pero Nate no se movió.

—¿A dónde vamos? —preguntó reacio, sosteniéndole la mirada a Marcos de forma desafiante mientras este sonreía victorioso.

—A bailar. —Solo entonces pude atraer su atención. Parecía haberle gustado la idea.

Una vez en la pista donde otras parejas bailaban, me giré hacia él consiente de que una balada no podía bailarse a distancia.

—¿Segura que quieres hacer esto? —inquirió.

—Cállate o harás que me arrepienta.

Respiré hondo y me abracé lentamente a su cuello mientras sus manos encontraban perfecto anclaje en mi espalda baja, despertando a mi cuerpo con fervorosa rapidez, mientras su cómplice y encantadora sonrisa contagiaba a la mía sin mucho esfuerzo.

No teníamos remedio, perdíamos el control y la noción de lo correcto cuando estábamos tan cerca. Como si nuestros alientos fuesen veneno que nos doblegaba los sentidos y la razón. Y aunque me había prometido ser más fuerte ante sus encantos, que bien se sentía estar envenenada por él.

Empezamos a bailar, y el bar se redujo a un cuadro de tres por tres donde solo cabíamos nosotros dos. Los clientes del bar se volvieron borrosas manchas sin rostro, y el bullicio desapareció dejando espacio solo para la música. Una vez más me encontraba en uno de esos momentos de película donde seas detener el tiempo y que este nunca vuelva a correr. Mientras que, sin necesidad de palabras, sus ojos me hablaban con el más dulce y sensual lenguaje.

«Mi bonito. Que ganas de comerte a besos».

—Ignora a Marcos. —Le pedí buscando un rápido tema de conversación mientras mi mano acariciaba su nuca. Maldiciéndome por ser tan débil.

—No puedo —aseguró—. Se está pasando de la raya con sus comentarios.

—Me pediste que viniera para pasar un buen rato, no lo arruines con tus celos. —Le pedí—. Sabes que no me gustan las escenas o las discusiones.

Nate asintió consciente de ello, apartó un mechón de cabello de mi rostro,

y regresó su mano a mi espalda baja para apretarme más contra su cuerpo. Provocando que me faltase el aire.

—Lo sé, y nunca hemos hablado del porqué —destacó tocando una delicada e inesperada fibra en mi interior—. O por qué no te gusta que te traten como damisela en peligro —señaló haciéndome sentir incómoda—. Y lo más importante, ¿Por qué dejaste de creer en el amor?

Su pregunta evocó aquella tarde que me llevó a su estudio. Haciéndome recordar aquella misma pregunta que me hizo en las escaleras al hablar del profundo amor de la señora Hans por su marido. Pregunta que obtuvo una negativa respuesta que Nate parecía no haber olvidado.

—Nunca me preguntas sobre mí —alegué como excusa mientras mis dedos jugaban con su cabello en un suave vaivén que terminaba en su nuca. No podía evitarlo, se movían solos al reconocer su piel.

—Lo haría, pero siempre hablamos sobre mí.

—Tu egocentrismo no es mi culpa —alegué divertida.

—Tampoco la mía que tengas una extraordinaria habilidad para evadir el tema cuando se trata de ti —replicó. Pero yo no tenía nada que decir, al menos nada de lo que quisiera hablar. Cualquier fragmento de mi pasado, así como el más mínimo recuerdo que incluyese a Mark, me ponían de mal humor.

Nate me sostuvo la mirada, sonrió comprensivo y me apretó más fuerte entre sus brazos mientras continuábamos el suave balanceo al ritmo de la música.

—Al menos yo admito que estoy celoso —susurró retomando el tema anterior. Haciéndome sentir egoísta. Siempre reclamándole por sus verdades, cuando yo me negaba a contarle las mías. Y él ni siquiera insistía.

—No lo vas a dejar pasar ¿Verdad?

—No —aseguró.

Respiré hondo, y finalmente me rendí.

—Está bien. Sí, me dio celos que estuvieses pasando tanto tiempo con Caroline —admití.

La sonrisa de Nate se amplió.

—Lo sabía.

—¿Por que hacérmelo decir entonces?

—Para que te escuches a ti misma —apuntó apartando el mismo e insistente mechón de cabello que se empeñaba en cubrir parte de mi rostro—. Yo te celo, tú me celas...eso debe significar algo ¿Verdad? —preguntó con un tinte de malicia en la mirada mientras su mano aprovechaba para quedarse en mi rostro acariciando mi mejilla.

«¿Qué insinuaba? ¿Qué pretendía hacerme entender?»

¿Por qué tengo tanto miedo a que lo diga?».

—Cállate. —Le pedí dándome el gusto de abrazarlo con las desquiciantes ganas que me habían tentado al empezar a bailar. Y con el rostro hundido en su cuello, estuve segura de que sonrió mientras acariciaba mi cabello.

Nos movimos al ritmo de la canción hasta que la misma culminó. Y negados en abandonar la pista tan pronto, continuamos bailando agradeciendo que la siguiente canción fuese más movida.

—Gracias por hacerme venir —dije—. Nunca hubiese sabido que vomitaste encima de tu primera cita si no hubiese sido por tu truculenta insistencia —alegué divertida.

Nate sonrió.

—Gracias a ti por apreciar todas mis vergonzosas historias de adolescente.

—De nada. —Y tomando mi mano, me hizo girar provocando que riera.

Nate sabía moverse al ritmo del country, no era un bailarín consagrado, pero lo texano lo llevaba en las venas. Una chica pasó junto a nosotros ofreciéndole un sombrero vaquero, y solo le faltaron las botas para convertirse en una de mis más vividas fantasías. Ahora no dejaba de imaginarlo montado en un toro mecánico, sin camisa, y arreando el mismo como todo un sexy vaquero.

«Maldita cerveza. La tengo subida a la cabeza».

Otra vuelta, y sus manos me reubicaron contra su cuerpo para bailar pegados. Su sonrisa me enardeció de forma involuntaria. Y sintiendo su frente

junto a la mía cerré los ojos dejándome llevar por la agradable y exquisita sensación que generaba su cercanía. La que estalló de forma desmedida en mi pecho cuando sus labios sellaron contra los míos sin previo aviso. Haciéndome detener los pies mientras respondía aquel corto y pausado beso que duró menos de lo que me hubiese gustado.

—Perdóname —pidió con una seriedad que me apretó el corazón—. Perdóname por haber sido un cobarde y un egoísta, por no haber sabido hacer bien las cosas desde un principio, por haber perdido la cabeza dejándome llevar por lo que provocas en mí y haberte arrastrado a una situación tan incómoda y desagradable como esta.

Yo negué con la cabeza mientras el corazón se me aceleraba hasta doler. Llevando mi mano a su rostro en busca de aliviar esa carga que llevaba sobre los hombros.

—No fue solo tu culpa —recalqué—. Yo te di luz verde, ¿Recuerdas?

Nate asintió.

—Sí, pero tú merecías más. —La seguridad con la que hablaba me dejaba sin armas o palabras. Y relamiéndose los labios me apretó fuerte entre sus brazos—. Quiero esto Anne —aseguró con total convicción—. Quiero estar contigo, solo contigo. Solos tú y yo.

Tragué grueso sintiendo el roce de su boca contra la mía mientras hablaba.

—Y te prometo que voy a hacer las cosas bien esta vez. Solo necesito saber si tú quieres lo mismo.

No pude responder. Me congelé asimilando lo que implicaba aquella pregunta, y como una campana salvadora, la música se detuvo de improvisto. Todos los que estábamos en la pista nos giramos hacia el escenario, donde un corpulento y barbudo hombre presentaba a la banda de la noche.

Nos miramos una última vez, y luego de un profundo suspiro, Nate se separó pidiendo mi mano para regresar a la mesa.

No habíamos terminado de tomar asiento cuando Jasper le extendía un micrófono a Nate. Quien negó con la cabeza de inmediato e ignoró el aparato mientras retomaba su cerveza para beber de ella.

—Nate, es mi cumpleaños y no me has regalado nada —alegó Jasper—.

Quiero que cantes.

Nate elevó la mano mostrándole el dedo medio a su amigo.

—Ahí tienes mi regalo, se me olvidó envolverlo —dijo con una forzada y amargada sonrisa luego.

Yo contuve la risa. Amaba ver aquel par fastidiándose la existencia mutuamente.

—Owww tan considerado —musitó Jasper—. Puedes meterte mi regalo por el culo mientras cantas —insistió poniéndole el micrófono en la cara una vez más, obligándolo a soltar la cerveza.

—No le insistas, no lo va a hacer. Nunca lo hace, es un cobarde —aseguró Marcos arrastrando las palabras.

«¿Cuánto más podía emborracharse este hombre?

Ya ni siquiera habla bien. ¿Y cómo Nate y Jasper tenían a un amigo tan desagradable?».

—Hoy lo va a hacer —apuntó Jasper confiado, insistiendo insoportablemente con el micrófono.

—No voy a cantar —impuso Nate apartando el dichoso aparato nuevamente—. Dejen de joderme.

Fue entonces que me di cuenta de que a Nate le había cambiado el ánimo. Estaba malhumorado, y algo me decía que había sido mi silencio ante su pregunta. Por otro lado, corroborar que en efecto no le gustaba cantar en público, pero a mí me cantaba cada vez que podía, me hizo sentir especial.

—¿Ni siquiera por mí? —pregunté quitándole la cerveza antes de que la cogiese. Jugado una carta muy baja.

Nate me miró con acusador semblante y no dijo nada.

—Hazlo por mí —insistí haciéndole puchero, disfrutando de verle entre la espada y la pared.

Visiblemente enojado, Nate respiró hondo sopesando la idea.

—Wow, se lo está pensando, en verdad se lo está pensando —recalcó Jasper sorprendido—. Sí que lo tienes agarrado por las bolas.

—Tú calla —pedí a Jasper apuntándolo amenazadoramente con un dedo. Regresando mi atención a Nate porque no aceptaría un no por respuesta— ¿Qué dices? ¿Lo haces por mí?

Nate sabía que no tenía escapatoria, no dejaría de insistirle. Así que suspiró resignado y le quitó el micrófono a Jasper con pesadez. Estaba nervioso, y aunque lo disfrazaba de obstinación, igualmente lo haría, y lo haría por mí.

Antes de que se marchase, lo detuve tomando su mano libre y lo jalé hacia mí para darle un beso en la mejilla, aquella era mi forma de darle ánimos y agradecerle por el esfuerzo. Aun y cuando sus labios eran mi verdadero anhelo.

Con una tonta sonrisa se marchó hacia el escenario, y le vi saludar a los chicos de la banda con bastante confianza, estos parecían sorprendidos ante el hecho de que estuviese con micrófono en mano. Conversaron por un par de minutos en los que supuse discutían sobre la canción que Nate cantarían. Esperé sin apartar la mirada de él, embelesándome con el atractivo vaquero que me lanzaba miradas de vez en cuando, ese que no se había quitado el sombrero desde la pista de baile, y que me hacía sentir como chiquilla emocionada a la que le dedicarían una canción.

Mientras que, por otro lado, Marcos me tenía a punto de un arranque de histeria. El muy baboso no dejaba de mirarme, y no era el hecho lo que me molestaba, era la asquerosa y para nada disimulada forma en que lo hacía.

«De nuevo. ¿Cómo dos personas como Jasper y Nate podían tener un amigo tan desagradable como Marcos?».

Preguntas como aquella se desvanecieron en el aire cuando la voz de Nate, y las primeras notas de *Thinking outloud* de Ed Sheeran llenaron el recinto. El corazón se me desbocó como loco, Nate no podía estarme haciendo aquello, pero por su victoriosa mirada, supe que lo hacía con toda intención.

Yo le había pedido que cantara, ahora él se vengaba cantando precisamente esa canción, que no solo era de Ed Sheeran, sino que la letra de la misma parecía caerle como anillo al dedo luego de la pregunta que me había hecho en la pista.

—Se que no es Country —admitió al micrófono disculpándose con la clientela—. Pero alguien muy especial necesita escuchar esto.

Su mirada me hizo sentir expuesta. Lo odiaba tanto en ese momento.

Su ronca y suave voz llenó el lugar cuando empezó a cantar, despertando cada fibra de mi cuerpo mientras una nerviosa y agitada sensación me llenaba el pecho haciéndome sentir desmesuradamente feliz. Podía sentir todo mi interior derritiéndose lentamente, y totalmente vencida, quise golpearle por hacerme sentir de aquella forma.

«Nos enamoramos de formas misteriosas...

Nunca una canción había tenido tanta razón».

Él me sonreía y mi sonrisa le respondía en una cómplice respuesta inmediata, entendiendo entonces lo que Nate intentaba decirme esa noche, eso que yo me negaba a escuchar.

Sus azules ojos no se apartaban de mí. Él no estaba cantándole a los presentes aquella noche, o al insistente y peculiar cumpleaños. Me cantaba a mí, solo a mí. Pero la agradable sensación desapareció cuando una pesada, inesperada y masculina mano se posó sobre mi pierna. Había sido Marcos.

Aparté su mano de inmediato reclamándole con la mirada, pero él insistió volviendo a colocarla. Lo empujé y le derramé la cerveza encima. En ese instante me di cuenta de que ya no escuchaba la voz de Nate en el fondo, en su lugar, el eco del micrófono golpeando el piso me alarmó. Quise voltear para saber la razón, pero un fuerte empujón de Marcos me hizo caer de la butaca bruscamente, alertando finalmente a Jasper. Quien no tuvo chance de decirle nada a Marcos, porque Nate ya le estaba cruzando la cara con un puñetazo.

—¡¡No la toques!! —impuso con grave voz mientras me ayudaba a poner de pie.

La clientela del bar, alarmada, se detuvo a observar.

—¡Hey! Cálmense los dos —pidió Jasper poniéndose en medio, tratando de relajar la situación— ¿Qué diablos te pasa hermano? —Le preguntó al abusador de Marcos, quien sonriente se limpiaba sangre de la boca.

—¿Qué diablos me pasa a mí? ¿¡Qué diablos le pasa a este!?! —replicó Marcos señalando a Nate.

—Está borracho, no le presten atención —destaqué yo, pero Nataniel, claramente enfadado, no apartaba la mirada del rubio.

—Tú ya tienes novia, deja algo para los demás —agregó Marcos arrastrando vagamente las palabras—. Además, Anne está como me gustan... rellenas.

La mandíbula de Nataniel se tensó y aunque intenté detener su brazo, no pude. Volvió a atinarle otro golpe a su amigo rompiéndole la nariz esta vez.

—Di una palabra más y te quedas sin dientes —advirtió Nate mientras mantenía el puño cerrado.

No podía ver aquello, no soportaba las peleas, las riñas y los golpes, mucho menos que me estuviesen observando como la otra ahora que el bar entero se había enterado de que Nate tenía una novia que no era yo.

Marcos soltó una fuerte risotada y se compuso nuevamente con el rostro bañado en sangre.

—¿Cómo diablos es que conseguiste a dos mujeres? —preguntó—. O eres más cabrón de lo que aparentas, o una de ellas es más fácil de lo que se ve —agregó mirándome a mí.

Un tercer golpe terminó de tumbar a Marcos al piso.

—¡Suficiente! ¡Me voy! —informé tomando mi bolso y mi chaqueta antes de tomar camino a la salida. No soportaría otro segundo de aquel espectáculo.

El guardia de seguridad me abrió la puerta, pero no pude llegar a ella. Me jalaban por un brazo y me obligaron a caminar hacia uno de los pasillos que daban a los baños del local. Mi espalda chocó con la pared y los azules ojos de Nate se encontraron con los míos mientras su cuerpo se imponía sobre el mío en aquel angosto espacio.

—Déjame ir. —Pedí empujándolo, pero él se negó apoyándose de la pared para apresarme.

—No —respondió sin más.

—Nate...

Lo vi respirar hondo como quien buscaba bajar la calentura, y negó con la cabeza.

—No puedo —dijo— No puedo dejarte ir, no esta noche —impuso—. Y no me importa cuánto patalees, cuanto chilles o me insultes, esta noche no vas a salir huyendo.

No supe qué decir. Nate parecía ofuscado, incluso desesperado porque no me fuese.

—Sé que perdí la cabeza —admitió—. Perdóname —pidió visiblemente avergonzado.

—No me gustan tus celos. —Deje bien en claro.

—No eran celos —aclaró el de inmediato mientras se quitaba el sombrero—. Te agredió —destacó—. Y no me importa si no te gusta que te defiendan Anne, te agredió y no se lo iba a pasar por alto.

No pude refutarle. Se había comportado como un demente, pero lo había hecho por protegerme. Y sintiéndome indescriptiblemente valiosa para él, baje la guardia.

—Estoy bien —asegure recibiendo su mano en mi rostro mientras sus ojitos se llenaban de preocupación.

—¿Segura? —pregunto acariciando mi mejilla—. Las butacas son altas, te vi caer y... —Se relamió los labios mientras calmaba sus emociones—. No sé que haría si te llega a pasar algo bonita.

Sus palabras me apretaron el pecho cortándome el aire una vez más.

«¿Tanto le importaba?».

Acaricié su rostro en la necesidad de consolarle.

—Estoy bien, estoy bien —insistí juntando nuestras frentes. Sintiendo aquella palpitante y cálida emoción que solo él generaba dentro de mí, crecer con tal brusquedad, que me ahogaba.

Se apartó lo necesario para darme mi espacio, por muy poco que este fuese en aquel angosto pasillo.

—¿Vamos a seguir evitándolo? —La pregunta me tomó desprevenida y el aire me faltó más de lo que pude disimular— ¿Vamos a seguir reprimiendo lo que está pasando entre nosotros?

—No hay na...

—Ni tú te crees eso —interrumpió mirándome fijamente.

Tragué grueso, no podía objetar cuando tenía razón.

—No importa si yo me lo creo o no, Nate —apunté—. ¿No lo ves? ¿No te das cuenta? Este absurdo capricho se está saliendo de control.

—¿Absurdo capricho? —preguntó visiblemente ofendido, tanto que el semblante en su rostro cambió— ¿Eso es lo que es esto es para ti? ¿Un maldito capricho? —inquirió subiendo el tono voz. Y por su forma de apretar el sombrero que aún llevaba en mano, supe que le habían dolido mis palabras.

—¡Capricho una mierda! —exclamó enojado, apartándose mientras parecía estar batallando con sus ganas de golpear algo. Ahora estaba realmente cabreado—. Acabo de decirte que quiero estar contigo Anne, que voy a arreglar las cosas porque quiero estar contigo —reiteró—. ¡Porque me enamoré de ti! —confesó elevando mucho más la voz, dejándome helada y sin armas con las que protegerme ante aquella verdad.

Petrificada, mantuve el silencio, ese que pareció empujarlo hasta mí como a un imán urgido por respuesta.

—Todo lo que necesito saber es si tú sientes lo mismo —insistió buscando la contestación en mis ojos— ¿Lo sientes?

Pero no pude responder, ni siquiera podía sostenerle la mirada sin sentir que me estallaría el corazón en ese preciso momento. La presión era más de la que podía soportar.

—¿Por qué es tan difícil darme una respuesta, Anne? ¿A qué le temes? —preguntó obligándome a subir la mirada con un sutil roce de sus dedos en mi barbilla, bajando la voz y con ella su anterior reacción.

—A decirlo en voz alta porque no habrá vuelta atrás —expliqué sacando aquello finalmente de mi sistema, mientras los ojos se me calentaban al borde del llanto—. Si lo admito no podré arrancarte de mi cabeza, o de mi corazón, y te querré solo para mí. Me volveré loca y seré capaz de lo que sea solo por estar contigo —confesé sintiendo una traicionera lagrима caer por mi rostro.

—¿Y cuál es el problema con eso bonita? —inquirió limpiando mi mejilla con su pulgar.

—Tú sabes muy bien cuál es el problema —apunté.

Nate negó con la cabeza.

—No, no lo sé —aseguró—. Y no es Caroline porque prometí que solucionaría ese problema.

No supe que decir, y sintiéndome acorralada, bajé la mirada una vez más.

—¿Cuál es el verdadero problema Anne? —insistió Nate haciéndome elevar el rostro nuevamente con una suave caricia— Dime la verdad.

Respiré hondo, le sostuve la mirada, y perdiéndome en aquel inmenso y transparente azul lleno del más puro amor, me obligué a responder.

—Tengo miedo —admití sintiendo otra lágrima florecer—. Porque yo también me enamoré de ti Nate —confesé viéndolo suspirar aliviado mientras contenía la sonrisa—. Y nunca había sentido algo...tan fuerte —expliqué—. Tengo miedo de que todo salga mal y me destruya con la misma fuerza.

Nate me observó en silencio por varios segundos, y finalmente me sonrió.

—Bonita, yo también tengo miedo —admitió—. ¡Estoy aterrado! —recalcó con exagerado dramatismo, haciéndome sonreír—. Pero es precisamente por eso *que sé* que este sentimiento merece una oportunidad. Una verdadera oportunidad.

Si con verdadera se refería a una en la que no existiesen terceros y pudiésemos tener una relación real con todas sus implicaciones, podía contar conmigo. Porque yo deseaba lo mismo.

—Y me gustaría decirte que todo va a ser perfecto y que nada malo va a pasar —dijo—. Pero no puedo asegurarte algo que yo mismo desconozco —apuntó con la más pura sinceridad brillando en sus ojos—. Lo que sí puedo asegurarte es que voy a poner todo de mi parte porque así sea. Así que... ¿Qué dices? —insistió—. ¿Nos arriesgamos? ¿Nos damos esa oportu... —Lo interrumpí comiéndome su boca con un impulsivo beso. Uno que duró lo necesario para calentarme la piel y acelerarme las pulsaciones mientras el reprimido sentimiento dentro de mi pecho estallaba libre y sin control.

—Eso fue un sí —aclaré contra sus labios mientras lo escuchaba jadear con satisfactorio alivio, sintiendo su mano apretar mi cuello para jalarme hacia él y prolongar aquel delicioso atrevimiento en el que nos besábamos tan acarameladamente.

Cada mordisco resultaba más divino que el anterior, y mientras sus labios saboreaban los míos, su lengua me enseñaba ritmos que, nuevos para mí, me hacían estremecer contra la pared de aquel pasillo. Su única mano libre me sostuvo junto a su cuerpo, mientras mis brazos le rodearon fundiéndome contra su boca. Y absortos en aquella deliciosa redención, nos sumergíamos cada vez más en aquel beso.

—¿Quieres quedarte? —Me preguntó.

Yo negué de inmediato con la cabeza, no tenía ni que pensarlo.

—Esa es mi chica —musitó sonriente, colocándose el sombrero con atractiva propiedad antes de guiñarme un ojo—. Vámonos.

Y tomando mi mano salimos del bar en busca de la camioneta, con el corazón rebosando en excitación, y adueñándonos de las calles de Nueva York una vez más aquella noche.

UN PASEO PARA RECORDAR

CAPÍTULO 11

NATANIEL

Luego de haber perdido otros diez minutos en tráfico, dejar la camioneta aparcada en un estacionamiento público había sido la mejor idea que Anne pudo tener aquella noche. Después de todo, el estudio no quedaba lejos.

—¿Crees que Jasper se moleste? —Me preguntó apretando mi mano mientras caminábamos juntos.

—Nah, Jasper no se enrolla con nada. —Le dije—. En todos los años que llevamos siendo amigos, nunca lo he visto cabreado.

—¿Ni una sola vez?

—Ni una sola vez —aseguré—. Es el tipo más despreocupado que conozco.

—Ser así debe ser maravilloso. Cero complicaciones, pura felicidad.

—No sé si feliz, pero es de familia adinerada, es un maldito genio, las mujeres le llueven encima por alguna inexplicable razón, y trabaja como profesor en la Universidad de Columbia.

Anne pareció sorprendida.

—Wow. Nunca lo hubiese imaginado como profesor de una universidad tan prestigiosa —comentó—. ¿Y que camisa usa para dar clases? ¿La de Flash?

Su maliciosa pregunta me supo robar la sonrisa.

—No, la de Bob esponja.

—Obviamente —alegó ella con total sarcasmo—. Un personaje de la DC es muy serio para Jasper.

—Aunque cueste creerlo. Dentro de toda su ambigua e inusual

personalidad, Jasper no es fanático de los superhéroes o los comics. Lo de él son las caricaturas extrañas o los personajes adorables de Disney.

—Bueno, si lo piensas en frío, suenan más a él —opinó—. Parte adorable, parte *¿Que demonios?*

Reí y asentí estando de acuerdo.

—Sí, ese es Jasper —corroboré—. Ahora... ¿Cómo sabes que Flash pertenece a la DC? —pregunté intrigado. Por lo general las mujeres confundían las franquicias, o no las conocían en lo absoluto.

Ella me miró ofendida.

—¿Qué? ¿Una chica no puede conocer a sus superhéroes?

Sintiéndome abofeteado, me tragué el comentario y asentí con la cabeza.

—Sí, sí puede —dije—. Y creo que me gustas más por eso.

—Jumm —musitó ella—. Más te vale.

Sonreí y apreté su mano para jalarla hacia mí y besar su frente.

—¿Dónde lo conseguiste? —La repentina pregunta me dejó perdido.

—¿A quién? ¿A Jasper?

—Sí.

Suspiré viajando muy atrás en mis recuerdos.

—¿Me creerías si te digo que él me consiguió a mí?

—No. Me dijiste que tú y tus hermanos eran muy unidos porque tus padres los obligaban a estar juntos todo el tiempo. ¿Cómo hiciste otros amigos? ¿Cómo sucedió...Jasper?

—¿Quieres la historia larga o la corta?

Anne soltó mi mano para caminar de espaldas viéndome de frente.

—La larga —respondió emocionada.

Respiré hondo y organicé mis ideas mientras metía las manos en los bolsillos de mi pantalón.

—Era un soleado verano... —empecé, viéndola sonreír divertida por el

dramatismo que aplicaba en mi voz—. Y el pequeño... ¿Cómo lo llamamos?

Me miró con malicia.

—¿Steve Rogers?

«¿Por qué no me extraña que lo use en mi contra?».

La escuché contener la risa y yo asentí aceptando el nombre.

—Bien. El pequeño Steve tenía seis años y había peleado con sus hermanos por una barra de chocolate. Se la había comido entera cuando se suponía debía compartir, así que sus hermanos lo lanzaron al río y salieron corriendo dispuestos a contarle a su madre.

—¿Su madre era la de los regaños? —preguntó ella mientras yo la jalaba por un brazo para que esquivase a una elegante señora que venía en contra. Anne me miró avergonzada y se enderezó para caminar a mi lado nuevamente.

—Sí, su madre era la de los castigos —afirmé—. Su padre era el de los sermones.

—¿Y que paso con el pequeño capitán? ¿Se ahogo? ¿Sabía nadar?

—No, no sabía nadar —corroboré—. Pero un niño bastante extraño y de cabello rizado lo sacó del agua.

—¿Pequeño CatDog? —preguntó sacándome una resollada risa por sus ocurrencias.

—Exactamente —confirmé—. Pequeño CatDog sacó al pequeño Capitán América del agua y...—No pude resistirlo, aquello había sonado más absurdo de lo que podía soportar— y debería ganarme algún premio a la creatividad por hacer el cruce más aberrado de la historia.

Anne rio y golpeó mi hombro.

—Continúa.

Yo me tragué la risa, respiré hondo y seguí.

—Lo sacó del agua y le dijo que, si fuese tan bueno nadando como lo era ahogándose, no tendría problemas.

—Sí, eso suena a él —comentó ella— ¿Qué paso luego? ¿Se hicieron amigos para siempre? —inquirió retomando mi mano, acurrucándose contra mi

cuerpo como si buscara mi calor. Yo la recibí entrelazando nuestros dedos a gusto. Llevarla de la mano, así como aquella noche en la playa, me ponía estúpidamente contento

—No, no fue tan rápido —respondí mientras cruzábamos la calle.

—¿Por qué? —Amaba su genuino interés.

—Porque los padres del pequeño CatDog no estaban de acuerdo en que su hijo se juntara con un niño de otra clase —expliqué—. De hecho, el día del rescate, lo alejaron del Capitán como si este tuviese algún tipo de enfermedad contagiosa —recordé.

—Vaya. Un par de capullos los padres del pequeño CatDog.

Suspiré y asentí.

—Sí, lo eran —aseguré—. Pero para suerte de Steve no siempre fueron así. Ambos niños insistieron en ser amigos y continuaron encontrándose en el río todos los domingos para jugar. Hasta que, cumplidos los diez años, la familia del pequeño CatDog no tuvo otra opción que aceptarlo. —Los recuerdos de aquella época estaban frescos como si hubiese sido ayer—. Hoy en día tratan al pequeño Steve como un segundo hijo, e incluso le ruegan que intente persuadir al pequeño CatDog de ser tan peculiar...pero a él le gusta su amigo tal y como es.

—Y eso es admirable —recalcó ella—. Después de todo es el pequeño Capitán América, el niño más correcto y bonachón del mundo

Contuve la sonrisa consiente de que se estaba burlando de mí.

—Sigue, sigue usándolo en mí contra y algún día me encontrarás a tu cama usando solo su escudo.

Anne abrió los ojos aparentemente emocionada con la idea.

—¡Por favor hazlo! —rogó mientras yo soltaba la carcajada.

«Adoro a esta mujer».

Luego de discutir por varios minutos sobre cómo me vería usando mallas azules, Anne me arrastró hacia el parque al otro lado de la avenida. Y aún tomados de la mano, emprendimos el paseo por una amplia caminería rodeada de árboles, altos faroles y bancos de madera.

—Algo me dice que intentas retardar la llega al Estudio —dije.

—¿Yo? —preguntó ella fingiendo inocencia.

—Sí —afirmé—. Tú. Creo que tienes miedo a lo que pueda pasar cuando lleguemos —recalqué mirándole divertido.

Ella sonrió traviesa.

—Tal vez —dijo—. O tal vez solo alimento la anticipación a lo que *pueda* pasar cuando lleguemos —alegó soltándose de mí y adelantando el paso hacia la fuente que se erguía frente a nosotros, donde un par de viejitos disfrutaban de la noche desde uno de los bancos aledaños.

*«La muy lista está haciéndome desear más
el momento. ¿Cómo no volverme loco por ella?».*

La vi detenerse frente a la fuente, y sin prisa me coloqué por detrás.

—¿Y estás dispuesta a enfrentar las consecuencias de alimentar mis ganas?
—Le pregunté al oído, viendo la piel de su cuello erizarse.

—Supongo que lo sabremos cuando lleguemos —respondió coqueta, hermosa...tan bonita.

Con mi mano en su cintura la hice girar hacia mí. La mantuve cerca emborrachándome con su femenino aroma, y mientras detallaba su precioso rostro, me regaló una sonrisa.

—¿Sabes qué me provoca cada vez que sonríes así?

—¿Qué? —preguntó mordiéndose los labios. Generándome un jodido corrientazo por toda la columna con aquel gesto. Me descontrolaba cuando se ponía traviesa.

—Me provoca comerte a besos —Le dije.

Ella sonrió nuevamente.

—¿Y que te detiene? —Su clara propuesta ocasionó que le apretase mucho más contra mi cuerpo, haciéndome con sus carnosos labios cuando estuvieron cerca. La suavidad de los mismos seguía pareciéndome surreal, y la genuina entrega con la que me respondía, mi perdición. Aun así, me detuve.

—¿Por qué paras? —preguntó en un susurro.

—No lo sé, tal vez lo averigües cuando lleguemos al estudio —alegué usando el mismo juego.

Sus manos me dieron un suave golpe en el pecho y yo la apreté entre mis brazos para besarla de nuevo antes de que dijera nada. Gozando de su boca el tiempo que me lo permitió, porque empujándome lejos de ella, se apartó con una traviesa sonrisita en los labios; se subió al borde de la fuente con un brinco, y se giró hacia mí apoyando sus manos en mis hombros.

—¿Tienes alguna otra historia para mí hoy? —preguntó jugando con el cuello de mi chaqueta.

Yo negué con la cabeza.

—No. Pero se de alguien que tiene una muy buena historia que contar —dije viendo la curiosidad brillar en sus ojos.

—¿Sí? ¿Quién? —Sonaba intrigada.

—Tú —respondí sin más, y la sonrisa en su rostro desapareció. Respiró hondo, e incluso apartó sus manos de mis hombros.

—Si no quieres contarme nada de ti, no lo hagas, Anne. No es una obligación —recalqué de inmediato—. Pero sí me gust... —Sus dedos sobre mis labios me hicieron callar, y por un momento el silencio reinó entre nosotros mientras le sostenía la mirada. Podía verlo en sus azules ojos, se sentía incómoda y expuesta.

—Tienes razón —dijo finalmente—. No es una obligación —reiteró—. Pero tú te has abierto a mí a pesar de lo difícil que te resulta. Claro, yo he sido un insistente dolor en el culo indagando en tu vida, pero el punto es que has confiado en mí, me has dejado conocer parte de tu pasado, y lo justo es que yo haga lo mismo.

Sonreí, besé sus dedos y tomé su mano para apartarla de mi boca.

—Es verdad que quiero saber más de ti, pero también es verdad que no quiero presionarte —aclaré—. Tampoco quiero que lo hagas por que sientes que me lo debes —apunté—. Quiero que lo hagas por que quieres compartir tu historia conmigo.

Anne sonrió y asintió.

—Y quiero hacerlo —aseguró.

Le sostuve la mirada buscando alguna chispa de duda, pero no la encontré.

—Ok —dije regresando su mano a mi hombro—. Pero la próxima vez que quieras hacerme callar, tu boca podría ser más efectiva —dije—. Solo un pequeño consejo.

El eco de su risa me ensanchó el pecho haciéndome sentir grande. Sus manos tomaron mi rostro, y un corto pero dulce beso de sus labios me hizo sonreír mientras me saboreaba.

—Bien, soy todo oídos —dije.

Anne se apartó, y sin dar indicaciones, empezó a caminar por el borde de la fuente. Yo me limité a seguirla.

—¿Alguna vez te dije que solía ser bastante gorda? —preguntó.

—No.

—Bien, lo era —reiteró—. Por ahí por mis quince solía tener la autoestima muy baja. Mis padres me exigían que fuese como Caroline: más femenina, más educada, más refinada. Decían que no ponía esfuerzo alguno en verme bien y me obligaban a usar la misma ropa que usaba mi hermana. Pero yo no entraba en esos vestidos de moda que solía usar Caroline —contó—. Cuando lo hacía parecía un cerdito mal envuelto para navidad, o eso decía mi madre.

—¿Te trataban mal por ser gorda? —pregunté indignado y con la impotencia atorada en la garganta. No toleraba a las personas que disfrutaban humillando a los demás. Mucho menos cuando estos eran la propia familia.

Anne pifió con divertida amargura.

—Me insultaban por todo, si hablaba, si no hablaba, si opinaba, si no lo hacía. Incluso mi respiración solía molestarles durante la cena —aclaró como si el recuerdo le resultase absurdo—. Y de la misma forma en que ellos no me apreciaban o respetaban, tampoco lo hacía yo conmigo misma. Me enseñaron que yo no era importante.

Luego de una forzada sonrisa, Anne trastabilló; y tomando su mano justo a tiempo, la ayudé a recuperar el equilibrio sirviéndole de soporte mientras continuábamos la caminata alrededor de la fuente.

—No fue tu culpa creer o sentir algo así. Fuiste víctima de su maltrato.

Ella asintió.

—Lo sé. A los dieciocho decidí ir al psicólogo. Obviamente a escondida de mis padres, pero solo entonces empecé a entender y superar.

Mi admiración por Anne creció en ese instante.

«Pedir ayuda requería de mucha valentía.

Si lo sabía yo».

—Con el tiempo también comprendí que mi verdadero yo no era el que veía en el espejo, que mi físico era circunstancial y que podía cambiarlo si lo deseaba y me lo proponía. Mi verdadero yo iba a verse reflejado en mis acciones, mis sentimientos, mis pensamientos y mis decisiones.

—Muy cierto —comenté sujetando fuerte su mano al sentirla tambalearse una vez más.

—Así que decidí que bajaría de peso hasta sentirme cómoda y saludable dentro de mi propia piel. No me obsesionaría con verme como Caroline o como las modelos de pasarela, a fin de cuenta, el 80% de lo que vemos en los medios es mentira.

Y no podía haber más verdad en sus palabras.

—Ni que lo digas. No hay una sola foto que tome en la revista que no pase por Photoshop para retoque.

—Lo más triste es que el mundo entero se ha convertido en un gigantesco programa de retoque capaz de alterar la realidad —apuntó ella deteniéndose a pensar en ello—. Filtros, programas para agregar efectos, aplicaciones especializadas en que todo luzca bonito. Y lo peor de todo es la enfermiza moda de mostrar una falsa felicidad en las redes sociales.

—El arte de aparentar que todo es perfecto —comenté estando totalmente de acuerdo.

—¡Exacto! Y las jóvenes crecen mortificadas porque que sus vidas, o sus físicos, no lucen como los de ciertas “celebridades” en el internet. Si pudieran darse cuenta de que están perdiendo el tiempo persiguiendo una mentira.

—Nadie publica la basura que llevan a costas, o los problemas por los

que están pasando. Nada de eso vende.

—¡Exactamente! —exclamó, perdiendo el equilibrio una vez más debido a la emoción. La sostuvo a tiempo y el silencio se hizo nuevamente mientras nos mirábamos a los ojos.

—Me desvié del tema ¿Verdad? —preguntó.

—Sí, lo hiciste —respondí regalándole una sonrisa. Amaba su genuinidad.

—¿Dónde me quede? —inquirió mirando hacia la nada pensativa— ¡Ah, sí!, en mi decisión por bajar de peso —recordó—. Lo hice por mí. Gracias a la ayuda de mi psicólogo había aprendido a quererme y a apreciar quien era, pero aún no me gustaba lo que veía en el espejo. Quería verme mejor, sentirme mejor, y no valía la pena truncarme el futuro con una enfermedad causada por la obesidad —explicó retomando la caminata alrededor de la fuente—. Con los años me olvidé de aquel desagradable sentimiento y muchas cosas dejaron de importarme —contó—. El dinero dejó de importarme, lo que no llenaba mi espíritu dejó de importarme, incluso lo que opinaban o criticaban los demás dejó de importarme —agregó—. Finalmente me sentía cómoda conmigo misma, y eso era suficiente.

—Lo es para mí —comenté guiñándole un ojo mientras le daba una suave nalgada. Sus curvas me resultaban sencillamente perfectas.

Anne rio avergonzada y me lanzó una acusadora mirada que ignoré continuando con el tema.

—Lo que no entiendo —dije—. Es por qué aun y cuando muchas cosas ya no te importaban, estudiaste leyes en vez de dedicarte a la fotografía.

Anne suspiró, la sonrisa se le borró del rostro y se detuvo una vez más soltando mi mano. Evitaba mis ojos, estaba incómoda nuevamente. Se sentía expuesta y podía comprenderlo.

—Lo único que seguía importándome —dijo, y contuvo la risa amarga como si un pensamiento interno le hubiese asaltado—, *lo que sigue importándome* —corrigió—. Es lo que piensen mis padres. Por eso estudié Leyes —admitió—. Sus insultos ya no me afectan, sus desprecios no me importan, pero...no lo sé. Algo dentro mí se aferra a la necesidad de que mis propios padres me acepten. Así que quise complacerlos, quise adentrarme a su mundo con la esperanza de que haciendo lo que ellos deseaban, me tratarían

diferente.

Bajó la mirada mientras intentaba arrancar un chicle viejo del borde de la fuente con la punta de su botín.

—Pero supongo recuerdas como terminó mi fiesta de graduación —agregó forzando la sonrisa al elevar el rostro.

Yo asentí de inmediato.

—¡Oh sí!—aseguré travieso, logrando que ella sonriera.

—No lo digo por eso, idiota —replicó sonrojada, dándome un empujón.

—Lo sé —afirmé sin perder el equilibrio—. Pero igualmente tengo mucho que agradecer a tus padres —apunté recibiendo una confundida expresión de su rostro—. Si no hubiese sido por ese par de imbéciles, y lo digo con todo respeto, no me hubiese ido a casa con el mejor sabor del mundo en la boca.

Logré robarle otra sonrisa.

—Que cursi sonó eso —alegó.

Yo asentí dándole la razón.

—Lo sé, pero te gusta, —Y jalándola por su chaqueta la hice inclinarse hacia mí para besarla. Despacio y sin prisa, tomándome el tiempo para saborear su carnosa boquita.

«¡Joder! Como me gusta besarla».

—Como dije, el mejor sabor del mundo —corroboré provocando que Anne riera y me diese otro empujón menos fuerte que el anterior por que la tenía atrapada entre mis brazos.

—Hablo en serio —dijo con un repentino desanimo.

—Yo también —sostuve poniéndome serio—. Anne, crecer es doloroso, cambiar es doloroso, quedarse estancado en un lugar al que no perteneces es asqueroso —recaqué—. Pero no hay nada más doloroso que esperar la aprobación de los demás para ser feliz.

Sus azules ojos me miraban fijamente, me estaba escuchando.

—No necesitas la aprobación de tus padres, o la de Caroline, o la mía —continué—. Eres maravillosa —dije ansiando que, en mis palabras, ella

pudiese percibir todo el cariño y la admiración con el que se lo decía—. Si pudieras verte como yo te veo, te enamorarías de ti misma...y eso sería muy narcisista.

Logré hacerla reír una vez más y me sentí grande al ver una sonrisa en su desanimado rostro.

—Igual deberías intentarlo. —Le aconsejé—. Esto de estar enamorado de ti es, hasta ahora, lo más agradable, desorbitante, divertido, inexplicable y bonito que me ha pasado —aseguré viéndola sonrojar—. Te aseguro que no te vas a arrepentir.

Su risa me daba vida, y cuando sus manos tomaron mi rostro para besarme, le respondí con el mismo disfrute.

«Podría acostumbrarme a esto de besarnos cuando y cuanto se nos antojase».

—Tonto —susurró acariciando mi rostro.

—Tú me pones tonto —dije consiguiendo otra sonrisa y otro beso.

«Joder que ganas de llegar al estudio».

—¿Me creerías si te digo que eres el segundo hombre en mi vida? —Su repentina confesión me tomó por sorpresa y fuera de base.

—¿En serio? —Ella asintió llevando sus manos nuevamente a mis hombros—. Wow... ¿Y cómo alguien como tú no ha tenido más parejas?

«Sí. Estaba insinuando que eso éramos».

—Yo no estaba al pendiente de tenerlas —explicó—. Recuerda que estaba enfocada en satisfacer a mis padres, y nunca presté atención a si le gustaba o no a los chicos. También estaba lo de mi autoestima y todo eso.

Comprendía perfectamente.

—Bien, si yo te hubiese conocido en ese entonces, me hubieses denunciado por acoso —alegué robándole otra de sus hermosas risas—. En serio, me hubiese encantado conocer esas curvas —confesé apretándole las nalgas.

—¡Nate! —exclamó sonrojada, moviéndose para que dejase de toquetearla ahí en plena fuente.

Reí y la solté quedándome quieto cuando una duda me atacó.

—Espera, ¿Debería sentirme halagado de ser tu segundo hombre?

Ella asintió con marcada energía.

—¡Oh sí!—aseguró—. El primero fue un completo cretino que espero se esté pudriendo en la última paila del infierno.

Abrí los ojos de par en par.

—Wow. Eso es amor puro e idealizado —dije.

—Estuvo muy lejos de ser amor —aclaró ella—. Mark resultó ser un patán digno de que le partieran el alma como se la partiste a Marcos hace una hora.

—Solo tienes que darme su dirección y...

—¡Nate! —Me interrumpió con reclamo.

—¿Qué? Solo pensaba llevarle una pizza sorpresa a su casa —alegué forzando el tono inocente—. Y luego hacérsela tragar de un golpe, pero más nada.

Anne contuvo la risa mientras me miraba de forma represiva.

—No vale la pena, ya es parte de mi pasado —aseguró.

—¿Quieres contarme? —pregunté dispuesto a escuchar.

Ella se lo pensó y tomando mi mano retomó la caminata alrededor de la fuente una vez más.

—Lo conocí en la universidad —contó—. También estudiaba leyes. Y aunque no era mi tipo, supo conquistarme —recalcó—. Parecía ser un chico simpático, dulce, y hasta divertido.

—¿Y que paso cuando dieron las doce y se rompió la calabaza? —quise saber logrando que sonriera. Podía darme cuenta de lo difícil que le resultaba hablar sobre aquel hombre. Y mi mejor arma para hacerla sentir más a gusto, era hacerla reír. Que se tomase el tema con diversión y no con tristeza. No me gustaba verla triste.

—Me golpeó —dijo consiguiendo que detuviese mis pies de inmediato—. Eso fue lo que pasó —reiteró frente a mí mientras los insultos se me arremolinaban en la garganta imposibles de pronunciar. La sola idea me había

noqueado llenándome de una inesperada y ardorosa impotencia. Ayudándome a comprender el desprecio que tenía Anne por las discusiones, los gritos y los golpes. Les tenía miedo.

—Lo hizo solo un par de veces —alegó Anne.

—Eso no lo hace mejor —recalqué sin que me pareciese un chiste.

—Lo sé —aseguró ella de inmediato—. Y fue eso lo que me hizo darme cuenta de que estaba en una relación toxica —explicó.

Respiré hondo controlando las ganas de mandar al tal Mark, a la misma clínica donde Marcos debía estar escupiendo sangre ahora mismo.

—Empezó criticando mis trabajos, luego mis opiniones, mis gustos e incluso la ropa que usaba —contó—. Solía decirme que alguien tan grande como yo no podía usar cualquier tipo de ropa porque me vería vulgar, y él no quería que hablasen de él porque salía con una cualquiera.

Mis ojos no pudieron abrirse más ante aquello. Ese pelmazo merecía que le pasaran un camión de mierda por encima y le cortaran las bolas para hacérselas tragar.

«¿Cómo se había atrevido a decirle algo así a mi bonita?

¿Cómo podía existir ser humano alguno

que quisiera lastimar a alguien como ella?».

—Empezó a hacerme sentir...menos —continuó esquivando mi mirada—. Como si yo fuese tan poco que no valía la pena un buen pensamiento. Me hacía sentir invisible e incluso desagradable. —La escuchaba, y hacía lo posible por controlar la frustración—. Ahí fue cuando me di cuenta de que estaba cayendo en lo mismo de mi adolescencia. La misma sensación, la misma depresión. Eso y un último golpe que me dejó un enorme morado en la cara por meses.

—¿Lo denunciaste?

Ella asintió.

—Lo intenté.

—¿Lo intentaste? —No comprendía y sentía que me daría un jodido infarto de impotencia.

—Mis padres se encargaron de anular la denuncia como buenos abogados

con conexiones que son —explicó dejándome anonadado la clase de cabrones que tenía Anne por padres—. Alegaron que eran inventos, que mis desórdenes mentales me habían hecho ver cosas que no pasaron. Que no podía arruinar el brillante futuro de alguien como Mark por una tontería.

Tuve que dar un paso atrás para tomar aire. No podía digerir tanto.

—¿Y aun así querías complacer a tus padres continuando con la carrera? —pregunté sin medir mi tono de voz.

Anne bajo la mirada y asintió sumamente avergonzada.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Es patético.

Cerré los ojos maldiciéndome, le había hablado con reproche. Y sintiéndome como un imbécil, me acerqué a ella haciéndola regresar su mirada sobre mí.

—Yo sé perfectamente bien lo que se siente cuando crees que tus padres no te quieren, porque solo les importa que dejes en alto su apellido —destaqué—. Nadie entiende eso mejor que yo Anne. ¡Y sí! Ambos hemos sido un par de cobardes y débiles para mandar al diablo a nuestra propia sangre. Pero patéticos jamás ¿Me oíste?

Ella no respondió.

—¿Me oíste Anne? —insistí recibiendo un afirmativo movimiento de cabeza—. Patético el cabrón ese que no sabe de la ricura de mujer que se perdió —impuse—. Y patéticos tus padres por haber desperdiciado años de la maravillosa persona que eres muy a pesar de su basura. Les quedaste muy grande bonita.

Anne me miraba sin decir nada, con una pequeña sonrisa en los labios.

—No somos lo que nos sucede, y mucho menos lo que otros piensen de nosotros —agregué acercándome más a ella mientras sus manos tocaban mi rostro y sus dedos acariciaban mi creciente barba—. Somos lo que somos, en la exacta y perfecta medida que debemos serlo.

Su sonrisa se agrandó y mi pecho se ensanchó en respuesta.

—Y tú para mi eres ENORME —recalqué, haciendo énfasis en ello—. Así como el sol, la luna, el cielo, el aire que respiro...y sé que estoy sonando asquerosamente cursi de nuevo, pero no sé de que otra forma explicarte que

tan grande, valiosa o importante eres para mí Annie. —Vi sus ojos llenarse de lágrimas una vez más aquella noche—. Pero lo eres —reiteré viendo una lagrimita caer finalmente por su mejilla para perderse en su hermosa sonrisa—. No llores ¿Por qué lloras bonita?

Anne sonrió.

—Porque me haces feliz —dijo haciendo que una sofocante sensación llena de adrenalina me estallase en el pecho, desbocándose el corazón como si miles de caballos de fuerza estuviesen dándole vida.

—¿En serio? —pregunté queriendo estar seguro. Ella asintió una vez más.

—Contigo siento que todo es...imperfectamente perfecto —dijo riendo por lo absurdo que sonaba aquello—. Y que sin importar lo que pase, todo va a salir bien porque tú vas a estar conmigo.

Asentí confirmando aquello.

—Así es bonita. No existe otro lugar donde quiera estar, que contigo —dije—. Excepto por el estudio ahora mismo —agregué escuchándola reír, sintiendo un suave golpe en mi hombro antes de que sus manos me jalasen por el cuello de la chaqueta para besarme. La dulzura de sus labios fue el ingrediente final en aquel mar de agitadas emociones. Mi cuerpo ardía de ganas por ella.

Anne se separó luego de una buena pero corta sesión de besos, y me sonrió.

—Deberías darte un baño en la fuente a ver si se te baja la calentura y dejas de pensar en el estudio —dijo.

Yo la miré sorprendido por su hiriente y burlón comentario.

—¿Ah sí? Tal vez deberías dártelo tú por provocarme —repliqué—. Es más, podría obligarte —advertí mirándole con malicia mientras le daba un suave empujón que le hizo perder el equilibrio.

—¡Nate! —exclamó aferrándose a mí— ¿Estás loco?

—Un poco. —Volví a darle otro empujón, viéndola asustarse.

—No te atreverías. —Me retó, terminando de activar a mi demonio interior.

—¿Segura?

—Sí. No te...—No la deje terminar. La empujé más fuerte y cayó directo en la fuente.

Me eché para atrás para evitar el salpicón, y la vi salir del agua empapada. Una vez sentada en el fondo y con el agua por los hombros, me lanzó una fulminante mirada

—¡Serás cabrón! —exclamó haciéndome soltar la carcajada—. ¡Sácame de aquí! —exigió estirando su mano para que la ayudase.

—¿Qué pasa si no lo hago? —pregunté divirtiéndome un mundo.

—No hay estudio esta noche —amenazó.

Fingí sorpresa y ofensa a la vez.

—Tramposa. —Le dije acercándome a tomar su mano para ayudarla. Pero la muy lista me jaló para meterme a la fuente con ella. Ahora eran sus risas las que llenaban el parque mientras yo me limpiaba el agua del rostro. Y cediendo ante el impulso que generaba en mí su divina y hermosa risa, la tomé por el cuello para hacerme con su boca. Le besé con tantas ganas, que incluso a mí se me cortó la respiración. Toqueteé su lengua con la mía, y le mordí escuchándola suspirar. Mi bonita era una jodida belleza, y era toda mía. Finalmente, toda mía.

Deje de besarla cuando los viejecitos del banco empezaron a aplaudir. Elevé la mirada y los vi felicitándome. Nosotros echamos a reír.

—Será mejor que nos vayamos —propuso ella.

—Sí, antes de que quieran unirse a la diversión —apunté poniéndome de pie para ayudarla a levantar mientras sus risas no cesaban. Y saliendo finalmente de la fuente, retomamos el camino. Aún nos quedaba una cuadra entera hasta el estudio.

Empapados y temblando de frío nos acercábamos finalmente al edificio, cuando Anne se detuvo en la floristería de la esquina para comprar una rosa. Y aunque tuve intenciones de preguntar para qué la quería, su sonrisa traviesa y llena de emoción mientras me arrastraba corriendo hacia el edificio, me dejó en claro que pronto lo averiguaría.

Entramos chorreando agua mientras las risas de Anne hacían eco en el

lobby, y sin darme tiempo a cerrar la puerta detrás de nosotros, me jaló una vez más para apresurarnos en subir. Conteniendo la risa, y ansioso por descubrir que tramaba, la seguí llegando al primer piso, donde me detuve cuando se apartó de mí.

Sigilosa se acercó a la puerta de la señora Hans, dejó la rosa en el piso, tocó el timbre y corrió de regreso para jalarme escaleras arriba, donde escondidos tras la baranda del piso superior, esperamos. Sus azules ojos brillaban como nunca, mi bonita estaba feliz, incluso emocionada.

La puerta sonó y se abrió finalmente, la señora Hans se asomó al largo pasillo encontrándolo vacío, pero antes de regresar a su casa, bajó la mirada percatándose de la presencia de la rosa. Se agachó lentamente para tomarla, la olió, y mirando nuevamente hacia el pasillo sonrió mientras una lagrima corría por su mejilla; abrazó la rosa contra su pecho, y serena regresó a su apartamento. Por primera vez en todo el tiempo que llevaba conociendo a la señora Hans, la había visto sonreír con alivio y total plenitud.

—¿Qué hiciste? —pregunté curioso.

—Le di lo que ha estado esperando todos estos años —alegó mirando aún hacia la puerta.

—¿Una rosa?

Anne sonrió y negó con la cabeza.

—Una disculpa por no haber llegado a casa.

No comprendí al principio, luego recordé lo que la señora Hans solía decir cuando le comentaba que no había visto a su esposo: *“Suele traerme una rosa roja cuando regresa a casa. Es lo mínimo que puede hacer después de haberse marchado por tanto tiempo.”*

—¿Cómo te diste cuenta?

La vi suspirar con ligereza.

—Tú has sido la primera persona en pedirme disculpas por haberme lastimado —recalcó haciéndome recordarlo con vergüenza—. Y después de todo lo que me dijiste, me di cuenta de que todo este tiempo lo único que he querido de mis padres no es que me quieran o me acepten, es que me pidan perdón. Saber que están conscientes de que se equivocaron conmigo y que se

arrepienten del daño que me hicieron.

No supe que decir.

—Así que, pensé que sería bueno que alguien más obtuviera las disculpas que yo jamás obtendría.

Me miró y yo sonreí en respuesta, asimilando lo afortunado que era al tenerla. Me robó un beso, tomó mi mano y volvió a jalarme escaleras arriba. Parecía ansiosa por llegar al estudio.

La puerta del mismo se cerró detrás de mí finalmente, y sintiendo las ansias crecer, observé a Anne en silencio mientras se quitaba el bolso y la chaqueta para guindarlos en el espaldar de una silla.

—Déjalo así —pidió frenando mis intenciones de encender la luz, y dispuesto a complacerla en todo, me aparté del interruptor para despojarme de mi empapada chaqueta.

—La próxima vez que salgamos a pasear por un parque, nos encontremos una fuente y se me ocurra empujarte al agua, recuérdame que puede estar fría como la madre que la parió.

—Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío —alegó burlona.

—También dicen que no hay mejor analgésico que el agua fría y empiezo a creerlo, no siento nada entre las piernas —informé haciendo lo posible por alejar el jean mojado de mi pelvis.

Anne rio y yo forcé la sonrisa mientras caminaba hacia el otro extremo del estudio. Sirviéndome de la claridad que entraba por la ventana.

—Quítate la ropa, podrías resfriarte —impuse antes de adentrarme al baño en busca de un par de toallas secas. Oliéndolas para asegurarme de que no tuviesen aroma a humedad por el desuso. Para mi sorpresa, olían bastante bien.

Me las guiné al hombro y cogí un peine suponiendo que lo necesitaría para su cabello. Salí del baño dejando la luz encendida para que alumbrase la sala en tono romántico, y apenas elevé la mirada hacia ella, la inesperada pero hermosa imagen frente a mí me dejó sin aire y sin palabras.

Anne estaba completamente desnuda al otro lado del sofá, con su largo cabello negro cayendo sobre sus voluptuosos pechos, sus pronunciadas curvas

perfectamente delineadas por la tenue luz que provenía ahora del baño, y sus hechizantes ojos azules que hablaban de picardías sin decir nada. La invitación flotaba en el aire.

Tragué grueso, llené mis pulmones de aire, y contuve la sonrisa sin voluntad para mirar a otra parte.

—No sabía que fueses tan obediente —dije dejando el peine sobre una de las grandes mesas llenas de fotografías, acercándome sin prisa a la hermosa pelinegra al otro extremo de la sala.

—¿Quieres que lo sea? —preguntó con maliciosa inocencia.

«*Ohhhh bonita, bonita*».

Mordiéndome los labios contuve la risa que provocó lo mucho que me había gustado aquella insinuante propuesta, y dejando las toallas sobre el sofá, seguí avanzando hacia ella sin apartar mis ojos de los suyos.

—¿Lo serías? —respondí con otra pregunta, viéndola asentir con un suave movimiento de su cabeza— ¿En verdad? —Anne reiteró la afirmación con otro movimiento, y encantado con la idea me quité la franela pasándola por encima de mi cabeza para lanzarla en el sofá—. Bien —dije una vez frente a ella—, veamos que tan obediente eres. —Llevé mi mano a su rostro, y luego de acariciar su mejilla, rocé sus labios con mi pulgar, sintiéndolos suaves y carnosos—. Quiero que te quedes quieta, y no te muevas —indiqué—. ¿Puedes hacer eso bonita?

—Umju. —La escuché asentir.

—Bien —musité permitiéndome solo entonces bajar la mirada para admirar su cuerpo de cerca. Noté el sobresalto en su pecho y sonreí. Sus mejillas estaban rojas, sus rozados y redondos pezones, duros; su blanca y tersa piel, erizada; y su respiración, aunque pausada, pesada. Mi bonita estaba ansiosa y sumamente inquieta.

Sonreí una vez más sintiendo sus emociones danzar desbocadas de aquí para allá mientras la admiraba. Y sin tocarla aún, me sentía capaz de controlar sus reacciones, como si estas estuviesen atadas a invisibles cuerdas que encendían cada fibra de su cuerpo. Su genuina entrega era mi mayor tesoro.

Me acerqué otro paso acortando lo poco que quedaba de espacio entre nosotros, y sin prisa, llevé ambas manos a sus hombros, subiéndolas

lentamente por su terso y blanco cuello, para volverlas a deslizar hacia sus hombros tomando vía hacia sus brazos. Delineando los mismos con la yema de mis dedos.

—Me gusta tu piel. —Le dije sin necesidad de elevar la voz. Escuchándola respirar hondo mientras la sentía estremecer con aquel simple roce.

«Cuanto le gusta que la toque».

—Me encantan tus manos —continúe llegando a las mismas para acariciar sus palmas con mis dedos mientras aspiraba el aroma de su cuello, pasando mis manos a su cadera en un distraído movimiento—. Y me vuelven loco tus curvas —admití apretando sus carnes mientras subía lentamente por su cintura por su cintura, palpando el temblor de su cuerpo a medida que gozaba de su torso entero y me acercaba a sus pechos. Disfrutando del suave jadeo que se escapó de sus labios cuando finalmente me hice con aquel par de bellezas.

Sonreí viendo la expresión de su rostro. Hermosa, simplemente hermosa.

Mis dedos, lentos pero seguros, habían empezado a dar arrastradas y pausadas vueltas alrededor de sus grandes y llenos pechos, esos que, por primera vez podía disfrutar a plenitud.

«¡Que suaves son!».

—¿Alguna vez te he dicho que tengo una insana obsesión con tus pechos?
—Le pregunté, pellizcándole los pezones

—Mmmmm, no...—respondió conteniendo el sensual jadeo, sonriendo con travesura.

—Ahora lo sabes —dije con victoriosa malicia. Retorciendo sus pezones otro poco por el puro goce de ver el placer en su rostro una vez más. Tomándolos enteros en mis manos luego, para disfrutar de lo suaves y agradablemente pesados que eran. Masajeándolos con deliberados apretones que parecían gustarle más de lo que hubiese imaginado. Anne se estremecía constantemente, pero aun así se mantenía firme, sin mover un solo músculo de su cuerpo.

Sin soltar sus pechos, acerqué mi rostro al suyo aspirando su aliento.

—Buena chica. —Le felicité por ser obediente, escuchándola reír mientras

sucumbía ante las ganas de hundirme en su cuello para besar su rica su piel, escuchándola jadear una vez más ante mis atenciones.

Un último apretón a sus pezones y mis manos regresaron a sus caderas para jalarla contra mi cuerpo mientras me comía a pedacitos su cuello, viajando hasta su hombro para morderla y sentirla temblar hasta el punto de perder el equilibrio. Me estaba volviendo loco.

Bajando mis besos lentamente por su pecho, me detuve entre estos por un instante para disfrutar de su perfecta redondez contra mis mejillas. Continuando el camino hacia su abdomen, para arrodillarme frente a ella y apretar sus nalgas mientras saboreaba y mordía su cintura, dibujando sus seductoras curvas con mi lengua. Me la quería comer entera.

Elevé la mirada buscando aprobación, y encontrarme con aquella extasiada expresión llena de placer dibujada en su rostro, provocó una fuerte palpitación bajo mi pantalón.

«Que hermosa es».

Llegué a su vientre y me detuve mientras acariciaba sus piernas, apretándolas con tanta fuerza que, por momentos temía lastimarla.

—Ábrelas —pedí, ella sonrió y obedeció montando una pierna en el sofá.

«Que belleza».

Sonreí elogiando con fascinación su total entrega, y sin darle más treguas a mis ganas, me acerqué a su húmedo y palpitante sexo para cogerlo entero en mi boca mientras su cadera se meneaba bruscamente en respuesta.

Anne jadeó, su cuerpo se sacudió, y sus temblorosas manos se aferraron a mis hombros cuando mi lengua se hundió en su jugosa y caliente feminidad. Apreté sus caderas para obligarla a mantenerse quieta, y mientras recorría de punta a punta su delicioso sexo, mis ojos subieron encontrándose con los suyos llenos de placer. Si ella supiera todo lo que era capaz de hacer por ver esa expresión en su rostro.

«Bonita, que delicia mi bonita».

Sus jadeos se convirtieron en gemidos cuando su clítoris se volvió protagonista de mis atenciones. Sintiendo su cadera empujar con mayor agitación contra mi boca cuando mis dedos se unieron al estímulo. Revocando

que sus manos apretaran mis hombros, y sin poderse contener las ganas, sus uñas se enterraran en mi piel arañándome con rudeza. Su fogoso desenfreno me estaba poniendo como un jodido toro.

Me detuve consiente de que, si seguía perdería el control muy rápido y yo ansiaba disfrutar de la velada sin apuros. Así que aparté mi boca escuchándola reclamar, y me puse de pie regresando a su rostro.

—Tenemos toda la noche bonita, no desesperes —dije acariciando sus rojas y acaloradas mejillas, perdiéndome en sus dilatadas pupilas azules, y viéndome distraído luego por sus temblorosos labios sedientos por más.

«La amo...cuanto la amo».

—¿Ya sientes algo entre las piernas? —Me preguntó con una frágil y coqueta sonrisa.

—Oh sí —aseguré gratamente—. Definitivamente no está muerto —corroboré jalándola sin prisa para que sintiera mi pelvis contra la suya. Lo ajustado que me estaba quedando el pantalón me tenía al borde, pero sus pequeñas y femeninas manos se pusieron a la obra desabotonando el mismo, aumentando mis ganas exponencialmente.

Sus labios nunca lucieron tan provocativos como en ese momento que me los ofrecía con tan sedienta súplica, y el sonido del cierre bajando lentamente, terminó por desbocar mis ganas orillándome a besar sus exquisitos labios.

—Mmmmm. —La escuché jadear en medio de aquel acaramelado encuentro, donde nuestros alientos colisionaron y se fundieron en aquel anhelado beso. Subiéndonos la calentura hasta hacerla erupcionar con impaciencia.

Mordí sus labios, los saboreé carnosos entre los míos, y cuando su delicada mano se coló por mi ropa interior para hacerse con mi erección, no solo se me tensaron los músculos de las nalgas, también los de las piernas. Provocando que la apretase contra mi cuerpo en descarga, sintiendo el suyo desnudo, tierno y femenino entre mis brazos.

Su mano me sorprendió ágil y afanosa, y un inesperado pero sutil empujón de su parte me llevó contra la mesa tras de mí. Apoyando mi espalda baja de la misma, sus tiernos labios abandonaron mi boca para lamer mi cuello, provocando un inesperado escalofrió que me recorrió toda la espalda,

excitándome como nunca.

Se sentía bien, que ella quisiera disfrutar de mí, se sentía bien. Sus suaves manos se turnaban entre mi abdomen y mi erección mientras su boca bajaba por mi pecho dejando un río de besos a su paso. Y creyendo que aquella noche no podría ser más perfecta, Anne se arrodilló frente a mi empujando mi pantalón y ropa interior hacia abajo con ella.

«Bonita...bonita».

La piel me ardió cuando sentí su mano tomarme y apretar con tanta seguridad, viéndola ampliar la sonrisa de forma maliciosa justo antes de llevarme directo a su boca.

—Ohmmm —No pude contenerlo. Anne me excitaba como nadie, y la inesperada calidez de sus labios me arrastró ferozmente. Podía sentir sus carnosos labios rodando a lo largo de mi miembro una y otra vez. Y la humedad de su lengua dejándome empapado.

Un par de profundas chupadas me hicieron estremecer, y queriendo que supiese que quería más y que lo estaba disfrutando, llevé mi mano a su cabello para apartarlo del camino. Sus ojos conectaron con los míos por un segundo, y luego los cerró concentrándose en lo que ágilmente hacía. Aumentando la velocidad y el ritmo.

«Joder...».

La calentura estaba subiéndoseme a la cabeza con tanta rapidez que no podía pensar. Estaba tan duro que, si Anne continuaba a ese ritmo, me haría correrme antes de lo que planeaba hacerlo esa noche. Así que, muy a mi pesar, aparté sutilmente mi pelvis de ella indicándole con un gesto que debía detenerse.

Viéndola relamerse los labios como quien no quiere perderse del sabor, la ayudé a ponerse de pie. Le sonreí, y la jalé hacia mí para estrujarla en mis brazos, sintiendo la calidez de su vientre acobijando mi latente erección.

—Eso fue rico —admití.

Ella sonrió traviesa y sonrojada, llevando sus manos sobre mi pecho.

—¿Te gustó? —preguntó coqueta, yo asentí mientras recorría la curva de su espalda—. A mí me encantó.

Su confesión me resultó tan sexy que la tomé por el cuello para hacerme con su boca, besándole rico y acaramelado mientras mis manos se llegaban hasta sus nalgas para masajearlas como había masajeados sus pechos.

—Esta noche no hay prisas —susurró ella entre besos.

—No, no las hay —afirmé jugueteando con su lengua de forma suave y pausada—. Esta noche es toda nuestra bonita —aseguré manteniéndome apoyado de la mesa mientras nos besábamos y acariciábamos con entero disfrute—. Y no quiero dejar un solo rincón de ti sin saborear, quiero gozar todo tu rico cuerpo —informé metiendo mi pierna entre las de ella para elevarla ligeramente del suelo, sintiendo su húmedo sexo frotarse contra mi rodilla mientras yo me hacía con uno de sus ricos pechos, tomándolo en una mano para llevármelo a la boca.

—Mmm. —La escuché jadear. Le gustaba.

Mi mano libre continuó masajeados sus nalgas, hundiendo un dedo entre las mismas para estimular cada centímetro de su cuerpo, y sus jadeos se volvieron sensuales y agitados quejidos cuando me atreví a morder su pezón.

«Mmmmm. Están más ricos de lo que imaginé».

—Mmm, ¡Ahmm! Nate —La escuché gemir mi nombre y la calma se me fue al diablo. La cargué finalmente en peso, y la llevé hasta el sofá más cercano, para sentarla en el borde del espaldar del mismo, con sus piernas a mi alrededor mientras mis manos recorrían sus curvas una y otra vez antes de terminar ancladas en su espalda. Frotando mi erección contra su mojado sexo.

«Joder, joder...que ganas».

—Sssssss —siseé sintiendo como me empapaba de punta a punta. Y cuando sus manos buscaron mis nalgas para apretarme contra su vientre, supe lo que quería.

Sonreí contra sus divinos labios, y con una mano entre nuestros cuerpos ubiqué mi miembro en su caliente entrada. Regresando amabas manos a su cadera, la jalé hacia mí para empujarme lento en su apretado y jugoso interior. Estaba divina.

—Ahhhh. —La escuché gemir, sentí sus uñas enterrándose en mis hombros, y su palpitante interior estaba tan jodidamente rico, tan jugoso y caliente, tan ajustado y estrecho, que me dificultaba pensar con claridad.

—Ohm que sabrosa estás bonita. —Tuve la necesidad de decírselo. Y cuando ella me sonrió traviesa en respuesta, apreté sus caderas hacia mí para empezar a follárle como su cuerpo me estaba exigiendo hacerlo.

Nuestros labios se separaron y sus gemidos llenaron el estudio. Su aliento me calentaba tanto como la endemoniada fricción entre su jugoso centro y mi erección.

—Estás tan duro. —Le escuché gimotear mientras me clavaba las uñas una vez más arrastrándolas por mis brazos.

—Es tu culpa —dije—. Asume las consecuencias —agregué embistiendo un poco más duro como a ella le gustaba. Y es que aún me resultaba difícil creer que a mi bonita le gustase tanto el sexo como a mí. Que lo disfrutase con las mismas ganas y la misma libertad. Verla abrir sus femeninos labios para gemir mientras su cuerpo se retorció a causa de mi invasiva erección, no tenía comparación.

—Ven acá —musité haciéndola bajar del espaldar del sofá para girarla de espaldas a mí, debía prolongar el placer si quería disfrutarla un poco más. Y aspirando su aroma mientras acariciaba sus curvas y me hice una vez más con sus pechos, pellizcando sus pezones para escuchar sus gimoteos hacer eco en el estudio.

Bajé una mano a su estimulado sexo, y tomándolo entero lo sobé rico sintiendo como se estremecía. Dejé que sus jugos empaparan mis dedos, y luego la hice abrir las piernas para poder hundir los mismos en su anhelante interior.

—¡Ahmm! —gimió una y otra vez mientras la masturbaba. Y sin esperarlo, el cuerpo se me tensó cuando sentí su mano sobre mi erección sobándola al mismo ritmo en que se movían mis dedos. Mi bonita era una traviesa, una hermosa traviesa.

Sus atenciones me aceleraban nuevamente, y ansioso por más, la hice inclinar para que apoyase sus manos del espaldar del sofá. Acariciando su femenino cuerpo mientras me frotaba contra su sexo desde atrás, avivando las ganas que se habían quedado a medias hacía unos minutos.

La escuché jadear, sisear, y cuando su cadera se movió suplicando placer, me hundí despacio en su interior para que me sintiese centímetro a centímetro mientras me abría paso hasta el fondo. Sus músculos se tensaron, sus manos se

aferraron al sofá, y sosteniéndola por la cadera, empecé a follarle una vez más. Estaba ardiendo, su ajustado sexo estaba ardiendo.

—¡Ahhmmmm! —gimió ella.

—Ohmmm, lo sé bonita, lo sé. —Sí, aquello era muy bueno.

—¡Ahhmmmm!, ¡Nate!

Escuchar mi nombre a medio gimoteo licuaba mis pensamientos encendiendo una inestable necesidad en mis entrañas. Incitándome a embestirle con más ganas mientras la excitación aumentaba con ansias locas. La estábamos pasando tan rico, que parecía mentira.

Llevé mis manos a sus pechos para masajearlos mientras se balanceaban al ritmo en que mi cadera empujaba contra sus nalgas. Y es que cada vez que mi miembro se hundía en ella, las paredes de su jugoso sexo se abrían y apretaban con tanta obscenidad que me faltaba el aire.

Su piel quemaba y sus gemidos aumentaban a medida que le follaba con mayor vigorosidad, y al borde de perder nuevamente el control, tuve que encontrar la fuerza para detenerme y retroceder si quería ver su rostro cuando se corriera.

Anne se quejó en reclamo una vez más. Yo, sonriendo victorioso, la hice erguirse mientras masajeara sus cálidos pechos, no me cansaría nunca de tocarlos.

—Sssssss —siseé hundiéndome mi rostro en su cuello mientras la apretaba contra mi cuerpo—. Mi bonita. Como me pones, cuanto me gustas.

Ella se giró hacia mí, y rodeándome con sus brazos me hizo callar con sus labios. Divina boca que sabía dejarme siempre sediento por más.

La elevé en peso cargándola alrededor de mi cadera, y la llevé hasta el otro lado del sofá para recostarla en el mismo. Acomodándome sobre ella y entre sus piernas, volví a hundir mi erección en su dulce y enrojecido sexo sin ninguna espera.

—¡Ahhhh! —gimió. Y ahí estaba, esa exquisita expresión de goce total. No había mejor satisfacción que ver su cara llena de placer cuando me tenía dentro, invadiendo su cuerpo—. Ohhhhhmmmm Nate.

«¿Sabrá que me vuelve loco que haga eso?».

Anne se estremeció, sus manos se aferraron al sofá y su vientre empujó contra el mío en busca de más. Estábamos al borde, tan al borde que empecé a follárle desmesuradamente. Ella, absorta en placer mantuvo los labios abiertos amenazando con gemir, y cuando finalmente encontró voz para hacerlo, un par de alaridos me sacudieron los sentidos mientras su interior me absorbía sin descanso.

—Ohm Anne...

La hice flexionar las piernas buscando mayor profundidad, y apoyándome del espaldar del sofá, empecé a embestir tan duro como sus gemidos me exigían. Podía sentir cada músculo de su cuerpo tensándose bajo el mío. Escuchar sus gemidos acelerándose, su respiración agitándose y sus palpitations desbocándose contra mi propio pecho.

—¡NATE!, ¡Ahh!, ¡Ahh!, ¡Ahmm!

Anne se sacudió con brusquedad colapsando de punta a punta. Se estaba corriendo y sus fuertes espasmos provocaron que su sexo me apretase con tanta rudeza, que me orilló al orgasmo junto con ella.

—Oooohgmmmm —gemí apretando el cuero del sofá con mis manos. Me estaba corriendo a gusto en su caliente interior, sintiendo como la llenaba entera mientras su satisfactoria y victoriosa sonrisa me embelesaba. Su placer era mi paraíso.

El eco de nuestra errática y agitada respiración llenó el estudio. El bullicio de la ciudad se escuchaba más lejos de lo que realmente estaba. Nuestros sentidos, aturdidos, flotaban en un mar de emociones. Mientras que nuestros cuerpos, calientes y húmedos, se encontraban a un nivel de estimulación tan vulnerable, que se erizaban ante el más mínimo roce entre ellos. Y con el corazón desbocado, la observé en silencio. Se veía tan hermosa.

Su blanca piel sonrojada y acalorada, sus labios hinchados de tanto besarle, y sus preciosos pezones enrojecidos por todas mis atenciones. Hermosa, sencillamente hermosa.

—¿En que piensas? —preguntó regalándome una sonrisa mientras su mano en mi rostro apaciguaba la exaltación que aún palpitaba en mi pecho.

—En nada en particular, solo te observo.

—Si me observas mucho podrías gastarme —destacó.

—También puedo hacerlo comiéndote —dije hundiéndome en su cuello para morderle, escuchándola reír.

—¡Pero entonces te quedarías sin mí! —exclamó divertida logrando que me detuviese.

—Cierto —afirmé pensando en ello—. Racionaré mis besos y mordiscos entonces —impuse elevándome para sentarme en el sofá, colocando sus piernas sobre las mías.

—No lo dices en serio ¿Verdad? —preguntó escéptica.

Asentí siguiendo el juego.

—Tú lo dijiste, puedo gastarte, debo racionar —alegué estirando mis brazos en el espaldar.

Visiblemente incrédula, me lanzó una acusadora mirada antes de sentarse a mi lado.

—Bien, supongo que el resto de la noche tendré que entretenerme sola —dijo poniéndose de pie para tomar rumbo a la habitación del estudio. Yo, sin poder apartar mis ojos de sus bellas curvas al caminar, me quedé estúpido y perdido por varios segundos.

«¿Ella en verdad quería más?»

¿En qué momento me gané la lotería?»

—Pensándolo mejor... —repliqué inmediatamente poniéndome de pie para ir tras ella—. No soy bueno con las dietas —asegué antes de cargarla sobre mi hombro.

—¡Nate! —gritó entre risas mientras me la llevaba directo a la cama de la habitación. La noche apenas comenzaba.

EL PESO DE LA CULPA

CAPÍTULO 12

ANNE

Llevaba tiempo despierta escuchando música en la radio y observando a Nate en silencio mientras dormía. Su cuerpo enteramente desnudo sobre la cama me embelesaba, y su varonil aroma me traía de cabeza. Aquel hombre había sido hecho con mucho amor, muchas ganas y excesivas cantidades del más puro y erótico sexo.

¿Cómo creer que alguien como él realmente existía? ¿Cómo creer que se había fijado en mí? Aquello parecía un sueño del que honestamente no deseaba despertar.

Sus tonificados brazos alrededor de la almohada me recordaban lo fuerte que era. Su ancha espalda y la marcada curvatura de la misma evocaban el vigoroso ritmo que imponía en sus caderas cuando quería hacerme gritar. Su cabello despeinado, sus torneadas piernas y aquellas duras nalgas apenas cubiertas con la sábana de su cama, un imperfecto adonis del que difícilmente me cansaría alguna vez.

Y aunque fuese culpa del cursi estado en el que me encontraba, no dejaba de pensar en que Nate no era como ningún otro hombre que hubiese conocido antes. Era único, y era mío.

Suspiré sintiéndome una verdadera tonta, pero es que el recuerdo de la noche anterior seguía latente sobre mi piel. Lo hicimos tantas veces, y tan rico; que dudaba poderme sentir igual con algún otro hombre. Lo habíamos pasado maravillosamente bien, y verlo dormir tan placentera, profunda y satisfactoriamente, me llenaba de un indescriptible goce. Saberme parte de la transparente y cálida paz que irradiaba Nate en ese preciso instante, no tenía precio.

Me incliné sobre su espalda, y sigilosa me dediqué a llenar de besos la misma. Su piel era tan suave, y su aroma tan sensual y exquisito, que no me

pude contener las ganas de morderle cuando llegué a su hombro.

«¡Bendito Dios! ¡Como me gusta!».

Lo sentí moverse, estaba despertándose. Detuve mis besos cuando se giró hacia mí, e inclinada sobre él sonreí mientras sus somnolientos ojos azules se adaptaban a la claridad de la mañana.

—Buenos días —susurré no queriendo aturdirle.

—Buenos días —respondió con ronca voz mientras se frotaba el rostro.

—Supongo que dormiste bien porque tus ronquidos me despertaron hace más de una hora —comenté viendo la sorpresa dibujándose en su rostro.

—¿Ronqué? ¿En serio? —Su genuina vergüenza me resultó adorable— Lo siento, no suelo roncar.

—Siempre hay una primera vez para todo —dije rozando su pecho con mis dedos, adoraba tocarlo.

—Debí caer en estado de coma anoche, ni siquiera recuerdo haberme quedado dormido.

—Eso significa que finalmente pudiste dormir como Dios manda —señalé deslizando mis dedos hasta su abdomen. El roce de mis uñas parecía producirle escalofríos—. Lo que me alegra, porque me tenía preocupada tu insomnio.

Pícaro me sonrió antes de sentarse.

—Ambos sabemos lo que pasó en verdad —apuntó activando mi curiosidad mientras su cálida mano acariciaba mi rostro—. Me dejaste agotado anoche.

Reí, no pude evitarlo.

—¿Entonces es mi culpa? —supuse viéndole asentir mientras se relamía los labios—. Ya veo —musité antes de apartar las sabanas para sentarme a horcajadas sobre él—. Es una lástima, yo aún no estoy cansada —admití viéndolo subir una ceja con aparente interés.

—¿Eso es una propuesta? —preguntó llevando sus manos a mis caderas, y luego a mis nalgas para apretarme contra su cuerpo.

—Posiblemente —respondí, acariciando sus fuertes hombros.

—¿Ah sí? —murmuró acercando su boca a la mía—. En ese caso...no estoy tan cansado —aseguró haciéndome sonreír antes de que sus labios se apoderaran de los míos. Nos besamos despacito, suave, sin prisa alguna. Y aunque ya nos habíamos besado así antes, por alguna razón, sabía diferente aquella mañana. El amargo gustito a pecado, había desaparecido.

Sus manos empezaron a masajear mis nalgas, y apretándome constantemente contra su cuerpo, sentí su lengua invitando a la mía. Nadie besaba mejor que él.

—Puedo sentir tu corazón agitándose —susurró entre besos, haciéndome sentir expuesta el muy imbécil.

—El tuyo está peor —apunté saboreando sus carnosos labios.

—¿Qué puedo decir? Le gustas —alegó antes de sentir sus manos cogerme con fuerza para girarme contra la cama. Encontrando inmediato camino hacia mi cuello mientras se acomodaba entre mis piernas y el cálido roce de su miembro me erizaba entera.

—Y no solo a tu corazón —recalqué por la dureza que se frotaba ahora contra mí centro.

Nate soltó una socarrona risa contra mi piel antes de hacerse una vez más con mis labios, sosteniendo su peso con una mano, mientras la otra dibujaba mi cuerpo pausadamente, deteniéndose para apretar mis caderas.

—Mmm. —Se me escapó en respuesta, sintiendo la temperatura subir con entera libertad.

—Mmmmm no puedo dejar de besarte bonita —jadeó contra mis labios.

—No lo hagas. —Le pedí sintiendo los músculos de sus fuertes brazos tensarse bajo mis dedos. Nos estábamos provocando y nuestros cuerpos reaccionaban con insaciable rapidez.

—Ssss. —Le escuché sisear cuando la humedad de mi sexo le empapó entero.

—Me están dando ganas —informó empujando ansioso.

—Mmmmm yo no he dejado de tenerlas —confesé consiguiendo una de sus hermosas y picaras sonrisas. Acaricié su cadera y su espalda baja mientras su miembro continuaba con el fogoso roce, podía sentir como se endurecía más y

más a cada instante.

—¿Quieres despacito? —preguntó con su ronca y necesitada voz.

—Sí —respondí ansiando la invasión como nunca, sintiendo su grueso y Ferrero miembro amenazar cruelmente mi entrada provocando que me estremeciese ante la sensación— Ahhhhhmmm —arrancándome un fuerte gemido cuando se hundió finalmente, penetrándome suave y sin apuros.

—Oh nena —jadeó manteniendo su peso en suspensión.

—Mmmmm. —Mi cuerpo se tensó de pies a cabeza, me sentía llena; y regalándome un suave beso, empezó a embestir a ritmo pausado. La fricción me enloquecía, y por momentos sentía que me reventaría por dentro, pero mi cuerpo lo recibía entero y a gusto, abriéndose para él.

Nuestros labios se separaron mientras su cadera aceleraba el vaivén.

—Mi bonita, cuanto me gustas —susurró hundiendo su rostro en mi cuello nuevamente, donde un fuerte mordisco provocó que gimiese y arañase sus brazos.

—¡Nate! —gemí sin control.

—Lo sé nena, lo sé —murmuró antes de robarme un rico y acaramelado beso. Con él, el tiempo se detenía y lo único que importaba era el placer que me hacía sentir.

Llevé mis manos hasta sus bien formadas nalgas para apretarlas mientras él me follaba con aquel desquiciante ritmo. Su cuerpo, caliente contra el mío me estaban enloqueciendo. No podía dejar de gemir, estaba tan llena por su grueso miembro, que no lograba pensar en otra cosa. No quería que se detuviera.

—¡Ahmm Nate!

—¿Más? ¿Quieres más bonita? —preguntó con maliciosa mirada, aumentando la velocidad y la fuerza con que embestía sin darme chance a una respuesta. Provocando que soltase sus nalgas para aferrarme a la cama mientras mis gemidos aumentaban. Un poco más, solo un poco más y mi cuerpo empezó a tensarse. Estaba lista, me había excitado con tanta rapidez, que no podría prolongar por mucho el clímax.

Un par de rudas embestidas terminaron por empujarme a la cima y el

orgasmo me sacudió con abrasadora potencia.

—¡Ahmm! Mmmmm —gemí apretando las sabanas en mis puños mientras disfrutaba de la ardiente sensación recorriéndome entera. Y aunque no lo sentí correrse, mis músculos vaginales le apretaron en busca de aquella exquisita sensación.

—Mmmmgrrrr —gruñó en reclamo—. Golosa —susurró con ladina y ronca voz, empujándose duro para hacerme gritar, provocando que soltase las sabanas finalmente para arañarle los brazos.

—Mmmmm ¡Nate! —Le regañé. Estaba tan estimulada luego de aquel orgasmo, que la rudeza de su miembro resultaba casi insoportable.

—¿Qué? —preguntó empujándose duro una vez más.

—¡Ahmmmmm! —Mis pies se retorcieron en la cama—. Mmmmmmmmmmm.

Le escuché reír victorioso.

—Te ves tan hermosa cuando no puedes ocultar lo mucho que te gusta —dijo consiguiendo que le diese un golpecito en el brazo.

—Cállate —espeté jalándolo por el cuello para que me besara y dejase de hablar. Truco que funcionó a la perfección, porque sintiendo su cuerpo relajarse, me acompañó en una divina y pausada sesión de besos que se prolongó todo el tiempo que se nos antojó.

Faltándonos el aliento luego de largos y dulces minutos, dejó su cuerpo caer sobre el mío, recostando su rostro en mi pecho con notoria paz. Yo, encantada, aproveché para abrazarlo y acariciar su cabello. Él, en respuesta, se acurrucó buscando más cariño y me apretó haciendo que me sintiera sumamente bien en sus brazos.

—Pareces un niño chiquito cuando le hacen cariño —recalqué llenándolo de mimos.

—Lo soy —alegó hundiéndose contra mi pecho, negado a soltarme.

—Bueno, no tan chiquito... —agregué divertida.

Nate se elevó de inmediato, y con la ceja alzada, me miró con arrogante intriga.

—¿Debo tomar eso como un cumplido?

Reí traviesa.

—No lo sé. La verdad es que no lo tengo claro, ¿Deberíamos corroborarlo?

La expresión llena de fascinación y sorpresa en el rostro de Nate, era un poema.

—Me encantas —susurró mientras la forma en que me miraba me desarmaba entera. Lo jalé por su cuello haciéndome con sus labios, y estos me respondieron con ganas. Y en busca de comodidad, su cadera empujó hundiendo su aún duro miembro nuevamente dentro de mí.

—Mmmmm.

—Si seguimos en la cama te lo voy a hacer una y otra vez hasta que te canses —dijo mientras su voz se perdía en mis labios.

—¿Escuchas que me esté quejando? —pregunté recibiendo una maliciosa sonrisa de su parte. Y privándome una primera embestida, empezó a follarme rico y a buen ritmo hasta arrancarme fuertes gemidos de los labios. La invasora sensación era tan sabrosa, que, a juzgar por el silencio y la expresión en el rostro de ambos, ninguno de los dos podía darle explicación a lo bien que se sentía.

Estábamos tan excitados y calientes a estas alturas, que no duraríamos mucho. Pero podía importarnos poco.

Lo escuché jadear mientras su mano se aferraba a la cama con mayor fuerza a medida que embestía más y más duro. Su rostro junto al mío, sus roncós gemidos contra mi oído. Nate se correría esta vez, podía sentirlo en la forma en que palpitaba su férreo miembro. Y es que de solo imaginarlo me excitaba ansiando el momento.

—¡Ahh! ¡Ahmmmm! —gemí más fuerte cuando su cadera se tornó errática y sus embestidas martillaban contra mi centro sin cesar. Grité llena de placer mientras le escuchaba gruñir y reprimir los gemidos de forma muy sensual. El clímax tomó forma, y como una bola de nieve fue creciendo y creciendo llevándonos al más filoso borde de satisfacción. Mi cuerpo, ardiendo, se sacudió entero contra el suyo, colapsando ante la presencia de otro orgasmo que me estaba nublando hasta la razón. Y al sentir su tibieza colmándome

entera, tuve ganas de correrme nuevamente. No había sensación más placentera que la de sentirme llena de él.

Jadeantes nos tomamos unos segundos en silencio mientras la tensión de nuestros músculos se desvanecía. Una de mis manos encontró lugar en su nuca, mientras la otra acariciaba su espalda al ritmo en que llenaba su rostro de besos. Nate se dejó caer sobre mí pausadamente, recostó su rostro contra mi pecho una vez más aquella mañana, y cerró los ojos con la expresión más hermosa y llena de felicidad que le hubiese visto nunca.

Le consentí por un buen rato en silencio. Le llené de cariños y mimos sin importarme nada más. En ese momento Nataniel era mío, solo mío. Ese divino hombre quería estar ahí entre mis brazos, me elegía a mí y se quedaba conmigo muy a pesar de las circunstancias. Era mío y me hacía sentir que también lo deseaba así.

—¿Qué te parece si te das un baño mientras yo preparo algo para desayunar? —Le pregunté.

Él negó con la cabeza.

—No hay poder humano que te separe de mí hoy bonita —alegó haciéndome sonreír—. O nos bañamos juntos, o no se baña nadie.

Su idea me gustó.

—¿Esa es tu forma de proponerme una ducha sexy?

—Puedes apostar que sí —aseguró elevándose con intenciones de besarme. Yo le esquivé empujándolo lejos.

—¡Que demo...! —exclamó— ¡Ven acá! —exigió mientras me bajaba de la cama entre risas.

No había alcanzado a dar dos pasos, cuando Nate me jalaba de regreso hacia él para cargarme sobre su hombro.

—¡NATE! —grité haciendo un gran esfuerzo por no reír.

Me dio una nalgada y me llevó hasta el baño, donde luego de un par de acaramelados y fogosos rounds en la ducha, nos relajamos en la tina hasta pasado el mediodía.

El reloj en la pared marcaba las tres de la tarde, y la franela de Nate

cubría mi cuerpo mientras regresaba a la habitación con dos grandes vasos llenos de Coca-Cola y mucho hielo, los que procuré no derramar cuando me monté en la cama junto a él, ofreciéndole uno de los refrescos y bebiendo del otro antes de darle un beso en el hombro.

Nataniel seguía semidesnudo, y el frío de mis labios le hizo estremecer. Reí, y le di otro beso mientras le veía abrir los envases de comida que había traído el repartidor hacia pocos minutos.

—¿Pediste lo mismo para los dos? —pregunté curiosa.

Nataniel asintió mostrándome lo que sería nuestro almuerzo aquella tarde.

—Tortelones a la carbonara —informó—. Rellenos de ricotta y espinaca —explicó mientras yo me aventuraba a tomar un tenedor para darles una probada.

—Mmmmm, están buenísimos —dije saboreándome.

—Lo sé, como en casi todo, también tengo buen gusto en la comida —expresó socarrón, conteniendo la risa cuando le pasé el tenedor aún lleno de salsa por la cara.

—¿Qué? —preguntó limpiándose la mejilla para chuparse los dedos luego—. No puedes negar que tengo razón.

Suspiré resignada, no podía refutarle esta vez.

—La verdad es que nunca los había probado, y sí, están de muerte lenta —admití llevándome una segunda gran bocanada de tortelones a la boca.

—Nunca es tarde para probar algo nuevo —alegó bebiendo un poco de Coca-Cola.

Yo asentí dándole la razón mientras tragaba.

—Como esa cosa que me hiciste en la ducha —comenté recordando traviesa.

—¿La cosa por la que pedías que no parara? —inquirió Nate con victoriosa y ladina expresión.

—Sí, como esa cosa —reiteré sin poder contener la risa que se desvaneció cuando Nate se inclinó a besarme.

Cuanto me gustaban sus besos, podían ser apasionados, salvajes, intensos

y sumamente abrumadores algunas veces; pero otras, como ahora, me resultaban tan suaves y llenos de dulzura, que generaban una imparable oleada de bienestar y calma dentro de mi pecho.

«Mi bonito. ¿Que haría sin tus besos?».

Le sostuve la mirada cuando separó sus labios de los míos, y sintiendo su mano apartar un mechón de cabello de mi rostro, el corazón se me desbocó nervioso en un mar de inexplicables emociones. Lo que sentíamos era cálido, vigoroso y palpable.

—¿Sabes que? No en todo tienes buen gusto —apunté retomando la conversación y bebiendo otro sorbo de mi bebida.

—¿Ah sí? ¿Y en que no tengo buen gusto según tú? —preguntó antes de llevarse un bocado de pasta a la boca.

—Sigues con Caroline —destaqué regalándole una victoriosa y gran sonrisa.

Nate se ahogó y tosió en el intento de aclararse la garganta, bebió de su refresco, y obligándose a tragar lo que aún masticaba, me miró con resignada vergüenza.

—Buen punto —dijo suspirando con notorio desagrado. La expresión le había cambiado en un instante, y aunque mantuvo la sonrisa en el rostro, esta se había tornado amarga. El silencio se hizo por un instante, y sus ojos se mantuvieron fijos en los míos por incontables segundos.

«¿En que estaría pensando?».

—Voy a solucionar mi situación con Caroline —aseguró rompiendo el letargo—. ¿Lo sabes verdad? —preguntó con total seriedad. Yo sonreí, dejé mi vaso en la mesa de noche cercana a mí, y asentí en respuesta.

—Lo sé. —Confíaba en él, tenía que hacerlo.

—Bien, porque te dije que lo haría y lo pienso cumplir.

—Lo sé —reiteré acariciando su rostro—. Como también sé que te he presionado demasiado con el tema —reconocí—. Y aunque no sepa o comprenda las razones por las que te resulta tan complicado tomar la decisión, no quiero que te sientas forzado a hacerlo por mí.

Nate negó con la cabeza y apartó mi mano de su rostro para plasmar un beso en la misma.

—No lo hago por ti —aclaró—. Lo hago por mí.

No supe que decir, solo pude sonreír. El orgullo en mi pecho no tenía descripción.

—Estoy cansado de vivir así, y si quiero tener un futuro tranquilo en el que pueda ofrecerte lo que mereces, debo solucionar los problemas en los que yo mismo me metí —indicó con total seguridad. Estaba decidido, y escucharlo hablar así, me provocaba unas enormes ganas de abrazarlo. Pero temiendo tumbar la comida sobre la cama, me limité a robarle un beso.

—Te amo —susurré contra sus labios mientras nos sujetábamos aún las manos, viendo la expresión de su rostro llenarse de luz cuando su sonrisa se amplió avergonzada y nerviosa. Era la primera vez que se lo decía.

—Y yo te amo a ti mi bonita —respondió con otro beso que se prolongó enérgico y dulce hasta dejarnos sin aliento. Sosteniéndonos la mirada luego en lo que parecía ser el momento en que asimilábamos que aquello en realidad estaba pasando.

—Deberíamos apurarnos con el almuerzo —recalcó dejándome capciosa.

—¿Apurarnos? ¿Por qué? —pregunté retomando mi refresco para beber del mismo.

—Por que llegaremos tarde.

—¿A dónde?

—Te dije que te mostraría y explicaría las razones por las que estoy tan... jodido —alegó con una forzada sonrisita payasa al final—. Y eso pienso hacer.

—¿Hoy? —No pude ocultar la sorpresa.

—Hoy —reiteró—. Así que a comer —dijo ofreciéndome una bocanada de pasta que acepté sin refutar. Mientras la zozobra, la curiosidad y la ansiedad se me subían a la cabeza entre cientos de preguntas que, desde ese mismo instante, empezaron a formarse en mi cabeza.

Finalmente entendería, finalmente conocería esa parte de su historia que

tanto se había negado a contarme.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, la camioneta de Nate estacionaba en lo que parecía ser un enorme y lujoso sanatorio. Al bajarnos y encaminarnos hacia la entrada, quise preguntarle que hacíamos en un lugar como aquel, pero estaba segura de que no obtendría respuesta alguna hasta no llegar a donde parecía quererme llevar.

En el lobby del lugar, una robusta enfermera de morena piel, oscuro cabello y avanzada edad, lo detuvo para saludarle.

—Dichosos los ojos que te ven —dijo con transparente reclamo—. Pensé que no vendrías más.

Nate suspiró y forzó la sonrisa notoriamente expuesto.

—Lo sé, he estado ocupado —alegó sin dar detalles, pero la enfermera no pareció convencida.

—Como sea —dijo—. No puedo asegurarte de que esté en el jardín a esta hora, ha estado un poco desanimada —informó despertando mi curiosidad.

«¿Quién estaría en el jardín?».

—¿Ha preguntado por mí? —Quiso saber Nate. La seria frialdad en su rostro me provocó una gélida punzada en el pecho, nunca le había visto cerrar sus emociones de esa forma tan intransigente.

La enfermera negó con la cabeza.

—Solo pregunta por Henry.

Nate suspiró, no parecía sorprendido.

—Gracias Natalie —dijo a la mujer antes de pedir mi mano para que lo acompañase.

Le seguí por un corto y blanco pasillo que pronto se abrió paso a lo que supuse era el jardín. Amplia extensión de terreno abastecida con frondosos árboles y floreados arbustos, cómodas y bien cuidadas caminerías de piedra, gran variedad de bancos de madera, y un sin fin de fuentes que impregnaban cada rincón con el relajante sonido que emitía el agua al correr.

—Estamos en un sanatorio ¿Verdad? —pregunté sin poderme contener otro instante.

Nate asintió.

—Sí.

—¿Se puede saber que hacemos aquí?

—Vinimos a visitar a alguien —informó soltando mi mano para meter las suyas en los bolsillos de su jean.

Yo seguía bastante perdida, y su bloqueo emocional me resultaba transparente a estas alturas.

—Ok, eso lo tengo claro, pero... ¿Los visitantes no deberían registrarse primero? —inquirí suponiendo que el protocolo en todos los sanatorios debía ser el mismo, la verdad no estaba segura.

Nate asintió una vez más.

—Sí, pero se supone que no deberíamos estar aquí —aclaró—. Bueno... yo no debería estar aquí.

Mi curiosidad crecía exponencialmente a cada segundo.

—¿Por qué?

A juzgar por la expresión en su rostro, el cuestionario empezaba a incomodarle. Aun así, parecía dispuesto y decidido a responder.

—Porque Caroline impuso una orden de alejamiento en mi contra, no puedo acercarme al lugar —explico con un pesado resoplido al final.

—¿Por qué haría algo así? —Aquello no tenía sentido.

—Porque es Caroline, joderle la vida a todos es su especialidad.

Nate tenía un buen punto, pero no me gustaba ver la densidad del rencor que se estaba reflejando en sus ojos al hablar de mi hermana en ese momento.

—¿Y porque no nos han detenido entonces? ¿Por qué nos permitieron entrar?

—Porque mi encanto me consigue amigos en todas partes —alegó con una socarrona sonrisita forzada.

Viré los ojos ante su comentario, aunque debía admitir que me gustaba verle dispuesto a tomarse la situación con otro ánimo, aun y cuando por dentro, claramente libraba una batalla campal de emociones.

—Tal vez deba disfrazarme de enfermera para que uses ese encanto conmigo —comenté siguiéndole el juego.

Nate amplió la sonrisa, muy a pesar de sus turbadas emociones, se lo estaba imaginando.

—Nada estaría mal, aunque no te hace falta mucha ropa para que use mi magia contigo —dijo.

Solté la risa finalmente, y le di un suave golpe en el brazo.

—Tonto —musité tomando su brazo para seguir caminando junto a él.

Nos adentramos en el jardín sin prisa alguna hasta que, sin previo aviso, Nate se detuvo.

Le imité soltando su brazo, y miré alrededor en busca de alguna pista que me ayudase a comprender. Enfermeros y personas mayores paseaban por las caminerías, un par de chicas jóvenes con las muñecas vendadas charlaban en uno de los bancos cercanos, niños corrían a los brazos de sus abuelos, y familiares celebraban la mejoría de a quien habían venido a visitar. Los pacientes parecían encontrarse en paz muy a pesar de la situación que cada uno estuviese pasando.

Regresé mi atención hacia Nate, y finalmente elevó la mano para señalarme en qué dirección mirar. Percatándome solo entonces de la pequeña y elegante casa que se erguía al otro extremo de la fuente frente a nosotros. En el porche de la misma, un enfermero de robusta contextura leía un libro, mientras una señora de blanco cabello y acabado semblante, le escuchaba. Sentada en una mecedora de madera, con una manta tejida sobre las piernas y la mirada perdida, parecía disfrutar de la compañía.

«¿Quién era esa mujer?».

Miles de suposiciones invadieron mi cabeza, pero la gélida e inmutable expresión llena de dolor en el rostro de Nate, me hacían sospechar la peor de las posibilidades.

—¿La conoces? —pregunté intentando no ser brusca.

Nate asintió en respuesta.

—¿Y por que no te acercas? —insistí.

La pesada forma en que suspiró me apretó el pecho. La transparencia de su frustración me inquietaba.

—Porque no tiene sentido hacerlo, ella no me recuerda.

—¿Por qué? ¿Qué le sucede? ¿Quién es? —Necesitaba saber.

—Tiene alzheimer —explicó—. Y es mi madre.

«¿Su madre?».

No supe que decir. Aunque ya lo hubiese imaginado, algo muy dentro de mí esperaba estar equivocada. Una realidad como aquella era difícil de tragar, y se tornó jodida de digerir cuando recordé lo que había mencionado Nate hacia un instante.

—Espera... ¿Caroline te puso una orden de alejamiento para que no pudieses ver a tu madre? —pregunté sumamente alarmada.

Nate sonrió con amargura.

—¿Realmente te sorprende?

La verdad no me resultaba extraño, no ahora que conocía el tipo de persona que era mi hermana en realidad.

—¿Por qué? ¿Con qué derecho? ¿Tus hermanos saben de esto? —No podía controlar la indignación en ese momento. Quería golpear algo, o más bien a alguien.

Nate suspiró y se recostó del árbol junto a nosotros.

—Lo saben —corroboró sin apartar la mirada de su madre—. Hace cuatro años, cuando le detectaron el alzheimer, Caroline se ofreció a traerla a Nueva York para ofrecerle un mejor cuidado y tratamiento. Mis hermanos aceptaron.

—Vaya forma de lavarse las manos —opiné sin poderme contener la necesidad de decir lo que pensaba. Nate no respondió, pero a juzgar por la expresión en su rostro, estaba de acuerdo— ¿Y cuándo demonios llegaron al punto en que tus hermanos permitieron que, *mi hermana*, una completa desconocida, impusiera una orden de alejamiento para que no pudieses acercarte a tu propia madre?

—Hace tres años cuando decidí que mi relación con Caroline debía terminar —indicó, tomándome por sorpresa que Nate ya hubiese pasado por

esa decisión. Haciéndome pensar con mayor preocupación en la razón que lo hizo desistir entonces—. Me fui de la casa, renuncié a la revista, e incluso tuve intenciones de llevarme a mi madre de regreso a Texas —continuó—. Por semanas vine a visitarla, a proponerle volver a casa... —hizo una pausa, a leguas se notaba que tomaba fuerzas para seguirme contando— pero ella no me reconocía. De hecho, se ponía nerviosa cuando le insistía.

No podía imaginar lo difícil que debió ser aquel momento para Nate, pero la oscuridad y el hastío que emanaba de su voz, eran suficiente evidencia de lo que aún le dolía.

—Una noche, cuando ya me marchaba, me llamó por mi nombre. Supo quién era. —La sonrisa que por un segundo destelló en sus labios, se borró con un amargo gesto—. Pero a penas me acerqué... —Hizo otra pausa mientras sus azules ojos, a pesar de su arduo intento por mantenerse indiferentes, se llenaban lentamente de lágrimas—. Cuando me acerqué entró en pánico —continuó—. Empezó a gritar, a decir que yo había venido para matarla, para acabar con ella de la misma forma en que lo había hecho con papá. —Río con tanta amargura, que me hizo tragar grueso—. Se alteró tanto esa noche, que sufrió un infarto. Casi se muere.

Su voz se quebró de tal forma, que al notar cuanto le afectaba hablar mientras observaba a su madre, me impuse frente a él bloqueándole el campo visual. Nate suspiró con alivio, retomó la compostura como si hubiese despertado de alguna especie de tortuoso letargo, y se apretó los ojos negado a llorar. Se limpió la cara y enfocó la mirada en la fuente. Se rehusaba a mirarme.

—No fue tu culpa —recalqué.

—Claro que fue mi culpa —replicó de inmediato—. Yo estaba consciente del miedo que mi madre me tenía —indicó—. Siempre me ha culpado por la muerte de mi padre, desde entonces me teme. —La rabia que irradiaba su voz era angustiante—. Y tu hermana, la inteligente de tu hermana, alegó que mi presencia resultaba perjudicial para la salud de *MI* madre, y que lo mejor era mantenerme alejado de ella; pero siendo el jodido terco que soy, insistí en verla... —contó tragándose nuevamente las ganas de llorar— provocándole un nuevo ataque de pánico, ¡Porque soy un maldito genio!

El severo sarcasmo con el que se auto castigaba me irritaba. No me

gustaba que se sancionase a sí mismo de aquella forma tan dañina. Nate hervía en cólera, la intransigente culpa que llevaba sobre los hombros era palpable, y aun así hacía un esfuerzo por mantenerse bajo control. Su negación a exponer su vulnerabilidad me resultaba atractiva, y a la vez preocupante.

—A la final mis hermanos le dieron potestad a Caroline para decidir sobre el bienestar de mi madre —indicó con amarga sorna—. Le dieron poder legal para hacer lo que ella considerase mejor. Y como buena abogada que es...

—Pidió la jodida orden de alejamiento en tu contra —supuse.

Nate asintió con la cabeza.

—Desde entonces, todo lo que se haga con mi madre, debe tener la aprobación de tu hermana primero.

Me resultaba tan asqueroso y repulsivo lo que Caroline había hecho, la forma en que había manejado la situación para tener como manipular y controlar a Nate era indignante. Mi hermana era una grandísima cabrona, una total arpía.

—Increíble hasta dónde puede llegar esa mujer a la que definitivamente no conozco.

Nate soltó una áspera risa.

—Y aún no escuchas la mejor parte —apuntó con fría sorna—. Me dijo que el bienestar de mi madre dependería de que tan buen novio fuese con ella. Si yo me portaba bien, los enfermeros también lo harían.

«Hija de la gran puta».

—Te chantajeó —recalqué atónita, el descaro de Caroline era imposible de asimilar—. Todo este tiempo he pensado que eras un cobarde incapaz de enfrentar a mi hermana, que le tenías miedo o algo parecido —admití—. Cuando de lo que tienes miedo es de lo que pueda hacer con tu madre —apunté pensando en ello, sintiéndome una verdadera tonta ahora—. Por un lado, a tus hermanos les importa un pepino lo que pase contigo o con tu madre, y por otro, estás atado a las faldas de una zorra.

—La vida puede ser una verdadera perra algunas veces —alegó cruzándose de brazos y reacomodando su espalda contra el árbol.

—¿Por qué no me lo dijiste desde un principio?

Nate elevó los hombros.

—Ya me conoces, soy el ser más abierto del planeta —excusó con sarcasmo, negado a responder. Pero una reprochante mirada me bastó para obligarlo a hablar—. No lo sé ¿ok? —soltó a la defensiva, tomándose un segundo para respirar cuando se percató de que había sido un bruto al responderme así—. Supongo que no quería que me vieras como un cobarde. —Se estaba forzando a admitir la verdad—. No quería decirlo en voz alta y aceptar que todo esto había sido mi culpa, que mi inmadurez y mi orgullo arrastraron a mi madre a esta situación —admitió avergonzado.

—Caroline y tus hermanos arrastraron a tu madre a esta situación, no tú.

—Sí, tal vez —alegó—. Pero es a mí a quien mi madre teme, soy yo quien siempre termina lastimando a las personas que quiero.

Sus palabras dolieron. Nate vivía aterrado de hacerle daño a otros.

—Tampoco quería envolverte en mis problemas —explicó a regañadientes—. Ni a ti ni a nadie. Mis errores son míos, y solo yo debo enmendarlos.

—Tal vez —dije—. Pero nadie dice que debes enfrentarlos solo.

Nate me sostuvo la mirada en silencio, y de un momento a otro, su mirada cambió. Sus ojos, aun bañados en tristeza, encontraron la fuerza para brillar. Y en sus labios, se formó finalmente una pequeña sonrisa. Tomando mis manos para jalarme cerca.

—¿Ni siquiera Jasper lo sabe?

—Ni siquiera Jasper —corroboró.

—¿Por qué? Es tu mejor amigo —recalqué—. De seguro te hubiese ayudado a encontrar una solución.

Nate asintió, aparentemente consciente de ello.

—Lo sé.

—¿Entonces?

Su boca se abrió por fracción de segundo, y con la misma rapidez se tragó las intenciones de explicarse. Algo no me estaba contando, un algo más oscuro, delicado y visiblemente difícil de procesar. Tenía el presentimiento de

que ese algo tenía que ver con la muerte de su padre, el porqué su madre lo culpaba, y aquella creencia de que lastimaba a todo el que quería.

—Hey —susurré, elevando su rostro para que me mirase a los ojos—. Está bien —dije acariciando el borde de su mandíbula, sintiendo la aspereza de la creciente barba bajo mis dedos—. No tienes por que contarme más.

—Prometí contarte todo —refutó Nate.

—Lo sé. Pero soy yo quien no quiere saber más por hoy—impuse. No quería que se presionara más de lo que su estado emocional podía soportar. Ya tendríamos tiempo para que me contase los detalles.

—¿Segura? —preguntó.

Yo asentí en respuesta.

—Quería conocer y entender tus razones para seguir con la basura de mi hermana; ahora que las entiendo, no necesito más —aseguré logrando robarle otra pequeña sonrisa, de esas que, genuinas y sencillas, sabían acelerarme el corazón—. Solo quiero que sepas que, todos cometemos errores. Todos actuamos sin pensar en algún momento de nuestras vidas, y aunque la mayoría de las veces nos cueste perdonarnos a nosotros mismos, debemos hacerlo. Lo que pasó no se puede cambiar, pero sí se puede remediar. Confío en que saldrás de esto, ninguna dificultad es muy grande para un corazón como el tuyo.

Nate se mantuvo en silencio, me observó detenidamente por largo grato, y finalmente amplió la sonrisa.

—Ven acá—dijo jalándome hacia él para rodearme con sus brazos—. Hay bonita, bonita —susurró besando mi frente— ¿Que hice para merecerte? Eres muy buena para mí.

—Lo sé —afirmé escuchándolo soltar la carcajada mientras me acurrucaba contra su pecho. Sin soltar el abrazo, nos mantuvimos en silencio por un buen rato, viendo a su madre desde la distancia.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté rompiendo el letargo cuando el enfermero se levantó de su silla habiendo terminado el libro.

Nate suspiró y me liberó de sus brazos.

—¿Honestamente? No lo sé —admitió visiblemente angustiado—. Lo

único que sé es que mi relación con Caroline llegó a su final y no pienso seguirlo postergando —aseguró—. Ahora, luego de eso... —Elevó los hombros—. Supongo que acudir a las autoridades, buscar un abogado, hablar con mis hermanos, no lo sé. Pero tengo que recuperar a mi madre, ella necesita volver a casa, *su casa*.

Yo negué con la cabeza, cruzándome de brazos mientras pensaba en el asunto.

—No será tan fácil. Caroline no te dejará ganar, detesta perder y de seguro tendrá cientos de cartas bajo la manga para usar en tu contra. Es tan buena abogada como hija de puta.

Era una real cabrona y no me dolía en lo absoluto hablar así de ella. Esa mujer no podía ser mi hermana, no podíamos compartir el mismo ADN, me negaba a creerlo. La decepción y el asco que me producía solo pensar en ella ahora, eran demasiado grandes para describir.

—¿Que me aconsejas?

Su pregunta me tomó por sorpresa, Nate quería mi opinión, confiaba en mí.

—Muy a pesar de que no me guste... —Podía saborear el veneno de la sola idea—, lo mejor es mantener las aguas tranquilas.

—¿Lo que significa...?

Suspiré hastiada.

—Lo que significa que no puedes terminar con Caroline, al menos no por ahora.

Nate no pudo ocultar la sorpresa.

—¿Hablas en serio?

—Créeme, yo no estoy regocijándome con la idea —admití—. Pero si terminas con ella ahora, arderá Troya; despertarás a la psicópata que aparentemente lleva dentro, y usará todas sus cartas en tu contra —dije señalando a su madre con un sutil movimiento de cabeza.

Nate suspiró con pesadez, parecía estárselo pensando

—Si actuamos precipitadamente, saldremos perdiendo —insistí esperando su aprobación. No quería presionarlo, mucho menos lo obligaría a hacer algo

que él no estaba dispuesto a hacer.

—Ok —dijo finalmente—. Si crees que es lo mejor, confío en ti.

—No es lo mejor, pero es lo único que nos dará tiempo para pensar en cómo salir del problema.

—¿Nos dará? —preguntó percatándose de que yo me incluía en el paquete—. Debo solucionar esto solo, Anne.

—¿Según quién? —refuté.

—¿Según lo que es correcto...?

Pifíe de inmediato.

—Que se joda lo correcto. No pienso dejarte pasar por esto solo —aseguré—. Ya es tiempo de que la princesa sea quien rescate al héroe.

Nate lo pensó, parecía agraderle la peculiar idea. Y cuando un ladino brillo retorció su sonrisa, supe lo que estaba pensando.

—De ninguna manera pienso disfrazarme de princesa —apunté.

Él fingió inocencia de inmediato.

—¿Qué? No he dicho nada.

—Pero lo has imaginado.

Quiso, pero no pudo refutarme.

—Tal vez —admitió. Y antes de que pudiese golpearle un brazo, me jaló por el cuello para besarme. Mi puño se abrió para apretar su brazo, y cuando empezaba a ponerme de puntillas sintiendo la temperatura subir agradablemente, el beso se rompió tras un suave suspiro. Mis pies volvieron al piso y la sonrisa no se hizo esperar.

—Gracias —dijo juntando su frente a la mía, tomando una relajada bocanada de aire.

—¿Por?

—Por ser tan jodidamente bonita —dijo. Y de alguna forma sentí que no se refería solamente a mi físico.

—Tú me has enseñado que hay que luchar por aquello que te hace feliz

—apunté—. Pues bien, tú me haces feliz. Así que aquí me tienes, dispuesta a luchar hasta el final.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase

La sonrisa de sus labios se desvaneció cuando se unieron suavemente a los míos una vez más, y fundiéndonos en otro abrazo, la fresca brisa de la tarde sacudió los arboles sobre nosotros tumbando sus hojas más viejas al suelo.

—¿Quieres quedarte otro rato? —pregunté suponiendo que querría ver a su madre por más tiempo.

—Sí, eso me encantaría —respondió.

Tomando su mano lo llevé conmigo al banco más cercano, para sentarnos y podernos tomar todo el tiempo que él necesitase.

EL ARCHIVERO OCULTO

CAPÍTULO 13

NATANIEL

El frío que hacía en Nueva York esa noche era insoportable. Llevaba más de una hora esperando a las afueras del edificio donde se encontraba el bufete de Caroline, y aún aguardaba por la señal de Anne para entrar.

«Cuando le dije que quería hacer algo divertido esta noche, no me refería a esto».

El portón del estacionamiento se abrió y tuve que esconderme rápidamente tras un árbol de la calle, era Caroline en su coche, finalmente se marchaba.

La vi desaparecer en la siguiente esquina cuando una notificación en mi móvil me alertó, era Anne; y en su mensaje me pedía que me adentrara al callejón lateral.

«¿Piensa meterme por la puerta trasera? ¿Es en serio?».

Respiré hondo mirando alrededor, asegurándome de que nadie me estuviese observando o prestando mucha atención. Y sintiéndome en una mala comedia de espías, hice caso. Me adentré al jodido y oscuro callejón encontrándome con una gran puerta gris sin manilla.

«¿Como diablos piensa que voy a entrar?».

Me giré, corroborando que no hubiese alguna otra puerta que estuviese omitiendo, pero aquella parecía ser la única. Acomodé el cuello de mi chaqueta, y cuando me frotaba las manos en busca de calor, el rechinar de la bendita puerta detrás de mí me hizo brincar. Era ella.

—Apresúrate —dijo Anne con vigilante semblante—, no tenemos mucho tiempo.

—Esto es una locura —susurré como si alguien pudiese escucharnos.

—Lo sé, pero también es nuestra única opción —destacó ella cerrando la

puerta detrás de nosotros.

—¿Y no era más fácil entrar por la puerta principal y decir que vengo a ver a Caroline? —Le pregunté inquieto.

—Claro, y después explícale a mi hermana por qué precisamente tú, que no has venido casi nunca, viniste a verla minutos después de la hora en que tú sabes que se marcha a casa.

«Tenía un muy buen punto».

—Además —continuó, señalándome el pasillo que debíamos tomar—. Caroline no debe saber que estuviste en el bufete. Yo trabajo aquí y por ende no le resultará extraño que me quede hasta tarde, pero tu presencia sería sospechosa.

«Otro buen punto».

—Parece que alguien ha estado viendo muchas series policiales —comenté divertido.

—Peor —dijo—. Soy abogada.

Llegando al tercer piso, una gran puerta de cristal con el logo de la empresa nos recibió al abrirse el ascensor. Cruzando la misma, una amplia y elegante estancia con variados cubículos personalizados me distrajo por fracción de segundos. No recordaba tanta opulencia desde la última vez que había pisado el bufete.

Anne, inquieta, me hizo reaccionar jalándome por el brazo para tomar hacia la derecha, adentrándonos por un largo pasillo que daba a oficinas mayores.

—Han remodelado —dije, sorprendido por la exageración de lujos.

—No sabría decirte, así estaba cuando llegué —alegó Anne con total indiferencia ante los lujos—. Pero aparentemente mi hermana se ha adueñado del lugar. Desde que Steve viaja tanto, hace lo que quiere —explicó. Y al nombrar a Steve me hizo recordar el desastre de noche que difícilmente me perdonaría algún día.

Finalmente nos adentramos a la oficina de Caroline dejando la luz apagada, aunque estuviésemos solos, era mejor no llamar la atención.

La enorme oficina resultó más suntuosa de lo que la recordaba, y eso era decir demasiado cuando se hablaba de una mujer que no escatimaba en su necesidad por alardear.

—Bien, tu revisa en el archivero de la esquina, yo me ocupo de este —indicó Anne dirigiéndose al otro extremo del recinto.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —pregunté.

—El documento legal que le otorga poder sobre tu madre.

—¿Y eso en qué podría ayudarme? —inquirí empezando con la primera gaveta del alto archivero.

—Puede que en nada, puede que en mucho —alegó ella—. Todo dependerá de lo que encontremos en él.

Los archivos estaban organizados de forma alfabética y por apellidos. Lo que, a mi parecer, facilitaba el trabajo de búsqueda.

—¿Te refieres a encontrar algún Vacío legal?

Anne elevó la cabeza mirándome aparentemente sorprendida, soltando la risa luego.

—No, un Vacío Legal es cuando no hay ninguna norma legal que rija un caso determinado —explicó—. Por ejemplo, una gran parte de los delitos cometidos en internet tienen un vacío legal, ¿Por qué? Porque todavía no se han dictado leyes pertinentes a tales cuestiones. Esto sucede porque la sociedad evoluciona más rápido que el derecho, y las leyes solo se crean o modifican para cubrir nuevos hechos o “conflictos”. Hasta entonces quedan sin regulación alguna.

La pasión aparentemente escondida con la que hablaba de su profesión, y lo intelectual que esta la hacía ver, me resultaba tan jodidamente sexy que, si seguía hablando, le arrancarí el horrible atuendo que Caroline le obligaba a usar en la oficina, y me la comería sobre el escritorio en ese mismo instante.

—¿Qué? —preguntó mientras la observaba.

—Nada, solo que te ves muy sexy cuando hablas de leyes.

Me lanzó una coqueta mirada y tuve que pensar en perritos muertos para no lanzármele encima.

«¡Que mujer! Cuanto me gusta».

—¿Cómo supiste sobre vacíos legales? —Quiso saber sin apartar su atención del archivero que inspeccionaba minuciosamente.

—No tienes idea lo que puedes aprender con Netflix —alegué en mi defensa, viéndola sonreír antes de continuar con su búsqueda— ¿Entonces que estamos esperando encontrar? ¿Alguna metida de pata de parte de Caroline por donde podamos cogerla desprevenida? —indagué mientras buscaba los archivos calificados por la letra D, de Donogan, el apellido de soltera de mi madre. Si no lo encontraba ahí, saltaría a la R, de Rouse.

—Sí, si algo he aprendido de mi hermana en estos meses trabajando con ella, es a no subestimar la capacidad para cometer errores de un abogado, especialmente de uno que obra con la malicia que lo hace mi hermana. La codicia y la seguridad en su excelencia pueden cegar al abogado más avisado.

—Entiendo, estamos apostando a su vanidad.

—Exacto. Ella cree que no existe quien pueda con ella, y que nadie se va a molestar en leer la letra pequeña porque todo lo que ella hace es “*perfecto*” —apuntó con notorio desdén. Nunca fue mi intención de enemistar a Anne con su hermana, o que descubriera de la forma en que lo hizo, que tipo de persona era Caroline. Muy en el fondo de su decepción, había tristeza; podía verlo en sus ojos cuando hablaba de ella.

—Solo espero que tengas razón. —Me limité a decir regresando mi atención al archivero.

—La tengo, sé que la tengo —aseguró. Su tenacidad y decisión por encontrar algo que pudiese ayudarme, me recordó las razones por las cuales me había enamorado como un completo idiota por ella: La genuinidad de sus emociones y la pureza de su corazón.

Llevábamos más de dos horas buscando cuando el ruidoso reloj de la pared anunciaba la media noche. Y sentados en el suelo junto al escritorio de Caroline, bebíamos Coca-Cola mientras nos terminábamos una gran pizza cargada de pepperoni.

—¿Crees que al vigilante le haya extrañado que pidieras comida a esta hora? —pregunté antes de darle un buen mordisco a mi último pedazo de

pizza.

Anne negó con la cabeza.

—No si pedí otra pizza para él —alegó con malicioso tono.

—Lista, bonita y lista —dije viéndole sonreír. Detestando la forma en que su semblante cambió cuando regresó la mirada al archivo sobre sus piernas.

—Esta es la última carpeta —anunció con desilusión mientras apartaba dicho folio.

—Lo que significa que no está aquí el documento —supuse bastante desanimado. Me había hecho ilusiones con encontrar algo que nos ayudase, pero lo que más me afectaba, era verla decepcionada.

—No puede ser, tiene que estar aquí —insistió. Se le notaba frustrada—. Ya revisamos su oficina en casa y no encontramos nada, tiene que estar aquí.

—Hicimos lo que pudimos —dije buscando animarla. Agradecía enormemente su apoyo.

Ella negó con la cabeza, reacia a aceptar la derrota. Yo aparté la caja de la pizza del medio y me arrastré por la alfombra hasta ella, apoyando mi brazo al otro extremo de sus piernas para estar cerca, obligándola a mirarme.

—Hey —susurré girando su rostro hacia a mí—. No estés triste bonita, al menos lo intentamos —recalqué en nuestra defensa—. Tal vez así es como deben ser las cosas. Tal vez lidiar con la consecuencia de mis actos sea el castigo por lo que hice.

—¿Por lo que hiciste? —exclamó visiblemente indignada— ¿Qué diablos hiciste? ¿Querer mandar al infierno a una fiel inquilina del mismo? ¿Querer ser feliz? ¿Querer llevar a tu madre a casa? ¿Qué diablos fue lo que hiciste mal para que tengas que asumir un “*Castigo*” como este?

Su pregunta tocó fibras que me desestabilizaron por completo. Recuerdos y reproches que prefería mantener enterrados, salieron a flote. Pesadillas de las que no podía escapar.

—Anne...

—Tú no mereces nada de lo que has vivido Nate, nadie lo merece —continuó sobresaltada.

—Tal vez no soy tan buena persona como tú crees —dije finalmente mientras ella me miraba enojada a incrédula ante lo que había dicho.

—¿Por qué? ¿Por qué crees que no eres una buena persona?

Responder me resultaba más difícil de lo que ella podía estarse imaginando.

—¿Por qué insistes en que todo es tu culpa? ¿Por qué te odias tanto? ¿Por qué crees que mereces algo así? ¿Por qué hablas de ti como si fueses alguna clase de monstruo? —insistió.

—¡Porque lo soy! —afirmé subiendo la voz. Anne me estaba presionando y no me daba tiempo de asimilar una pregunta cuando ya estaba haciendo otra—. ¡Soy un jodido monstruo! —reiteré apartándome de ella, apoyando mis brazos sobre mis piernas flexionadas, y congelado la vista sobre el archivero detrás de Anne, sintiendo mis músculos tensarse mientras se hacía un denso silencio entre ambos. El que frío e incómodo, me hizo darme cuenta de la forma en que había reaccionado.

«*¡Que imbécil!*».

Me tomé un segundo, suspiré, y me tragué la nefasta sensación de que perdía el control sobre mí mismo. Podía escuchar los fuertes latidos de mi corazón acelerándose, y el aire empezando a faltar. Como si de alguna forma mi cabeza supiese que aquel tema era peligroso, y se estuviese defendiendo para no decir nada.

—Porque...porque lastimo y hago daño a los que más quiero —sostuve obligándome a hablar.

Anne me observó por un momento, y luego se acercó poniendo su mano sobre mi brazo. Solo su roce resultaba el analgésico perfecto.

—Tú no lastimaste a tu madre Nate, las circuns...

—No se trata de mi madre. —Le interrumpí, aclarándolo de una vez por todas.

Se tomó un segundo, se relamió los labios, y en sus ojos pude ver el miedo a preguntar.

—¿Tiene que ver con tu padre? —Y así daba justo en el maldito clavo—
¿O con la razón por la que tu madre te culpa de su muerte?

Sobresaturado de recuerdos, me limité a asentir con la cabeza.

—Nate, tú no...

—Yo lo hice. —Le interrumpí nuevamente antes de que insistiera en mi inocencia—. Me culpa por que yo lo hice. Yo maté a mi padre.

Y tal y como lo había esperado, Anne se había quedado en silencio; mirándome fijamente mientras me juzgaba, o por lo menos temí que lo estuviese haciendo. No obstante, la expresión en su rostro hablaba de alguien no sabía cómo sentirse al respecto. ¿Y quién podría? Era algo imposible de asimilar.

El horrible silencio se prolongó, y aunque por un momento pensé que mi verdad había resultado tan atroz que Anne no quería, o no tenía nada más que decir; me obligué a dejar las suposiciones percatándome de que solo me daba espacio y tiempo para abrirme con ella, sin presiones.

Cuando tuve el valor de mirarla a los ojos, ella me sonrió con su preciosa y característica calidez.

«¡Que bonita es joder!».

Respiré hondo asimilando que finalmente había soltado la bomba, y desaté mi posición defensiva para girarme hacia ella.

—Apuesto a que mueres por saber lo que pasó.

Anne asintió sutilmente, y su gesto me resultó tan adorable, tan jodidamente tierno, que no pude evitar el sonreír. Tomé una de sus manos para besar la misma, y decidí centrarle todo. Era momento de correr limpio con ella.

—Poco tiempo después de que “*la astronauta*” me mandase al demonio, a mi padre le diagnosticaron Cáncer de próstata—expliqué—. Razón por la cual me esmeré en complacerle siendo el mejor de mi generación porque, cada vez que yo daba un paso atrás, y mis ganas de mandar todo a la mierda asomaban, él se tomaba la libertad de recordarme que estaba enfermo y que no quería morirse sin verme graduado de médico.

—No sé si lo que voy a decir está en lo correcto o no, pero, el cáncer de próstata no es necesariamente mortal —recalcó ella verdaderamente atenta a lo que le contaba—. Conozco a muchos hombres amigos de mi padre que lo

han padecido, y con un buen tratamiento lo han superado. Por lo que me parece sumamente ruin que usara su enfermedad para manipularte.

Su facilidad para decir lo que pensaba, me fascinaba.

—Lo sé, y tienes razón; pero la enfermedad de padre no se detuvo ahí, en menos de un año empezó a mostrar otros síntomas, síntomas completamente ajenos a su problema de próstata; los que, en mi básico conocimiento, me hicieron suponer que sufría de una cardiopatía isquémica.

—Y tú estudiando precisamente para cardiólogo —recalcó ella.

Asentí a medio suspiro.

—Sí, y no sabes cómo me cagué en la ironía de la vida en ese entonces —dije sin que me quedase nada por dentro—. Desde el momento en que empezó a sospechar que su corazón estaba fallando, se empeñó en que no podía existir mejor doctor en el mundo que pudiese diagnosticarlo, que yo.

—Pero aún no estabas graduado —apuntó ella visiblemente alarmada—. Aún te faltaban años para terminar la carrera.

Asentí de acuerdo con su pensar.

—Sí, pero convencer de eso al hombre que se negaba a comer comida congelada por que el gobierno la usaba para implantar chips en su cerebro, no fue precisamente fácil —indiqué—. Además, él insistió en que era mi oportunidad de demostrar que tan buen cardiólogo podía ser.

—Me perdonas, pero tu padre estaba loco —comentó logrando hacerme reír.

—Tal vez —dije suspirando—. El punto es que...yo no me negué, y tampoco le dije lo que tenía realmente.

El silencio de Anne hablaba por sí solo, no se había esperado aquello.

—¿Por qué? —preguntó de inmediato.

No sabía cómo responder, solo pensarlo me provocaba unas asquerosas ganas de vomitar hasta escupir las entrañas. Lo intenté un par de veces, pero no encontré las palabras. Una parte de mí se negaba a continuar. Sentí mis manos temblar, y las apreté entre sí para retomar el control.

—Porque mi padre tenía razón, era mi oportunidad —dije odiando cada

palabra que salía de mi boca—. Pero no para demostrar que era bueno, sino todo lo contrario. —Anne parecía confundida—. Era mi oportunidad de demostrarle que no servía para lo de ser médico. Mi oportunidad de decepcionarlo tanto, que me dejase en paz para poder hacer lo que en realidad quería hacer con mi vida.

—Nate... —musitó Anne viéndome fijamente. Yo asentí consiente de lo horrible que se escuchaba la verdad.

—Lo sé, lo sé. Usé su enfermedad a mi favor como el jodido egoísta inmaduro que era —admití sintiendo como me comía la vergüenza—. Había perdido la voluntad para decidir sobre mi futuro, había perdido a mis amigos porque no tenía tiempo para ellos, e incluso había perdido a la chica que me quiso por quien era y no por quien estaba jugando a ser —detallé con amargo sabor de boca, los recuerdos dolían, aún dolían—. Y sé que no es excusa, pero tenía tanta rabia, tanta; que lo culpaba a él por todo lo que había perdido. Yo...

No pude seguir hablando, la presión que estrujaba mi pecho era insoportable. Pero al sentir sus dedos correr por mi cabello, pude respirar con mayor tranquilidad. La paz con la que me llenaban sus caricias era única, y por un par de segundos, no dijimos nada. Anne besó mi mejilla y yo sus labios en busca del dulce almíbar que sosegaba mi ansiedad. Y no encontrar en sus ojos, vestigio alguno de que me estuviese juzgando, me hizo sentir mucho más avergonzado aún. Definitivamente no la merecía.

—Fui un egoísta. Pensé en mí y mentí. Lo convencí de que no tenía nada, que los síntomas y el malestar eran producto de su hipocondría. Me dejé llevar por el rencor y actué sin pensar excusándome en la idea de que mi padre era fuerte —continúe sintiéndome tan insignificante y ruin, que la oficina se me hizo más grande de lo que era,

—¿Que paso después?

—¿Después? Después todo se fue al diablo —resumí evocando aquel día como si lo hubiese vivido ayer—. Mis hermanos se negaron a creer que el estado de salud de mi padre fuese normal, lo manipularon para llevarlo a un médico real y los exámenes no solo arrojaron que mi *diagnostico* estaba mal, sino que, en efecto, y como yo lo había identificado desde un principio, mi padre tenía una cardiopatía isquémica que, para mi sorpresa, resulto ser más

grave de lo que había pensado.

—¿Supieron que mentiste? —preguntó empujándome más y más profundo en aquel oscuro hoyo de recuerdos.

—Mi madre me escuchó hablar con el médico que lo estaba atendiendo cuando le expliqué que yo en verdad había tenido mis sospechas. Desde entonces empezó a odiarme. No quería verme o saber nada de mí, y apenas se enteraron mis hermanos, me golpearon hasta dejarme hospitalizado con la nariz y un par de costillas rotas.

—Por eso tienes esa atractiva nariz que tanto me gusta —recalcó ella logrando arrancarme una sonrisa por su, completamente absurdo, pero encantador comentario.

—¿Cómo murió? —inquirió

Suspiré ante aquella pregunta.

—Su corazón no soportó —indiqué—. De haber tenido un tratamiento adecuado desde el momento en que empezó a tener los síntomas, hubiese sobrevivido, o por lo menos durado más años, pero...

Una vez más las palabras se negaron a salir de mis labios. Sentí un gran nudo en mi garganta, y apretando mis manos nuevamente, miré hacia el piso.

—Ni siquiera tuve el valor de ir al velorio. Yo no...yo... —No podía hablar más, simplemente no podía—. Yo ya lo sabía, Anne —recalqué—. Yo sabía lo que tenía y lo que necesitaba... ¡Yo lo sabía maldición! —reiteré pateando el archivero frente a mí, dejando que me ganase el puto desprecio que sentía por mí mismo.

Anne me rodeó con sus brazos de inmediato.

—Shhhhh, shhhhh —susurró besando mi frente. Y como si de ello dependiese mi cordura, me aferré a ella buscando apaciguar la culpa. Por un momento el tiempo se detuvo, y los mimos de mi bonita fueron lo único capaz de doblegar la punzante sensación en mi pecho.

—Sé que debería decir algo, que debería intentarlo al menos. Pero ninguna palabra de aliento aliviará el dolor que llevas por dentro —alegó con su dulce y femenina voz acariciando mi oído—. Por eso seré sincera —advirtió antes de continuar—. Cometiste un error, fuiste egoísta y orgulloso; pero tus padres

y tus hermanos también lo fueron. No te digo que los culpes a ellos de todo lo que ha sucedido en tu familia, pero sí te pido que no te atribuyas culpas que no te pertenecen. Desde la muerte de tu padre, hasta la actual situación de tu madre, ha sido el resultado de un conjunto de errores cometidos en familia, y tú no eres el malo de la película.

Su comentario me hizo sonreír, era como si supiese lo que estaba pensando.

—A algunos nos toca una familia de mierda —continuó— ¿Sabes por que? Porque no la elegimos, porque no podemos decidir si los queremos en nuestra vida como decidimos con nuestros amigos. Y aun cuando lo hagamos, aun cuando no queramos saber nada de ellos y los apartemos de nosotros, seguirán siendo familia. Nos guste o no. Para mí, esa es la forma que tiene la vida de demostrarnos que, cosas horribles pasarán dejando huellas que para bien o para mal se quedarán en ti. Y aunque queramos evitarlos, borrarlos u olvidarlos, no podremos. Porque nunca tuvimos la opción de hacerlo desde un principio. Por ende, solo nos queda aprender a vivir con ellos.

Asentí consciente de ello, Anne no podía tener más razón en lo que decía.

—¿Por qué atormentarnos por algo que no podemos controlar? ¿Cierto?

—¡Exactamente! —exclamó—. Y aunque *sé* que es más fácil decirlo que hacerlo, hay que intentarlo, hay que luchar en contra porque es lo único que sí podemos hacer.

—¿Vas a luchar conmigo? ¿Vas a estar ahí junto a mí?

La calma llegó disfrazada de sonrisa, de su preciosa sonrisa.

—Siempre.

La jalé hacia mí para robarle un beso, sellando así la promesa. Ella estaría conmigo y yo con ella. Solo eso me bastaba para sentirme más tranquilo.

—Ahora —dijo quebrando el beso—. Podríamos pasar las siguientes dos horas filosofando sobre la vida y sus putadas, o podríamos revisar la gaveta oculta que abriste cuando pateaste el archivero.

«¿Gaveta oculta?, ¿De qué habla?».

Miré hacia el archivero, y en efecto, una especie de compartimento inferior había saltado de un costado.

—¿Qué puede ser tan importante como para que mi hermana tenga un archivo escondido? —preguntó Anne con maliciosa expresión.

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Dije abriendo la gaveta por completo.

Anne se inclinó sobre la misma de inmediato, y sin rodeos, sacó la gran pila de documentos que esta contenía.

—¡Ahí está! —exclamé sin poder controlar mi emoción al ver el nombre de mi madre en el primer folio. Y haciendo los demás documentos a un lado, Anne tomó el primero para abrirlo y revisarlo detalladamente, pero luego de unos minutos, su rostro se mostró decepcionado.

—¿Qué sucede? —pregunté ansioso.

Anne negó con la cabeza y suspiró antes de cerrar la carpeta de mala gana.

—No hay nada que nos pueda ser útil, el documento está...perfecto.

Me desinflé de inmediato. Encontrar aquel compartimiento oculto me había llenado de esperanza.

—Lo siento —susurró Anne sumamente desanimada.

—Hey, no te preocupes. —Le dije elevando su rostro— Ya encontraremos otra forma.

Anne suspiró y forzó una sonrisa no muy convincente. Ambos bajamos la mirada al resto de documentos, y el nombre de Anne, en uno de ellos, nos pasmó a ambos por un momento. La intriga creció en un segundo, y con la misma rapidez, ella se hizo con el documento para abrirlo y empezar a leer con una velocidad alarmante.

Sus ojitos se fueron llenando de desmesurada conmoción, hasta el punto en que su silencio me provocó una desagradable preocupación.

—¿Qué sucede? ¿Qué dice?

Anne miraba fijamente el documento, como si todo el peso del mundo hubiese caído sobre ella en ese instante. No supe que hacer o decir, solo pude esperar. Y de un momento a otro, la expresión en su rostro cambió nuevamente, y en una profunda exhalación, pareció liberar la carga dentro de su pecho con una sutil sonrisa.

—Soy adoptaba —dijo sin más.

—¿Qué? —No pude ocultar la sorpresa.

—Soy adoptada —reiteró notablemente aturdida, pero visiblemente a gusto con la noticia; por lo que me resultó difícil descifrar el cómo se sentía, probablemente porque ella misma parecía no saberlo.

—Ehmm, no sé si felicitarte o darte el pésame —dije.

A Anne pareció hacerle gracia mi confusión.

—¿Por qué lo escondió? —preguntó elevando finalmente la vista— ¿Por qué mantener un documento como este oculto y siempre cerca? ¿Qué pretendía con él? ¿Usarlo en mi contra algún día? ¿Hacerme daño con la mejor noticia de mi vida?

La fuerte carcajada que soltó me dejó aún más descolocado y, aun así, nunca la había visto tan ligera.

Cerró la carpeta y la hizo a un lado.

—Muchas veces lo pensé, debía haber una razón de peso para su maltrato —apuntó quedándose pensativa por un momento—. Lo que no entiendo es... ¿Por qué adoptarme? ¿Qué ganaban con eso si no me querían?

—El señor Salvyn siempre dijo que quería un varón que continuase con el legado familiar. Tal vez cuando su esposa no pudo tener más hijos, decidieron adoptar.

—Según lo que dice en ese documento, no fue una adopción común. De hecho, me *compraron* mucho antes de nacer —explicó—. Mi madre biológica estaba destinada a morir y los médicos habían asegurado que él bebe sería varón.

Fue entonces que yo no pude contener la carcajada.

—Que varón más bonito tuvieron. —Anne se unió a la risa, ella le había arruinado los planes a los Salvyn desde el momento en que nació, y la idea de aquello, parecía resultarle satisfactoria.

Tomé los demás documentos, curioso por saber que otros secretos podrían albergar, y un par de carpetas con mi nombre me dejaron atónito.

—¿Qué? ¿Ahora yo también soy adoptado? —pregunté con sorna antes de

que Anne me quitase los folios de la mano para empezarlos a leer.

—No creo que tengas tanta suerte —apuntó sonriente mientras sus ojos paseaban entre las líneas de aquel primer documento, de entre las otras cinco carpetas restantes con mi nombre.

—¿Por qué diablos tiene tantos documentos sobre mí? ¿Y porque hay unos con mi nombre y el nombre de lo que parece ser un banco? —Quise saber, no comprendía que tenía que ver una cosa con la otra.

Anne elevó la mirada, sumamente alarmada.

—Porque es un banco, un banco en Londres —aclaró dejándome más confundido que antes.

—¿En Londres? Solo he pisado Londres una vez en toda mi vida, y fue para la boda de un amigo de Caroline —recalqué mientras Anne parecía ignorarme; completamente sumergida en lo que leía, con la boca cada vez más abierta, y sus ojos reflejando el más inquietante terror.

—¡Hija de la gran puta! —exclamó de repente, pasando página tras página. Tomando otra de las carpetas que tenía en mano para revisarlas con la misma rapidez—. Por eso busca formas de chantajearte, por eso se empeña en retenerte a su lado.

—¿Qué? ¿Por qué? —No comprendía y empezaba a angustiarme.

—Esto es grande, esto es... —dijo deteniéndose antes de continuar—. Tenemos que llamar a Steve.

—¿A su socio?

—Sí —confirmó ella cerrando las carpetas para recogerlas con torpeza—. Y también tenemos que comprar dos pasajes de avión.

—¿Dos pasajes de avión?

—Sí. Nos vamos a Londres.

DESDE LONDRES

CAPÍTULO 14

CAROLINE

Dos días habían pasado desde la última vez que supe algo de Nate o la insulsa de mi hermana. No habían dormido en casa, y sus cosas ya no estaban. Y es que, si me llegaba a enterar que se encontraban juntos, los aplastaría como el par de cucarachas que eran. Nadie osaba desafiarme de la forma en que ellos lo estaban haciendo y salían libres de ello, mucho menos dos calenturientos que me creen tan estúpida como para no darme cuenta de su repulsiva y tonta aventura.

«Son tan obvios que dan asco».

Pensar en Nate y Anne me amargaba la mañana, y eso no era algo que me podía permitir. Nadie tenía tal control sobre mí, absolutamente nadie.

Me vi en el espejo del ascensor una última vez, y cuando las puertas se abrieron, salí sonriente esperando encontrarme a la recepcionista del bufete. Pero para mi sorpresa, la muy desabrida no estaba en su puesto.

«Parece que alguien no necesita su trabajo».

Suspiré. Tolerar mediocres no era mi especialidad.

Abrí la puerta principal mientras buscaba el móvil en mi bolso, y al levantar la mirada, me encontré con el salón de cubículos completamente vacío. No había maletines, documentos abiertos, ni tazas de café que mostraran presencia alguna en el piso. Aquello empezaba a disgustarme. ¿Dónde estaba todo el mundo?

Tomé el móvil y marqué a mi secretaria, quien no solo no estaba, tampoco atendía. Mi enojo empezaba a crecer, y si tenía que despedir a todo el equipo luego de un abuso como aquel, lo haría.

—¿Quiénes se han creído para faltar sin mi permiso? —murmuré, mas no había terminado de abrir la puerta de mi oficina, cuando al pasar la vista por

la sala de juntas, vi a Steve sentado al otro extremo del gran mesón.

«¿Qué hace aquí? Su eterna luna de miel no terminaba hasta la próxima semana. Maldito el día en que a todos les dio por faltar».

Guardé el móvil y sonreí al percatarme de que me observaba fijamente. Parecía estarme esperando.

—Steve —dije al llegar a la entrada de la sala de juntas—. Que sorpresa verte por acá. Pensé que regresarías hasta la semana entrante.

El muy imbécil se quedó en silencio, inmutable. Con una mano sobre una gruesa pila de documentos y una portátil junto a él, con el semblante más frío y ajeno de lo normal, y una mirada bastante severa sobre mí.

—Te debe parecer extraño encontrar la oficina vacía —señalé suponiendo que a eso se debía su enojada actitud—. Pero no te preocupes, les di el día libre. Estaban trabajando bajo mucha presión y sabes como soy yo, me preocupo demasiado y qui...

—Deja el acto Caroline —Me interrumpió dejándome helada—, haces el ridículo.

—¿Perdón? —No supe cómo reaccionar a sus palabras. ¿Qué insinuaba con ellas? No comprendía y no me gustaba sentirme así, no me gustaba no entender o no saber.

—Yo fui quien les pidió que se marchasen a casa, Caroline; no tú —destacó.

«Maldición».

Me tomé un momento para disimular la sorpresa.

—¿Puedo saber la razón? —pregunté empezando a exasperarme aquella tensa y confusa situación.

Steve se limitó a girar la portátil hacia mí, y en ella aparecieron Anne y Nate en directo, abrigados de pies a cabeza en lo que parecía ser un parque de Londres.

—Hola hermanita. —Me saludó Anne.

—Hola Caroline —le imitó Nate junto a la muy poca cosa.

—Debes estarte preguntando que demonios está pasando —supuso Anne—. Bien, Nate y yo queríamos felicitarte por lo lista que eres. En verdad lo eres y eso no te lo puede quitar nadie.

—¿Qué sucede? —Volví a preguntar a Steve, aquello empezaba a inquietarme.

—Sucede que quería agradecerte por todo el dinero que pusiste a mi nombre Caroline —apuntó Nate.

«¡¿Qué?! No...espera ¿Qué está pasando aquí?».

—Wow, casi se te salen los ojos —señaló Anne con un odioso tono burlón mientras mi corazón amenazaba con salirse del pecho— ¿Qué pasa? ¿No esperabas que supiéramos de las cuentas bancarias a nombre de Nate donde guardas todo el dinero que le estas robando al bufete?

«No, no, no. Esto no está pasando».

Sentí mis manos tensarse, miré a Steve, y este aseveró su mirada sobre mí.

—No sé de que hablan —alegué en mi defensa—. Steve, no sé de que hablan. Todo esto es un invento de ese par de arpías que no solo se han estado revolcando a mis espaldas, sino que ahora también quieren destruir mi reputación sin ninguna razón.

—¿Sin ninguna razón? —exclamó Nate, riendo luego—. Eres de lo que no hay Caroline, de lo que no hay.

—Steve tiene todas las pruebas en sus manos Caroline —indicó Anne, atrayendo mi atención el suave golpeteo que emitieron los dedos de Steve contra los documentos que seguían bajo su mano—. Desde el cómo agregaste a Nate a la nómina para convertirlo en un empleado fantasma, hasta la apertura de las cuentas y tus planes para poderlo acusar luego de los robos.

«Esto no está pasando. ¡No está pasando!».

—Debo admitirlo hermana, eres toda una máquina de maldad —agregó la estúpida de Anne, a quien quería arrancarle los ojos con mis propias manos en ese momento.

— ¡Ah! Y para que no te enteres en la cárcel —agregó Nate sonriente—,

cerré las cuentas, todo el dinero regresó a su dueño original.

—¿QUE HICISTE QUE? —pregunté elevando la voz, dándole un golpe a la mesa mientras la sangre que hervía dentro de mí se me subía a la cabeza haciéndome perder el control.

«No, no. Mi dinero, mi dinero no... ¡NO!».

—Esto es...esto. —No sabía que decir, quería matarlos—. Esto es una mentira Steve, todo es un cuento orquestado para desprestigiarme. ¡Tienes que creerme! ¡Tienes que creerme! —Di dos pasos atrás buscando aire para respirar. Todo mi dinero, había perdido todo mi dinero— ¡Steve! ¡Steve no les creas!

Steve respiró hondo, se acomodó la chaqueta y negó con la cabeza.

—No hay nada que puedas decir para defenderte Caroline. Anne entregó todas las pruebas —espetó el abogado con enojada seriedad—. Y no es solo el dinero que estabas robándole al bufete y tu intento de incriminar a un inocente, son los acuerdos con nuestra competencia, los violadores, asesinos y demás piltrafas que te has dedicado a defender ante la corte por altas sumas de dinero. Son las fotos de mi esposa cortadas en pedazos, y un sinfín de ultrajes que no pienso pasar por alto.

«No, no, no. ¡No! Maldición, maldición».

A cada palabra me faltaba más y más el aire. Aquello no estaba pasando, estaba soñando, debía estar soñando.

—Todo está aquí —señaló Steve tocando de nuevo los documentos—. Todo y más.

—Lo siento hermanita, pero vas a ir a la Cárcel. ¡Hey! tal vez te dejen llevar un secador —recalcó Anne provocando que estallase de furia.

—¡Cállate! ¡Cállate maldita arrastrada! —grité sin poderlo contener, odiándola con todas mis fuerzas— Tú no eres nadie, absolutamente nadie para hacerme esto. Ni siquiera eres una maldita Salvyn —dije viéndola poner cara de sorpresa— ¿No lo sabías verdad? ¿Por qué crees que te hemos odiado todo este tiempo? Porque no eres uno de nosotros, no eres una Salvyn real, no eres más que basura recogida de la calle.

La expresión atónita en el rostro de Anne cambió y empezó a reírse

fuertemente.

«¿Que sucede?, ¿De que diablos se ríe ahora?».

—Caroline, si tienes buena memoria, recordarás que entre todos los documentos que tenías escondidos, estaba el de mi adopción. Por ende, ya no tienes como lastimarme, *hermanita*.

El tono de su última palabra me hizo hervir más la sangre.

—Ni a mí, ni a nadie —agregó acurrucándose en los brazos de Nate.

—¡Malditos los dos!

—Tienes dos opciones Caroline —interrumpió Steve hablando finalmente, cortando mi histeria—. Pudríte en la cárcel todos los años que yo mismo me voy a encarar que pases en ella, o firmar este documento —dijo ofreciéndome dicho documento— y renunciar voluntariamente al derecho que tienes sobre la madre de Nate, liberándolo a su vez de la restricción que impusiste en su contra...tú decides.

Quería salir corriendo, me negaba a aceptar que aquello estuviese pasando.

—No tienes escapatoria Caroline —recalcó la desgraciada de Anne.

—¡Tú cállate!

Me tomé un momento para pensar, pero la efervescente ira que controlaba mi cuerpo, no me dejaba hacerlo con claridad. Miré fijamente a Anne y a Nate en esa bendita pantalla, odiándolos hasta morir. Me negaba a aceptarlo, ellos no podían estarme haciendo algo así. Anne no podía ser más lista que yo, nadie lo era.

—No tengo todo el día Caroline. —Presionó un impaciente Steve con tal severidad, que no le di más vueltas al asunto. Tomé el bolígrafo y firmé.

—Listo, ahí tienes a tu cochina madre —dije lanzando el lapicero—. Ojalá la mates como mataste a tu padre —La expresión de Nate cambió, no podía tener mayor satisfacción en ese momento—. Bien se acabó el circo —dije cogiendo mi bolso para marcharme.

—¿A dónde crees que vas Caroline? —preguntó Steve haciendo que me detuviese en seco.

—¿Qué parece que hago? Me voy a casa —respondí.

Steve soltó una corta risa y se puso de pie acomodándose la chaqueta.

—Dije que si firmabas el documento no te pudrirías en la cárcel, no dije que no irías a la cárcel.

«¿Que?».

Sentí dos grandes manos tomando las mías desde atrás, haciéndome soltar mi bolso. Era el guardia de seguridad del edificio intentando esposarme. Forcejeé lo que pude, pero el animal logró retenerme.

—¡Esto es una locura! ¡Un Ultraje! ¡Suéltame! ¡Ordénale que me suelte! ¡Steve!

—Lo siento Caroline, pero en mi bufete la justicia se cumple, y tú vas a pagar por tus crímenes —dijo el muy igualado imbécil.

—Espera que mis padres...

—¿Me estás amenazando con tus padres, Caroline? —Me interrumpió cortándome las palabras—. Ya hablé con ellos, y no imaginas lo decepcionados que están. Tanto, que me dieron campo libre para que me encargase de que un buen juez aplique todo el peso de la ley sobre ti.

—¡NO! ¡NO! Mis padres nunca me abandonarían ¡Mi padre me va a defender! —exclamé sin poder creer lo que escuchaba. No podía ser verdad, me rehusaba a creerlo— ¡Esto es tu culpa! —Le grité a Anne lanzándome hacia la portátil, pero el estúpido guardia me retuvo— ¡Maldita poca cosa!

—Llévatela —pidió Steve.

—¡NO! ¡NO! ¡Steve!

—Gracias por todo Anne. Estaremos en contacto.

NATANIEL – LONDRES

Cerré la portátil, tomé una profunda bocanada de aire y miré a Anne regalándole una sonrisa.

—Gracias —dije dándole un beso en la frente—. Gracias mi bonita.

Anne se acurrucó contra mi pecho.

—No tienes nada que agradecer. Te prometí que saldríamos juntos de esto, y lo hicimos.

Asentí, y suspiré dejando salir toda aquella venenosa tensión que hasta el último momento se había acumulado dentro de mí. Solo entonces me sentí completamente libre.

—Sí, lo hicimos.

Anne elevó la mirada y aproveché para robarle un beso. Su carnosa y rosada boca me podía en formas que nunca conseguiría explicar. Mi bonita, mi hermosa bonita, esa mujer que nunca hubiese imaginado en mi vida y por la que estaba dispuesto a todo por no perderla. Y aunque aún me faltaba mucho camino que recorrer, heridas que sanar y errores que enmendar, daría lo mejor de mí para merecerla completamente algún día.

—¿Nos vamos? —preguntó poniéndose de pie. Yo la imité sacudiendo mis pensamientos y guardando la portátil en mi bolso.

—Sí, llegaremos tarde —solté esperando ver su reacción, adoraba su curiosidad.

—¿Tarde? ¿A dónde?

—Al concierto —informé guindándome el bolso al hombro, viendo la emoción empezando a desbordarse en sus ojos.

—No me digas que...no me digas que compraste entradas para el concierto de Ed Sheeran aquí en Londres.

—Está bien, no te lo digo.

Me golpeó un brazo y solté la risa sacando las entradas de mi bolsillo.

—Tenemos menos de una hora para llegar —recalqué viendo mi reloj de muñeca.

—¿Y me lo dices ahora? —exclamó con regaño— ¿Qué diablos estamos esperando? —Cogió mi mano jalándome para correr junto a ella, y cuando me faltaba el aire por la risa, se detuvo. Fue su boca entonces la que terminó de robarme todo el oxígeno, permitiéndome el gusto de disfrutar de su acaramelada boca todo el tiempo que se me antojó

—Te amo —susurró entre besos, arrancándome una sonrisa que me hizo

sentir finalmente libre y en paz.

Un último beso, y su mano cogió la mía una vez más para obligarme a correr hasta la calle en busca de un taxi libre que nos llevase al concierto.

Amaba con locura a mí bonita. Mí bonita.

UNA GALERÍA DE HISTORIAS

CAPÍTULO 15

ANNE

Seis meses después.

Caminar de la mano de Nate se había convertido en mi parte favorita del día. Cada tarde dábamos un paseo por el parque y tomábamos caliente en la cafetería cerca de casa. Robándonos así un par de horas para relajarnos y liberar el estrés del trabajo, porque después de seis meses, no solo Nate había sido contratado por otra revista donde tenía total libertad de expresión, también Steve me había ofrecido el puesto de Caroline en el bufete, el que por muy increíble que parezca, había aceptado.

Después de todo lo sucedido con mi hermana, me di cuenta de que, aunque no hubiese estudiado leyes por iniciativa propia, le había cogido cariño a la profesión. Y habiéndome visto capaz de ayudar a Nate, gracias al esfuerzo y estudio de tantos años, supe que quería y debía seguir ejerciendo si deseaba ayudar a otros.

Esto no significa que había abandonado a mi fiel cámara. Mi gran pasión seguía formando parte de mi vida, y mi blog estaba más vivo que nunca ahora que lo compartía con Nate. La idea de publicar el trabajo de ambos había resultado un éxito. Al público parecía gustarle la idea de una pareja de fotógrafos contando historias por medio de imágenes.

Sé que todo suena a final feliz de cuento de hadas, pero está muy lejos de serlo. No todo es color de rosa entre nosotros. Nate y yo discutimos a cada tanto y buscamos formas de estar solos de vez en mes. Diferentes puntos de vista, costumbres que no congenian, y manías que, más que desagradables, a veces resultan insoportables.

Y es que convivir con otra persona será siempre un difícil trabajo que requiere mucha paciencia y tolerancia. Sin importar lo mucho que se amen, o el nivel de adoración que profesen el uno por el otro; aceptación,

comunicación y respeto es la verdadera clave para que una relación perdure.

Nosotros aún estamos trabajando en ello, y no por eso nos amamos menos. Todo es cuestión de tiempo y dedicación.

Aquella parecía ser una tarde cualquiera, pero conociendo lo relajado y sereno que solía ser Nate, me resultaba fácil notar lo inquieto y ansioso que se encontraba en ese momento.

«¿Qué estará tramando? Solo se pone así cuando tiene algo entre manos».

—¿A dónde vamos? —pregunté cuando tomamos un camino diferente al acostumbrado—. La cafetería está por allá. —Le recordé—. Por aquí vamos directo a casa. —Conocía de memoria el camino ese pequeño estudio que ahora llamábamos hogar.

Nate contuvo la sonrisa lo más que pudo.

—Lo sé —dijo. Esperé a que me diera más detalles, pero no lo hizo.

—Ok ¿Por qué vamos a casa? —insistí.

—No vamos a casa —explicó sin decir más, dejándome con la misma incertidumbre.

—¿Entonces?

—No puedes dejarte sorprender ¿Cierto? —preguntó mirándome de forma aprensiva, con aquella media sonrisa victoriosa en sus labios que me llenaba de intriga. Amaba las sorpresas, más si venían de él, pero empezaba a frustrarme la curiosidad.

—Si quieres sorprenderme, primero debes aprender a disimular las ansias por contarme —apunté sin soltar su mano, caminando sin prisa alguna por donde él me llevase.

Nate resolló ofendido.

—No sé de que hablas, soy un actorazo de los que ya no hay —apuntó elevando las cejas con socarronería.

—Tienes razón —dije—. No he visto uno tan malo hace mucho tiempo.

—¿Malo? He ocultado la sorpresa por tres meses. ¿Qué tan mal actor soy

ahora?

—¿Tres meses? —pregunté sorprendida, sintiendo la curiosidad aumentar— ¿Qué estás planeando? ¿Qué podría tomarte tres meses?

Nate sonrió ampliamente.

—Ya lo verás. —Se limitó a decir mientras pasábamos de largo por aquella fuente en la que alguna noche atrás, me había abierto a él contándole todo sobre mi pasado. La misma noche que habíamos decidido mandar todo al demonio para luchar por nuestra felicidad.

Continuamos el camino, salimos del parque y cruzamos la calle.

—¿No piensas decirme a dónde vamos?

—¿Has sabido algo de Caroline? —preguntó Nate cambiando el tema de forma totalmente radical.

Yo suspiré consciente de que lo hacía con intención.

—Sus abogados aún están en la lucha por sacarla de la cárcel —informé—. Pero Steve no va a permitir que eso suceda, mi hermana vestirá de naranja por más de diez años.

Nataniel resolló incrédulo.

—Aún me parece mentira —dijo con cierto pesar en la mirada.

—¿Te arrepientes de lo que hicimos? —pregunté acomodando mi chaqueta y apretando más su mano mientras nos esquinábamos para dejar pasar a otra pareja.

—No —respondió—. Lo que hicimos fue lo correcto, ella tiene que pagar por todo el daño causado.

—¿Entonces?

Nate suspiró, podía sentir su pesar.

—No lo sé, a veces me da lástima. Aún no logro entender cómo puede existir una persona tan ruin como ella. A veces intento convencerme de que algo debió pasarle en el pasado que la obligo a ser así.

—Padres igual de ruines —recalqué—. Eso fue lo que pasó.

—Sí, tal vez, pero tú tuviste los mismos padres y eres todo lo contrario a

ellos —destacó. Tenía un buen punto que no podía refutarle—. Supongo que nunca sabremos que habrá vivido Caroline para hacerla ser quien es, a la final todos somos el resultado de nuestras vivencias y como decidimos afrontar las mismas. ¿No?

Me detuve en seco, el me imitó sin comprender y yo sonreí perdiéndome por un momento en sus confundidos ojos. Aún después de meses, me llenaba de gozo ver la facilidad con la que Nate se abría a mí y expresaba sus más genuinos y sencillos pensamientos. Esos que me dejaban ver con total transparencia el hermoso ser que era.

—¿Qué? —preguntó apartando un mechón de cabello de mi rostro.

—Nada, solo que te adoro —dije poniéndome de puntillas para llegar a sus labios. Yo era alta, pero él seguía siendo mucho más alto que yo.

Su boca recibió la mía y su mano encontró lugar en mi cuello para jalarme hacia él en busca de prolongar aquel cálido beso por más tiempo. Y en medio de la acera, nos besamos como aquella primera vez en mi fiesta de graduación. Con tan acaramelada entrega, que el aire nos faltó al separarnos.

—Sorpresa —susurró Nate regalándome una sonrisa.

Al principio no comprendí, sus labios me habían dejado bastante atontada. Luego recordé el porqué de nuestro desvío, y me di cuenta de que, tocar el asunto de mi hermana, no solo había sido un buen truco para cambiar el tema, sino también como medio de distracción.

Miré a los lados en busca de la dichosa sorpresa, pero solo vi gente pasar. Aún en sus brazos volví mi atención hacia él, y este se limitó a sonreír sin decir nada. Finalmente miré hacia arriba, por encima y detrás de él, encontrándome una gran marquesina que decía “*HISTORIAS. Galería Fotográfica*”.

Aquel no solo era el nombre de nuestro blog, sino que estaba en un gran letrero con hermosas letras plateadas. Lo que solo podía significar una cosa, el local debajo del mismo, era una galería fotográfica real, y era nuestra.

Nate se apartó para dejarme ver, y las cristalinas vidrieras me mostraron el elegante y espacioso interior que, repleto de personas, lucía acogedor sin dejar de ser minimalista.

Por incontables segundos observé incrédula desde afuera, sin saber cómo

reaccionar o qué decir. No me lo podía creer.

—¿Te gusta? —Le escuché preguntarme. Pero mi emoción pudo más que mi capacidad para responder en ese momento. Solté su mano y me apresuré en entrar, siendo recibida por una tenue y agradable música que se hacía escuchar entre el suave murmullo de los presentes. Y en las blancas paredes, perfectamente posicionadas, se encontraban nuestras fotografías; a gran tamaño y con su respectiva historia escrita en una placa de cristal.

Miraba de aquí para allá asimilando la realidad de aquel sueño. Sintiendo mis ojos llenarse de lágrimas mientras los brazos de Nate me rodeaban desde atrás.

—¿Esto es una broma? —pregunté.

—No bonita, esto es real, y es nuestro —reiteró consiguiendo que me faltase el aire una vez más ante aquella verdad. Dejando las lágrimas correr de pura emoción.

—Gracias.

—No hay nada que agradecer. Tú me devolviste la libertad, yo le di vida a nuestro sueño —indicó—. Se podría decir que estamos a mano.

Reí por aquello último y me giré para darle un beso con todas las energías que brotaban de mi pecho en ese instante. ¿Se podía ser más feliz?

—Eres...eres... —No sabía qué decir, ningún adjetivo le hacía justicia en ese momento—. ¡Ahh! Te amo —exclamé controlando el tono de voz. Tomando su rostro con ambas manos para besarlo nuevamente.

—Lo sé —dijo socarrón—. Lo soy, lo soy.

Le di un golpe en el pecho al muy payaso por burlarse de mí.

—A veces eres tan tonto, que podría comerte a besos.

Nate alzo las cejas mientras me apretaba más entre sus brazos, sopesando la idea.

—Eso puedo solucionarlo —dijo—. Hay un cuarto secreto al fondo que...

Le interrumpí mirándole acusadoramente, él sonrió haciéndose el inocente.

—¿Que? Solo te informaba, la dueña debe conocer el lugar —alegó en su defensa.

—Hablando de eso —dije buscando entrarle a un tema que me tenía cabezona desde hacía segundos— ¿Como hiciste? ¿Con que dinero montaste esto? —pregunté ansiando saber. Confiaba en él, pero aún me daba curiosidad.

—Steve —explicó sin más.

—¿Steve? ¿Steve mi jefe? ¿Ese Steve? —pregunté sumamente confundida. Él asintió.

—El mismo —corroboró soltando el abrazo para tomar mi mano y llevarme a pasear por la galería—. Poco tiempo después de que Caroline fuese sentenciada, y de que te ofreciese su puesto, me buscó para ofrecerme parte del dinero que tu hermana se había robado como recompensa a lo que habíamos hecho por él y su bufete.

—¿Y lo aceptaste? —Quise saber, pareciéndome extraño de Nate.

—No, pero sí le agradó la idea de asociarnos para montar la galería —aclaró finalmente—. Sé que eso hace que no sea enteramente nuestra por ahora, pero algún día lo será —aseguró visiblemente entusiasmado con la idea. Podía notarlo en sus ojos y en la forma como miraba las fotografías mientras paseábamos por el amplio y luminoso salón—. Acordamos que cuando pudiese pagarle, él me la entregaría sin ningún problema.

Sonreí al escucharlo. Pudo haberlo tenido fácil al aceptar el dinero, pero Nate siempre sería el ser más correcto sobre el planeta, siempre sería mi Capitán América favorito.

—¿Te parece buena idea? —preguntó deteniéndose junto a una columna, con aparente angustia en el rostro. Me había quedado en silencio por mucho tiempo mientras me explicaba.

—Sí —respondí—. La mejor de todas —reiteré buscando sus labios para robarle otro beso a sus divinos labios, beso que rompí cuando recordé que yo también le tenía una sorpresa esa tarde. La que había pensado darle en la cafetería y había olvidado tras la conmoción—. Casi lo olvido —dije sacando una carpeta con documentos de mi bolso—. Yo también tenía algo especial para ti hoy, no es...tan grande como esto —apunté señalando alrededor—. Pero sé que es muy importante para ti.

Le entregué el folio, y sus azules ojos se abrieron de par en par al abrirlo y

leer un par de frases.

—Esto es...—No pudo terminar de hablar.

—Sí, el trámite de adopción de Jennifer —corroboré.

Nate se había quedado pasmado, viendo fijamente los documentos dentro de la carpeta.

—El juez sentenció al padre de la niña a más de veinte años de prisión. Comprobaron el maltrato físico y psicológico que había ejercido sobre ella, su clara incapacidad mental para cuidar de ella, y a eso sumaron el extenso expediente criminal que traía a sus espaldas.

—Siempre supe que el lugar de ese mal nacido era la cárcel —comentó cerrando el folio.

—Fuiste muy valiente al denunciarlo, hiciste lo correcto —recalqué, Nate no tenía idea de lo orgullosa que estaba de él. Verlo tomar el control total de su vida me llenaba de una inexplicable felicidad.

Nate se mantenía en silencio, pensativo.

—No te habrás arrepentido ¿Verdad? —pregunté sin comprender el porqué de su letargo.

—No —corroboró de inmediato—. Es solo que... —Se tomó un segundo, respiró hondo y sonrió con tanta dulzura, que se me encogió el corazón rebosando de emoción—. Si logro adoptarla, seré papá.

—Sí —reiteré regalándole una sonrisa—. Serás un sexy papá.

Asintió soltando el aire comprimido en su pecho. Podía leerlo como a un libro abierto, estaba asustado.

—Estoy segura de que serás un padre maravilloso —aseguré apartando los documentos para poderme acercar—. Nadie la quiere tanto, como tú.

Nate sonrió.

—Sí que la quiero —aseguró.

—¿Más que a mí? —pregunté divertida y con tono coqueto.

Él se lo pensó.

—La batalla está reñida —alegó haciéndome reír antes de jalarlo por las

solapas de su abrigo para besarlo con todas esas ganas que generaba en mí su genuino encanto.

—Mmm ¿Alguien se está pensando lo del cuartito secreto? —susurró entre besos.

Reí y le di un golpe empujándolo lejos.

—Tonto —dije, sintiendo como me jalaba de regreso hacia él.

—Tonto por ti mi bonita, solo por ti —alegó mientras sus palabras se desvanecían ante otro beso. Y es que resultaba difícil alejarse de su boca cuando se ponía tan traviesa y demandante.

Nos separamos cuando sentimos personas carraspear al pasar junto a nosotros, y hundiendo mi rostro en su pecho, morí de vergüenza. Nate saludó a la impertinente señora que nos había interrumpido, y le sonrió recibiendo una mueca llena de reproche

Yo hacía lo posible por no reír mientras bajaba la mano de Nate para que dejase de saludar.

—Debemos medir nuestras muestras públicas de afecto —apunté aún avergonzada, jalándolo para continuar el recorrido por otro extremo del salón.

—Sí, hay que dejarlas para casa o podrían despedirnos —dijo divertido—. Oh cierto, no podemos despedirnos nosotros mismos —recalcó haciéndome reír aún más.

Y sintiendo como pasaba su brazo por encima de mis hombros para mantenerme cerca, nos detuvimos en una de nuestras fotos favoritas: La de mi graduación. Esa donde, aunque yo me encontrase en un extremo y él en otro, éramos los únicos que, no viendo a la cámara, parecíamos estar al tanto de la historia que estaba a punto de empezar.